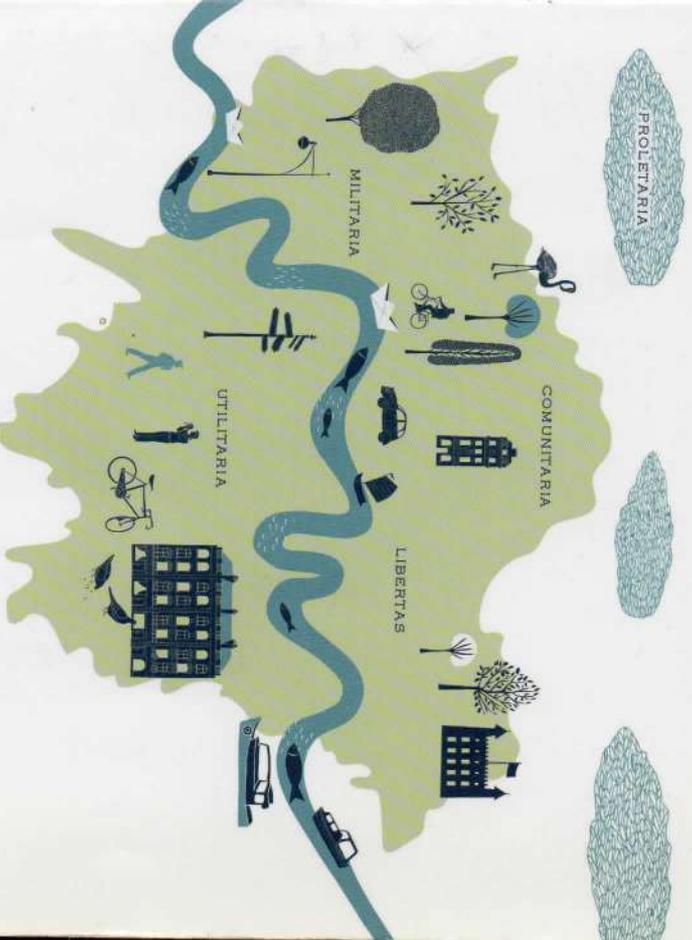


STEVEN LUKES



# El viaje del profesor Caritat

o Las desventuras de la Razón  
• Una comedia filosófica •

## Arresto

Lo peor de la detención del profesor Nicholas Caritat fue que destrozarán sus lentes. Era lo que más temía y lo que menos se esperaba. Fortalecieron el control que tenían sobre la realidad debilitándole el control sobre las apariencias.

Nicholas había estado leyendo tranquilamente en su estudio, envuelto en la capa negra de terciopelo, forrada y ribeteadada con piel de color plateado claro, capa que siempre llevaba puesta para los coloquios nocturnos con los pensadores de la Ilustración. Se había acostado temprano y se había quedado dormido a ratos. Le inquietaba la idea de que, a juzgar por el destino de muchos de sus amigos, sus días de libertad estuvieran contados. Pero no se le había ocurrido esconderse. Nunca había querido implicarse en política. El era un erudito, un historiador del pensamiento y un filósofo y, por lo tanto, se consideraba un ser de escasa importancia.

De pronto hubo un fuerte golpe en la puerta de entrada. Se incorporó en la cama y se puso a escuchar. Estaba claro que no habría posibilidad de huida: seguramente habrían rodeado el edificio y dispararían contra él en cuanto le vieran. Vislumbró luces centelleantes a través de la ventana. Hubo más golpes violentos en la puerta. Se levantó de la cama, se puso sus lentes y su bata de seda, y se acercó a la entrada con pasos calculados, atravesando la oscuridad del estrecho pasillo enmoquetado. Antes de alcanzar la puerta, oyó un fuerte estrépito y, después, cómo se hacía astillas el marco de madera. Tras otro fuerte choque, la cerradura cedió. En el sombrío pasillo frente a él distinguíó a cuatro soldados parados y vestidos con traje de calle. Entraron en el apartamento y, sin decir palabra, encendieron las luces y avanzaron hacia su estudio, al otro extremo del pasillo.

Nicholas les siguió hasta la habitación. Su jefe, el más joven de todos, de aspecto animado, le observaba con una indiferencia amenazadora.

—¡Ve a vestírtelo! —ordenó.

Fue entonces cuando se produjo el inicuo asalto a sus gafas. Cuando se estaba volviendo para entrar en el dormitorio, uno de los soldados, *grandote*, jadeante y sudoroso, se le acercó, las arrancó de su cara, las lanzó sobre la moqueta y las pisoteó con ambos pies. El sonido crujiente del vidrio y la borrosa silueta de la montura deformada fue particularmente angustioso para Nicholas.

Sin sus lentes el mundo se había convertido en una repentina bruma. Recordó la alentadora teoría de James Thurber sobre el extraño gozo de volverse ciego. A medida que le va fallando a uno la vista, decrece la función del mundo exterior consistente en plasmar lo que uno ve y se confía más en el arte de la interpretación, y uno sólo tiene que ser optimista para que una mujer sea atractiva, para que los edificios sean elegantes, o para que brille el sol. No obstante, existían pocas razones para sentirse optimista acerca de su actual situación personal, y menos aún razones para sentirse optimista sobre la situación actual de Militaría.

El último golpe de Estado había sido el peor. La nueva Junta había dado rienda suelta a una renovada campaña de terror. Oficialmente, su objetivo era exterminar a toda costa al movimiento guerrillero llamado la Mano Visible. Nunca se podía estar seguro de quién era el responsable de los atropellos: si los guerrilleros o los enemigos infiltrados en el gobierno. Hasta hacía poco, la Mano había estado dividida en dos facciones: la Mano Derecha Visible y la Mano Izquierda Visible. Aunque se culpaban mutuamente de matanzas y bombardeos, parecía que ninguna de las Manos sabía a qué se dedicaba la otra y que ambas estaban ensangrentadas. Se bombardeaban estaciones ferroviarias y se atracaban bancos a diario. Dos meses atrás, la comisaría central de la capital había sido incendiada. Las guerrillas secuestraban a empresarios mientras los militares asesinaban a abogados. Miles de personas habían «desaparecido», algunas habían sido lanzadas

al mar desde helicópteros. Muchos de sus amigos y antiguos alumnos estaban escondidos. Coches Ford Falcon grises, desprovistos de cualquier tipo de matrícula, recorrían las calles. Matrones agrupados en cuadrillas o pistoleros solitarios actuaban a su albedrío. Varios cuerpos del Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea y la policía militar utilizaban estrategias varias para perseguir a sus diversos enemigos. En conclusión, las distintas ramas de las Fuerzas Armadas eran tan incontrolables como las Manos guerrilleras.

Pero ahora la política de terror de la Junta era más sistemática y las guerrillas se habían unificado. Peligraban tanto los defensores del régimen como sus adversarios. Durante mucho tiempo, Nicholas temió que si le capturaban, su ausencia pasaría absolutamente desapercibida, sobre todo en el exterior. Sus propios contactos académicos se habían desvanecido hacía tiempo, cuando sus colegas, desde el extranjero y en un acto de solidaridad, iniciaron un boicot académico. Y a sus hijos les sería imposible prestarle ayuda alguna. Marcus estaba en algún campamento guerrillero defendiendo la Mano, lo cual era sin duda una de las razones, o excusas, para su actual detención. Eliza también estaba fuera de su alcance: trabajaba clandestinamente como activista en favor de los derechos humanos. Estaba seguro de que cuando ella conociera su captura, contactaría con gobiernos extranjeros y periodistas y haría una campaña para su liberación. Pero, con tantas detenciones, desapariciones y torturas, ¿quién la escucharía?

La orden de vestirse provenía del joven oficial de rostro aninado pero de presencia imponente. Quedaba claro que sus tres colosales acompañantes le tenían mucho respeto, y permanecieron de pie, moviéndose de forma agitada y temblando como dogos excitados, reprimiendo su peligrosa energía bajo el mando de su Amaestrador. Los cuatro intrusos siguieron a Nicholas a su dormitorio. Mientras se vestía lentamente frente a ellos, decidió formular la pregunta obvia al Amaestrador.

—¿Por qué me detienen?

—¿Por qué te detenemos? —contestó el Amaestrador con cara inexpresiva.

—¿Fue aquello una pregunta o una respuesta? ¿O quizá la respuesta para poder entenderla mejor? ¿O para aclarársela a sus dogos? ¿O acaso aquella respuesta era una pregunta? ¿Se suponía que debía contestar a su propia pregunta? ¿O es que el Amaestrador se burlaba de ella? Al fin y al cabo, ¿qué razones había para no detenerle? En aquellos días, en Militaría, las Fuerzas Armadas no necesitaban razón alguna.

—Siguió vistiéndose con la mayor elegancia que le fue posible (seguramente no se repetiría semejante oportunidad durante algún tiempo) y aguardó las siguientes palabras:

—No estamos deteniéndote —contestó el Amaestrador.

Aquella información le sirvió de bien poco. Estaba claro que no disponían de ninguna orden para su detención, pero desde que dejaron de funcionar los tribunales, dichas órdenes no significaban nada. El, Nicholas Caritat, estaba a punto de desaparecer en un agujero negro. Nadie se daría cuenta, nadie le lloraría, y su vida y obra quedarían sin completar.

Lo único que le había llenado hasta el momento había sido su trabajo. Durante tres décadas sus investigaciones y su magisterio se habían centrado en el estudio de la idea dieciochesca del progreso. Estaba tan obsesionado por las ideas pasadas sobre el futuro que el presente había dejado de interesarle por completo. ¿Cómo debieron de sentirse al contar con suficientes razones convincentes para confiar en el futuro de la humanidad? ¿Se guián siendo válidas algunas de aquellas razones? ¿Puede uno mantener viva la esperanza después de todos los horrores de este siglo? ¿Acaso sus pensadores favoritos eran unos simples proveedores de peligrosas ilusiones que cegaban a los auténticos creyentes y armaban con dogmas racionalistas a los manipuladores cínicos que a partir del Terror jacobino habían devastado a la humanidad? El caso era que el optimismo era su pensamiento y su objeto de estudio.

Ante la insistencia de sus captores, Nicholas empezó a guardar sus cosas en una bolsa de viaje. Dobló su capa cuidadosamente para futuros coloquios nocturnos con Diderot y D'Alembert, Leibniz y Kant, Helvétius y Voltaire y los demás. También guardó su neceser, dos pares de pantalones, una chaqueta, unas cuantas camisas y corbatas y, con cierto optimismo, el estuche vacío de sus gafas.

Cuando el Amaestrador le escoltó pasillo abajo, Nicholas echó un último y prolongado vistazo a su estudio, el armazón y cáscara de sus investigaciones diarias y conversaciones nocturnas, conservando así una última y borrosa visión de la gran alfombra oriental de color rojo intenso que casi ocupaba todo el suelo, del mirador que daba a su cuidado jardín, las paredes repletas de libros, su buró de persiana y la mecedora de mimbre, la estantería de caoba protegida con redes de alambre, con sus hileras de volúmenes del siglo XVIII de gastados lomos marrones.

El Amaestrador señaló la puerta abierta, y una vez que la hubieron atravesado, pudo oír a los tres dogos, ahora despojados de sus correas, que obedecían la orden de husmear y destrozar su estudio.

## Prisión

El Amaestrador le agarró por los hombros, le empujó al asiento trasero de un coche y dos soldados más se sentaron a ambos lados. Después de que el Amaestrador se sentara delante, junto al conductor, el coche se puso en marcha. Nicholas llevaba los ojos vendados y estaba esposado. La venda sobre sus ojos era un tanto aliviadora: le ahorró el tener que forzar la vista a través del oscuro velo de su miopía. Las esposas representaban el principio de su confinamiento físico y sin duda serían tan sólo un leve inconveniente en comparación con lo que le quedaba por sufrir.

El coche avanzó durante una hora aproximadamente, y por fin se detuvo en lo que Nicholas supuso que era una prisión militar. A lo lejos pudo oír voces y portazos e incluso, aunque no podía estar muy seguro, un grito de dolor, o ¿era de desesperación? ¿O quizá de rabia? Le arrastraron fuera del coche y le bajaron a trompicones por dos tramos de escaleras de piedra, y luego le obligaron a atravesar un largo pasillo. Entonces, sin previo aviso, le empujaron dentro de lo que evidentemente era una celda. La puerta se cerró con un portazo metálico que hizo eco por el pasillo al son de las fuertes pisadas que se iban alejando. Nicholas permaneció sentado en la más completa oscuridad sobre una litera dura y estrecha, con ambas manos entre sus rodillas. Cada uno de sus movimientos le apretaba aún más las esposas e intensificaba su claustrofobia. Había leído sobre este momento en innumerables novelas y memorias de prisioneros, pero nunca pudo imaginar aquella escalofriante sensación de irrevocabilidad, ni que él mismo fuera a experimentarla. Al no ser capaz de protegerse del peligro físico inmediato, pensó en el pobre Condorcet, el más genial y noble filósofo de la Ilustra-

ción, capturado y encarcelado cuando escapaba del Terror revolucionario, disfrazado de trabajador en sus propias tierras. Una vez que dejó de ser el *Marquis Jean-Marie-Antoine-Nicholas Carriat* de Condorcet, murió en prisión a los dos días, simplemente como «Pierre Simon». ¿Había muerto realmente por «causas naturales»? ¿o había tomado el veneno de su anillo de aristócrata?

De pronto la puerta se abrió con un sonido metálico, le despojaron de sus esposas bruscamente y arrancaron la venda de sus ojos. A medida que su vista se habituaba a la tenue luz eléctrica, comprobó que se había unido al club de los Prisioneros de Conciencia.

Incluso, por un absurdo momento, se le ocurrió dar gracias a quien le había liberado de la venda y de las esposas. Tras echar un segundo vistazo, se contuvo de lo que habría sido una coreografía muy fuera de lugar, pues comprobó que el personaje en cuestión poseía unos rasgos excepcionalmente desagradables. Su carcelero manifestaba las típicas señales de villanía (un tatuaje en el brazo, una cicatriz en la mejilla, un labio fruncido maliciosamente y una cabeza calva en forma de bala): claramente era un especialista en la intimidación. Blandiendo una pistola muy cerca de la cara de leer, nada de escribir, nada de hablar.

«¿Y qué me dices de pensar?», quiso preguntar el erudito. Pero se contuvo.

—Usted es algo así como un profesor, ¿verdad? —dijo Cabeza de Bala. Escupió las palabras con una voz brusca, fuerte y ronca, como si estuviera describiendo algo verdaderamente nauseabundo—. Pues no se crea tan astuto —continuó, cerrando de golpe la puerta de la celda detrás de sí.

Nicholas se dio cuenta de que ahora no sólo era posible pensar, sino que iba a ser necesario hacerlo. Dos líneas de pensamiento se extendieron indefinidamente frente a él. Una de ellas atañía a la Gran Cuestión: ¿cómo había que concebir el futuro de la humanidad? La otra no era menos urgente: ¿cómo conservar el futuro de *Nicholas Carriat*?

Empezó a trazar ambos itinerarios de reflexión, pero, mientras lo hacía, le sobrevino una sensación de soledad abrumadora. Había perdido la mayoría de contactos sociales que le habían convertido en persona. Ahora era una no persona destituida, una

partícula suelta, un átomo sin molécula. Las Fuerzas Armadas no sólo le habían despojado de la reconfortante compañía y el consuelo de sus amigos y colegas, sino que también habían dividido el núcleo protector de su familia, cuyo vínculo se había estirado todavía más desde la muerte de Susana, su esposa, en su último parto. Todos ellos, Susana, Marcus, Eliza y el mismo *Nicholas*, siempre habían intentado ser racionales, y todos habían insistido razonablemente en distinguir lo razonable incluso en las situaciones más irracionales.

Cuando murió Susana a causa de una negligencia médica en un hospital contra el que cualquier queja fue inútil, la arbitrariedad y el terrorismo del régimen estaban todavía en sus comienzos. A menudo *Nicholas* visualizaba su pálido y afligido rostro, sus labios fruncidos, sus suaves ojos castaños representando el ilustrado escapismo de su marido, su tenso y diminuto cuerpo, sus hombros perpetuamente arropados con elegancia bajo un mantón. Fue el entusiasmo de su impetuosa pasión por la pintura, la música, la literatura, los amigos, los viajes y el tener y disfrutar de los hijos lo que en un principio le atrajo hacia ella. Pero incluso antes del nacimiento de Eliza, el agravamiento de la situación política había empezado a introducir en sus vidas la intimidación y la inseguridad, y las pasiones de Susana se combinaron para formar una opresiva superpasión: la de cuidar a los suyos como un celoso pájaro que protege su nido. Cuando le llegó la hora de morir, su razón ya había sido anulada por dicha pasión. Hubiera hecho cualquier cosa para proteger a su familia del amenazador mundo de policías militares, soplones y amistades sospechosas. Para Susana, ser racional significaba ser prudente.

Para Marcus, ser racional significaba solucionar problemas. Desde muy pequeño había mostrado una latente impaciencia ante las complejidades del mundo. Si algún problema parecía resolvable, no tardaba en analizarlo; si no, lo esquivaba o hacía la vista gorda. De niño le encantaba desmontar objetos para poder repararlos de nuevo. Pero las relaciones humanas le desconcertaban, y por lo tanto tendía a rehuirlas. A lo largo de su adolescencia, siempre había estado a la expectativa de encontrar algún mapa que redujera la complejidad del mundo a un orden manejable. Tras un brevísimo periodo de tentación, decidió que

la religión no era capaz de ofrecérselo. A partir de aquella experiencia, y tras una búsqueda pasajera de alternativas, no tardó en concluir que la finalidad de la religión consistía en hacer que las preguntas difíciles parecieran imposibles: en lugar de ofrecer explicaciones, ofrecía misterios ininteligibles, paradójicos y contradictorios, y en lugar de ofrecer argumentos para creer, ofrecía iconos para la fe. Marcus odiaba los misterios, los cuales, sin ser ni verdaderos ni falsos, no podían siquiera considerarse ilusorios, que al menos eran verdaderamente falsas. Nicholas recordó lo orgulloso que solía sentirse del despiadado racionalismo de su hijo. Recordó cómo, cuando todavía era un colegial, durante los almuerzos familiares, el larguirucho Marcus de pelo negro y brillante, y de voz grave y firme, declamaba contra la explotación de la credulidad popular por parte de los dúctiles curas que servían al régimen militar. Pero sus recuerdos quedaron aguçados: al alcanzar la universidad, Marcus había succumbido a las garras de la Mano, una decisión que sin duda era responsable del actual cautiverio de Nicholas.

Para Eliza ser racional significaba vivir de acuerdo con sus principios, uno de ellos en especial: la idea de que utilizar a las personas significaba maltratarlas y que nadie debía ser utilizado por otro para fines personales ni para un fin social más amplio. Su determinación a vivir de acuerdo con tal principio no derivaba del estudio de Kant ni de ningún otro filósofo, sino de una compasión inmediata, de la observación y de la experiencia. Aparte de la pequeñez y la palidez de Susana, también había heredado toda la intensidad pasional de su madre, mezclada con el pronunciado y despiadado dogmatismo de su hermano y con el afán compulsivo de Nicholas por imaginar cómo sería el mundo en ausencia de los males que lo desfiguraban. Pero, a diferencia de su padre, aspiraba a obtener la respuesta de inmediato, aquí y ahora, centrándose en los males más evidentes y luchando activamente contra ellos. Aunque le preocupaba, jamás criticó a Marcus por afiliarse a la Mano. «Ten cuidado», le había advertido, «la Mano manipula.» Tampoco aceptaba términos manistas tales como «Fuerzas sociales», «Estructura» o «Mecanismos». Cada víctima individual de la opresión tenía inmediato derecho a su atención y energía. Se convirtió en una dinamo autogeneradora, capaz de salir en defensa de todos aquellos que

vivían acosados. Organizó a las madres de los «desaparecidos», arregló huidas para los que estaban en peligro y cultivó contactos internacionales para hacer públicos casos individuales. Pero a medida que empeoraba la situación en Militaría, Eliza se dio cuenta de lo vulnerable que era y desapareció para continuar con su trabajo desde la clandestinidad.

El mundo doméstico de Nicholas se derrumbó súbitamente, sin tiempo para despedidas formales o arreglos de cuentas. Marcus, ahora cogido por la Mano, había desaparecido para entrenarse en una de sus bases, y Eliza se había marchado furtivamente, guardando en una bolsa lo que tenía más a mano, con la intención de continuar su tarea de forma inadvertida.

¿Había actuado él mismo, Nicholas, de forma racional? Ninguno de sus dos hijos lo veía así, aunque Eliza había sido la más comprensiva. Ambos le consideraban un escapista que hacía la vista gorda ante los horrores y peligros que le rodeaban. «¿Cómo puedes vivir escondido con las narices metidas en un libro?», le habían preguntado. A Marcus le daba verdadera lástima su padre: le veía incapaz o reacio a comprender el análisis que hacía la Mano de la situación en Militaría. Para Eliza, cuya ausencia era particularmente sentida por Nicholas, éste era simplemente un pensador abstraído que conversaba con el pasado en lugar de vivir en el presente. Pero el objetivo de Nicholas era deducir qué era razonable, algo que no podía alcanzar sin consultar antes a quienes tenían el mismo propósito. ¿Qué deseos para el futuro podían ser considerados como razonables? ¿Bajo qué principios podía fundamentarse un orden social razonable? ¿Cómo podía considerarse irracional tratar de responder a semejantes preguntas?

Después de lo que debieron de ser un par de horas, regresó Cabeza de Bala abriendo la puerta de par en par y blandiendo la pistola en la cara de Nicholas.

—Póngase en pie, profesor —gritó—. Quieren verle. Empujándole hacia fuera de la celda, Cabeza de Bala arrastró a Nicholas a través del sombrío pasadizo, caminando ante una docena de celdas cerradas, hasta llegar a la puerta de lo que a simple vista parecía una gran oficina cuadrada de paredes blan-

cas y vacías, peor iluminada incluso que el pasillo. Una débil bombilla desnuda colgaba del alto techo. Forzando la vista, Nicholas vislumbró en una de las esquinas de la sala a dos figuras sentadas detrás de sus escritorios metálicos, ambos con pequeñas lámparas de mesa enfocando directamente a sus respectivos montones de papeles. Aparte de aquellos objetos, la oficina estaba vacía, como un decorado espartano antes del comienzo de la función. Cabeza de Bala desapareció.

—Puede sentarse —dijo la figura de la izquierda, indicando una única silla de madera en el centro de la habitación.

Sus dos interrogadores parecían no tener ni contexto ni facciones. Su vista, empeorada por la calidad de la iluminación, les concedía una cualidad nula, como si fueran dos personajes de una obra beckettiana que existían simplemente para representar la irremediable desesperanza de la condición humana.

—Sentimos lo ocurrido con sus lentes —dijo el primero, sentido a la izquierda, con una conspicua insinceridad—. Ha sido una lástima, y esperamos que no haya supuesto un exceso inconveniente.

«¡Excesivo inconveniente!»; ¿Cómo se suponía que tenía que responder a aquello?: «¡Oh, no es nada, estas cosas pasan!», «no se preocupen, sobreviviré sin ellas». Daba la impresión de que el único inconveniente digno de mencionar era la ausencia de sus gafas. Nicholas no dijo nada.

—Pero —continuó Número Uno—, si coopera con nosotros, este inconveniente podría solucionarse.

Número Dos, a su derecha, se inclinó hacia delante y le habló en un tono de voz que pretendía indicar respeto.

—Su cooperación, profesor Carriat, sería de un valor inestimable para su país. Militaría cuenta con su lealtad y su apoyo en estos tiempos tan duros y difíciles.

Decidió formular de nuevo la pregunta cuya respuesta todavía desconocía.

—¿Por qué me han detenido? —preguntó a Número Dos.

—¿Por qué le hemos detenido? —repite Número Dos como un loro—. No le hemos detenido.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Profesor Carriat —contestó Número Dos, mostrando abiertamente que su paciencia comenzaba a agotarse—, es usted un

hombre muy inteligente. En Militaría es usted debidamente reconocido por su inteligencia. Hasta el momento, le han estado pagando para pensar, pero parece ser que no comprende la importancia de sus pensamientos.

—Pero yo soy un investigador de la Ilustración —protestó.

—¡La Ilustración! —replicó Número Dos bruscamente—. Sin el fuego no existe la luz. Estamos en guerra, profesor. El optimismo está destruyendo nuestra sociedad. Usted ha estado ofreciendo ayuda y consuelo a los enemigos de la nación.

—Yo soy un investigador —repite—, un investigador, y no —pronunció las siguientes palabras con verdadera aversión— un ideólogo.

Número Uno volvió a intervenir.

—Sus investigaciones —dijo, parodiando su anterior gesto de repulsa—, son indudablemente valoradas por la Mano Visible. Hemos encontrado sus escritos en sus bases de entrenamiento. Sus obras son fundamentales para ellos.

—A diferencia de usted mismo —añadió Número Dos—, ellos, y nosotros, tomamos sus ideas, profesor Carriat, muy en serio.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó Nicholas.

—En primer lugar —respondió Número Uno rápidamente—, sabemos que ha estado participando en reuniones nocturnas con elementos optimistas. Queremos sus nombres. El de todos ellos. En segundo lugar, queremos una declaración firmada por usted en la que renuncie al optimismo y denuncie a todos aquellos que continúan albergándolo. En tercer lugar, queremos una declaración firmada en la que exprese su propósito de abandonar la exposición de ideas optimistas y la cooperación con elementos optimistas.

—Y, ¿qué ocurriría si hiciera tales cosas? —preguntó cautelosamente Nicholas.

Se le ocurrió que quizá sería mejor hacerles creer en su posible docilidad.

—Está claro que no podemos ofrecerle esperanza alguna

—contestó Número Dos.

—Pero podríamos reponer sus lentes —dijo Número Uno.

«Quiere que traicione a la Ilustración por un par de gafas», pensó. Dejó pasar unos minutos sin decir nada. Uno y Dos esperaron en silencio, hasta que el primero empezó a dar ligeros

golpes con su bolígrafo sobre la superficie de la mesa. El prolongado silencio empezó a hacerse opresivo, y Número Uno, visiblemente frustrado, decidió concluir la reunión por el momento.

—¿Por qué no reflexiona en su lujosa habitación?

Pulsó un botón y Cabeza de Bala reapareció de inmediato, dispuesto a llevarlo de nuevo hacia su celda.

Llegó la hora de más humillaciones. Cabeza de Bala le tendió un rollo de papel higiénico gris y áspero y señaló hacia un agujero que había en la esquina de la habitación. Entonces empezó a exigirle a ladridos que se desnudara para ponerse el uniforme de la prisión, que consista en una camisa de tela acartonada y unos enormes pantalones. Su bolsa de viaje no se veía por ninguna parte. Le brindaron una palangana de agua fría, una cuchilla, una diminuta pastilla de jabón y una mugrienta toalla para sus abluciones. Al poco, Cabeza de Bala le trajo para comer una inmundicia propia del lugar: un mendrugo de pan casi mohoso sin mantequilla, un puré de patatas insípido, un filete como una suela de zapato, queso duro y una botella de agua, tras lo cual lo dejaron solo durante el resto de su primer día de prisión en la pequeña celda sin ventanas, iluminada por una única bombilla e impregnada de olor a orina, para que contemplan a su propio futuro y el de la humanidad.

A medida que pasaban las horas empezó a perder el sentido del tiempo. Al romper sus gafas, sus captores le habían arrancado bruscamente su control sobre el espacio. Se dio cuenta de que ahora ellos estaban al mando de su imprecisa percepción del tiempo. Consecuentemente, una cena repulsiva suponía cierto alivio, delimitando así el final de su primer día de encarcelamiento.

Después de cenar debatió la cuestión «¿Qué es la Ilustración?» con Immanuel Kant.

—Ilustración —dijo Kant con una candidez poco habitual en él—, significa pensar por uno mismo. Es la salida del hombre de su autoinfligida inmadurez. El lema de la Ilustración es: «¡Ten el valor de utilizar tu propia Razón!».

—Todo eso está muy bien —dijo Nicholas—, pero no siempre es tan fácil...

—¡Por supuesto que no es fácil! —dijo Kant, un tanto irritado—. La indolencia y la cobardía son las razones por las cuales

tantas personas prefieren permanecer en la inmadurez de por vida. ¡Es tan cómodo permanecer en la inmadurez...! Si el entendimiento me lo proporciona un libro, si la conciencia me la vigila, un consejero espiritual, si mi dieta está regulada por un médico, etcétera, no me hará falta esforzarme en absoluto. Con tal de que pague, no hará falta siquiera que piense. Los demás estarán encantados de cargar con cualquier tarea que a mí me resulte demasiado pesada.

—Tus ideales son nobles —observó Nicholas— pero, ¿están al alcance del ser humano? Nos ofreces un ejemplo de ciudadanos ilustrados, viviendo en libertad bajo la disciplina de la ley en repúblicas unidas por una federación comprometida con la paz perpetua. Pero quizá Rousseau tuviera razón. Quizá semejante idea fuera digna sólo de ángeles.

—Ya sé que Rousseau dice eso —contestó Kant—, pero él es demasiado pesimista. No comprende que una constitución bien diseñada puede compensar las flaquezas humanas. El piensa que los hombres, con sus tendencias egoístas, son incapaces de adherirse a una constitución tan sublime. Pero lo cierto es que la naturaleza ayuda a la voluntad universal y racional, tan admirable en sí, pero en la práctica tan impotente, y para hacerlo útil precisamente esas tendencias egoístas. Lo único que hace falta es que los hombres organicen bien el Estado, una labor para la que están sobradamente capacitados, y que lo planifiquen de tal modo que sus tendencias egoístas se opongan entre sí, de manera que cada una neutralice o anule el poder destructivo de las demás. El resultado sería el mismo que si tales tendencias egoístas del hombre no existieran, y como consecuencia, el hombre, pese a no ser moralmente bueno por naturaleza, se vería obligado a actuar como buen ciudadano. Puede parecer complicado, pero en realidad, hasta los demonios podrían organizar un Estado, siempre que tuvieran entendimiento. Hasta para esos demonios, la justicia y la paz son ineludibles.

—¿Incluso en Militaría?

—Sobre todo en Militaría. Militaría es el escenario idóneo para ponerlo en práctica. La naturaleza conduce a las naciones a llevar a cabo intentos imperfectos mediante guerras, preparaciones militares rígidas y perseverantes, y la consiguiente angustia que inevitablemente sienten los Estados, incluso en momen-

## La revisión ocular

tos de plena paz. Pero, como consecuencia, tras muchas devastaciones, revueltas e, incluso, el completo agotamiento interno de sus líderes, les obliga a dar un paso que les habría dictado la Razon sin necesidad de sufrir tan lamentables experiencias: el de abandonar un Estado salvaje, sin ley, y unirse en una federación de pueblos.

—Pero —protestó Nicholias—, algunos argumentarían que, puesto que la realización de dicho objetivo parece tan irreal y por lo tanto desalentadora, debería aspirarse a objetivos más viables, abordando injusticias específicas, limitando las guerras, negociando concesiones...

—La justicia y la paz son tan intrasigentes como ineludibles —declaró Kant—. No hay más que ver cómo hasta los tiranos de Militaria también dicen actuar en su nombre. La concepción del mejor mundo posible está en la base de cualquier intento, sea genuino o hipócrita, de alcanzar uno mejor que el existente.

—Bueno, quizá tengas razón —reconoció Nicholias, más animado. Y envuelto en la manta gris de su dura litera, se hundió en un profundo y reparador sueño.

A la mañana siguiente Cabeza de Bala entregó a Nicholias a Número Uno y Número Dos. Ambos estaban sentados tras sus escritorios, con sus respectivas lámparas de mesa encendidas.

—¿Y bien? —preguntó Número Dos de forma expectante—, ¿se ha decidido a ayudar a una Militaria necesitada?

Nicholias decidió hacerse el enigmático, intentando al mismo tiempo no desanimarles.

—He estado debatiendo conmigo mismo —contestó con sinceridad.

Volvió a hundirse en el silencio.

—Nosotros también hemos estado debatiendo con nosotros mismos —dijo Número Uno al cabo de unos minutos de silencio infructuoso—, y hemos decidido ofrecerle un pequeño ali-ciente, profesor Caritat. Vamos a reponerle sus gafas.

—Después de eso —añadió Número Dos—, estamos seguros de que verá las cosas a nuestro modo.

—Esperemos que así sea —dijo, sin pensar.

No fue una respuesta muy acertada, y se arrepintió de haberla pronunciado en cuanto Cabeza de Bala empezó a arrastrarle de nuevo hacia su celda, donde comprobó con gran alivio que su bacín había sido vaciado.

El encuentro de aquella mañana no tardó en dar sus frutos. Tras una hora aproximadamente, un oficial vestido con un elegante uniforme militar, quien fue casi de inmediato del desagrado de Nicholias, abrió la puerta de su celda. El joven era pequeño y delgado, con una cara pecosa y unos ojos vidriosos y familiares que le miraban de forma penetrante. Aquel oficial le recordaba a algo que le costaba identificar, pero le dio la sensación de que se trataba de algo desagradable.

—Buenos días, mi querido profesor Caritat —dijo el oficial con una voz desconcertantemente familiar.

—Buenos días —contestó Nicholas con cierta frialdad.

—Tenemos entendido que no está adoptando usted una actitud muy cooperante —dijo el oficial en una voz lenta y penetrante. Nicholas permaneció en silencio—. Estoy seguro de que habrá evaluado la situación con su habitual escrupulosidad. Venga conmigo. Vamos a examinar sus ojos.

Siguió al oficial por el pasillo, en dirección contraria a sus habituales excursiones. Entraron en otra oficina, similar a la sala de interrogatorios, sólo que mejor iluminada. Sentado tras una mesa en el centro de la habitación había un joven de aspecto nervioso, vestido con una bata blanca, con abundante pelo rizado y bigote. Sobre la mesa había varias cajas oblongas de madera y varios instrumentos ópticos. De cara a Nicholas, en la otra punta de la habitación, colgaba una gran cartulina blanca en la que estaban impresas varias filas de letras que iban disminuyendo de tamaño progresivamente.

El oficial le presentó al oculista de la bata blanca. Parecía una ardilla asustada, preparada para salir trepando por una de las tuberías de la pared ante la más ligera interrupción. Nicholas saludó con un movimiento de cabeza y se sentó a su lado, de cara a la cartulina blanca. El oficial permaneció de pie detrás de ellos para poder supervisar la prueba.

—Por favor, léanos lo que pueda ver —dijo el oculista.

Nicholas leyó la primera línea.

—e... f... e... s...

Después leyó la siguiente.

—n... u... e... s... t... f... a...

—Sí —le animó el óptico.

Las letras de la siguiente línea eran más pequeñas, pero seguía siendo bastante fácil leerlas.

—u... n... i... c... a...

—Continúe —dijo el oculista ansiosamente.

La siguiente línea le costó más esfuerzo, pero consiguió leerla tras titubear un poco.

—e... s... p... e... f... a... n... z... a...

«Es curioso», pensó, «que estas letras formen palabras; normalmente no es así.» Cayó en la cuenta de que lo que había

leído hasta ahora tenía sentido: «Eres nuestra única esperanza».

El oculista trataba de decirle algo.

Debajo de la palabra «Esperanza» había una raya roja, bajo la cual había otras tres líneas de letras, cada cual más pequeña, que no logró distinguir.

—Intente leer la siguiente línea —le insistió el óptico, cada vez más nervioso.

—Ya no puedo leer más —dijo Nicholas.

El oculista colocó unas pesadas monturas sobre la nariz de Nicholas e insertó en ellas un par de cristales que extrajo de una de las cajas. Su vista borrosa se desenfocó aún más y todas las letras de la cartulina se volvieron indistinguibles.

—Peor —dijo Nicholas.

El oculista añadió otro par de cristales. Estos mejoraron un tanto la situación, aunque no demasiado. Introdujo un tercer par y de pronto la siguiente línea se hizo legible:

—d... e... f... i... e... n... d... e... —leyó en voz alta.

Por entonces el óptico estaba temblando de miedo.

—No consigo ver la siguiente.

Las letras bailaban como pequeños peces negros en un oscuro acuarelo. El oculista insertó otro par de cristales. Forzando la vista, leyó lentamente la siguiente fila de letras.

—O... p... t... i... c... o... s...

«¿Ópticos?», pensó. «¿Acaso están en peligro? ¿Cómo puedo defenderlos yo? ¿Por qué no me defienden ellos a mí?»

El oculista estaba visiblemente turbado.

—Acéquese, profesor —gritó—. Acéquese un poco más.

Nicholas obedeció y acercó su silla. Por fin la línea se quedó quieta y la pudo leer con más claridad. Decía así: «o... p... t... i... m... i... s... n... o...». Acercándose un poco más todavía, leyó la última línea: «l... a... m... a... n... o...».

Cuando terminó de leerla, el oculista corrió a la pared y dio la vuelta a la cartulina. El reverso mostraba un revolujo de letras que no formaban palabra alguna.

Ahora todo quedaba claro. El oculista y el joven oficial trabajaban evidentemente para las guerrillas y en esos momentos estaban jugando a la guerra.

—Estas gafas son lo mejor que puedo ofrecerle —dijo el oculista mientras se le acercaba para quitárselas de la cara. Pero Ni-

cholas le indicó con un gesto que deseaba llevarlas puestas un rato más. Se dio la vuelta para mirar al joven oficial, a quien pudo ver claramente por primera vez. Se sobresaltó al reconocerle: se trataba de un antiguo alumno suyo de la universidad llamado Justin, que fue activista político durante su época de militancia estudiantil, amigo y tutor de Marcus y Eliza. Había sido un miembro principal del ala más extremista del movimiento opositor de la guerrilla. Nicholas siempre sospechó que había sido Justin quien convenció a Marcus para afiliarse a la Mano y relegar con desprecio toda actividad académica como una forma de escapismo intelectual. Justin ofreció a Marcus y Eliza la imagen de un filósofo dispuesto, no a interpretar el mundo, sino a cambiarlo. Les enseñó a desoir ciertos principios básicos de la doctrina de Nicholas: que la parcialidad no debería predeterminar al análisis, que las dicotomías simples deberían observarse con cuidado, que existían formas distintas y no convergentes de ser racional, que las ideas de los peores enemigos de uno eran dignas de ser tomadas en consideración y que valía la pena tomarse el tiempo de interpretar ideas para transformar el mundo. Los encuentros entre Justin y Nicholas siempre habían sido fríos. En ninguno de ellos se habían mirado directamente a los ojos.

Nicholas recordó que aquel joven había sido uno de esos militantes que utilizaban las ideas como instrumentos y, a menudo, como armas. Parecía que su único interés por la obra académica de Nicholas había consistido en encontrar en ella material que pudiera ser efectivo en conferencias o que pudiera servir de eslogan. En una ocasión Nicholas aconsejó a Justin que se dedicara a la demagogia en lugar de la pedagogía, pero ahora parecía que su antiguo alumno había escogido una profesión diferente e inesperada.

—Nunca te habría imaginado como un oficial militar prominente—dijo Nicholas con sequedad.

—«Ingresismo»—explicó Justin—. Se trata de unirse a ellos para derrotarlos.

«He aquí un punto de vista decididamente optimista», pensó Nicholas.

—No debemos perder tiempo—dijo Justin mediante susurros cortos y secos—. Podrían interrumpirnos en cualquier momento.

Estamos organizando tu huida. Te explicaré los detalles mañana, cuando te traiga las gafas nuevas. Entretanto, actúa como si nada. Ahora, dame la montura y las gafas.

La nitidez volvió a convertirse en una bruma, pero Nicholas estaba de buen humor y empezó a silbar para sí mientras Justin le acompañaba a su celda. Al salir, Justin alzó su mano derecha.

## Preparativos

Justin apareció muy temprano a la mañana del día siguiente. Entró en la celda, se sentó en la litera al lado de Nicholas y habló rápidamente en extraños susurros.

—Te proporcionaremos papeles falsos. Tu nombre clave será el de doctor Pangloss. La operación entera se conocerá como: «La Mano que ayuda».

—¿Por qué haces todo esto por mí? —preguntó Nicholas—. ¿Por qué me está ayudando la Mano?

—Voy a ser sincero contigo —respondió Justin—. No estamos ayudándote a ti; tú vas a ayudarnos a nosotros. La Mano, profesor Caritat, no es una organización caritativa. Vamos a viajar al extranjero. Tu misión será la de buscar fundamentos para el optimismo, la de buscar una forma de vida que restaure la esperanza en nuestra gente. Si no logras encontrar lo que es la esperanza en un país determinado, deberás seguir tu búsqueda en otro país, y así sucesivamente hasta que hayas completado tu misión. Contamos contigo. Eres nuestra única esperanza.

—Pero —protestó Nicholas—, si casi cualquier forma de vida será mejor que la de Militaría.

—Eso es lo que pensamos tú y yo —dijo Justin—, pero la gente empieza a aceptar el *status quo* porque ha perdido la esperanza en la posibilidad de algo mejor. Ya no cree en lo que representamos, y nosotros ya no sabemos qué es lo que debemos representar. ¿Qué alternativas podemos ofrecer, y por qué razón serían mejores? ¿Por qué causa podemos luchar y exigir los sacrificios necesarios? Sabemos contra qué nos enfrentamos, pero no para qué existimos.  
Realmente se había sincerado. Su opinión sobre Justin em-

pezó a modificarse: éste parecía estar dudando de sus propias creencias, algo raro en él. ¿Cabría la posibilidad de que Nicholas hubiera juzgado a la Mano de forma injusta? ¿Estaban buscando argumentos para convencer o retórica para persuadir? Aspiraban a la búsqueda del mundo perfecto o a la ilusión más perfecta de ese mundo?

—Queremos que encuentres el mejor de los mundos posibles —concluyó Justin.

—¿Por qué me habéis elegido a mí? —preguntó Nicholas.

El tono de voz de Justin se endureció.

—Porque eres el responsable de nuestro optimismo —contestó—, pero nunca tomaste en serio tu responsabilidad. Nos ofreciste esperanza, pero nunca pensaste que te correspondía averiguar si tal esperanza estaba justificada. Siempre has sentido curiosidad por las ideas, siempre te han estimulado y seducido. En tus conferencias incluso llegabas a darles vida. Nos enseñaste que la historia del pensamiento puede ser una gran aventura.

«Qué extraño», pensó Nicholas, «nunca creí haberle enseñado nada a Justin. ¡Hay que ver lo equivocado que puede estar uno!»

—Ahora —continuó Justin—, proponemos enviarte a ti hacia una gran aventura. Solías darnos conferencias sobre los pensadores de la Ilustración y sus críticos, sobre sus ideas acerca de cómo podría ser la sociedad, sobre sus mundos imaginados. Necesitamos saber lo que significa vivir de acuerdo con ellos. Necesitamos, profesor Caritat, que completes nuestra educación. Contamos contigo para que nos expliques cómo resultan en la práctica tus esperanzadoras ideas. ¿Qué es lo que nos queda? Necesitamos saber qué nos cabe esperar.

—¿Adónde propones enviarme? —preguntó Nicholas.

—No podemos revelarte semejante información por adelantado, pero debes estar preparado para escapar en cualquier momento.

Justin cambió su forma de hablar una vez más mientras daba órdenes a Nicholas. Ahora su tono de voz era autoritario, incluso acusador.

—Contamos con que salgas de tu refugio académico, profesor, que atravieses la barrera erudita. Esperaré informes periódicos de tus viajes. Los enviarás a una dirección de un país amigo,

y llegarán hasta mí sin ningún problema. Cuando llegue la hora de tu huida, te lo indicaré de la forma adecuada —alzó una de sus manos— y serás trasladado al aeropuerto. Debes permanecer atento y ser inflexible.

—Gracias —contestó Nicholas de forma automática.

—El agradecimiento no viene a cuento —dijo Justin, disponiéndose a salir.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? —añadió Nicholas—.

¿Podrías darme alguna noticia de Marcus o Eliza?

Se le ocurrió que quizá Marcus compartía las dudas e intenciones de Justin. En cualquier caso, era una idea alentadora.

—Marcus —contestó Justin— está en buenas manos. Le va todo muy bien, y está al tanto de tu misión. Le mantendremos plenamente informado de tus progresos, y le mostraré personalmente tus informes. Eliza está haciendo una buena labor y está demostrando ser muy útil para la organización. Está de acuerdo o no, ella también está en buenas manos.

—Gracias —repitió Nicholas.

Sin decir otra palabra, Justin le entregó una funda de gafas y desapareció.

Nicholas se puso sus gafas nuevas. Los detalles de cuanto le rodeaba, que hasta ahora se le habían escapado, se hicieron nitidos: el suelo y las paredes sucias, las sábanas mugrientas, la puerta oxidada con una mirilla en su parte exterior. Aquella visión no le descorazonó. El almuerzo sabía menos inmundamente normal, y sus gafas nuevas parecían teñirlo todo de un extraño tono rosáceo.

## Resistencia

Aquella tarde, Cabeza de Bala le llevó a la sala de interrogatorios una vez más. Gracias a que la sala estaba más iluminada y a que llevaba puestas sus gafas nuevas, pudo ver a Número Uno y Dos más claramente. Ambos iban uniformados y a ambos les echó unos cincuenta años. Pero cada uno mostraba una actitud muy distinta hacia él. Número Uno, pálido y de finos labios, le ignoró por completo al entrar. Su mirada fija y concentrada reflejaba una eficiencia muy impersonal y profesional. Se dedicaba a examinar sus documentos y tomar notas. Número Dos, por el contrario, tenía una cara más expresiva y sincera, aunque muy variable. Sus ojos recaían una y otra vez sobre él, observándole con minuciosidad, y sus labios reposaban en una sonrisa que oscilaba entre la elación y la hostilidad. Número Uno llevaba gafas oscuras; Dos sujetaba las suyas en su mano derecha, haciendo con ellas señas a Nicholas para indicarle que se sentara.

—Bien —empezó Número Dos con entusiasmo—, ya veo que lleva puestas sus gafas nuevas. ¿Por dónde íbamos?

—Empecemos por nombres —interpeló Número Uno energicamente, haciendo balancear su bolígrafo.

—Soy muy malo para los nombres —dijo Nicholas.

De pronto la sonrisa de Número Dos se transformó en una mueca de hostilidad. Se puso sus gafas oscuras.

—¿Está dispuesto a renunciar al optimismo y denunciar a todos los optimistas? —preguntó Número Uno de forma abrupta.

—No soy muy bueno ni en renunciaciones ni en denuncias —contestó Nicholas.

—¿Está dispuesto a jurar que su mente no acariciará más ideas optimistas y que su hogar no volverá a dar cobijo a elementos optimistas? —continuó de forma implacable Número Uno.

—Yo nunca juro —contestó, intentando parecer cooperativo sin llegar a serlo.

Número Dos continuó con hostilidad.

—No parece entender, Caritat —Nicholas se dio cuenta de que acababa de ser despedido de su puesto académico—, la naturaleza de la crisis que nos envuelve. El optimismo se opone a todo lo que Militaría representa, y pensamos arrancarlo de cuajo. Si lo defiende, y defenderlo incluye no oponerse a él, le destruiremos también a usted. Este es su momento decisivo, Caritat. ¿Está con nosotros o no?

Nicholas no contestó.

Número Dos, quitándose una vez más las gafas, volvió a utilizar un tono alentador.

—Lo que le ofrecemos es mucho más substancial que la esperanza. Le ofrecemos dignidad, honor, orgullo y la satisfacción de poder servir y salvar a su país.

—También podemos ofrecerle —añadió Número Uno—, un salario permanente y elevadísimo, una limusina con chófer a su constante disposición, y su propio —hizo una pausa para que causara mayor efecto— programa de televisión.

—Es usted un pensador de talla y reputación —dijo Número Dos—. Podría convertirse en nuestro consejero cultural, y quizás algún día incluso en ministro de Cultura. Podría convertirse en el líder intelectual de Militaría.

—Podría —continuó Número Uno—, reemplazar al doctor Orville Globulus.

¡Globulus! Nicholas hizo una mueca de asco. Globulus y él habían sido compañeros de clase en la universidad. La gente siempre solía decir que se parecían muchísimo físicamente. Pero, aparte de las similitudes exteriores, no podían ser más distintos. Globulus era un experto oportunista, superficial hasta la médula, un psiquiatra que se creía filósofo, un hombre que había flirtado con el manismo pero que ahora era el apologeta e ideólogo más fiel (y, por lo visto, de confianza) del gobierno. Aparecía cada noche en la televisión, planteando zalameras defensas de todo cuanto el gobierno defendía y condenando todo aquello que el gobierno condenaba. Su especialidad psiquiátrica había sido la paranoia y su actual papel, interpretado a la perfección, era propagarla. El mundo de Globulus estaba circundado y plagado de enemigos.

—Lo mejor —concluyó Número Dos—, dada su actual miopía, sería que organizáramos una cita entre el doctor Globulus y usted. Entretanto, Caritat, sugiero que siga haciendo aquello por lo que le han pagado hasta el momento: pensar.

Sonó el timbre y Nicholas regresó a su celda con un Cabeza de Bala especialmente hostil, quien le sirvió una insípida comida, pero no vació su orinal sucio, como si quisiera quitarle el apetito. Aquella noche, Nicholas intentó animarse discutiendo acerca de la vanidad y sus tentaciones con el doctor Johnson y con Alexander Pope.

Las palabras del doctor Johnson le sugirieron un extraño panorama de la vida erudita que Nicholas siempre había considerado tan reconfortante:

Para ser sabio, dignate volver tu mirada al efímero mundo e interrumpe un momento tu lectura; considera luego los males que acechan la vida del doctor: fátiga, envidia, indigencia, el mecenaz, la cárcel.

¿Acaso el reconocimiento que había mostrado Número Dos era digno de consideración? Seguramente no sería un reconocimiento de sus méritos académicos, como muy bien señaló Johnson a continuación:

Observa a las naciones, cultivándose de forma lenta y torpe, levantando el tardío busto del mérito enterrado.

Pero Pope se oponía con más violencia todavía a la idea de ser tentado por las sugerencias de Número Dos. «¿Qué es la fama?», preguntó, «esa vida tan ansiada por todos»...

Allende incluso la muerte... cuando lo que sentimos de ella empieza y termina en el pequeño círculo de nuestros enemigos y amigos.

Ambos tenían razón. Al hundirse en el sueño, Nicholas se sintió fortalecido para su encuentro con Globulus, a quien no deseaba ver en absoluto.

## Confrontaciones

A la mañana siguiente, después del desayuno, sonó un golpe imprevisto en la puerta de su celda.

—Adelante —dijo Nicholás en voz alta, como si estuviera recibiendo a un visitante en su despacho de la universidad.

La puerta metálica se abrió lentamente y Cabeza de Bala introdujo a un invitado, hacia quien mostraba una deferencia hasta el momento inédita en él. Se llevó consigo el bacín, pero, por desgracia, no logró, llevarse también su pestilencia. Cerró la puerta y se fue. El visitante era un cura, vestido de negro al estilo propio de un sacerdote, que sujetaba su sombrero en la mano. Era alto, joven y distinguido. En su rostro alargado, afilado y barbudo predominaban los sinceros e inalterables ojos azules del creyente.

—Espero que mi visita no sea una molestia, profesor Carriat —dijo el cura en un tono de voz de barítono, grave y profundo—. Ya sé que no es usted precisamente amigo de la religión o de la filosofía religiosa, pero pensé que una conversación entre nosotros podría servir de alguna ayuda.

«¿Ayuda para quién?», pensó Nicholás. El cura tenía razón: tenía poco oído para lo religioso. Además, salvo raras excepciones, hacía tiempo que la Iglesia había desplegado sus fuerzas y doctrinas en Militaria en apoyo inequívoco aunque ambiguo a las diversas Juntas.

—Es cierto —observó Nicholás secamente—, que prefiero la claridad al consuelo.

El cura se sentó en el borde de su cama.

—Si me permite decirlo, es usted y no yo quien está cegado por la fe —dijo—. Me refiero a la fe en que el mundo es receptivo a los propósitos humanos. Usted cree que la naturaleza y

las instituciones humanas están gobernadas por principios inteligibles para los seres humanos. Usted cree que los seres humanos, iluminados por ese conocimiento, pueden predecir y controlar crecientemente sus circunstancias naturales y sociales. ¿Y cómo piensa usted que dirigirán sus vidas? Usted se imagina que determinarán sus vidas a su antojo, que llegarán a considerar la guerra como el castigo más terrible, como el más espantoso de los crímenes. Supone que dejarán de sentir un desprecio criminal hacia personas de distintas razas o credos, que vivirán de acuerdo con hábitos adquiridos libremente, inspirados por la naturalidad y reconocidos por la razón. Imagina que idearán leyes y crearán instituciones que identifiquen los intereses individuales y crearán instituciones que identifiquen los intereses individuales con los colectivos, allanando así la senda de la virtud. Y que reconocerán que los derechos naturales de las mujeres son equivalentes a los de los hombres, y que dejarán de tolerar la tiranía que supone privar tan desprecupadamente a la mitad de la raza humana de sus derechos de ciudadanía.

«Usted supone que alcanzarán lo que llama la verdadera igualdad, en la que las diferencias de ilustración o talento dejarán de crear barreras entre personas con iguales sentimientos, ideas y lenguajes. Piensa que algunos querrán aprender de otros, sin necesitar ser dominados por ellos. Desearán confiar las tareas de gobierno a personas más capacitadas para ello, pero no estarán obligados a otorgarles el poder absoluto con una actitud de confianza ciega.

«Al creer en todo lo mencionado, me temo que es usted, y no yo, quien busca y encuentra consuelo. Lamenta los errores, los crímenes y las injusticias que siguen contaminando la tierra, pero su visión de la raza humana, finalmente librada del yugo del destino y de los enemigos de su progreso, y avanzando a paso firme por la senda de la verdad, la virtud y la felicidad, le sirve de consuelo. Tal es su credo.

A Nicholas le sorprendió la destreza con la que el cura había expuesto sus creencias, y también el hecho de que las había resumido con las mismas palabras que Condorcet, escritas durante su fuga del reinado del Terror, poco antes de su trágica muerte. Nicholas sentía ganas de modificar y desarrollar muchos aspectos de lo que acababa de escuchar. Pero, ansioso por escuchar lo que había venido a decirle el cura, permaneció en silencio.

—Su fe y su esperanza, profesor Carriat—dijo el cura—, avallan su bondad. Pero me temo que están colocadas fuera de contexto. Siente fe, esperanza y caridad hacia una naturaleza humana que no se merece tales sentimientos. Pues, ¿cómo puede negarme que no existe maldad para la cual el hombre no esté capacitado; que es una criatura desdichada, absolutamente despreciable; que no se merece ningún sacrificio, y mucho menos el autosacrificio que usted se inflige en nombre de su querida sima Ilustración?

Nicholas quedó perplejo ante aquellas palabras. Los curas no solían hablar así.

—Por supuesto que estoy de acuerdo—contestó Nicholas al fin— en que ahora sabemos que los seres humanos son capaces de caer en desgracias imaginables incluso para las mentes más apasionadas del siglo dieciocho. Pero en vista de este dato, ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Quedarnos mirando mientras los hombres se hunden más profundamente en la inmundicia y el lodo? ¿Darles la espalda para huir a nuestras reservas de seguridad? ¿O deberíamos intentar ayudarles, individual y colectivamente, mediante la educación, mediante la instrucción pública, creando instituciones, formulando constituciones?...

—Los artículos de su fe—continuó el cura—, fueron escritos por personas perdidas en sus ilusiones. Creían que las condiciones de vida humana eran reformables o transformables. Su entusiasmo no les permitía ver que los individuos son irredimibles; y sus flaquezas y deficiencias, irremediables. El dominio de la acción humana está enteramente gobernado por dos grandes principios: Perversidad y Futilidad. El primero garantiza que las buenas intenciones preparan el terreno para el infierno, que los intentos de mejorar este mundo son en realidad bases para empeorarlo. El segundo asegura que todos los caminos llamados «Progreso» o «Reforma» no conducen a ninguna parte y terminan en el desierto. Cualquiera mapa que indique otros itinerarios no es un mapa que corresponda a este mundo.

—Su certidumbre es sospechosa—intervino Nicholas—. Presuntamente se basa en la interpretación más pesimista de la evidencia más desoladora. Y su visión del futuro no contiene líneas indefinidas; es invariable, inalterable, predeterminada. Pero, ¿cómo puede saber todo esto? Además—Nicholas comenzaba a

disfrutar del tema—, se contradice. Por una parte, dice que cualquier esfuerzo humano por mejorar el mundo pone en evidencia su extraordinariamente perversa capacidad de empeorarlo. Por otra parte, dice que tales esfuerzos son tan sumamente débiles que siempre terminan por ser infructuosos.

El cura parecía impasible ante esta serie de argumentos:

—Me acusa de basarme en evidencias preconcebidas, en certezas injustificadas, de ser ilógico. En realidad, usted piensa que exagero de manera salvaje. Pero, ¿estoy exagerando realmente? ¿Cuál es esta «naturalidad» en la que se basan sus esperanzas y creencias? Es un paisaje de interminable violencia, de dolor y destrucción. El mundo entero está siempre empapado en sangre, es un enorme altar donde todo aquello que contiene vida es irreflexivamente sacrificado. Existe un poder oculto que se asegura de que la vida en la tierra siga su curso únicamente a través de la violencia. De cada especie animal, selección a porcentajes encargados de devorar a los demás: insectos de rapiña, reptiles de rapiña, aves de rapiña, peces de rapiña, cuadrúpedos de rapiña. Y ¿cuál es el rey de todos estos animales, cuya mano destructora no perdona a ningún ser viviente? El hombre mata para obtener alimento, mata para vestirse, mata para adornarse, mata para atacar y mata para defenderse, mata para instruirse, mata para entretenerse, mata por matar. Vive en una carnicería perpetua. Desde la tripa de gato de las cuerdas de su violín a la ropa que lleva puesta, a la cena en su mesa, cuanto le rodea hiede a cáver.

«Ni siquiera limita sus aficiones a los grados más bajos de la creación. Estos seres humanos en los que deposita usted tanta esperanza y tanta fe, y a quienes otorga tanta caridad, provistos de entendimiento, sentido moral, simpatía natural, aspiración a la justicia y capacidad para las lágrimas: ¿qué horrores no son capaces de cometer con su prójimo? ¿Qué le sugieren, mi querido profesor de la Ilustración, las experiencias de este siglo? La experiencia de ser metido como un fardo en un camión de ganado, apretado contra los cuerpos forcejeantes de otros, y todos destinados, con absoluta certeza, a un horno crematorio. De arrastrarse con miedo a lo largo de innumerables caminos polvorientos bajo un sol abrasador, acarreado niños pequeños y unas miserables pertenencias, después de que vuestros pueblos y

vuestros hogares hayan sido arrasados, sólo para morir de hambre y de enfermedad. O de yacer malherido y agonizando en un hospital falto de medicinas y anestesia, bombardeado sin cesar por aquellos que una vez fueron vecinos vuestros. De ser abrasado por la radiación atómica, asfixiado por gas venenoso o penetrado por fragmentos de una andanada de bombas. O ser atado y violado por un grupo de soldados de risa hiriente, completamente indiferentes a tu angustia personal e incommunicable. De ser rescatado indefinidamente y sin esperanza de rescate en un campo de trabajos forzados remoto o en un pabellón psiquiátrico, que en comparación —el cura echó un vistazo a su alrededor— este lugar le parecería bastante agradable, sólo porque alguien ha decidido que eres un campesino demasiado rico o un enemigo peligroso, o porque perteneces al grupo étnico equivocado o simplemente porque tienes ideas equivocadas. ¿Cuántas personas han sido masacradas en este siglo por estas mismas razones? ¿Cuántos han sido sacrificados en el nombre de ideales surgidos precisamente de su Ilustración, elaborados por fanáticos y sus ciegos seguidores, que pensaban que el Universo estaba organizado de tal modo que un futuro de perfecta igualdad, unidad, fraternidad y felicidad estaba al alcance de la mano, convencidos de que el único obstáculo que les detenia para lograrlo eran sus enemigos?

—No conozco en absoluto las bases bajo las cuales se ordenó el Universo —observó Nicholás—. De hecho, no tengo razones para imaginar que fuera ordenado en absoluto. Lo cual es una razón, admito que negativa, para pensar que merece la pena intentar transformarlo en un lugar más habitable y hacer la vida en él más digna de ser vivida. Usted, por el contrario, parece extraordinariamente seguro de sus argumentos.

—No tengo especial discernimiento sobre los propósitos de la Providencia divina —continuó el clérigo—, ni tampoco, por supuesto, lo tiene usted. Lo que sí sé es que a estas alturas sabemos lo suficiente como para estar seguros de que el mundo no está organizado para el beneficio de la humanidad. ¡Perversidad y Futilidad! Más nos valdría suponer que todo este dolor y miseria es un castigo divino aplicado a culpables e inocentes por igual, la forma en que la Providencia redime a la humanidad pecadora. Existe tanto pecado en el mundo, profesor, que debe ser expiado mediante una cantidad proporcional de sufrimiento. Los

pecados de los padres serán pagados por los hijos. Una furia divina se apodera de los seres humanos, convirtiéndolos en asesinos inocentes, instrumentos pasivos de una mano fuerte, mientras se sumergen en el abismo que ellos mismos han creado.

—Es usted un extremista! —declaró Nicholas—. Su visión de la historia humana se enfoca únicamente en los extremos, en la evidencia de lo peor que los seres humanos son capaces de hacerse los unos a los otros. Por supuesto que no niego ni subestimo dicha evidencia. Pero, ¿qué hay de todo lo demás? Dejando a un lado lo mejor, ¿qué me dice de lo bueno, o de lo moderadamente malo?

—Usted dice que exagero. Ahora me pregunta sobre los pocos oasis de luz en medio de toda esta oscuridad, aquellos lugares donde existe el orden y la paz y la prosperidad y la vida civilizada. Yo le digo: observe esos lugares con detenimiento y descubrirá la degradación, la miseria y la desesperanza que le rodea y que le subyace, de la que depende la civilización tal y como la conocemos. Y yo le digo que tales lugares no son faros sino añagazas, que descarrían a los necios e inducen a falsas esperanzas...

Nicholas interrumpió al cura.

—Lo que usted quiere —dijo—, es deslumbrar a la gente en lugar de ilustrarla. Quiere seducirla, imburirla de sus prejuicios.

—Eso es porque la luz de su querida razón no es más que una tenue llama parpadeante que se extingue con demasiada facilidad —respondió el cura.

—No me ha ofrecido una sola razón para aceptar su visión pesimista —dijo Nicholas.

El clérigo se echó a reír.

—Así que piensa que soy un pesimista. Déjeme que le cuente una cosa —se inclinó hacia delante con una expresión de interés en la cara—, un pesimista dice: «Las cosas no podrían estar peor». Un optimista dice: «Sí que podrían». En ese sentido, soy un optimista convencido. Y déjeme decirle otra cosa —se acercó un poco más y bajó el tono de voz—. Siempre he detestado, sigo detestando y detestaré toda mi vida al gobierno militar. Cualquier cosa hecha en la esfera del arte de la guerra es una pura desgracia. Los necios desvergonzados que gobiernan este país realmente no son merecedores de su aprecio o su respeto, ni del

mío. No son más que meros técnicos de la guerra, y hasta en eso son ineptos. No tienen el sentido de misión divina o de cualquier propósito más noble que el de aferrarse al poder. Pero vivimos unos tiempos tristes. Ante la anarquía y el caos, los seres humanos deben apiñarse con temor bajo la reconfortante sombra de una fuerza superior. A veces hace falta cierto grado de crueldad, en ocasiones considerable, para evitar que las cosas empeoren todavía más. El torturador y el verdugo son nuestra protección ante la guerra de todos contra todos. Son la base, el cimiento sobre el que se apoya mi optimismo. Ellos y solamente ellos son nuestra única salvación, profesor. Estoy convencido de que la luz de la razón no ofrece ninguna.

El clérigo se levantó de la cama. Había terminado de hablar y parecía que no tenía nada más que añadir. Aunque nunca había visto a aquel cura con anterioridad, Nicholas había reconocido sus palabras: había hablado con las inconfundibles palabras y los acentos de Joseph de Maistre, el enconado e implacable enemigo de la Ilustración y la Revolución francesa. Nicholas se levantó también. Había un abismo de incomunicación entre ellos que en esos momentos parecía absoluto. El sonriente cura pareció entenderlo y sentirse satisfecho por ello.

—Puede que nuestra conversación haya servido de algo —observó, mientras pulsaba el botón cercano a la puerta para llamar a Cabeza de Bala.

«¿Haya servido de algo para quién?», se preguntó Nicholas una vez más, mientras se aproximaban las pisadas desde el exterior. Cabeza de Bala abrió la puerta para dejar salir al cura.

Nicholas permaneció sentado y en silencio durante unos treinta minutos, dándole vueltas a las extrañas palabras del clérigo y a la «conversación» entera. Su recuerdo le inquietaba. Se habían escuchado y respondido el uno al otro, pero, ¿se habían comunicado? De hecho, ¿cómo sería posible si, como bien había dicho el cura, lo que les dividía era una confrontación de fes, donde la razón no era árbitro sino secuaz? Aquella mañana no había empezado con buen pie.

La puerta se abrió de golpe, dando paso a un Cabeza de Bala más agresivo de lo normal.

—Ahora le llevaré a ver a alguien que le pondrá en su lugar —chirrió, empujando a Nicholas fuera de la celda.

Giraron hacia la derecha, en dirección a la revisión ocular. Cabeza de Bala se detuvo ante una puerta y llamó con respeto.

—¡Adelante! —estalló una voz potente y tristemente familiar. Cabeza de Bala introdujo a Nicholas a empujones, tras lo cual parecía un tanto confuso sobre lo que se esperaba de él. Primero hizo una reverencia, después una salutación y finalmente dijo:

—Tengo el honor, señora, de entregarte al prisionero.

—Bien, ahora vete —respondió Globulus desabridamente.

Cabeza de Bala se marchó, con aspecto un tanto afligido.

—¡Nicholas, qué inmenso placer! —dijo Globulus, volviéndose hacia él.

Sentado tras su mesa, vestía ostentosamente con un traje verde oscuro de terciopelo y una chillona camisa amarilla, y lucía una pajarita con lunares rojos de talla exagerada. Nicholas tuvo que reconocer, de mala gana, que conservaban un parecido físico extraordinario. Ambos eran altos, fornidos y ligeramente encorvados, ambos tenían abundante pelo negro rizado, encaneciéndose en el área de la sien, amplia frente, nariz larga y recta y boca carnosa y expresiva. La cara sonriente de Globulus, sin embargo, estaba bronceada gracias a las caras vacaciones en caros hoteles y cebada con las innumerables comidas en los mejores restaurantes, mientras que la de Nicholas era caudavérica y ojerosa: reflejaba la palidez del estudioso. Y, al contrario de Nicholas, Globulus lucía una perilla encanecida y bien cuidada. Ambos tenían ojos de un azul grisáceo bajo cejas negras y tupidas y lentes de monturas doradas. Los ojos de Globulus seguían reflejando la misma mirada de inocente perplejidad ante la idea de que pudiera existir alguien que pensara mal de él. Siempre había sospechado que Nicholas era uno de ellos.

—Siempre he disfrutado de nuestras conversaciones —empezó Globulus—, y siempre he admirado tus maravillosos escritos. Claro que esto no es lo que nuestro amigo Habermas habría llamado una situación comunicativa ideal, pero tendremos que contentarnos con lo que hay.

La conversación anterior le había incitado a combatir y retar al cura con una visión del mundo inexorable, pero ahora Ni-

cholas pensó que más le valdría permanecer en silencio, y así evitar comprometerse.

—Nicholas —Globulus le miró a los ojos y adoptó un tono de voz urgente y confidencial—, estamos cercados. No debes dejarte engañar por sus astutas palabras. Son despiadados, créeme, despiadados.

—¿Quiénes? —Nicholas no pudo evitar la pregunta.

—Todos ellos —contestó, tras lo cual Globulus procedió a recitar, uno tras otro, los nombres de todos los antiguos profesores con quienes habían trabajado, amigos, conocidos, antiguos alumnos, intelectuales, escritores y maestros. Nicholas sabía a buen seguro que muchos de ellos estaban escondidos y otros habían desaparecido.

—Eres un paranoico, eso es todo —contestó Nicholas con frialdad.

—Un paranoico —replicó Globulus con tono de experto— es aquel que sabe lo que en realidad está ocurriendo.

—Tonterías —protestó—. Lo que dices es una tontería.

—¿De veras? —preguntó Globulus—, ¿estás seguro? ¿Es acaso menos fundado que todas aquellas ideas del progreso de la humanidad en las que tú y tus amigos —alargó esta última palabra— creéis o queréis creer? ¿Dónde está la evidencia que justifica vuestro «progreso»? ¿Acaso habéis encontrado alguna en la historia de nuestro país, o en el mundo entero?

—La idea del progreso —respondió Nicholas con irritación, recordando su conversación con Kant—, adquiere más importancia cuanto más la contradicen los hechos.

—Ocurre exactamente igual con lo que tú llamas mi paranoia. Sólo que existe una pequeña diferencia: que en mi caso los hechos la avalan. Todos los nombres que te he citado son los de nuestros enemigos, ¿no es así?

—Tú les has convertido en tus enemigos —respondió.

—Vamos, mi querido Nicholas. Yo, nosotros, no les hemos convertido en nada. Son agentes libres y se han puesto del lado opuesto a Militaría.

Aquella conversación no estaba resultando en lo más mínimo agradable para Nicholas, aunque tuvo que reconocer que era un tanto estimulante. Por lo menos Globulus no sólo estaba intentando asustarle o manipularle, sino también convencerle.

—Van contra ti—continuó Nicholas—, porque les acosas, les persigues y les tratas como al enemigo.

—Pero eso es lo que son—dijo Globulus—. Estamos defendiendo un ideal en su contra: el modo de vida de Militaría. Tú, por el contrario, no tienes nada que defender, más que la vaga y abstracta esperanza de que habrá un futuro mejor para todos, cuando todos sabemos que no lo habrá. También sabemos que toda esta ilusión acerca del Progreso es, como dicen nuestros queridos filósofos franceses Foucault, Lyotard, Baudillard y Kristeva, una «metanarrativa» agotada. El tiempo de las metanarrativas, Nicholas, ha acabado. Lee a Richard Rorty. La historia no va a ninguna parte. Todo es contingente y cualquier cosa podría ocurrir en cualquier momento. Aunque te parezca mentira, yo, por ejemplo, podría estar en tu situación y tú en la mía. Solíamos construir ficciones, como tu fábula del Progreso, como si pudiéramos dar a la historia algún sentido o alguna dirección. Pero no hay ni sentido ni dirección. Sólo cuentos que nos inventamos.

—Tú eres el inventor de cuentos—contestó Nicholas—, cuentos de conspiraciones imaginarias maquinadas por todos aquellos a quienes odias, para justificar los crímenes del régimen al que sirves.

—Justificar!—repió Globulus—. ¿Por qué tendría que justificar los actos de mi gobierno? Lo que hace falta es persuadir. Evidentemente tú no estás persuadido, y por una razón muy sencilla: tu maldito optimismo te ciega ante lo que cualquier persona con dos dedos de frente sería capaz de ver. Como suele decirse: un pesimista es un optimista bien informado. ¿Acaso tus amigos optimistas tienen alguna idea de cómo sería la sociedad que tanto anhelas? ¿Acaso la Mano Visible tiene la menor idea de para qué serviría el Progreso que tanto dicen valorar?

Nicholas empezó a cansarse de aquel intercambio: quedaba bastante claro que no estaba sirviéndole de nada. Globulus estaba intentando provocarle, induciéndole a decir cosas que sin duda alguna le incriminarían y que aparecerían debidamente en la pila de documentos de Número Uno.

—Nicholas—el tono de voz de Globulus se acercó al de un amigo que intenta ofrecer consejo—, ¿por qué no reconsideras tu actitud? Si accedieras a ser mi colega podrías continuar con tu

trabajo en condiciones confortables y tendrías verdadera influencia sobre los tiempos en que vivimos.

Nicholas decidió aparentar una intransigencia poco menos que completa.

—¿Qué ganaría con eso?—preguntó con desdén.

Globulus decidió interpretar sus palabras como una pregunta.

—Libertad—contestó—. No sólo quedarías libre de prisión, sino que serías libre de ir adonde quisieras. Incluso podrías ser libre entre dientes—entrar libremente en prisión, como he hecho hoy yo mismo. Lo único que necesitarías es este documento mágico.

Le enseñó su pase, insertado en una pequeña funda de plástico adornada con una corona dorada grabada en relieve y una foto favorecedora.

—¿Puedo verlo?—preguntó Nicholas.

Globulus se lo tendió con orgullo. En aquel momento, la puerta se abrió de golpe con un fuerte estrépito. Otro preso, de imponente tamaño, gritaba y gesticulaba hacia el doctor Globulus. Dos guardias le sujetaban con considerable dificultad. Al observar más detenidamente, Nicholas se dio cuenta de que uno de los guardias era Justin; el otro tenía un parecido extraordinario con el oculista.

—¡Es usted un bastardo y un embustero!—gritó el preso—. Todo lo que se ha inventado son mentiras. Jamás me he citado con agentes extranjeros. Ni siquiera conozco a ningún extranjero.

Quizá por la presencia de Nicholas, o quizá por su conversación anterior, el doctor Globulus intentó calmar al preso, pero sólo consiguió excitarlo todavía más. Entretanto, Justin miró a Nicholas y alzó una mano.

Nicholas se deslizó entre ellos rápidamente, y el oculista le señaló un pequeño aseó contiguo al despacho. Sobre el lavabo había un fardo de ropa sobre el que una nota escrita señalaba: CAMBIATE DEPIRSA. Como un rayo, se quitó su uniforme carcelario y se vistió con un traje verde de terciopelo, una camisa amarilla y pajarita de lunares rojos, idéntico al atuendo del doctor Globulus. También se puso una perilla postiza, debidamente encanecida en los bordes. El aseó tenía una segunda puerta de

la cual colgaba otra nota que ordenaba: HUYE DEPRISA. MANO. Giró a la izquierda y caminó con decisión por el pasillo.

Se aproximó a una puerta blindada custodiada por un soldado. Le enseñó a éste el pase de Globulus y como respuesta recibió un saludo y una puerta abierta. Asintió con la cabeza ligeramente, en reconocimiento al saludo del soldado, y escalo dos tramos de escalera hasta llegar al vestíbulo principal de la prisión. Frente a él estaba la puerta de acceso, vigilada por otro soldado. Al acercarse, las verjas de la prisión se abrieron de par en par.

Nicholas salió a la calle, donde un coche Ford Falcon de ventanillas ahumadas le esperaba con el motor en marcha. El conductor, vestido con uniforme militar, alzó su mano en señal de bienvenida.

—Por aquí, doctor Pangloss —dijo, escoltándole al asiento trasero. El coche se puso en marcha.

A su lado en el asiento trasero, había otro fardo de topa. Comprobó con alivio que también estaba su bolsa de viaje.

—Vístase deprisa —dijo el conductor—, por si nos paran.

Nicholas obedeció, guardando el uniforme de Globulus y la barba postiza en su bolsa de viaje. Descubrió que, vestido de doctor Pangloss, con un traje gris, camisa blanca y corbata verde pálido, aparentaba mayor seriedad. Dentro de los bolsillos de su nueva chaqueta encontró un pasaporte con una favorecedora fotografía de sí mismo, sin barba y con gafas, una cantidad de dinero, un trozo de papel con la dirección donde enviaría a Justin los informes y un billete de avión. Parecía que iba a viajar a Cálcula, en Utilitaria, con las Líneas Aéreas Utilitarias, en el vuelo UA 572, que despegaba una hora después.

—¿Qué ocurrirá si nos paran? —preguntó nerviosamente al conductor.

—No pierda la sonrisa, doctor —contestó éste, intentando tranquilizarle, aunque sin mucho éxito.

Llegaron a un área de control de seguridad.

—Deme su pasaporte —dijo el conductor. Lo mostró, junto con sus propios documentos, a los soldados. Estos les indicaron por señas que podían seguir su camino.

El conductor devolvió el pasaporte a Nicholas y le dijo, en un tono que parecía sincero:

—Contamos con que usted, doctor, encuentre el mejor de los mundos posibles. Estamos muy bajos de ánimo. Es usted nuestra única esperanza.

—¿Qué tengo que hacer cuando llegue a Cálcula? —preguntó Nicholas.

—Solicite asilo político —contestó el conductor.

## Entrada

—¿Y si me rechazan?—insistió.

—Mantenga la sonrisa—dijo el conductor, mientras estacionaba el coche en el aparcamiento del aeropuerto—. Y ahora, doctor, deberá continuar por su cuenta. ¡Suerte!

Nicholas anduvo a paso ligero hasta el vestíbulo de «Salidas». Por todas partes había soldados al acecho, apuntando sus rifles frente a ellos. Cometió el error de mirar a uno de ellos fijamente a los ojos, pues los del soldado se clavaron en él y le siguieron adondequiera que fuera. Su rifle hizo lo mismo. Mirada y rifle le siguieron al mostrador de control, donde esperaba una cola de tres personas.

El ojo y el cañón permanecieron pegados a Nicholas, poniéndole intensamente nervioso. Las tres personas de la cola, quejándose y protestando por sus asientos y su equipaje, tardaron una eternidad en ser atendidas. Por fin, Nicholas entregó su billete y su pasaporte.

—¿Fumadores o no fumadores, doctor Pangloss?

—No fumadores.

—¿Ventana o pasillo?

—Pasillo.

—¿Algo de equipaje?

—Señaló su bolsa de viaje.

—Solo esto.

—Aquí tiene su tarjeta de embarque. Embarquese ahora mismo. Puerta tres.

Al borde del pánico, Nicholas esquivó el ojo y el cañón hasta el control de pasaportes. Un soldado aburrido selló su pasaporte con desinterés, y Nicholas corrió hacia la puerta de acceso a su vuelo. Los pasajeros ya estaban embarcando. Les siguió hacia un autobús y después a unas escaleras que conducían al avión. Finalizado, se desplomó sobre su asiento. Finalmente a salvo, con el cinturón de seguridad abrochado, Nicholas quedó libre para contemplar su pasado y su futuro.

A medida que el avión avanzaba hacia la zona de despegue, se elevaban los ánimos de Nicholas. Tenía entendido que Utilitaria era un lugar prometedor. Se dirigía a un país consagrado al bienestar e interesado exclusivamente en el futuro. Sabía que el lema nacional de Utilitaria, acuñado por su revolucionario fundador, Jeremy Bentham, era: la mayor felicidad para la mayoría. Si todo iba bien, él mismo podría contarse entre aquella mayoría.

Su estado de ánimo recibió un empujón más cuando se percató de que el asiento contiguo al suyo estaba ocupado por una señorita delgada, vestida con un elegante traje azul y jersey negro de cuello alto, de pelo largo y castaño, ojos verdes, facciones delicadas, una sonrisa agradable y un ordenador portátil reposando sobre sus atractivas rodillas enfundadas en unas medias negras.

Como buena profesional treintañera, era evidente que tenía mucho trabajo, pues inmediatamente después del despegue, se dispuso a bajar la mesilla que había frente a ella, abrió su ordenador y entró en un archivo que contenía gráficas y tablas con cifras.

La azafata les ofreció refrescos y frutos secos a ambos, y con ello, la excusa para el inicio de una conversación. Como no había suficiente espacio en la mesilla de la chica, Nicholas le ofreció un hueco de la suya, comentándole que la compañía aérea había cometido una grave falta al no prever la posible necesidad de trabajar, comer y beber al mismo tiempo durante un vuelo. Sonriendo, ella le dio las gracias. Nicholas se presentó a sí mismo como doctor Pangloss, profesor y filósofo, de viaje a Utilitaria por primera vez. Ella le dijo que su nombre era Stella

Yardstick. Era una diplomática de Utilitaria y había estado bajando en Militarita. Nicholas le preguntó en qué estaba bajando. Su respuesta le sobresaltó:

—Inmigración —dijo—. Hay muchos militares que intentan entrar en Utilitaria. La mayoría de ellos con bastante urgencia. Claro que siempre solicitan asilo político, pero normalmente eso es sólo un pretexto y no hace más que ocultar el verdadero problema. Lo que intento calcular es si existe algún tipo de inmigrante que contribuya de manera significativa al bienestar global. Es bastante complicado.

Nicholas asintió con entusiasmo. Pero la abrupta respuesta de Stella Yardstick sugería que para ella lo complicado eran sus cálculos, y no el conflicto de principios que aquel asunto implicaba.

—Y «el bienestar global» incluye el bienestar de todos esos militares desesperados? —preguntó Nicholas.

Ella le ofreció una sonrisa que bien podía ser de condescendencia.

—Nuestras habilidades calculadoras han evolucionado notablemente —contestó—, pero todavía no ha llegado el día en que podamos calcular sobre el mundo entero. Me temo que hasta que llegue ese momento, tendremos que conformarnos con las consecuencias de la política de Utilitaria para los utilitaristas.

Nicholas se preguntó si debería explicarle su propia situación para así averiguar lo que le esperaba a su llegada, y quizás incluso conseguir su ayuda. Decidió abstenerse. Quedaba claro que ella no estaba predispuesta a ponerse de parte de refugiados políticos y, además, él ya se había presentado bajo un nombre falso. Decidió en cambio dar un giro al curso de su conversación. Le preguntó cuál había sido su impresión de la situación en Militarita.

—¡Bastante espantosa! —exclamó.

Nicholas asintió con entusiasmo una vez más. Le preguntó qué había sido, en su opinión, lo más espantoso de todo.

—El terrible derroche de recursos humanos, la desorganización de la producción, el fracaso de la burocracia, el caos administrativo. ¡El lugar entero es un desastre administrativo! Pero, ¿qué puede esperarse cuando las fuerzas militares están en el poder?

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Nicholas.

—Y lo peor de todo —continuó ella—, es que han perdido la capacidad de calcular el alcance del desastroso estado que han creado. ¡Con todas esas desapariciones! Ya nadie sabe cuál es la verdadera población de Militarita. ¿Sabía usted que no han tenido un censo como es debido en *quinze años*?

Nicholas tuvo que admitir su ignorancia.

La azafata les trajo la comida. Stella Yardstick apagó su ordenador y volvió a posarlo sobre sus rodillas. El almuerzo llegó en bandejas de plástico, con cubiertos de plástico, envasado en pequeños cuadrados y rectángulos blancos y envuelto en un fino plástico transparente. Sin duda era una mejora respecto a la dieta servida por Cabeza de Bala: era bastante menos insípida, incluso parecía bastante sabrosa. La azafata también les ofreció a cada uno media botella de vino tinto, que ambos aceptaron. Nicholas observó con bastante alivio que el vino llegó en copas de cristal.

Nicholas le pidió a su compañera de viaje que le explicara cómo era la vida en Utilitaria. Mientras bebían de sus respectivas copas de vino, ella respondía a sus preguntas con ánimo, incluso con entusiasmo. Era evidente que se sentía contenta de regresar a casa.

Le explicó que los ordenadores tenían mucho éxito allí. Lo cierto era que los cálculos eran una obsesión nacional. Todo habitante de Utilitaria estaba de acuerdo con el principio de que lo único que cuenta es todo aquello que puede contarse. Cuando se enfrentaban con la pregunta «¿qué podemos hacer?», todo utilitarista invariablemente transformaba la pregunta en «¿qué opción producirá la mayor suma de provecho?». Todos adoraban las calculadoras de bolsillo, y Stella se había traído varias con ella de regalo. Los tecnócratas, burócratas y jueces, los personajes más poderosos y admirados de Utilitaria, eran particularmente aficionados a calcular, aunque ellos utilizaban los ordenadores más modernos para hacerlo.

Le contó que existían dos partidos políticos: el Partido Actor, en la oposición, y el gobernante Partido Regulista. Lo que les dividía era que los actores decían ser democráticos, e intentaban promover la utilización de calculadoras de bolsillo, mientras que los regulistas desaprobaban su uso incluso para las decisiones más insignificantes. Según los regulistas, la gente debería

vivir de acuerdo con las «reglas elementales», ideadas e interpretadas por tecnócratas, burócratas y jueces según sus métodos y habilidades de cálculo superiores. Los actores solían llamar a los regulistas «elitistas», y éstos llamaban a los actores «demagogos».

—Yo diría que es usted una regulista —dijo Nicholás—. Ella le ofreció una sonrisa, revelando dos hileras de dientes perfectamente uniformes y blancos. Nicholás empezó a encontrar aquella sonrisa, pese a los hoyuelos en sus mejillas, menos acogedora de lo que le pareció en un principio. ¿Podría ser que fuera una sonrisa también calculada?

—Los miembros del Servicio Diplomático son políticamente neutrales —respondió.

Llegó la hora del café. Hasta el momento, la chica le había pintado un cuadro de la vida utilitarista muy tranquilo. Nicholás decidió preguntarle cuáles eran los problemas más urgentes con que se enfrentaba el país.

Ella exhaló un suspiro. Le explicó que existía una región al oeste del país donde rara vez dejaba de haber problemas, problemas que ahora parecían ser constantes, tanto allí como en otros puntos de Utilitaria. La mayoría de los habitantes de aquella región eran utilitaristas, pero una minoría apoyaba a un movimiento que estaba comprometido con la pugna por la independencia de su territorio. Los utilitaristas llamaban a los miembros de aquella minoría «intolerantes». Stella le contó que los intolerantes estaban obsesionados con el pasado. Estaban mucho más interesados en feroces y virulentas proclamaciones y discusiones sobre el significado de las batallas de hacía cuatrocientos años que en calcular cuál de las diversas opciones actuales produciría la mayor suma de futura utilidad. Pasaban la mayor parte de su tiempo odiando, blasfemando y luchando contra sus opresores utilitaristas.

Los intolerantes, explicó, también estaban dispuestos a organizar desestabilizadoras campañas de terror dentro de Utilitaria. Acababa de empezar una nueva, con propósitos que ella desconocía y que no parecían interesarle. Ni que decir tiene que los utilitaristas eran abiertamente indiferentes a los intereses de aquellos que llamaban intolerantes, y atribuían su comportamiento violento y bárbaro a su incomprensible obsesión por el pasado.

La azafata se acercó para recoger sus respectivos residuos de plástico. Stella Yardstick volvió a sonreír a Nicholás, colocó su ordenador de nuevo sobre la mesilla y lo puso en marcha, apareciendo entonces su sonrisa.

—Y ahora —dijo—, debo seguir con mi trabajo.

—Por supuesto —dijo Nicholás—. He disfrutado mucho de nuestra charla.

—Yo también —contestó ella con generosidad.

Les quedaba una hora de vuelo. Mientras ella comparaba y evaluaba el futuro de las distintas clases de potenciales inmigrantes a Utilitaria, Nicholás contempló el suyo. Mientras ella releaba el futuro de éstos, él intentó trazar el suyo propio. Una vez, hacía años, Nicholás había conocido a un utilitarista, un estudivioso del siglo XVIII, experto en Helvétius, que había asistido a su conferencia sobre Voltaire. Aquella fue precisamente la conferencia en la que empezaron todos los problemas de Nicholás, cuando el régimen le identificó por primera vez como un estudivioso de peligrosas ideas optimistas. ¿Cómo se llamaba aquel académico utilitarista? Nicholás podía recordar su agradable sonrisa y su manera de hablar tan escueta y precisa, pero no su nombre.

Comenzaron su descenso hacia Cálcula. Stella Yardstick cerró su ordenador y su mesilla. El avión aterrizó con suavidad y los pasajeros se levantaron al unísono. Nicholás alcanzó su bolsa en el compartimiento superior y entregó a su acompañante su abrigo. La siguió a ella y a los demás pasajeros al edificio del aeropuerto. Al fijarse en los pasajeros por primera vez, Nicholás se dio cuenta de un hecho preocupante: se dividían en tres grupos muy distintos. En primer lugar, había hombres y mujeres jóvenes, decididos, seguros de sí mismos, vestidos con elegancia y que sujetaban ordenadores portátiles, análogos al de Stella Yardstick. Hacían cola ante un cartel a la izquierda de la sala que rezaba: CIUDADANOS DE UTILITARIA. En segundo lugar, había un grupo que claramente estaba de vacaciones: adolescentes con mochilas, parejas de ancianos y familias de aspecto despreocupado. Estos se agruparon ante un cartel donde estaba escrito: VISITANTES CON VISADOS. El tercer grupo, a la derecha, esperaba frente a un cartel menos esclarecedor y bastante menos alentador: OTROS.

Su compañera de viaje se dirigió directamente a la fila de la

izquierda. Al incorporarse a ella, le ofreció a Nicholas la mano y una sonrisa de despedida.

—Espero que disfrute de su visita —dijo—, y que su estancia aquí sea placentera.

—Gracias —dijo Nicholas, uniéndose a la fila de visitantes, hasta que Stella se diluyó por el control de pasaportes. La fila de la derecha desapareció enseguida. La fila central de visitantes también avanzaba con bastante rapidez. La de «Otros», sin embargo, permanecía prácticamente inmóvil. Lamentando su falta de visado, Nicholas se escurrió desde la segunda fila de visitantes hasta el final de la cola de espera.

Estaba compuesta por hombres y mujeres de distintas edades, la mayoría iban vestidos de forma harapienta, algunos eran muy viejos y estaban enfermos. Una de las mujeres estaba embarazada y otras muchas iban acompañadas por niños pequeños. Los adultos se aferraban a sus pasaportes con ansiedad. Todos ellos mostraban un aspecto atormentado, realizado por la esperanza que mantenían viva. Era evidente que sus ilusiones eran idénticas a la suya: obtener asilo político. El problema de todos ellos, problema que también él compartía, consistía en convencer a Utilitaria de que existían buenas razones para admitirles. Todos cargaban con un pasado desgraciado pero, ¿por qué tenían que concederles un futuro feliz? Los servicios de asistencia y seguridad social de Utilitaria eran notoriamente impecables y costosos para el bolsillo público. Cada nuevo inmigrante representaba cierto coste y un beneficio discutible. El problema radicaba en cómo convencer a Utilitaria de que el beneficio pesaba más que el coste.

La cola frente a él avanzaba con lentitud. Individuos y grupos de familias esperaban en orden ante la ventanilla de cristal antes de acceder a una oficina tras una puerta metálica gris para sufrir más interrogatorios. Hablaban en voz baja, urgente y suspirante. Mientras esperaba su turno, Nicholas pensó que quizá fuera mejor abandonar su identidad recién adquirida: el caso del ficticio doctor Pangloss no era más convincente que el del verdadero Nicholas Caritat.

Finalmente se detuvo ante el cristal y mostró su pasaporte.

—En realidad —dijo, sintiéndose un tanto ridículo—, mi nombre no es Pangloss. Es Caritat.

—Entiendo —dijo un joven y serio soldado con visera.

—Y quisiera solicitar asilo político —añadió en voz baja, urgente y suplicante.

—¿Puede usted demostrar que es quien dice ser? —preguntó el oficial—, ¿y que no es quien dice no ser?

Cada uno de estos deberes parecía tan insuperablemente difícil como el otro.

—No puedo demostrar nada —murmuró Nicholas con impotencia. Aquello parecía una derrota profesional.

El severo oficial señaló hacia la puerta gris de metal, en la que podía leerse CONTROL DE INMIGRACIÓN. Nicholas llamó y entró. Era un despacho pequeño y cuadrado de paredes de un gris metalizado y una mesa del mismo color, tras la cual se encontraba sentada una funcionaria de inmigración en uniforme gris. Tenía aspecto de estar profundamente aburrida. Se sentó en una silla gris de metal frente a ella.

—En apariencia, no es usted quien aparenta ser —empezó la mujer de forma poco esperanzadora.

Nicholas decidió arriesgar su futuro con la verdad, ya que dudaba de su capacidad para inventar una ficción más convincente. Para empezar, no tenía ni idea de lo que podía considerarse convincente. Así que empezó con su historia mientras la funcionaria uniformada de gris le escuchaba impasiblemente, con los ojos cerrados. Volvió a abrirlos una vez que Nicholas hubo acabado, para empezar a pulsar un teclado, alzando la vista sólo para mirar la pantalla frente a ella.

—Parece ser que ha escrito usted libros y artículos —observó. —Así es.

—¿Cuánto pesan?

—¿Que cuánto pesaban? ¿Se refería al peso de su reputación académica? Nicholas titubeó. ¿Empeoraría la situación si aparentase ser modesto?

—¿Cuántos kilos? —especificó la mujer.

Pensó que más le valdría inventárselo. No saberlo podría ser interpretado como un signo de incompetencia.

—Trece y medio —dijo con firmeza.

La mujer tecleó la cifra.

—¿Cuántas ediciones?

Nicholas hizo otra rápida estimación.

—Ciento noventa y tres.

—Velocidad de producción.

—Actualmente, cinco al mes. Pero me gustaría incrementarlo.

—¿Ha producido usted discípulos en su área?

—Sí.

—¿Cuántos?

Conjeturo de forma errática.

—Dos mil tres —dijo.

La mujer tecló la cifra y le miró. Su aburrimiento parecía haberse desvanecido.

—Profesor Caritat —dijo—, quizá podamos concederle el beneficio de suponerle inocente en lugar de condenarle. Parece ser que es usted un académico y profesor extraordinariamente productivo. Nuestro propósito en Utilitaria, como usted sabrá, es maximizar la utilidad, y su contribución podría ser significativa, aunque no podemos estar seguros.

«¡Maximizari!» La palabra hizo eco en su mente. «¡Maximizari!» Eso era. El utilitarista que había conocido en un pasado, el experto en Helvétius, se llamaba Maximand, Gregory Maximand. —¿Existe alguien —continuó la funcionaria—, que sepa algo de usted? ¿Alguien a quien pudiéramos consultar para poder evaluar su posible productividad en este país? —¡Gregory Maximand! —gritó Nicholas, excitado—. El me conoce.

—¿Quién es y dónde está? —preguntó la funcionaria.

Nicholas no logró recordarlo, pero algo tenía que decir.

—La Universidad de Cálcula. Departamento de Historia.

La mujer tecló los datos y pasó a otra oficina, supuestamente a hacer la fatídica llamada telefónica, abandonándole en el limbo entre el desamparo y la esperanza.

Regresó a los veinte minutos con lo que Nicholas creyó que era el tenue rastro de una sonrisa.

—Hemos tenido algunos problemas para encontrar a su profesor Maximand —dijo—. En la Universidad de Cálcula no hay Departamento de Historia. La historia es una rama del Departamento de Futurología. Pero hemos conseguido localizarle. Hemos decidido ofrecerle un permiso de residencia y de trabajo para seis meses. Lo único que necesitamos son cuatro fotografías y su firma. Sígame, por favor.

La mujer le guió a través de la puerta por donde había entrado, le entregó unas cuantas monedas y señaló hacia una enorme cabina cubierta por fotografías de rostros aparentemente felices y sonrientes, al lado de los cuales colgaba una cortina verde oscuro. Sintiéndose feliz él también, se sentó tras la cortina y sonrió hacia su propio reflejo sonriente en el cristal. Pulsó un botón y, tras dos fogonazos de luz, su sonrisa fue registrada y se convirtió en propiedad oficial de Utilitaria. La funcionaria se apropió de ella cuando emergió de una pequeña parrilla a un lado del cubículo. Regresaron a su oficina y las enganchó en cuatro documentos distintos, dos de los cuales se los entregó a Nicholas, metidos en una funda de plástico.

—Estoy muy agradecido —dijo él espontáneamente.

La funcionaria parecía desconcertada.

—¿Que está qué?

—Muy agradecido.

—¿Qué es eso?

—Agradecido —explicó—. Quiero decir que... siento agradecimiento.

—¿Eso qué significa? —preguntó ella.

—Agradecimiento... —intentó recordar la definición de la *Encyclopédie* de Diderot— es lo que uno siente ante los beneficios que ha recibido.

—En Utilitaria no existe ese concepto —advirtió—. Sólo tenemos conceptos para futuros beneficios.

Nicholas recordó que Diderot había sugerido que la gratitud había aparecido por primera vez a finales del siglo XVI y que estaba envejeciendo en el siglo XVIII. Parecía ser que en Utilitaria ya había muerto.

La funcionaria de inmigración se levantó de su asiento.

—Profesor Caritat —declaró con fuerza—, el profesor Maximand vendrá a recogerle dentro de media hora.

La mujer abrió la puerta metálica detrás de sí y Nicholas la siguió por ella. Entraron en una sala de espera donde sus compañeros de viaje esperaban, tristes y aferrados firmemente a sus pasaportes. En la puerta de acceso, la funcionaria dio media vuelta para marcharse.

—Debe esperar al aviso público —dijo—. Ah, y va a necesitar esto.

Le tendió una calculadora de bolsillo.

—Gracias —dijo Nicholas.

La mujer regresó a su despacho un tanto perpleja. Nicholas entró en el luminoso vestíbulo de llegadas, repleto de gente bulliciosa y superficies brillantes, con escaleras mecánicas y tiendas bien abastecidas, resonando con una sucesión atronadora y repetitiva de avisos y mensajes. Se sentó en uno de los asientos y se puso a esperar al lado de su bolsa de viaje. Súbitamente, las palabras que había estado esperando retornaron con un eco.

—¡Profesor Caritat, acuda al mostrador de Información!

Parecía un anuncio público de bienvenida o, al menos, de admisión.

Nicholas divisó a Gregory Maximand entre el gentío del mostrador de Información. Rondaba los sesenta años, aunque parecía mucho más joven. Estaba tal y como Nicholas lo recordaba: delgado, bronceado, atlético, de una elegancia pulida, con patas de gallo y una cara amable y sonriente, una presencia decididamente agradable. Su cálido abrazo y la cadencia de palabras solícitas y acogedoras no eran menos placenteras.

—¡Profesor Caritat! ¡Qué alegría verle después de tanto tiempo! Todos le habíamos perdido un tanto la pista tras el boicot académico a Militarita. Evidentemente, está usted metido en un buen lío, pero todo tiene arreglo. Se quedará en casa con nosotros hasta que le encontremos algo. He dejado el coche por aquí. Por supuesto que cenará con nosotros esta noche. ¿Está muy cansado? ¿Le gustaría tumbarse un rato o preferiría dar antes una vuelta en coche por Cálcula?

Nicholas accedió encantado a explorar la ciudad. Le sentaría bien familiarizarse un poco con el lugar.

El coche era plateado y emitía suaves zumbidos. Mientras conducían desde el aeropuerto a la ciudad, Nicholas narró su historia por segunda vez en un mismo día. Maximand la escuchó con avidez, con un especial interés por saber de la misión encomendada por Justín. Tras escucharla, exclamó:

—¡Nicholas! ¿Puedo llamarte así?

—¡Por supuesto!

—Tu misión, Nicholas —dijo con decisión—, ha llegado a su fin.

—¿Cómo es eso?

—Has alcanzado tu destino. Puedo asegurártelo.

Quedaba claro que Gregory era un patriota. ¿Podría ser

cierta su afirmación? ¿Había llegado Nicholas al mejor de los mundos?

Calcula era una metrópoli bulliciosa y moderna, donde todo tenía el aspecto de estar bien organizado y bajo control. Coches y autobuses resplandecientes recorrían las calles, anchas, largas y rectas. Los edificios eran en su mayoría centros comerciales y altos bloques de oficinas diseñados con elegancia, de fachadas acristaladas. Los calculanos que paseaban airoosamente por las amplias y aseadas aceras parecían invariablemente bien vestidos, saludables y felices. Al observarlos más de cerca, Nicholas advirtió que todos parecían estar sonriendo, no los unos a los otros, sino a sí mismos. Al mirarlos con mayor atención, comprobó que, al caminar, hacían esporádicas pausas para extraer unas pequeñas calculadoras de sus bolsillos y consultar en ellas, como si quisieran averiguar algo, y después volvían a guardarlas con evidente satisfacción. Por todas partes veía eficiencia, prosperidad, pulcritud y orden. Nada de pobreza, suciedad, mendicidad, ni siquiera personas de edad, enfermas o minusválidas. Decidió poner un tanto a prueba la anterior afirmación de Gregory: se preguntó si todos los utilitaristas estaban a salvo de la miseria y la desdicha.

—¿Dónde vive la clase más pobre?—preguntó.

—¡Ah!—dijo Gregory—. No hay clases pobres porque no hay clases. En Utilitaria—señaló con un gesto a través de la ventanilla— nuestro éxito es colectivo; el fracaso, individual. Vivimos en una meritocracia, donde el mérito consiste en la contribución al bien común. Claro que hay algunos utilitaristas que rinden más que otros. Algunos individuos son un fracaso, pero eso es sólo porque contribuyen menos al beneficio colectivo. Y eso es lo único que tienen en común. No forman una clase social: simplemente existen algunos individuos que no triunfan tanto como los demás.

—Pero—preguntó Nicholas—, ¿no se sienten resentidos ante su posición de inferioridad?

Gregory parecía un tanto confundido.

—¿Qué es eso?—preguntó.

«Otra palabra que parecen desconocer», pensó Nicholas. Recordó que el Doctor Johnson lo había definido bastante bien.

—Resentimiento—explicó— significa «un profundo sentimiento de agravio; la cólera permanente».

—No conocemos esa palabra—dijo Gregory—, o al menos el extraño fenómeno al que parece referirse. Te aseguro que los utilitaristas menos acomodados no lo sienten. ¿Por qué iban a sentirlo? ¿Quién habría podido agraviarlos? ¿Contra quién deberían sentir cólera? Si contribuyen menos que los demás se debe, o bien a que son incapaces de hacerlo, o bien a que son reacios a hacerlo. Si son incapaces, no es culpa de nadie; si son reacios, la culpa es sólo suya. Nosotros nos aseguramos de que todos puedan cumplir al máximo según sus capacidades mediante instrucción e incentivos. Y existe un soporte de bienestar social del que se benefician todos aquellos que son capaces de aportar su contribución. En Utilitaria—concluyó con orgullo—, todos son recompensados según su contribución al bienestar colectivo.

—¿Bajo qué tipo de condiciones viven los utilitaristas menos acomodados?—insistió Nicholas.

—Ya veo que sientes un especial interés por su bienestar—observó Gregory con evidente placer—. ¡Vaya interés social! Hagamos una cosa: te enseñaré una zona menos acomodada de camino a casa. Por cierto—echó un vistazo a su reloj de pulsera— ya va siendo hora de que vayamos hacia allí.

Mientras se alejaban del centro de la ciudad, Nicholas reflexionó sobre el enorme vuelco de circunstancias que el transcurso de aquel día le había deparado. Tan sólo hacía unas cuantas horas había estado discutiendo con el despreciable Globulus en una prisión de Militaria; ahora estaba huyendo en coche a toda velocidad por las atrevidas calles de una ciudad utilitarista, en compañía de un guía que por lo visto no sabía ofrecerle más que buenas noticias.

El coche se detuvo súbitamente. A lo lejos, frente a una fila de automóviles, parecía haber algún tipo de punto de inspección de vehículos, vigilado por dos policías armados. Aquella era la segunda obstrucción en la carretera del día. Nicholas miró a Gregory, pero éste parecía estar tranquilo.

—¡Es por los malditos terroristas intolerantes!—explicó—. Han empezado a bombardear de nuevo. Los policías están registrando los coches para ver si encuentran armas o personajes sospechosos.

¡Personajes sospechosos! Sin duda él sería considerado uno de ellos, con documentos de identidad bajo los nombres de Globulus, Pangloss y Caritar.

—No te preocupes —dijo Gregory, percatándose de la ansiedad de su compañero—. Ya me ocuparé yo.

Al alcanzar la barricada, Gregory tendió a la policía sus propios documentos y los permisos de residencia y de trabajo de Nicholas.

—Mi colega —dijo Gregory con solemnidad—, es un distinguido profesor extranjero, con un alto nivel de productividad y un futuro muy prometedor.

Satisfecho con aquellas palabras, el soldado devolvió los documentos y les indicó que siguieran su camino.

Pasaron ante unas veinte manzanas de edificios funcionales de unos cuarenta pisos cada uno, separados de la carretera por campos de césped bien cuidados.

—Quizá te gustaría ver cómo vive lo que tú llamarías nuestra clase baja —sugirió su anfitrión con ironía—. Vamos a echar un vistazo.

Gregory condujo hacia el camino particular de la última serie de edificios y detuvo el coche en el amplio aparcamiento, ante la puerta de acceso principal.

Accedieron a un gran vestíbulo de suelos negros y pulidos y paredes de espejos. Tras pasar ante una hilera de ascensores, Gregory guió a Nicholas hacia la puerta trasera del edificio.

—Déjame que te enseñe una cosa —dijo, con lo que sonaba como orgullo.

Nicholas se encontró mirando hacia un campo verde y bien cuidado que se expandía a su derecha, a lo largo de las diez manzanas de apartamentos, y que quedaba rodeado por más edificios blancos y brillantes. Enfrente del edificio de su izquierda había un parque para niños con columpios y un cajón de arena. Al otro lado, directamente a su derecha, en una fuente circular alzada sobre un pedestal de piedra, surgían unos chorros resplandecientes que luego giraban y caían como una formación de plumas líquidas, en un pequeño lago artificial. El sonido del agua creaba en aquel lugar una atmósfera relajante y pacífica.

—Estoy seguro de que te gustará ver cómo cuida Utilitaria a sus ciudadanos, incluso a los más pobres —dijo Gregory, siguiendo el camino frente a los edificios, que eran de diversas alturas. Estaban divididos en bloques, cada uno con una puerta de acceso distinta, con escaleras blancas y puertas de cristal so-

bre las cuales unas palabras grabadas en letras doradas anunciaban su función.

Pasaron frente a una guardería, de donde se filtraba el estridente sonido de voces infantiles, y después una escuela primaria y otra secundaria. Al alcanzar la esquina, enfilaron el camino en el lado opuesto de los apartamentos. El primer edificio, blanco y reluciente como los demás, aunque un poco más alto, era la escuela superior. A continuación había un edificio que se anunciaba a sí mismo como la CLÍNICA. Gregory le explicó que allí, cualquier molestia que sufrían los ojos, oídos, narices, gargantas y pies de los residentes, era atendida por los especialistas correspondientes. El siguiente edificio ofrecía SERVICIOS DE ASESORIA a todos aquellos que necesitaban ayuda en la solución de problemas, explicó Gregory, a expensas de la población.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Nicholas.

—De todo tipo —respondió Gregory—. No existen problemas sin solución. Los residentes acuden con sus problemas y los expertos calculan las soluciones.

Nicholas vislumbró el resplandor de las pantallas de ordenador a través de las ventanas.

El siguiente edificio estaba en el lado opuesto de la fuente y el lago.

—Esto va a impresionarte —dijo Gregory—. Es una residencia para ancianos.

Nicholas miró hacia sus puertas de cristal y se sobresaltó al leer su inscripción: CASA DE DESPEDIDA. En ese momento le sorprendió la insensibilidad de aquel cartel, pero enseguida se dio cuenta de que el nombre era inequívocamente utilitarista: orientado hacia el futuro y promotor de una buena perspectiva del mismo.

Sentados alrededor de mesas que bordeaban la orilla del agua había hombres y mujeres de pelo blanco. Algunos leían, algunas de las mujeres tejían, otros simplemente miraban hacia la fuente.

Permanecieron en silencio e ignoraron a los visitantes, que ascendieron por las escaleras y entraron en el edificio. Una vez en el interior del vestíbulo, Gregory llamó a una puerta que se encontraba a su izquierda. Contestó una mujer voluminosa con gafas y aspecto de matrona de hospital. Su expresión combinaba un aire de autoridad que Nicholas hubiera interpretado como

una amplia sonrisa de bienvenida si no fuera porque era la misma sonrisa que mostraban todos los utilitaristas que había conocido hasta el momento. Gregory explicó que quería que su amigo presenciara en directo la provisión de los servicios de salud pública de Utilitaria. La mujer le estrechó la mano con fuerza.

La habitación en la que entraron le pareció a Nicholás una mezcla entre sala de espera y geriátrico. Unos veinte o treinta ancianos de ambos sexos en diversos estadios de enfermedad estaban colocados a lo largo de las paredes, forradas de una tela de color verde oliva, de las que colgaban unos vistosos cuadros de pájaros, flores y animales peludos en tonos pastel, azules y rosados. En un extremo de la sala había unas dobles puertas giratorias, en las que se podía leer en letras doradas la palabra ADIOS. Una vez más, Nicholás quedó maravillado por la aparente insensibilidad del mensaje, pero decidió ejercitar su transigencia interpretativa e intentar considerarlo desde el punto de vista nativo. La habitación, cuyos amplios ventanales daban al lago y la fuente, estaba decorada y enmoquetada con gusto. Algunos de sus ocupantes se encontraban sentados en confortables sillones de cretona lustrosa, mientras que otros se erguían sobre sus camas bajas. Algunos estaban rodeados por pequeños grupos de personas que obviamente eran familiares y amigos atentos. Otros estaban a solas, sentados o tumbados. Se oía un tenue cuchicheo de conversaciones privadas. Tres enfermeras se trasladaban discretamente de uno de sus protegidos a otro. La escena entera transmitía una atmósfera de sosiego. La matrona, con evidente orgullo, así lo hacía notar a sus visitantes.

Nicholás miró a su alrededor. Comprobó que los ancianos de la habitación, ninguno de los cuales era demasiado viejo, parecían extraordinariamente satisfechos. Todos sonreían para sí mismos; nadie se quejaba ni ponía mala cara. Algunos incluso se entretenían con calculadoras de bolsillo.

A su derecha y contra la pared, Nicholás divisó a una mujer vieja, de rostro pálido, con gafas, vestida con una bata azul, erigida sobre una butaca. Frente a ella había dos mujeres jóvenes, evidentemente sus hijas, que intentaban, sin mucho éxito, entablar conversación con ella sobre libros que habían leído, viajes que habían disfrutado juntas y amigos mutuos, pero la atención

de la anciana era vacilante e intermitente. De vez en cuando emitía una o dos palabras inconexas, evocando animadas conversaciones del pasado, para luego volverse a refugiarse en un paucífico silencio. Sus ojos descansaron momentáneamente sobre Nicholás. A su lado yacía otra frágil mujer, acurrucada en una cama, quien, a pesar de su evidente incomodidad física, no dejaba de hablarse a sí misma y sonreír. Nicholás cruzó miradas con ella mientras la enfermera corría un biombo a su alrededor. En una cama cercana yacía un hombre efusivo y jovial, vestido con pijama, que parecía estar entreteniendo a un grupo de familiares. Les hablaba en un tono sarcástico de su inminente defunción. Una enfermera iba repartiendo tazas de té a una congregación de familiares cuyas risas parecían evocar tanto deleite como vergüenza.

—Como puedes comprobar —observó Gregory—, los niveles del cuidado utilitarista, incluso para nuestras minorías, son elevadísimos.

Con este comentario, Gregory dio las gracias a la matrona y ambos visitantes partieron de aquel lugar. Una vez en el exterior, Gregory señaló con un gesto de su brazo hacia el resto de edificios de la plaza: había una zona financiera y comercial, un cine, un centro recreativo y una enorme sala de juegos.

—Me temo, Nicholás, que esto es lo mejor que podemos ofrecer en lo que se refiere a un barrio de pobres —dijo Gregory con una sonrisa de disculpa—. Los que viven aquí no se consignan a sí mismos como *clase social*, y muchos de ellos acaban mudándose en cuanto incrementan su productividad. Lo normal es que tengan familiares, padres y madres, hermanos y hermanas, tíos, tías y primos, a quienes les va todo muy bien. El fracaso en Utilitaria no se lleva en la sangre.

Por todo lo que Nicholás pudo observar y escuchar, aquella situación tampoco parecía suponer una gran desgracia para aquellos individuos. Nicholás decidió ponerle a prueba con unas cuantas preguntas más antes de regresar al coche.

—Pero —dijo—, seguro que siguen existiendo algunas fuentes de infelicidad.

—Hemos eliminado todas las fuentes sociales capaces de causar la infelicidad individual —afirmó Gregory con firmeza—, mediante la provisión pública de beneficios para todos aquellos que

## La familia Maximand

lo necesitan: asistencia para la maternidad, guarderías, educación en todos los niveles, asistencia sanitaria, subsidio por enfermedad y por desempleo y asistencia a la tercera edad. Lo público proporciona todo lo que necesita el individuo.

—Pero, ¿no carece entonces el individuo de un sentido de responsabilidad? —no pudo por menos de preguntar Nicholas.

—Eso no es más que otra fuente de infelicidad —dijo Gregory.

—¿Y qué me dices de la tasa de suicidios? —preguntó Nicholas.

Gregory tenía una respuesta para todo.

—Es bastante elevada —admitió—. Pero si los suicidios se dis-tribuyen adecuadamente, un nivel de suicidio alto puede contri- buir a la suma total de felicidad. ¿No crees?

Gregory parecía estar muy tranquilo. Era un amigo que Ni- cholas necesitaba ahora mucho pero, ¿se trataba en realidad de un amigo? Lo cierto era que se mostraba extremada, incluso exa- geradamente, cordial, mucho más aun que en su último encuen- tro. ¿Era ésta una benevolencia impersonal y universal de la que Nicholas tenía la fortuna de beneficiarse? ¿Acaso estaba actuando de forma estratégica para que Nicholas pensara bien de él y por lo tanto de Utilitaria? ¿O realmente se interesaba por Nicholas? ¿Representaba su cordialidad la verdadera amistad? Nicholas abri- gaba la esperanza de que esta última y más reconfortante inter- pretación del interés de Gregory, fuera la verdadera, y pensaba con placer en sus muestras de hospitalidad.

La residencia de la familia Maximand estaba ubicada en un imponente edificio neoclásico situado en un tranquilo y verde suburbio, contiguo a una amplia avenida de tres carriles. Nicho- las fue recibido por los demás miembros de la familia Maxi- mand: la esposa de Gregory, Charmian, y su hijo adolescente, Graham. La elegante Charmian, cuyo delgado cuerpo de alambre cubría con un sencillo conjunto de jersey y pantalones, le ofre- ció una sonrisa encantadora. Se sentía claramente orgullosa de que Gregory hubiera acudido en auxilio de Nicholas.

—Gregory —empezó—, es muy bueno en esto de recoger a gente necesitada.

—En realidad, somos nosotros quienes le necesitamos a él —la corrigió Gregory—. Nicholas no tardará en ponerse en marcha para contribuir a nuestra utilidad. ¡Estoy seguro de ello!

El ensimismado Graham sonreía para sus adentros. Tenía un aspecto abstraído y parecía querer estar en otra parte.

—Tiene que terminar unos cuantos cálculos en su ordenador —explicó Gregory— pero se unirá a nosotros más tarde. Vayamos a la biblioteca a charlar un rato mientras Charmian prepara la cena.

Gregory le explicó a Nicholas con orgullo que Charmian era una excelente cocinera. También era un ama de casa y madre extraordinaria, y trabajaba como su propia ayudante de investi- gación y secretaria personal, social y política. Todas sus activi- dades parecían estar enfocadas hacia los diversos aspectos de la aparentemente triunfal vida de Gregory.

Nicholas le siguió a una sala espaciosa y agradable de pare- des blancas en las que colgaban cuadros de flores, repletas hasta el techo de libros, algunos nuevos, otros antiguos. Reconoció,

con una leve punzada de tristeza, las familiares encuademaciones marrones del siglo XVIII. Pudo ver las colecciones completas de Voltaire, Rousseau, Bentham y, por supuesto, Helvétius. La mirada de Nicholás recorrió aquellos títulos y examinó la sección de poesía mientras Gregory preparaba unas copas. Extrajo uno de los volúmenes cuando Gregory le tendió un jerez.

—¿Te apetece un poco de *pusbpin*?—preguntó éste.

—¿Pushkin?—dijo Nicholás—. Bueno, sí. Hace muchísimos años que no leo a Pushkin.

Gregory parecía extrañado.

—La verdad es que sí que tengo algo de Pushkin—dijo—, pero te había preguntado sobre *pusbpin*, no Pushkin.

—¿Quién es Pushpin?—preguntó.

—No es posible que no sepas lo que es el *pusbpin*—dijo Gregory—. Es un juego bastante entretenido al que soy muy aficionado, muy popular aquí en Utilitaria. Según John Stuart Mill, Jeremy Bentham opinaba que el *pusbpin* era tan bueno como la poesía, si lo consideramos como forma de generar utilidad. Y como sabes, Bentham solía decir que «toda poesía es una representación fraudulenta». Por alguna razón, Mill pensaba que había algo de incorrecto en aquella opinión. Sinceramente—añadió—, yo pienso que el *pusbpin* es bastante mejor que Pushkin.

Nicholás no se veía con ánimo de defender a Pushkin contra un pasatiempo cuyas reglas desconocía. En aquellos momentos tenía menos ganas todavía de practicar aquel juego, así que decidió dar largas al asunto y sugirió que buscaran la palabra *pusbpin* en el *Dictionary* del doctor Johnson, confiando en que Gregory disponía de un ejemplar. Buscaron en el volumen de cuero marrón. «Pushpin», afirmaba el diccionario, «un juego infantil que consiste en clavar alfileres por turno.» Le seguía una cita de L'Estrange: «Los hombres, de pensamientos errantes ante la voz de la sabiduría en boca del filósofo, deberían ser castigados, al igual que el niño que juega al juego de los alfileres cuando debería estar aprendiendo». Quedaba claro que el buen doctor prefería la poesía al *pusbpin* más aún que Jeremy Bentham.

Aquello, sin embargo, no iba a disuadir a Gregory. Abrió un armario y extrajo una gran tabla de madera en cuyos bordes situó cuidadosamente varios alfileres de plata.

—Ahora—explicó con creciente animación—, tenemos que clavarlos para intentar formar una cruz.

En ese momento Graham irrumpió en la habitación.

—Oh, lo siento mucho—dijo con evidente desprecio hacia lo que a su padre le estaba causando tan sumo placer—. No me di cuenta de que ya estaríais con esto.

Se volvió para mirar a Nicholás.

—Como puede ver—continuó Graham—, el niño es el padre del hombre. «Para ver al hijo que se desea»—recitó fríamente—, «¡llega a *pusbpin* con quien le procrea.»

Gregory, haciendo caso omiso de las burlas de su hijo, y absorto en el placer de la anticipación, estaba ansioso por engatusar a su huésped con los misterios de aquel curioso pasatiempo. Pero entonces, para alivio de Nicholás, y desilusión de Gregory, Charmian entró en la biblioteca para llamarles a la mesa. La cena se sirvió en un comedor un tanto vacío, de suelo de parquet, muebles de pino y decorado tan sólo con algunos cuadros abstractos de estilo geométrico. Se sentaron a una mesa larga y estrecha, mientras Graham, emergiendo de mala gana de sus cálculos, se unió a ellos. Gregory presidía la mesa en un extremo y Charmian se sentó en el lado opuesto. Frente a Nicholás se sentaron Graham y una quinta persona: una anciana menuda vestida de negro, con un impecable peinado blanco, ojos como pequeñas canicas y una sonrisa particularmente enigmática. Con un ligero ademán, Gregory la presentó como la madre de Charmian. Nicholás extendió su mano y ella la asió con sorprendente firmeza, sonriendo levemente. Durante el resto de la cena permaneció desapercibida y en silencio, como si estuviera encerrada en una cápsula invisible.

Nicholás tenía mucho apetito, y lo que les sirvió Charmian fue una decepción para él: una cena cuyo principal objetivo era la salud. Empezaron con un primer plato de zanahoria rallada, lechuga y lombarda. También había distintos tipos de pan: de salvado, alto en proteínas, de germen de trigo e integral, según le explicó Charmian a su huésped. Nicholás probó varios tipos, pero todos le sabían igual. El plato principal consistía en filete de nueces con espinacas, y para beber podía elegir entre leche desnatada o semidesnatada.

Tanto Gregory como Charmian trataron a Nicholás como si

se tratara de un viejo amigo, expresando un similar interés por sus recientes infortunios, su comfortable presente y sus futuros planes. No tardó en salir a la luz que Gregory no era tan sólo profesor y académico: alardeó de sus importantes contactos, de los cuales prometió a Nicholas que pronto se beneficiaría. Charman sólo pudo añadir a su creciente sensación de bienestar que Gregory siempre cumplía sus promesas. Graham, sin embargo, les observaba con aspecto adusto.

—Si no te importa —dijo Nicholas al joven—, ¿podrías decirme qué es lo que has estado calculando?

—El probable resultado del sufragio de mañana en el Parlamento —contestó Graham—, basado en los antecedentes electorales de los miembros. Es un cálculo bastante complicado, ya que se trata de un asunto muy engañoso.

—¿De qué asunto se trata? —preguntó.

—El aborto —dijo Graham—. El problema está en que, aunque las posiciones tanto del Partido Reguista como del Partido Actor están bastante claras, existen los suficientes indecisos y dísidentes en ambos bandos como para que el resultado sea bastante incierto. Además, es una votación libre. No están bajo ninguna obligación de seguir la línea de sus partidos.

Nicholas intentó adivinar qué postura defendía cada uno de los partidos en el tema del aborto, pero se dio cuenta de que no era capaz de hacerlo.

—Dime —pidió—, ¿qué partido apoya el derecho a la elección y cuál apoya el derecho a la vida?

Los tres miembros de la familia Maximand se mostraron sumamente extrañados, hasta que la expresión de Gregory delató que empezaba a comprender aquellas palabras.

—Nicholas —empezó a explicar a los demás, adoptando un tono profesional de ponderación— está utilizando un vocabulario obsoleto, desconocido para nosotros, pero que en realidad era muy común en los siglos diecisiete y dieciocho. ¡John Locke incluso pensaba que cada individuo tiene derecho de propiedad «sobre su propia persona»! Fue en el siglo dieciocho cuando empezó la moda tan nociva de formular rumores sobre los supuestos «derechos del hombre» y «derechos del ciudadano», así como la de proclamar que todos tenían «derechos naturales» sobre esto o lo de más allá.

»Verás —continuó, dirigiéndose a Nicholas—, aquí no existe el concepto de Derecho, y mucho menos de aquellos que se suelen poner «naturales» o «humanos», que jamás podrían ser revocados y que Bentham vituperaba tan ferozmente. Si recuerdas, Nicholas, Bentham escribió que «no existe derecho cuya abolición sea ventajosa para la sociedad que no deba ser revocado». Bentham consideraba dichos supuestos «derechos naturales e imprescindibles del hombre» como «dañosos», como «peligrosos disparetes», y también pensaba que la idea de que no pudieran ser revocados para el beneficio de la sociedad, era «un disparate ampuloso».

A Nicholas le pareció extraño que Gregory, un hombre tan obsesionado por el futuro, pudiera disfrutar tanto citando a un pensador del pasado. Intentó formular su pregunta con un vocabulario no obsoleto.

—¿Cuál de los dos partidos está a favor de permitir el aborto? —preguntó.

La familia Maximand mantuvo su expresión de perplejidad. Esta vez contestó Graham.

—Esa no es la cuestión —dijo—. Nadie está en contra de permitir el aborto como tal. La cuestión es: ¿quién debe decidir? El Partido Actor dice que la madre, y quizás el padre; el Partido Reguista dice que debe decidirse mediante una serie de pautas ejecutadas por un comité de expertos, tal y como se hace en la actualidad.

—¿Qué expertos? —preguntó Nicholas.

—Pues médicos, psiquiatras, demógrafos, economistas, ya sabés, futurólogos profesionales de varios tipos —dijo Graham con cierto desdén.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Nicholas al adolescente, que empezaba a recordarle a sus propios hijos.

—¡Yo digo que abajo con los expertos! —respondió con vehemencia—. El pueblo debe tener el poder de abortar por sí mismo. El es el mejor futurólogo. El pueblo toma las mejores decisiones.

—¿Tú crees? —interrumpió Gregory con severidad. Su tono sarcástico indicaba que no estaba de acuerdo con su hijo—. Me gustaría señalar —continuó con sarcasmo—, que si el sistema que apoyas hubiera estado funcionando hace quince años, ahora mismo no estarías aquí para apoyarte.

—¡Gregory! —exclamó Charmian, claramente avergonzada, aunque Nicholás no supo muy bien si fue a causa de la indiscreción de su marido o del argumento que había utilizado para rebatir a su hijo.

«Pobre Graham», pensó Nicholás, «superfluo para sus padres, y fruto de una decisión administrativa.» Su sentimiento de concordia con Gregory y Charmian empezaba a desvanecerse.

Pero el irrefutable Graham respondió parodiando el sarcasmo de su padre.

—Si se deja decidir a la gente —replicó—, aprenderán de sus errores.

—No puede permitirse que la gente corriente decida el futuro del país —protestó Charmian.

—El futuro —replicó Graham entéricamente—, es demasiado importante para que lo decidan los futurólogos.

—¿Por qué dijiste que éste es un asunto político muy engañoso? —preguntó Nicholás.

—Porque el problema existente entre los partidos no es sólo el de quién debe decidir sobre el aborto —explicó Graham—, sino que también está el problema de quién debe resolverlo. El Partido Actor opina que es una cuestión fundamental y que debe ser decidido por el pueblo en un referéndum, sea cual sea el resultado. Los regulistas, por descontento, sólo están interesados en ganar una votación en el Parlamento, y por lo tanto, en ratificar el estado de las cosas. Todo esto va a debatirse mañana.

Charmian sirvió el postre: una selección de manzanas verdes, duras y bastante ácidas.

—Si te apetece —sugirió Gregory—, podemos ver la televisión después de la cena. Hay un par de transmisiones políticas con ocasión del debate de mañana.

Nicholás asintió encantado.

Tras haber dado cuenta de las manzanas, se trasladaron a la sala de estar. La madre de Charmian desapareció en dirección al segundo piso tras un leve saludo con la mano. Encendieron la televisión. El programa del Partido Actor era bastante comovedor. Aparecieron imágenes de diversas bodas. Después se veía a los jóvenes y atractivos recién casados, ocupados en intensas discusiones, con las calculadoras de bolsillo siempre a mano. Luego la escena cambió y se veían camas de hospital, donde jó-

venes madres acariciaban a unos bebés de prometedores futuros con orgullo. Después enfocaron a otras jóvenes, aparentemente sin hijos, explicando con júbilo el porqué de su decisión de evitar estos placeres al pecararse de sus consecuencias.

—Pero —decía el entrevistador con firmeza—, ¿por qué no tomaste precauciones?

En ese preciso momento irrumpió una enternecedora música, mientras una voz de fondo advertía que «nunca es demasiado tarde para calcular», y con ello el programa llegó a su fin. Graham aplaudió y desapareció de la habitación.

El programa del Partido Regulista era mucho más serio e informativo. Había tomas de parejas jóvenes, sumidos en varios grados de perplejidad e impotencia, que eran visitados por asesores matrimoniales, médicos y psicólogos. Después entrevistaron a varios expertos, vestidos con batas blancas y sentados frente a sus ordenadores, dando explicaciones sobre si tener o no un bebé. Una multitud de datos, cifras y diagramas superpuestos en sus pantallas indicaba la dificultad de llegar a una decisión en cualquiera de los casos. Después hubo más tomas de los expertos, sentados alrededor de mesas y entrevistando a las confundidas parejas. Finalmente, una señorita preguntaba a los expertos: «pero, ¿cómo puedo decidirme?», y una voz concluía el programa diciendo: «Tú no puedes; ellos sí».

Gregory y Charmian quedaron claramente encantados con el segundo programa.

—Muy profesional —dijo Gregory—. Exactamente lo que necesitamos. Algunas preguntas son muy técnicas, y las preguntas técnicas sólo pueden resolverlas los expertos. Pretender que sea de otro modo es puro sentimentalismo. Quizá —se volvió hacia Nicholás— te interesaría ir al debate conmigo mañana. Te dará una idea de cómo funciona la política aquí. Y puedo presentarte a personalidades del Gobierno.

Nicholás accedió y se fue a la cama, donde empezó a reflexionar sobre sus impresiones de Utilitaria hasta el momento. Decidió empezar su primer informe para Justin, con el fin de anunciarle su llegada sano y salvo al país. Pero, al verse con una hoja en blanco y el bolígrafo en la mano, empezó a dudar sobre qué estilo y tono adoptar. Al fin y al cabo su relación con Justin no era ni sencilla ni sincera: era la relación entre profesor y ex-

alumno, pero también entre ex víctima y salvador, y entre el espía y el cerebro de la red de espías, aunque se trataba de un espía en busca, y no en defensa, de una causa. Pero, ¿qué era lo que estaba buscando? Decidió empezar con esa misma pregunta. Escribió:

«Residencia de la familia Maximand  
»Calcuta, Utilitaria

»Estimado Justin:

»Quizá debería empezar por decirte cómo interpreto la misión un tanto confusa que has decidido asignarme. Intentaré pensar en ella de dos maneras: en primer lugar, desde mi propio punto de vista (al fin y al cabo no podría empezar de otro modo). Puestos a elegir, ¿con qué lugar del mundo me confortaría para comenzar una nueva vida? De hecho, para mí esto no es sólo una cuestión académica (es decir, una cuestión que la gente tiende a considerar de poca importancia real o práctica). A partir de ahora tengo que vivir en algún lugar, y no pretendo desacreditar tu movimiento al observar que las probabilidades que tengo de volver a Militaria en un futuro próximo son bastante escasas. Así que, ante todo, estoy buscando un nuevo hogar, algún sitio al que quizá Marcus y Eliza decidan venir conmigo. En segundo lugar, intentaré enfocarlo desde el punto de vista de una persona cualquiera. ¿Dónde aconsejaría yo nacer a alguien que todavía no ha nacido, si ignorara por completo sus habilidades y capacidades, su situación económica, sexo, raza, religión, posición social y futuros planes? ¿Dónde sería mejor correr el irrevocable e irreversible riesgo del nacimiento? ¿Dónde tendría dicha persona las mejores posibilidades de una vida decente? Confío en que estés de acuerdo en que ésta es una interpretación razonable de tus más bien imprecisas instrucciones.

»Como verás, he llegado a Utilitaria sin peligro, aunque con considerables contratiempos. Afortunadamente, me ha hospedado un viejo conocido, Gregory Maximand, quien, casualmente, está bien relacionado con las autoridades en el poder. Es un hombre muy informado sobre el sistema utilitarista y ya he aprendido mucho de él y de su hijo y también de una encantadora señorita que conocí en el avión.

»Sin duda sería demasiado prematuro relatarte mi sensación

de cómo es la vida en este lugar, pero estoy impresionado por su aparente buena organización y eficiencia y por la naturalidad con que consideran estas cualidades todos aquellos que he conocido hasta el momento. Parece haber un extraordinario sistema de bienestar social en cuanto a sanidad y educación, y parece existir un especial interés por el bienestar de los ancianos.

»He observado algo muy extraño: el idioma utilitarista parece curiosamente deficiente, y ciertas palabras y conceptos son sencillamente desconocidos aquí. Los límites de su lenguaje parecen equivocar a los límites de su mundo. Debo investigar este aspecto más a fondo.

»Y hay otra cosa que me fascina: todos los utilitaristas con los que me he cruzado están siempre *sonriendo*, pero el significado de sus sonrisas no me queda del todo claro. ¿Se trata de la *felicidad*?

»Pero, al fin y al cabo, ¿qué es la felicidad? ¿Es una especie de resplandor interior? ¿Un estado de ánimo individual?, ¿un "estado silencioso", como pensaba Diderot, "salpicado aquí y allá con unos cuantos placeres que iluminan sus profundidades?" ¿O bien es un aspecto de la interacción con los demás? ¿Tenía razón Pope al pensar que la felicidad "debe ser *social*, ya que toda felicidad particular depende de la colectiva?" Y, ¿es algo que debe ser consumido, o requiere el esfuerzo y la actividad? ¿Estaba D'Holbach en lo cierto al decir que "la felicidad, para ser apreciada, no puede ser continua; la humanidad necesita del trabajo para poder poner distancias entre sus placeres?". ¿Es simplemente la satisfacción de los particulares placeres que tienen los seres humanos, incluyendo aquellos que son nocivos para ellos mismos y para los demás? ¿O por el contrario consiste la felicidad en la satisfacción de los deseos que la gente debería tener, o tendrían si estuvieran bien informados y fueran sensibles? ¿O es algo negativo: la prevención de la desdicha, el dolor y el sufrimiento? ¿Puede ser por eso que Tolstói dijera que todas las familias felices son parecidas, mientras que todas las familias desdichadas son desdichadas de una forma individualizada?

»¿Y deberían la felicidad y dichas formas concretas de infelicidad ser medidas por grados en la misma escala, la primera como positiva y la segunda como negativa? De hecho, ¿de qué

manera miden los utilitaristas aquello que están intentando acrecentar al máximo, fuere esto lo que fuere? Debo intentar enterarme.

»Esto es todo por el momento. Las expectativas aquí parecen decididamente prometedoras. Te agradecería que enviaras recuerdos de mi parte a Marcus y Eliza.

»Atentamente

»Pangloss».

Tumbado sobre la cama, Nicholas permaneció absorto, concentrado en la última cuestión mencionada en su carta a Justin. ¿Cuál era el objetivo de los cálculos de Stella Yardstick y de todos esos habitantes de Cálcula que calculaban por las calles? ¿Qué es, le preguntó a Alexander Pope, la felicidad?

Bienes, placer, holgura, satisfacción, llámalo como quieras, aquello que siempre incita el suspiro eterno y que nos permite tolerar la vida, o atrevemos a morir, que yace tan cerca, aunque más allá de nosotros, descuidado, magnificado, por necios y por sabios.

—Pero, ¿qué es? —insistió Nicholas.

—Algunos —dijo Pope— sitúan la dicha en la acción, otros en la holgura...

Aquellos lo llaman placer, éstos satisfacción; algunos, convertidos en bestias, disfrutan del dolor, otros, engreídos como dioses, ven vana incluso la virtud, tan indolentes son que piensan en extremos: O confían en todo, o recelan.

Todos lo definen del mismo modo: que la felicidad no es más que felicidad.

—¡Muchas gracias! —dijo Nicholas—. ¡Esto sí que ha sido una gran ayuda!

Sus pensamientos giraron en torno a la familia Maximand. ¿Era una familia feliz? La vida de Charmian, por poner un ejemplo, parecía estar dedicada enteramente a facilitar la vida y la carrera profesional de Gregory. ¿Eran realmente satisfactorias

aquellas satisfacciones? ¿Se hacían semejantes preguntas los utilitaristas? Ahora que lo pensaba, no había visto ni una sola muestra de cariño entre Gregory y Charmian, ambos parecían compartir una activa aversión hacia Graham (sentimiento que era absolutamente recíproco) y los tres habían ignorado por completo a la madre de Charmian. Pero aun así los miembros de la familia parecían enteramente satisfechos, incluso diría que complacientes. Nicholas concluyó que aquella autosatisfacción provenía de su muy evidente convicción de que sus vidas personales contribuían de forma demostrable a algún bien impersonal y colectivo. Los tres mantenían con firmeza dos creencias: que sus actividades (en el caso de Charmian, su contribución a las de Gregory) y los partidos políticos a los que apoyaban constituían una significativa adición a la suma general de bienestar, y que aquello podía verificarse mediante el cálculo. Pero, ¿era cierto que sus objetivos eran admirables y admirablemente dirigidos hacia el bien común? Y si el cálculo, utilizando los métodos más modernos, era capaz de acercarnos a la comprensión, entonces la obsesión utilitarista por el cálculo no podía ser más que beneficiosa en sus resultados. Claro que, la pregunta más importante quedaba todavía sin resolver: ¿quién estaba en una situación óptima para hacer esos cálculos?

Sin llegar a dilucidar el asunto, Nicholas se quedó dormido. Al fin y al cabo, había sido un día ajetreado.

## El gran debate

A la mañana siguiente, mientras se dirigían hacia el Parlamento, Gregory planteó a Nicholas el tema de su futuro en Uti-litaria.

—Por supuesto que te nombraremos profesor invitado en el Departamento de Futurología de la universidad —anunció—. Podrás dar discursos sobre el futuro de la idea de Progreso. Pero tengo otra sugerencia.

—¿Cuál es?

—Soy el primer consejero cultural del Gobierno —explicó Gregory—, y lo cierto es —se inclinó un tanto para acercarse a Nicholas— que conozco muy bien a la primera ministra. Le he propuesto que se te conceda tu propio programa de televisión, en el que explorarías todas las virtudes de la vida aquí en Uti-litaria desde el punto de vista de un extranjero. Puedes explicar tu misión y contar por qué ha llegado a su fin.

Nicholas se preguntó por qué la gente se empeñaba en que presentara programas de televisión.

Cuando llegaron al centro de la ciudad, el tráfico se hizo más lento. Los coches frente a ellos acabaron por detenerse del todo. En la distancia pudo ver lo que parecía un grupo de personas que se aproximaban. Al acercarse, comprobó que se trataba de una manifestación. Una procesión de gente pasó lentamente a su lado por la amplia calle, dirigida por policías. Los manifestantes hacían ondear banderas y carteles.

—Eso —dijo Gregory burlesco—, es la oposición. Es lo máximo a lo que pueden aspirar los del Partido Actor. Cuando no les quedan argumentos, se manifiestan.

Los manifestantes llevaban anoraks, parkas y jerséis de cuello alto. La mayoría eran adolescentes y estudiantes, pero también

había gente mayor, entrecana y decidida. Muchos agitaban también calculadoras de bolsillo por los aires. Los líderes gritaban lemas a través de megáfonos: «Sé actor, no destructor» y «Arriba las calculadoras, fuera los ordenadores».

—¡Demagogos y *luddistas*!—dijo Gregory riéndose despectivamente.

Nicholas leyó algunos de los lemas de las pancartas y banderolas cuando pasaban por su lado: «Nuestros líderes intentan engañarnos» y «No confíemos nuestros futuros a sus ordenadores».

—¡Calcula cuáles serían las consecuencias si ese grupo estuviera en el poder!—exclamó Gregory.

En ese momento pasó Graham. Era uno de los muchos adolescentes que sujetaban una larga pancarta roja donde podía leerse: «Debemos ser nosotros quienes hagamos abortar a nuestros hijos».

Gregory se rió con más fuerza todavía.

El edificio del Parlamento era grande e imponente. Se trataba de una construcción moderna y funcional de diez pisos, con innumerables puertas de cristal, suelos de piedra y vestíbulos y pasillos en los que resonaba el sonido de la multitud que corría de un lugar a otro, aferrándose a sus papeles y maletines. Al entrar en el pasillo principal, los soldados de guardia saludaron a Gregory.

—Soy miembro de la Cámara Alta—explicó mientras caminaban hacia la galería de visitantes—. Este debate se celebra en la Cámara Baja. Ellos hacen más ruido que nosotros. Pero tarde o temprano el problema tendrá que llegar a nuestras manos. El Partido Actor siempre está intentando apropiarse de este asunto. Creen saber lo que quiere «el pueblo». Pero nosotros sabemos que los actores no saben nada, y que no llegarán a ninguna parte con esto. Lo que el pueblo quiere es la forma más eficiente de producir la máxima utilidad, lo que ocurre es que no saben cuál es. Nicholas y Gregory entraron en la galería. Inmediatamente

\* Los *luddistas* (en inglés, *luddites*, nombre que deriva de Ned Ludd, trabajador de Leicestershire del siglo XVIII) eran grupos de trabajadores ingleses que a comienzos del siglo XIX destruían la nueva maquinaria introducida durante la Revolución industrial por miedo a que ésta pusiera en peligro sus puestos de trabajo. Por extensión, un *luddite* es cualquier persona que se opone a la introducción de cualquier nueva tecnología. (V. de la T.)

debajo de ellos había una cámara semicircular. Desde sus asientos podían ver perfectamente a los dos partidos, sentados a la izquierda y a la derecha del asiento del presidente. La diferencia entre ambos grupos resultaba evidente a primera vista: aquellos sentados a la derecha eran de escaso número. Parecían muy relajados y sumamente aburridos. Algunos dormían con las piernas apoyadas sobre los asientos frente a ellos, algunos charlaban informalmente entre sí y otros leían ociosamente el periódico. Por el contrario, el lado izquierdo bullía de actividad. Los diputados parecían enfadados y agitados. Algunos tomaban notas, otros susurraban mutuamente con apremio. Todos permanecían atentos al discurso declamado por uno de sus miembros: un hombre de aspecto agresivo y desagradable, de unos sesenta años, con una mata de pelo blanco y una potente y grave voz.

—Ese—dijo Gregory—, es Ned Erskin, el demagogo más influyente de los actores. El es su hombre contundente, el único capaz de decir todo lo que los otros jamás se atreverían a decir. Es muy agudo, y también un perfecto imbécil.

—... Y—estaba diciendo Ned Erskin— no podemos fiarnos de ellos ni un ápice. Ni un maldito ápice. Ellos no están interesados en la Felicidad del Mayor Número. Lo único que les interesa es el placer del Número Uno. Observad sus supuestas cuentas de gastos y sus comidas de negocios y sus viajes gratuitos al extranjero. Se esconden detrás de sus pantallas de ordenador y dicen saber lo que nosotros ignoramos. Bien, pues yo os digo lo siguiente: lo único que ven en sus pantallas es su propio reflejo. No saben absolutamente nada de la gente corriente. En el lugar de donde procedo les llamamos *chulitas*—varios miembros detrás de él vitorearon—, pero—hizo una pausa para que causara efecto— no es esto todo lo que les llamamos.

Erskin se volvió para dirigirse a los miembros de su propio partido.

—Y no sólo estoy hablando del partido opuesto al nuestro. También tenemos unos cuantos soplones entre nosotros. Gente que cree tener una especial perspicacia acerca de los deseos del pueblo. Esos que están convencidos de saber lo que queremos mejor que nosotros mismos. «El pueblo quiere más ópera y poesía», dicen. Pues tengo algo que decirles: lo que quiere la gente es fútbol y *pushpin*.

—Erskin —explicó Gregory— es el portavoz de la facción populista del Partido Actor. Llama a los demás «elitistas», y estos le odian por ello.

—Lo que deberían hacer esos pretenciosos y esos esnobes —continuó Erskin—, es leer sus ejemplares de John Stuart Mill.

Nicholas se quedó estupefacto.

—... En una ocasión dijo algo muy brillante. Dijo que lo deseable es lo que es deseado...

—No se consigne convertir un disparate, por lógico que sea, en menos disparate sólo por señalar que lo dijo John Stuart Mill —reparó Gregory áspidamente.

—... dijo: si la mayoría desea algo, debe conseguirlo...

—Más disparateado todavía —comentó Gregory—. Mill temía a las masas ignorantes y pensaba, con mucha razón, que la gente culta es el juez más idóneo.

—... así que nosotros decimos: dejemos que aborte la gente que así lo desee. Esa es la forma de hacer a la gente más feliz —dijo Erskin, y se sentó, al son de los tumultuosos vítores de una minoría de su propio partido y un grupo de seguidores sentados en la galería de visitantes.

El ponente que habló a continuación también pertenecía al Partido Actor. Llevaba un traje arrugado y de una talla poco apropiada. Era de pelo ondulado y blanco, y llevaba gafas de concha. Hablaba con una cadencia prolongada y fluctuante, y hacía pausas sólo a mitad de sus frases para así evitar las interrupciones.

—Mi estimado y honorable colega —empezó— es un envidiable experto en los escritos de aquel gran utilitarista, John Stuart Mill. Yo admiro a Mill tanto como él. Pero debería habernos ofrecido más frutos de su considerable erudición. Quizá debería habernos recordado que Mill hizo una famosa distinción entre los placeres elevados y los bajos. Y que también dijo que un Sócrates insatisfecho era mejor —se volvió para mirar firme y fijamente a Erskin— que un cerdo satisfecho.

—Ese es Eustace Legge —explicó Gregory—. Otro demagogo, aunque éste es un intelectual. ¡De eso sí que no podemos acusar a Erskin!

—Y si adoptamos el punto de vista de Mill y de Sócrates —continuó Legge—, sólo podemos llegar a la conclusión de que

la gente debe informarse. ¿Cómo? Tomando sus propias decisiones. Las personas sólo pueden descubrir lo que quieren confrontando alternativas. Nadie puede hacerlo por ellos, ni siquiera con la ayuda de potentes ordenadores. Aquellos que se han enfrentado a elecciones entre distintos tipos de placeres están en una posición superior a los que no lo han hecho nunca. Por esta razón —se volvió de nuevo hacia Erskin— prestamos atención a aquellos que están en posición de apreciar el valor de la ópera y la poesía. Pero también es la razón por la cual —se volvió para dirigir su perorata al presidente de la Cámara— deberíamos rechazar la insensata y atroz desfachatez de los expertos no electos, el arbitraje arbitrario de nuestros destinos, los futurólogos sin facciones, los matemáticos de lo incommensurable, los numerosos aplastanúmeros, los incontables contadores de lo incontable, los innumerables enumeradores de lo innumerable, los presuntuosos, pretenciosos, portentosos payasos impostores en batas blancas que han usurpado nuestras voluntades y quisieran decidir por nosotros.

Con esto último terminó, y la mayoría de su partido se puso en pie para vitorear sin control. Eustace Legge se sentó.

Entonces llegó el turno de los regulistas, y el interés por el debate se incrementó visiblemente en el ala derecha. Se ocuparon los asientos vacíos, se doblaron los periódicos y se hizo el silencio, mientras un hombre delgado y de pelo gris plateado, vestido elegantemente con chaleco y pañarita, se dirigió a sus compañeros con una enunciacón lenta, lánguida y bastante arrogante.

—He aquí a Milton Candew —explicó Gregory—, líder de una facción de nuestro partido denominada «minimalista». Green en las soluciones rápidas y sencillas: alcanzar la máxima felicidad erradicando la frustración, eliminando todos los deseos que no pueden ser satisfechos. A Candew se le ha ocurrido la descabellada idea de introducir una nueva droga, la Frustricida, en el suministro de agua con el objeto de crear felicidad instantánea para las masas. Una verdadera locura. Sólo habla de eso. Y, no obstante, tiene una extraña lógica.

—... y si nuestro propósito es eliminar el dolor y el sufrimiento —continuó Candew con lentitud—, ¿qué mejor manera de hacerlo? La Frustricida es muy barata de fabricar. Puede in-

corporarse al suministro de agua sin problema alguno. En definitiva, es prácticamente gratuita. También es inodora, incolora e insípida y, naturalmente, inocua e indolora...

—Ahora intentarán envenenar nuestra maldita agua! —gritó Eskin.

Candew continuó hablando sin inmutarse.

—Una acusación sin fundamentos, típica de los miembros del partido opositor, y de ese miembro en particular. Tras la administración de Frustricida, nadie se sentirá desdichado jamás. No: nadie será desdichado. ¡No se me ocurre ningún argumento en boca de un utilitarista contra este plan!

—¡La vida sería sumamente aburrida! —exclamó Eustace Legge.

—¡Aburrida! —repetió Candew, fingiendo sorpresa—. ¿Acaso la miseria es interesante? ¿Es excitante el sufrimiento? ¿Es divertida la frustración? Si erradicamos todos los síntomas de la desgracia, ¿con qué nos quedamos? Con la felicidad. ¿Por qué buscar más lejos? Tenemos en nuestras manos una maravillosa solución a los problemas de nuestra nación. Por eso decimos: ¡Que la nación se decida por la Frustricida!

Candew se sentó al son del tenue murmullo de aplausos procedentes de las hileras de sus seguidores.

Entonces se levantó de entre los regulistas una ponente de aspecto más severo y serio. Vestía un conjunto de color azul acerado y su pelo teñido de color melocotón presentaba un corte perfecto. Sus pasos fueron firmes y su porte impecable. La Cámara quedó muda de expectación.

—Aquí tenemos a Hilda Juggernaut —susurró Gregory—, la primera ministra.

—Más nos valdría —empezó ésta fríamente—, volver al tema que nos concierne: ¿quién decidirá en caso de aborto? El Partido Actor propone que nadie. Dejémoslo, dicen, en manos de los que a ellos les gusta llamar «el pueblo». ¡Vaya doctrina tan monstruosa! ¿Cómo puede dejarse un asunto de tan suma importancia pública al ciego albedrío de arbitrarios caprichos privados?

Su tono se volvió más suave, ronco y urgente:

—Nuestro objetivo primordial es producir cada vez más utilidad. No debemos desviarnos de esa noble obligación por ideas

subversivas, tal como la idea que la oposición parece apoyar de respetar los caprichos de personas existentes. ¿Por qué íbamos a hacerlo? ¿Qué hay que respetar? Nada. Porque —hizo una pausa dramática— las *persons* no existen. Debemos deshacernos de ideas obsoletas, como «identidad personal», «dignidad personal» e «integridad personal». Las personas son simplemente productores y consumidores de utilidad.

Su tono ahora se volvió firme:

—Nuestra obligación es producir personas que sean más eficientes a la hora de producir y consumir utilidad. El problema con el que nos enfrentamos hoy es simplemente un aspecto de ese mismo programa más amplio. Debemos controlar el crecimiento de la población para ajustarlo a los recursos disponibles. También debemos procrear de forma más eficiente. Debemos desarrollar y perfeccionar, no sólo nuestra tecnología productiva, sino también la reproductiva. No sólo debemos producir utilidad, sino también seres utilitaristas capaces de producir cada vez más utilidad, y capaces de consumirla de forma eficiente. La solución no es hacer más feliz a la gente, sino producir gente más feliz.

Aquel comentario fue recibido con un estrépito de aplausos. Su discurso se alargó inexorablemente.

—El aborto es sólo uno de entre tantos problemas para el que nuestra política ofrece una solución. Los comités de expertos serán quienes decidan quién nacerá o no. ¿Quién proporcionará el semen y los óvulos? ¿Quién dará a luz? No es necesario que éstas sean las mismas personas. Y, ¿quién será la madre y el padre? Razones de utilidad pueden obligar a que lo sean otras personas. Tales preguntas conciernen al principio de la vida, pero también debemos considerar su terminación. Al igual que los expertos están en la mejor posición para determinar quién debe nacer y cómo y quién debe ocuparse de la crianza, también son los mejor capacitados para calcular cuándo una vida útil ha alcanzado el límite de su utilidad.

«Lo cual me conduce a una nueva propuesta. Hemos decidido reconstruir la administración de nuestro Estado del bien-estar, dividiendo sus funciones entre dos superministerios. A partir de ahora, todo lo concerniente a las funciones positivas de formación y fomento de la eficiente producción de una mayor

utilidad será competencia del nuevo Ministerio del Bienestar. Y todo lo que concierne a las obligaciones negativas, aunque no por ello menos importantes, de eliminar a todos aquellos que ya son incapaces de contribuir a nuestra producción con la eficiencia adecuada, estarán bajo la égida del nuevo Ministerio de Despedidas.\*

Nicolás escuchó aquellas palabras con un repentino sobresalto, recordando la pacífica escena en la Casa de Despedidas. Así que era cierto que aquello había sido una sala de espera. No pudo dejar de imaginar cómo lo llevarían a cabo. ¿Lo harían las enfermeras a la vista de todos, quizá con jeringuillas, empujando después las sillas de ruedas a través de las puertas que portaban la señal de ADIOS? ¿O atravesaban las puertas con vida y lo hacían al otro lado?

—Lo que defiende el Partido Regulista —continuó la primera ministra, ya en la cima de su perorata—, es un *verdadero* Estado del bienestar, uno que se mantenga seguro entre nosotros. Un Estado en el que a todos aquellos más capacitados para calcular lo que acarreará las mejores consecuencias para el bienestar general se les deje hacer su trabajo. Un Estado en el que los *expertos* tomen las decisiones significativas de todos los aspectos de la vida. Un Estado en el que confiemos en el personal médico para decidir a quién tratar y durante cuánto tiempo, en el personal de seguridad social para dirigir a aquellos que verdaderamente necesitan apoyo, en profesores y oficiales de la educación para asignar a nuestros hijos a las escuelas y universidades apropiadas, sopesando las alternativas y seleccionando la más eficiente. Un Estado en el que confiamos en los cuerpos de especialistas cualificados para determinar quién nacerá, cómo será educado, quién recibirá tratamiento médico y las vidas de qué personas deben terminar.

La primera ministra, habiendo llegado a su conclusión, se sentó en medio de una explosión de aplausos, gritos y vítores provenientes del ala regulista. Los actores permanecieron quietos y serios. Pero ninguno estaba tan serio como Ned Erskin.

\* El autor hace aquí un juego de palabras difícil de reproducir en castellano. En inglés, la palabra bienestar es *welfare*, y la palabra despedida es la inversión silábica de aquella: *Farewell*. (N. de la T.)

Llegó la hora de votar acerca de la siguiente cuestión: «esta Cámara defiende la concesión a las madres, en consulta con los padres, el poder de decisión sobre la terminación de sus embarazos». Los diputados pulsaron unos botones dispuestos en sus asientos y apareció el resultado sobre una gran pantalla que había sobre la silla del presidente: cuatrocientos tres en contra, ciento seis a favor. Quedaba claro que Graham había confiado excesivamente en los indecisos y los disidentes. Los regulistas permanecieron firmes en el mando. Gregory parecía satisfecho.

—Te presentaré a la primera ministra —dijo.

Descendieron por las escaleras de mármol y recorrieron varios largos pasillos, adelantando a gente apresurada que cargaba con papeles y maletines. Atravesaron una cortina roja hasta llegar a una puerta donde podía leerse: PRESIDENCIA DEL GOBIERNO. Gregory llamó y entró. La habitación estaba pintada de un color pastel rosado y aparecía forrada de terciopelo rojo.

—Hola, Hilda —dijo jovialmente—. Maravilloso discurso. ¡Absolutamente maravilloso! ¡Los has pulverizado! He traído al profesor Carriat conmigo para que te conozca.

Se levantó de detrás de un escritorio rebosante de montones de documentos oficiales y alargó el brazo.

—Profesor Carriat —susurró con voz ronca—, estamos encantados de conocerle, y de que haya venido a Utilitaria. Gregory nos ha contado todo sobre su misión acerca de encontrar el mejor de los mundos.

—Una misión —intervino Gregory— que ya ha llegado a su fin.

—¡No es cierto! —replicó ella con cierta energía—. Tengo que advertirle que Gregory es propenso a la exageración. Por supuesto que éste no es el mejor de los mundos. Pero —y su tono alcanzó un registro duro y severo— lo será cuando se realicen nuestros planes —repitió el ronco susurro—: Gregory me dice que es usted uno de los nuestros. Eso me alegra mucho.

Nicholas se sintió con ganas de hacer una objeción pero, por no parecer maleducado, resistió la tentación.

—Estamos muy ilusionados —continuó ella—, con la grabación de su primer programa de televisión.

El impulso se presentó de nuevo y Nicholas lo reprimió una vez más.

La conversación (en la cual en realidad él no había participado) evidentemente había llegado a su fin, pues ella estaba dándole la mano en forma de despedida. «Parece», pensó Nicholas, «que las conversaciones en Utilitaria finalizan bruscamente en cuanto dejan de ser útiles.» Se preguntó el efecto que aquello tendría sobre debates y discusiones.

—Por favor, no dude en ponerse en contacto con nosotros si hubiera *cualquier cosa* que podamos hacer —dijo la primera ministra—. Si alguna vez necesitara ayuda, ¡puede contar con nosotros! «Será mejor no mostrar agradecimiento», pensó Nicholas, recordando el encuentro con la funcionaria de inmigración.

—Adiós —contestó él—. Espero volver a verla.

—Lo mismo digo —dijo ella con una sonrisa que Nicholas encontró extrañamente inquietante.

—¡Una mujer extraordinaria! —observó Gregory mientras caminaban por el pasillo hacia la puerta de salida. Nicholas decidió que, por primera vez, Gregory no estaba exagerando.

Pasaron el resto del día planeando el futuro de Nicholas en Utilitaria. Gregory le invitó a almorzar en el club docente de la universidad, tras lo cual le asignaron un despacho, una secretaria y le equiparon con ordenador, teléfono y fax.

—Tu primera conferencia será pasado mañana a las nueve —le informó Gregory—. Podrás explicar los orígenes de la idea del Progreso en la Ilustración. ¿Por qué no la anunciamos como «Liberarse del Pasado»?

Gregory le llevó entonces a lo que iba a ser su nuevo hogar, situado en el noveno piso de un bloque de apartamentos universitarios. Era un lugar pequeño y rectangular, con suelos de parquet y paredes pintadas de blanco y naranja chillón, funcional y decorado con unos pocos muebles metálicos y tubulares, de estilo escandinavo que también eran blancos y anaranjados, funcionales y geométricos. Se entristeció al recordar su estudio de Militaria, forrado de libros.

Aquella noche cenó en casa de la familia Maximand. Graham no estaba. Estaría ocupado, sugirió Gregory despectivamente, en algún objetivo político superior. Una vez más Gregory presidió la mesa, sentado en el lado opuesto a Charmian, y una vez más Nicholas se encontró sentado frente a la silenciosa madre de Charmian. A su izquierda había otro invitado: una mujer expansiva,

rebotante y bien arreglada, de unos cincuenta años, de voz fuerte y resonante y con mucho que contar a la congregación. Se llamaba Priscilla Yardstick, ministra de Sanidad del actual gobierno y, comentó Gregory con orgullo, una muy buena amiga. El menú de aquella noche era distinto pero no menos saludable que el anterior y sus anfitriones estuvieron igual de atentos con él e igual de poco atentos entre sí. Y con la madre de Charmian estuvieron más distantes que nunca.

Nicholas mencionó que en el avión había conocido a una joven diplomática llamada Stella Yardstick.

—¡Es mi hija! —explicó Priscilla con orgullo—. Una muchacha espléndida. Ha estado haciendo un magnífico trabajo acerca del tema de la inmigración. A veces bromearnos sobre ello: ella se ocupa de la continuidad y yo de la estirpe. Claro que llega un momento en que no es posible diferenciar entre ambas, ¿no es así, profesor? —se volvió hacia Nicholas pero no esperó su respuesta—. Al fin y al cabo, este asunto del aborto es una cuestión de continuidad: quién nacerá y quién no. También podría llamarse crianza de ganado. Y prescindir de los viejos y enfermos también forma parte del mantenimiento de la calidad de la especie. Podría decirse que es a eso a lo que me dedico: a mantener la calidad de la especie. ¡Acrecentar al máximo su productividad, su capacidad de producir bienes y servicios que generen utilidad, conservando al mismo tiempo su capacidad de obtener satisfacción y de disfrutar de dichos bienes y servicios! Sólo es cuestión de acrecentar al máximo la eficiencia.

—¿Cómo se consigue eso? —preguntó Nicholas.

—Pues bien —contestó Priscilla, claramente encantada de que se le hubiera solicitado ampliar uno de sus temas preferidos—, es cuestión de sopesar alternativas. Por ejemplo, nuestros administradores médicos tienen que decidir cómo distribuir recursos y cómo y cuándo tratar a los pacientes.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Nicholas.

—¡Sopesan las alternativas! —exclamó Priscilla—. *Calculan*. Reglas de medida y publicidad, ése es nuestro lema. ¿Cuánto vale una vida humana? Cada seis meses, la Oficina de Estadísticas publica una evaluación puesta al día, y esa cifra se utiliza como base de tasación. Hacemos ajustes positivos y negativos según diversos factores. Examinamos aptitudes específicas de productivi-

dad y consideramos aptitudes para el consumo eficiente. Generalmente, cuesta menos contentar a los viejos, una vez que sus ambiciones han sido satisfechas, o se han extinguido.

—Entiendo —dijo Nicholás, aunque no estaba muy seguro de que fuera así. Entonces notó que la penetrante mirada de la madre de Charmian estaba fija en la ministra. La anciana habló por primera vez. Su voz era sorprendentemente firme y clara pese a su avanzada edad: debía de tener más de ochenta años. —Tiene usted toda la razón —dijo con clara convicción—. Los planes de su gobierno son fabulosos. Así lo veo yo, igual que solía hacer el querido padre de Charmian, ¿no es así, cielo?

Charmian asintió con entusiasmo.

—Era un hombre tan alegre, siempre riendo y bromearlo. Fue un ingeniero civil durante muchos años. Construyó nuestras carreteras. Después, cuando cumplió los sesenta años, le dijeron que necesitaba una cadera artificial. Le dolía horros, pero nunca lo demostraba, no fuera que alguien notara que su capacidad para la felicidad se había deteriorado. Así que le operaron y reemplazaron su cadera, porque decían que contribuía mucho al transporte y que era alegre y poco quejoso. Algunos años más tarde, tuvo piedras en la vejiga. Algo muy doloroso, pero hizo frente a su dolencia y nunca dejó entrever a nadie lo mucho que estaba sufriendo, aunque yo sí lo sabía. Le operaron de nuevo porque seguía diseñando carreteras y sonriendo todo el tiempo. Pero entonces, cuando cumplió los setenta años, tuvo cataratas, cosa que le impidió seguir trabajando. Ya había alcanzado la edad de la jubilación pero él seguía trabajando por contrato. Dijeron que la cirugía no estaba justificada en su caso, tras sopesar el coste y los beneficios de su caso y de otros similares. Jamás se quejó de aquella decisión. Pensaba que tenían toda la razón, y yo también lo pensaba. Y cuando quedó totalmente ciego dijo que ya había contribuido bastante y que no quería ser una carga para la sociedad. Se alegró cuando le extirparon uno de sus riñones para trasplantárselo a algún trabajador joven y productivo. Cuando sufrió el infarto y le denegaron una cama en el hospital, tanto él como yo decidimos que había llegado la hora de que se marchara. Al fin y al cabo, su presencia no era de mucha utilidad, ¿no cree?

Charmian y Gregory estaban de acuerdo.

Nicholás quedó maravillado por la sinceridad del discurso de la anciana mujer. Quedaba claro que era una verdadera creyente en la política sanitaria de Utilitaria, y una firme defensora de la ministra. ¿O no? Sin duda Priscilla Yardstick lo vio así, y mostró satisfacción por aquellas palabras de apoyo. Pero había una cosa que extrañaba a Nicholás.

—En cuanto al trasplante de riñón, dijo usted que le extirparon uno. Pero, ¿no tuvo que darles permiso previo?

—Verás —intervino Priscilla—, desde la nueva ley, no hace falta. La transferencia de órganos corporales se incluye ahora en el sistema de impuestos y, cuando son necesarias, dichas contribuciones deben ser pagadas, del mismo modo que se paga el impuesto sobre la renta o el impuesto de compraventa. Pero, al respecto de lo que sucede con aquellos impuestos, uno sabe exactamente a qué ha contribuido.

—Entiendo —dijo Nicholás.

El sistema sanitario parecía sumamente eficiente y, a juzgar por el relato de la anciana, estaba respaldado por los pacientes. Y tenía, pensó, más ventajas todavía. Por ejemplo, ofrecía importantes incentivos para que la gente evitara las enfermedades costosas, se dedicara a actividades productivas y fuera, o al menos lo *aparentara*, feliz y satisfecha, y no parecer así ineficiente.

Nicholás hizo una última pregunta a la ministra:

—Otra cosa que no acabo de comprender es cómo se organiza la transferencia de órganos.

—¡Ah! —respondió Priscilla—. ¡Como un mecanismo de relojera! El sistema funciona especialmente bien en cuanto a minusválidos improductivos.

—¿Y por qué son ellos precisamente los beneficiados? —preguntó Nicholás.

—Ellos no son los *beneficiados* —le corrigió Priscilla—; son los *beneficiarios*. Es su particular forma de contribuir al bienestar general. Ya que no pueden producir bienes o servicios, producen órganos que permitirán a otros hacerlo. Les ofrece un objetivo en la vida, y eso es algo especialmente valioso, ya que en gran medida hemos ido eliminando el cuidado médico hacia esta categoría particular.

—¿Está diciendo —dijo Nicholás—, que los minusválidos que no pueden trabajar no reciben cuidados médicos?

—Pues claro. Es una cuestión de categoría —explicó Priscilla—, como todo lo demás. Todo depende de los puntos que sume la minusvalía. Por ejemplo, si eres cojo de una pierna, tienes tres puntos, si eres ciego, tienes seis, si no puedes utilizar unas tijeras, tienes once y si estás totalmente paralizado te conceden quince puntos. Cuanto más alta sea la puntuación, menos derecho tendrás a los recursos médicos. Como verás, el sistema entero está muy bien programado.

Priscilla siguió explicando que existían algunos en el Partido Regulista a favor de la activa eliminación de los minusválidos improductivos y enfermos incurables, pero que por el momento, los expertos opinaban que era más ventajoso retener dichas categorías como fuentes de suministro de órganos humanos y como recursos para experimentos médicos.

El resto de la cena estuvo ocupado por los cotilleos que contaba Priscilla sobre diversos miembros del gobierno, todos ellos conocidos de Gregory, y de escaso interés para Nicholás. Al finalizar la cena, la ministra se levantó para marcharse, al brusco estilo de Utilitaria, explicando que debía regresar a sus asuntos. Al estrechar la mano de Nicholás, ella le deseó buena salud y él, agradeciéndole su ilustrativa conversación, le aseguró que conservaría su salud robusta, su trabajo productivo y su felicidad aparente.

Tras la partida de Priscilla, mientras tomaban el café, Gregory hizo otra sugerencia a Nicholás.

—¿Por qué no me acompañas mañana al Tribunal de Apelaciones? Se va a decidir un caso de suma importancia. Ya has echado una ojeada a la política de Utilitaria en pleno funcionamiento. Quizá te interese echar un vistazo al funcionamiento de la justicia en Utilitaria.

Nicholás dijo que aquello era una excelente idea.

De vuelta en su desolado apartamento utilitarista, pensó en la sobremesa de aquella noche. La madre de Charmian le había intrigado. Había una cosa que no le quedaba muy clara: ¿cómo había logrado aquella mujer escapar de los servicios de despedida del gobierno? ¿Por qué permanecía en casa de la familia Maximand en lugar de trasladarse a la Casa de Despedidas? ¿Quizá seguía ejecutando algún valioso servicio al bienestar colectivo, ¿quizás ejercía de consejera de salud para las comidas de

la familia? ¿Y cómo era posible que no sintiese resentimiento alguno hacia la forma de morir de su marido?

Pero entonces recordó que los utilitaristas no comprendían ni el resentimiento ni la *gratitud*, conceptos que sólo tenían sentido al mirar atrás en la vida de una persona. ¿Y por qué no lo comprendían? Quizás era porque no creían en las *personas*. Durante el debate, la primera ministra había dicho que «las personas no existen». ¿Qué quería decir con eso? Por supuesto que las personas existen. Tal vez lo que la ministra quiso decir era que no debe atribuirse demasiada importancia a la vida de un individuo, si éste se considera como un conjunto que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte. Recordó que hubo un filósofo llamado Parfit que sugirió que dicha vida es simplemente una serie de experiencias y acciones, y que no existe ningún otro hecho que añadir a eso, que no existe ninguna entidad suelta llamada «persona» a quien le pertenezcan dichas experiencias o que ejecute dichas acciones. Quizás a los utilitaristas sólo les importaban las experiencias, algunas más felices que otras, ligadas tan sólo por la memoria. Igual que la composición del cuerpo cambia continuamente durante el curso de una vida, donde unas células remplazan a otras, podría considerarse a una «persona» como una corriente siempre cambiante de experiencias sucesivas y más o menos enlazadas entre sí. Como consecuencia, no existiría razón alguna para darle importancia al hecho de que las experiencias tempranas y tardías ocurran en el mismo curso de una determinada vida. Por lo tanto, alguien que contempla la muerte no debe decir «voy a morir», sino «ya no existirán futuras experiencias que puedan estar relacionadas, en cierta manera, con mis experiencias actuales». Nicholás supuso que quizá lo único que le importaba a un utilitarista era acrecentar al máximo el número de experiencias felices, sin conceder importancia a quién pertenecen dichas experiencias. Por consiguiente la terminación de una vida particular tendría menos significado para un utilitarista que para un no utilitarista. Sería mucho menos importante que disminuir o no incrementar el número de experiencias felices. La unidad de la vida de una supuesta persona sería sencillamente una sucesión de experiencias ligadas entre sí, y las tempranas serían muy distantes en relación con las más recientes. Pero, se preguntó, ¿qué implicaciones tendría tal

punto de vista para la culpabilidad y la inocencia, para el castigo y la responsabilidad? ¿Por qué tendría que sentirse culpable alguien ahora por un acto apenas recordado, cometido en un tiempo muy lejano de su vida? ¿Importaría demasiado a *quién* se castigaba por un crimen, siempre que el castigo tuviera los efectos reprobos deseados? Pero era demasiado tarde para sacar conclusiones sobre todo aquello y, además, estaba muy cansado.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana del día siguiente llamaron a puerta. Al abrirla se encontró con un joven con visera que se identificó como un chófer de la universidad, enviado a instancias del profesor Maximand.

Sentado en su nueva oficina, Nicholas reflexionó sobre el tema de su conferencia inaugural del día siguiente, que había sido anunciada bajo el título de «Liberarse del pasado». Apuntó algunas notas y escribió un resumen en borrador. Trazaría las maneras en que el pasado fortifica su dominio sobre aquellos que más fervientemente intentan escapar de él. Su mensaje sería el de que la obsesión por el futuro puede ser contraproducente, que la búsqueda de la novedad no es siempre la mejor forma de obtenerla y que el estudio del pasado puede ser una forma de innovación. Ilustraría esta última idea con referencias a diversos pensadores de la Ilustración, entre ellos Voltaire, Hume y Rousseau. Entregó las notas de la conferencia a su secretaria recién asignada para que las escribiera a máquina para la mañana siguiente.

A las once llegó Gregory y se dirigieron al tribunal.

—El caso concierne a cinco intolerantes que instalaron una bomba en un café de Reckonham hace quince años —explicó Gregory—. La bomba mató a veintuna personas e hirió a muchas más. Les pillaron prácticamente con las manos en la masa mientras jugaban a cartas en un tren que les llevaba de camino a casa después del crimen. Confesaron, por supuesto. Cadena perpetua. Así de sencillo.

—¿En qué basan su apelación? —preguntó Nicholas.

—En nada firme —contestó Gregory—. Claro que ellos dicen haber sido incriminados injustamente, que la policía les obligó

a confesar y fabricó evidencias en su contra. Se ha iniciado una gran campaña a su favor. Pero no servirá de nada.

Mientras se aproximaban a los tribunales, Nicholás vio que en la calle estaba celebrándose otra manifestación. A diferencia de la del día anterior, estaba dividida en dos grupos, uno a cada lado de la calle. En un lado había un grupo de gente de mediana edad, de aspecto bastante serio y respetable, que sujetaba una larga pancarta donde decía: NO PARARÁN HASTA HACER NOS LO MISMO QUE A LOS DE RECKONHAM. En la acera opuesta, los manifestantes eran más jóvenes, zarrapastrosos y harapientos. Entre ellos divisó a Graham, de pie junto al mismo grupo de adolescentes a los que acompañaba el día anterior, sujetando otra pancarta larga donde estaba escrito: LA TRAMPA RECKONHAM NOS ACECHA.

—¿Es que Graham no va nunca al colegio?—preguntó Nicholás.

—Me consta que acude alguna vez—respondió Gregory. Luego añadió con aspereza—: pero uno tiene que ser indulgente. Le espera un gran futuro en el mundo de la publicidad.

Aparcaron el coche y se aproximaron a la sede de los tribunales, una imponente estructura neogótica del siglo XIX. En la cima de su fachada había una estatua de la justicia de Utilitaria: una figura femenina que en una mano sujetaba una balanza. Sin embargo, carecía de venda en los ojos y de espada. En su lugar, sujetaba un telescopio frente a uno de sus ojos entornados. Nicholás supuso que estaba mirando hacia el futuro calculable.

Pasaron por el control de seguridad hacia un vestíbulo largo, tenuemente iluminado y resonante, con un suelo de mármol. A ambos lados de la sala podían verse bustos de diversos eminentes utilitaristas, entre ellos Beccaria, Helvétius y Bentham. Ascendieron por unas escaleras de caracol de piedra hasta llegar a la puerta que daba acceso al tribunal número cuatro. Se trataba de una sala grande, tenebrosa, reverberante, adornada con paneles de roble y de techos muy altos. Tenía altas ventanas a través de las cuales se filtraba una luz grisácea. Los bancos de madera de la galería del público estaban repletos de gente que escuchaba atentamente. Frente a ellos estaba el banco del juez, iluminado por tres lámparas de tulipas verdes, tras las cuales se sentaban tres ancianos. A su derecha, detrás de una rejilla de

metal, se sentaban tres hombres y dos mujeres, cabizbajos y de rostros envejecidos, gastados e inexpressivos, flanqueados por dos guardias. Bajo ellos había una gran mesa, donde se hallaba el funcionario del juzgado, escribiendo rápidamente y barajando sus papeles. Los jueces, los secretarios y los abogados frente a ellos, de espaldas al público, iban vestidos con togas y pelucas.

—El juez del centro—susurró Gregory—, es el juez Tantomount, el presidente del Tribunal Supremo. A su izquierda está el juez Barker y a su derecha el juez Growler.

Mientras Nicholás y Gregory se sentaban, el abogado defensor, una impresionante mujer de largas pestañas y enormes uñas lacadas, había comenzado su resumen y movía sus lentes de manera histriónica.

—Han escuchado ustedes la declaración de diversos peritos científicos. Estos manifiestan que las pruebas para la gelifugina en las que se basó la condena contra los apelantes son muy poco fiables, tan poco fiables como las pruebas del científico forense, en el que se ha fundamentado el caso de procesamiento. Han oído, de boca de expertos independientes, que los restos hallados en sus manos podrían muy bien ser el resultado de las cartas que sujetaban cuando fueron arrestados en el expreso Reckonham-Fishport, o por los productos químicos proporcionados por fuentes desconocidas para ayudar a la policía en sus investigaciones.

«Han escuchado las declaraciones de diversos funcionarios de prisión según las cuales los apelantes fueron golpeados salvajemente y que sus ojos morados y costillas rotas y cortes y moratones no fueron, como se declaró oficialmente en aquel momento, resultado de una curiosa tendencia que los cinco compartieron por arrojarse escaleras abajo.

«Han escuchado y visto pruebas precisas de que los informes de entrevistas con los apelantes fueron falsificados por los investigadores policiales tras los hechos. Hemos probado incuestionablemente que, no satisfechos del todo con extraer confesiones de mis clientes mediante abusos e intimidaciones, los policías encargados de este caso han falsificado sus propias pruebas, reescribiendo las páginas más relevantes de dichos informes.

«Han escuchado la declaración de diversos amigos y vecinos de los apelantes, según la cual éstos mendigaban y pedían pres-

tado dinero abiertamente para poder pagarse el viaje en el tren donde fueron detenidos posteriormente. Eso parecería una actividad inusual en asesinos conspiradores a las órdenes de una organización terrorista.

»Es obvio que la policía que ha investigado este caso decidió desde el principio imputar este crimen a estos sospechosos tan asequibles. No se molestaron en seguir investigando, a pesar de que era conocido por todos que renombrados líderes intolerantes se encontraban por los alrededores. Cinco pájaros en mano valían más que cualquier número de ellos volando, sobre todo si podían forzarles a cantar. La poderosa imaginación de los investigadores les condujo a atrapar a unos intolerantes jugando a cartas de camino a casa en tren. Su considerable poder de persuasión les permitió convencer a cinco personas inocentes —movió sus gafas hacia la rejilla— para confesar un crimen que nunca cometieron, confesiones que mis clientes repudiaron en cuanto tuvieron ocasión. No existen fundamentos para creer que cometerían este terrible crimen. Lo cierto es que no se ha demostrado de forma convincente. ¿Qué posibles razones existen para mantenerles más tiempo bajo custodia?

Se sentó tan decididamente como había pronunciado sus palabras, al son de un murmullo de excitación proveniente del público y unos amortiguados vítores que procedían de la parte trasera del tribunal. Parecía estar muy satisfecha con su interpretación.

Gregory se inclinó hacia Nicholas para susurrarle:

—Esa es Clarissa Preen, la amiga de los intolerantes. La prensa la ha bautizado como Reina Preen. Como verás, cuenta con varios admiradores, pero la más ferviente de todas es ella misma. Ahora escucharemos argumentos serios. Ese es Augusto Rapier. El fiscal se levantó para hablar. Era alto y estrado, la caída de su toga era impecable y su tono de voz era altivo y arrogante.

—Señorías, mi ilustre amiga nos ha formulado una excelente pregunta, una pregunta a la que intentaré responder. El caso de los apelantes, que ella tan hábilmente nos ha expuesto, viene a ser el siguiente: según las aserciones expuestas por unos cuantos presuntos científicos, por unos cuantos funcionarios de prisión, indudablemente desleales y un puñado de amigos y vecinos, aso-

ciados o simples simpatizantes de los apelantes, se nos pide que cuestionemos los resultados de unas investigaciones policiales elaboradas y esmeradas, así como el resultado de un juicio solemnemente conducido por juez y jurado.

»Mi ilustre amiga nos pide que aceptemos la existencia de dudas procedentes sobre el hecho que los apelantes provocaran la explosión de la cafetería La Catacumba. ¿Qué es, señorías, una duda procedente? ¿De quién sería procedente dudar? ¿Es procedente dudar de las mismísimas palabras de estos criminales confesos, sólo porque han cambiado de opinión, o porque un par de funcionarios de prisiones poco fiables nos viene ahora con un cuento chino? ¿Es procedente depositar nuestra fe en los juicios arbitrarios de unos cuantos científicos disidentes y de unos supuestos expertos en grafología? ¿Es procedente depositar nuestra confianza en aquellos que apoyan a los intolerantes? ¿Acaso duda alguien por un segundo que estos cinco apelantes sean partidarios de la causa llamada Intolerancia? ¿Acaso no es esto suficiente para convertirles en algo más que sospechosos?

»Señorías, debo preguntarles: ¿acaso es procedente suponer que éstos *no* son los perpetradores de este horrible crimen, cuando, quince años después de los hechos, no existe prácticamente posibilidad alguna de descubrir candidatos alternativos a quienes procesar? ¿Sería procedente abandonar una hipótesis verosímil en ausencia de una contrahipótesis verosímil? Yo encuentro que el caso de los apelantes no contiene ni una sola pista acerca de quién podría haber cometido este crimen, si es que en efecto son inocentes.

»Ante estas importantes consideraciones, señorías, propongo que las condenas y las sentencias se mantengan, y que estos cinco peligrosos terroristas, cuyo propósito era, y sin duda sigue siendo, el de perturbar nuestra paz y disminuir nuestra felicidad, permanezcan bajo custodia durante el resto de sus días.

Se sentó con energía. La mayoría de la gente a su alrededor parecía inquieta y enfadada, pero los prisioneros tras la verja no mostraron reacción alguna.

El juez Tantamount se levantó para decretar un descanso de la vista y, mientras los tres presidentes del tribunal salían, el público y los abogados se levantaron e hicieron una reverencia. Un

zumbido de excitación invadió la galería del público. Los periodistas comparaban notas, los abogados se consultaban los unos a los otros, los conspiradores conspiraban. Gregory parecía muy satisfecho.

—¡Un magnífico discurso! —dijo. Era evidente que se refería al discurso del fiscal—. No le faltará mucho para llegar a juez. Tiene una mente muy judicial.

—Pero no ha debatido la evidencia aducida por el lado opuesto —objetó Nicholás con discreción.

—¡Claro que no! —dijo Gregory—. La ha desacreditado.

Tras un breve intervalo, regresaron los jueces y el tribunal se puso en pie, hizo una reverencia y se volvió a sentar en tensa expectativa cuando el juez Tantamount comenzó a hablar de nuevo:

—Hace quince años, un 3 de agosto, a las dieciocho horas y cinco minutos, explotó una bomba en la cafetería La Catacumba de Reckonham, llevándose consigo veintituna vidas, causando veintisiete heridos y considerables daños a propiedades. Tras aproximadamente hora y media del suceso, la policía descubrió a cinco viajeros del expreso Reckonham-Fishport de las diecinueve horas y treinta y cinco minutos que jugaban a cartas, y fueron arrestados como principales sospechosos. Varias pruebas posteriores demostraron que habían estado manipulando gelignita, y mientras esperaban el juicio confesaron libremente haber instalado la mencionada bomba. En el posterior juicio, fueron correspondientemente condenados y sentenciados a cadena perpetua, de la cual por ahora han cumplido quince años.

«Hemos escuchado un discurso admirable, elegante y elocuente por parte de su abogado defensor. Ha intentado persuadimos de que existen dudas razonables en cuanto a la participación de sus clientes en este crimen cobarde, inhumano y absurdo, intentando asimismo impugnar las pruebas ofrecidas por la policía y sugiriendo que las confesiones de los apelantes fueron arrancadas por la fuerza. Estos son, sin duda, precisamente los argumentos a los que típicamente recurren aquellos que son acusados de crímenes. Al considerarlos, debemos preguntarnos, como muy bien ha hecho el ilustre fiscal, de qué y de quién sería procedente dudar. Mucho depende de las respuestas a estas preguntas.

«Nunca se repetirá lo suficiente en este tribunal que la máxima fundamental de la justicia en Utilitaria es *Utilitas populi suprema lex est*. Dicha máxima no es menos aplicable a la cuestión que nos concierne. Es procedente dudar cuando la utilidad de la gente requiere semejante duda y es impropcedente hacerlo cuando no lo merece. ¿Aumentaría la utilidad general si dudásemos de la veracidad y rectitud de nuestra policía y de la sagacidad de nuestros jueces y jurados? ¿Qué intereses se benefician al infundir tales dudas?

Miró fijamente hacia la verja.

—La ley es una enorme máquina de transformar males pasados en bienes futuros. La ley de enjuiciamiento criminal, en particular, responde a las injusticias, crímenes y delitos pasados aplicando un variado sistema de sanciones cuidadosamente clasificadas con el fin de acrecentar al máximo, mediante la disuasión, el buen comportamiento futuro. Para que esta máquina funcione bien, son necesarias tres condiciones. En primer lugar, los crímenes deben ser castigados. En segundo lugar, el castigo debe corresponder al crimen. En tercer lugar, debe existir un acuerdo general en que los culpables han de ser castigados. Este último hecho tiene que ser cumplido cueste lo que cueste. Tal es la situación actual de nuestro caso, enfrentados como estamos a una campaña de terror dirigida contra nuestra forma de vida en Utilitaria por aquellos que se oponen a ella de forma implacable. Los terroristas y criminales potenciales deben ser mantenidos a raya mediante el temor a las posibles consecuencias de sus acciones. Las dudas a las que hemos sido invitados a participar hoy no producirían tal temor. Se dice que algunos consideran que la justicia ha de ser ciega. Eso es falso. La justicia debe ser *sorda*, sorda a las dudas que debilitarían su mismísima existencia. Por eso considero que cuanto más tiempo dure esta audiencia, más convencidos quedaremos en el tribunal de que el veredicto original del jurado estaba en lo cierto.

En ese momento el juez Tantamount extrajo una calculadora de su bolsillo.

—Este tribunal —continuó— ha dedicado mucho tiempo y muchos gastos a este caso. Hemos escuchado a diecisiete testigos para los apelantes, quienes, junto con los prolongados discursos de su abogado defensor, han ocupado ciento siete horas del

tiempo del tribunal. Si calculamos lo que cuesta este tribunal por minuto, es sin duda una suma importante. Normalmente, este tribunal requeriría que los apelantes asumieran el cargo total de estos gastos. Sin embargo, en este caso particular, estamos preparados para hacernos cargo de los mismos, en interés de la justicia más amplia que estamos aplicando. Lo que no puede concebirse es que nuestra sociedad pague el coste de la incertidumbre y la pérdida de confianza en las fuerzas de la ley y el orden, si quienes perpetran terribles crímenes como éste no fueran detenidos.

«Como acostumbramos hacer en nuestro sistema de justicia utilitarista, debemos contemplar las consecuencias de nuestras decisiones. Alguien podría formular la muy razonable pregunta de si debería haberse permitido la apelación en un caso como éste. Si estas cinco personas fracasas en sus apelaciones, significará que el tiempo y el dinero de muchas personas habrá sido derrochado sin propósito aparente. Si estas cinco personas ganaran, significaría que la policía es culpable de perjuro, de violencia y amenazas, que las confesiones fueron involuntarias y fueron admitidas impropriamente como evidencia y que las condenas fueron erróneas. Es un panorama tan aterrador que cualquier persona razonable en esta tierra convendría en que no estaría bien que ganaran el caso.

»Este caso demuestra lo civilizado que es un país como Utilitaria. Aquí tenemos a los cinco culpables del cruel asesinato de veintuna personas inocentes. No disponen de dinero alguno. Sin embargo, el Estado ha derrochado considerables sumas en su defensa. Fueron condenados por asesinato y sentenciados a prisión de por vida. La evidencia les mostraba culpables de grave perjurio. Pero el Estado continuó derrochando grandes cantidades a su favor y en contra de la policía. Ya va siendo hora de que pongamos el freno. Todo esto es simplemente un intento de retar importancia a las condenas. Es un escándalo al que no debería permitírsele seguir adelante. Se rechaza la apelación.

—Convengo en ello —gruñó el magistrado Barker.

—Convengo en ello —ladó el magistrado Growler.

La galería del público rompió en una sarta de insultos.

—¡Así va la justicia en Utilitaria! —gritó un joven a su izquierda.

—¡Tened valor! ¡Lucharemos por vosotros! —gritó otro.

—¡Silencio en la sala! —ordenó el secretario.

Los cinco detenidos fueron escoltados rápidamente fuera de sus respectivos puestos y hacia un área más baja al fondo de la sala. Asimismo, los tres jueces se levantaron para marcharse, y algunas personas del público se alzaron para ofrecer de nuevo sus reverencias. Al ver que las voces de protesta no cesaban, el secretario del tribunal ordenó el desalojo de la sala y un agitado grupo de personas se abrió paso a través de la puerta. Nicholas y Gregory caminaron de nuevo hacia la puerta de acceso al edificio.

—Creo que deberías conocer al magistrado jefe Tantamount —dijo Gregory—. Le conozco bastante bien. En realidad es un amigo íntimo. Estoy seguro de que le gustaría conocerte.

Hizo una llamada telefónica y, a los pocos minutos, apareció una conserje uniformada. Les condujo a lo largo de un extenso pasillo, decorado con toda suerte de jueces: bustos de jueces, retratos de jueces e incluso maniqués de jueces en vitrinas de cristal con sus birretes y togas de varias formas y colores. Ascendieron por otras escaleras de piedra en espiral y llegaron a una puerta cerrada. La conserje la abrió y les condujo por otro largo pasillo repleto de imponentes puertas de roble, hasta que alcanzaron una última puerta con la inscripción: PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO. La conserje llamó y fueron recibidos en el despacho del juez Tantamount.

Su despacho era impresionante. Estaba forrado hasta el techo con volúmenes jurídicos. La misma luz grisácea que invadía el resto del edificio se filtraba por las altas ventanas. El juez Tantamount se levantó de su asiento y les saludó con una sonrisa efusiva. Gregory le presentó a Nicholas y describió de nuevo su misión y su feliz conclusión.

—Encantado de conocerle, profesor Caritat —dijo el juez—. ¿Les apetece una copa de claret, caballeros?

Gregory asintió con un gesto entusiasmado, y el juez Tantamount pulsó un llamativo timbre. Apareció un sirviente con una jarra llena y tres copas sobre una bandeja de plata. Gregory y Nicholas se reclinaron en profundos asientos de cuero mientras apuraban sus copas, y el juez se sentó frente a ellos, detrás de su escritorio.

—Me interesaría mucho saber —le dijo a Nicholas—, cómo cree que la justicia de Utilitaria ha desempeñado su papel en el día de hoy.

Nicholas eligió sus palabras con cuidado.

—No estoy muy seguro, pero por el momento, y por lo que he podido observar, no parece haber pesado el caso de los apellidados en su balanza.

El juez Tantomount parecía un tanto sorprendido.

—Lo que pesó es el riesgo de aceptar su caso como verdadero —contestó.

—Pero —objetó Nicholas—, ¿no existe el riesgo de que su caso pueda ser verdadero?

—Profesor Caritat —contestó el juez— nuestro entero sistema de justicia sólo puede funcionar si todo el mundo cree que funciona bien. Los malhechores potenciales deben quedar convencidos de que los males que cometieren no iban a compensarse, y los demás ciudadanos deben quedar convencidos de que aquéllos están lo suficientemente convencidos. De ese modo reducimos al mínimo la infracción de la ley y acrecentamos al máximo tanto nuestra seguridad como nuestro sentido de la seguridad. Tomemos el ejemplo del caso que ha presenciado hoy mismo. El veredicto original contra los apellidados sustentó la confianza de todos en el funcionamiento del sistema. Podríamos decir que un hecho preservó al otro. Si se derrumba el primero se destruye el segundo.

—¿Está usted diciendo que si fueran inocentes, estas cinco personas tendrían que ser *sacrificadas* para el bien público? —preguntó Nicholas.

—Su lenguaje es muy colorista, profesor —dijo el juez—. Personalmente, yo no utilizo palabras como *sacrificio*. De hecho, es un concepto apenas conocido en Utilitaria. Es una metáfora religiosa, heredada del pasado, poco apropiada para nuestras circunstancias. Prefiero las metáforas económicas o comerciales. Diganos que lo que hemos presenciado hoy es un *truque*.

Nicholas insistió, dado que el problema seguía inquietándole.

—Pero suponga —le dijo al juez—, que un periodista ve a un hombre en el tejado de una prisión declarando que es inocente. ¿Debería investigar o darse media vuelta?

—¡Oh!, idarse media vuelta! —dijo el juez Tantomount—. Ignorarle. Recibo muchas cartas de gente que está en prisión y dice haber sido condenada injustamente. Me temo que van directas a la basura.

Parecía que la reunión estaba llegando a la abrupta conclusión habitual en Utilitaria, pues el juez se levantó de su silla y extendió su mano hacia Nicholas.

—Ha sido un placer conocerle, profesor, y he tomado nota de sus muy perspicaces preguntas. Espero que su estancia aquí sea feliz y provechosa para todos. No dude en ponerse en contacto con nosotros si podemos serle de alguna ayuda. Si podemos, lo haremos, puede contar con eso. Adíós, Gregory.

Salieron del despacho y fueron escoltados escaleras abajo, donde pasaron de nuevo frente a las estatuas de los jueces.

—¡Un juez excelente! —observó Gregory—. Absolutamente digno de confianza. Un hombre de principios, aunque un poco chapado a la antigua.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nicholas.

—Sigue creyendo en el sistema de jurado popular. Cree que ese sistema preserva la apariencia de justicia, que permite a la gente creer que los veredictos están bien fundamentados. Pero te pido que consideres el caso que acabamos de presenciar. Los intolerantes y sus defensores habrían tenido menos motivos de esperanza si el caso entero hubiera sido manejado sumariamente por un magistrado. ¡Quizá ni siquiera habrían apelado! ¡Piensa en todo el tiempo, molestias y dinero que se habrían ahorrado! De hecho —añadió—, si hubieran sido ejecutados en el acto no se habría sabido más del caso. Hoy almorzaremos con la fiscal general. Está dirigiendo una campaña para abolir los jurados y hacer todo nuestro sistema utilitarista más eficiente. En realidad es una amiga íntima.

Nicholas estaba empezando a preguntarse si existía algún utilitarista importante que no fuera amigo íntimo de Gregory.

La fiscal general, Felicity Hawk, causó una buena impresión sobre Nicholas mientras almorzaban en un oscuro y elegante restaurante, rodeados de gente de aspecto importante que hablaba en voz baja. Era delgada, de apariencia imponente y lucía un elegante conjunto de color gris oscuro y un cabello muy corto. Fogosa, feroz y franca, con un modo de hablar pragmá-

tico, Felicity era sin duda una verdadera creyente, una evangelista de Utilitaria. Gregory, al menos, tenía un interés erudito por aquellos aspectos del pasado que prefiguraban el presente. Felicity, por el contrario, parecía contemplar la totalidad del pasado como una traba para la eficiente ejecución del sistema judicial.

—Basura medieval! —exclamó mientras picaba su ensalada de queso fresco y apio—. ¡Tonterías sentimentalistas! Dime —se dirigió a Nicholas—: ¿a qué persona razonable se le ocurriría dejar la decisión del proceso legal más importante en manos de doce aficionados ignorantes?

Nicholas empezó a decir algo sobre el derecho a ser juzgado por un semejante, pero ella no parecía estar dispuesta a seguir con el tema.

—Es ridículo —continuó—, poco profesional, ineficiente, y significa un completo derroche de fondos públicos.

—También es inducido por motivos políticos —dijo Gregory—. El Partido Actor está a favor de los jurados, y todos sabemos por qué. Se trata de su habitual demagogia: lisonjean a la gente para que acaben pensando que todo el mundo es capaz de ser un experto. Pero no te preocupes —añadió, en un intento de tranquilizar a Nicholas—: el sistema jurídico no tiene futuro en Utilitaria.

Nicholas no tenía ninguna necesidad de que le tranquilizaran, pero no vio ningún motivo para seguir discutiendo. Sus compañeros de mesa estaban tan seguros de la certeza manifiesta de su opinión que simplemente asumieron que Nicholas estaría de acuerdo con ellos y por lo tanto no intentaron persuadirle. Su manifiesto interés en asentar sus creencias no parecía incluirle a él.

Nicholas pasó el resto del día en su despacho, preparando su conferencia inaugural. Cuando regresó a su apartamento era ya tarde y encontró una nota en su puerta que decía: «Pasarán a recogerme a las ocho horas y quince minutos».

En la cama, debatió con Constantin-François Volney sobre la relación entre pasado, presente y futuro. Volney estaba menos seguro que su amigo y compañero de campañas contra la esclavitud, Condorcet, sobre la perspectiva del progreso humano, pero anticipaba, al igual que Condorcet, un tiempo en el que «la especie entera se convertirá en una gran sociedad, una familia

individual gobernada por el mismo espíritu, por leyes comunes y disfrutará de toda la felicidad de la que es capaz la naturaleza humana». Pero, al mirar atrás, no contemplaba más que ruinas:

«A la muchedumbre tumultuosa que se abarrotaba bajo estos pórticos ha sucedido la soledad de la muerte. El silencio de la tumba substituye el abejoneo de lugares públicos. La opulencia de una ciudad comercial es transformada en horrenda pobreza. Los palacios de reyes se han convertido en receptáculos de venado, e inmundos reptiles habitan los santuarios de los dioses... ¡Cuánta gloria yace aquí eclipsada, y cuántos esfuerzos aniquilados!... ¡De este modo perece el trabajo de los hombres, de este modo se desvanecen imperios y naciones!».

—¿Quién puede asegurarme —le exigió a Nicholas con tristeza—, que no llegará un día en que la totalidad de nuestro propio país sufra tal destino?

—Nadie —contestó Nicholas—. Simplemente tenemos que hallar una forma de no considerar el pasado demasiado desalentador ni el futuro demasiado alentador.

Y, manteniendo que el pasado es una casa en la que habitar y hacer reformas, y no un montón de ruinas sobre las que reconstruir, Nicholas se hundió en un profundo sueño.

## Buscado

A las ocho horas y quince minutos de la mañana siguiente llamaron a su puerta. Nicholas la abrió para encontrarse frente a otro joven con visera que, al igual que el día anterior, anunció que era un chófer de la universidad, enviado a instancias del profesor Maximand. Nicholas siguió al chófer por el pasillo. Esta vez no utilizaron el ascensor sino que bajaron por las escaleras hasta una puerta trasera donde les esperaba un coche. El chófer abrió la puerta del asiento trasero. Nicholas se hundió en su asiento, y el coche se puso en marcha.

A los pocos minutos se dio cuenta de que estaban tomando un camino diferente y absolutamente desconocido hacia la universidad. Poco a poco fue percatándose de que en lugar de aproximarse al centro de la ciudad, estaban alejándose de ella. Incliniéndose hacia delante para hablar con el conductor, Nicholas descubrió que les separaba una rejilla de metal y cristal. Empezó a sudar y se le ocurrió abrir una de las ventanillas, hasta que se dio cuenta de que en el interior de la parte trasera del coche no había manija alguna ni para las ventanas ni para las puertas.

El coche avanzaba a gran velocidad por una calle desierta bordeada de monótonas casitas. De pronto se adentró en el camino particular de una de ellas y frenó en seco en el interior de un oscuro garaje. Inmediatamente después, la puerta del garaje se deslizó hasta cerrarse con un agudo sonido metálico. Oyó cómo las dos puertas traseras del coche se abrían y entraban dos personas. Se le sentaron a ambos lados, y de nuevo notó cómo le vendaban los ojos y le esposaban. Escuchó cómo las puertas del garaje se deslizaron hasta abrirse una vez más. El coche salió y reanudó su trayectoria. Nadie dijo una palabra.

La nota sobre su puerta aseguraba que «pasarían a buscarlo

a las ocho horas y quince minutos». «Sin duda», pensó, «han venido a buscarme (recolectarme, entrojarme, arrancarme) pero, ¿por quién y por qué?» Decidió preguntar a sus taciturnos compañeros de viaje.

—¿Por qué tienen que tratarme de esta manera?

—No tardará en saberlo —fue su arisca respuesta.

Se reanudó el silencio. El viaje continuó durante unos veinte minutos más. De nuevo, el coche giró hacia un camino particular y frenó bruscamente.

Se abrió la puerta trasera y Nicholas fue expelido por ella por sus acompañantes. Uno empujaba, el otro tiraba. Le arrastraron hasta un edificio, por unas escaleras de piedra, hasta una habitación, le echaron sobre una cama, se marcharon y cerraron la puerta con llave. A solas, Nicholas sintió un gran desconuelo. Pasaron algunos minutos. Pudo oír el clamor amortiguado de diversas voces. Alguien parecía estar discutiendo en algún punto del edificio.

Finalmente escuchó otras fuertes pisadas, hasta que alguien abrió y entró en su habitación. Liberado de esposas y venda, Nicholas comprobó que su liberador era un joven alto y delgado de pelo negro despeinado, rostro cetino y barbilla sobresaliente sin afeitar, pero cuya facción más distintiva era su ojo derecho: no parpadaba, y tenía un fulgor chispeante y un ligero bizqueo. Aquella mirada intensa le apuntaba como a través del mecanismo visor de un arma de fuego.

—Se anunció el título de su conferencia como «Liberarse del pasado» —dijo el Ojo—. No nos gusta esa idea. No nos gusta que altamente semejantes ilusiones utilitaristas. ¿En qué lugar podemos vivir sino en el pasado? Nuestro objetivo es liberarnos del futuro, ese futuro que los utilitaristas intentan imponernos. Intolerancia —concluyó con un énfasis feroz—, sólo puede ser construida sobre las ruinas de Utilitaria.

—¿De qué posible valor podría sette yo en la búsqueda de semejante objetivo? —preguntó Nicholas.

—Es usted de gran valor para ellos y por lo tanto también lo es para nosotros —respondió el Ojo—. Vimos cómo el profesor Maximand alardeaba de ello por televisión. Dijo que usted había llegado a la conclusión de que Utilitaria era el mejor de los mundos y que nos lo explicaría cada semana en un programa de

televisión. Así que para nosotros es usted un peligroso ideólogo de Utilitaria.

Nicholas pensó que los tres datos estaban equivocados, pero decidió que mejor sería no discutirlo. Podría ser una ventaja para él que el enemigo le considerase alguien valioso.

—¿Y cómo propones hacer uso de mí? —preguntó.

—En primer lugar —contestó el Ojo—, el hecho de que haya sido capturado es una poderosa declaración simbólica de nuestra presencia, nuestra vigilancia y nuestra indomable voluntad de resistencia. En segundo lugar, necesitamos dinero en metálico, que exijémos a cambio de su rescate. Será interesante —lo miró con frialdad— ver cuánto piensan que vale usted.

Nicholas empezó a sudar de nuevo.

—¿Y qué pasa si no ofrecen nada? —preguntó.

—En ese caso —dijo el Ojo, recogiendo sus llaves—, tardará usted muy poco en liberarse del presente.

Abrió la puerta y se marchó, cerrándola con llave desde el exterior.

## Mediación

La salida del Ojo le dejó con libertad para inspeccionar sus nuevos alrededores. Sin duda el decorado era una mejora ante el ofrecido por Cabeza de Bala. Se encontraba en la habitación de una casa, y no en una celda de prisión. Era un cuarto sucio y bastante húmedo, provisto de armario y lavabo. De la pared colgaba el cuadro enmarcado de un pájaro en una jaula. Una pequeña ventana daba a un muro de piedra que había a quince centímetros de distancia. Si Nicholas extendía el cuello al asomarse por ella, casi podía ver un pequeño trozo de cielo azul. Sin embargo, en una celda al menos sabías a qué atenerse: eras el prisionero de una institución dirigida por guardias e interrogadores profesionales, por muy arbitrarios y despiadados que fueran. Aquí él era un rehén, una situación en conjunto mucho menos predecible, a merced de luchadores apasionados por una causa que apenas entendía.

Pasó el resto del día absorto en dichas meditaciones. Jóvenes mal afeitados y de aspecto hosco le traían comidas frías y poco apetecibles y un cambio de ropa para la noche, y le escoltaban silenciosamente por el pasillo en el exterior de su cuarto hasta las rudimentarias instalaciones de aseo de la organización. Aquí, al igual que en la prisión de Militaría, empezó a perder la noción del tiempo.

En resumidas cuentas, fue una jornada horrible.

### *Segundo día*

A la mañana siguiente fue despertado por el Ojo, quien se encontraba en un estado de excitación considerable.

—¡Mire esto, profesor! —dijo, lanzándole un periódico sensacionalista—: ¡se ha hecho famoso!

La impresión en negrita de la primera página decía: **TERRORISTAS SECUESTRAN A SABIO**. Debajo del encabezamiento había una fotografía ampliada de su sonrisa en el aeropuerto y el siguiente artículo:

«A primera hora de la mañana de ayer, terroristas intolerantes dieron un atrevido golpe. Secuestraron de su apartamento en Cálcula al profesor Nicholas Caritat, un refugiado político y famoso pensador y escritor, recién llegado de Militaria.

«Estaba a punto de impartir su primera conferencia a nuestros alumnos», ha declarado el profesor Gregory Maximand, consejero cultural del Gobierno. «Es un hombre lúcido y sabio, que ha sabido reconocer nuestro sistema como el mejor posible. Evidentemente, a sus secuestradores les inquieta este mensaje.»

«La primera ministra ha expresado la preocupación del Gobierno por el hecho de que "tan honorable huésped" haya tenido que soportar una acción semejante y ha prometido que "se hará todo lo que esté en nuestras manos".

«En la universidad se ha declarado el estado de alerta por razones de seguridad. El jefe de la policía de Cálcula ha iniciado una intensa operación policial en la ciudad y ha declarado que "no se dejará piedra sin remover hasta que se atrape a los terroristas y se libere al profesor Caritat".

«Un mensaje telefónico a la policía ha confirmado que quienes retienen al profesor son en efecto intolerantes, y que enviarán nuevos mensajes».

—¿Qué mensajes pensáis enviar? —preguntó Nicholas.

—Somos luchadores, no escritores —contestó el Ojo, tendiéndole papel y bolígrafo—. Usted es un famoso escritor. Así lo dicen los periódicos. Usted escribirá los mensajes. Nosotros los enviaremos. Sugiero que le escriba a su amigo, el profesor Maximand, ahora mismo.

—¿Y qué he de decirle? —preguntó Nicholas con nerviosismo.

—Dígame que vamos en serio, profesor. Dígame que si sus amigos de Utilitaria no colaboran con nuestras exigencias, que ya les

hemos mandado y a las que todavía no han respondido, será peor para *usted*. Y más vale que sepa —el Ojo se acercó un tanto a su blanco— que si tardan demasiado en hacerlo, tendremos que abofetearle un poquito y mandarles fotos para que se apresuren. Volveré dentro de diez minutos.

Dicho esto, se marchó, no sin antes cerrar la puerta con llave tras de sí.

Nicholas se dio cuenta de que volvía a sudar. Empezó a escribir:

«Querido Gregory:

«Debo disculparme por faltar a mi conferencia de ayer. Espero que los alumnos no quedaran demasiado decepcionados. Por aquí, mis secuestradores afirman que "van en serio". Creo que deberíamos interpretar esto en sus dos posibles sentidos. En primer lugar, realmente necesitan la cantidad de dinero que piden a cambio de mi supuesta devolución si se cumple el trato. En segundo lugar, me han amenazado con el uso de violencia física si el trato no se cumple pronto, y parecen bastante dispuestos a llevar a cabo su amenaza.

«Siento mucho haberte puesto a ti y a terceros en una situación tan delicada. No pretenderé ofrecer consejos sobre lo que debería hacerse a continuación. Indudablemente eso sería algo muy poco objetivo. Lo único que puedo hacer es confiar en nuestra recién cimentada amistad y esperar lo mejor.

«Envía mis saludos a Charmian y Graham,

«Nicholas».

Apenas hubo terminado de escribir cuando regresó el Ojo, echó un vistazo a su texto y comentó:

—Buen trabajo, profesor. Le doy un diez. Recibirán su carta muy pronto. Sólo espero, por su bien, que entiendan también su mensaje.

Con esa idea amenazadora dejó a Nicholas en confinamiento durante el resto del día para ser molestado únicamente por el reparto de sus comidas y la supervisión de sus necesidades fisiológicas por parte de los dos ancianos y silenciosos compañeros del Ojo.

El Ojo llegó con el periódico del día y con una expresión de triunfo en el rostro. Nicholas leyó los titulares: RECHAZADA LA NEGOCIACION DEL CASO CARITAT. Habían vuelto a reproducir la sonrieta del aeropuerto, a la vez que incluían el texto de su carta a Gregory. El artículo era corto, conciso y nada alentador:

«El secuestrado profesor militar Nicholas Caritat ha enviado una carta (véase el recuadro) donde facilita las condiciones de los intolerantes para su puesta en libertad. Parece estar retenido en algún lugar de la capital. En estos momentos están siguiendo las diversas pistas de su posible paradero.

«El Ministerio de Interior ha efectuado la siguiente declaración: "No existe posibilidad alguna de negociar con los terroristas. Tal ha sido siempre, y seguirá siendo, la inexorable postura del Gobierno".

«Eustace Legge, del Partido Actor, en la oposición, ha confirmado el "total e incondicional apoyo a la postura del gobierno por parte de su partido". "¿Negociar con terroristas", declaró, "es un acto que no podemos contemplar".

«El profesor Gregory Maximand, consejero cultural del Gobierno, y amigo y colega del profesor secuestrado, dijo: "no debemos permitir que nuestros sentimientos personales afecten a los cálculos impersonales a los que estamos sometidos, sobre todo en situaciones tan extremas como la presente".

—¡Maravilloso! —afirmó el Ojo—. ¡Todo va viento en popa!

—¿Cómo es eso? —preguntó Nicholas con escepticismo.

—Eso es lo que siempre dicen cuando están a punto de negociar.

«Espero que tengas razón», pensó Nicholas.

#### Cuarto día

A la mañana siguiente, el periódico mostraba un artículo mucho más breve. Por lo visto quedaba poco por añadir, sino

que la primera ministra había parafraseado la declaración del gabinete con su característica energía:

«Sencillamente no podemos negociar con aquellos que están dispuestos a destruir nuestro modo de vida. Nos han planteado una oferta que no podemos sino rechazar».

—¡Fantástico! —dijo el Ojo—. Será hombre libre en cuestión de días.

Nicholas continuó aferrándose a la esperanza, pero se sentía intranquilo. Para empezar, le preocupaban las palabras de Gregory. ¿Realmente había sido necesario ser tan explícito? Además, no se fiaba del todo de los poderes de predicción de sus secuestradores. Parecían estar mucho más a gusto en el pasado que en el futuro.

#### Quinto día

El quinto día no aportó noticia alguna. Sin embargo, sí que trajo consigo un cambio en su vida social, que hasta ahora había estado enteramente limitada a breves conversaciones con el Ojo y encuentros silenciosos con sus cómplices. Ahora, éstos empezaron a hablar. Uno de ellos le trajo el almuerzo y permaneció un rato de pie en el umbral para relatarle los mil años de historia de Intolerancia. Esta parecía consistir enteramente en batallas, invasiones extranjeras y resistencia heroica. Cuando su compañero le trajo la cena, continuó con el mismo tema pero desde una perspectiva más especializada, enfocándose casi enteramente en las batallas de hacía cuatrocientos años, que narraba con vivos detalles sobre el clima, paisaje, comandantes, soldados, e incluso las diversas etapas de la lucha, como si éstas acabaran de ocurrir. Nicholas constituía un público cautivado; a pesar de que la historia militar nunca hubiera constituido ni siquiera uno de sus intereses menores, se vio a sí mismo intrigado por la forma en que el pasado estaba tan presente para sus secuestradores. Al fin y al cabo era más agradable que contemplar las incertidumbres de su propio futuro.

*Sexto día*

El periódico apenas mencionó su caso. Sólo había una columna acerca de los continuos registros y redadas policiales y militares de casas en áreas suburbanas. Entretanto, las conversaciones diarias sobre batallas históricas, derrotas agonizantes y gloriosas victorias se intensificaron. Los almuerzos se prolongaban hasta dos horas y las cenas hasta altas horas de la madrugada, cuando los tres secuestradores se apiñaban en su cuarto. Los cuatro compartían botellas de cerveza. Nicholas disfrutaba de aquel relato de cuentos, salvo cuando pensaba en el momento en que la narración llegara a su batalla actual, en la que él sería la munición.

*Séptimo día*

Un día más sin novedades sobre su caso. Ni siquiera aparecía en las portadas de la prensa. El Ojo parecía disgustado.

—Ya deberían haberse movilizad —dijo—. Esto no es bueno.

Ya va siendo hora de escribir otra carta.

Le tendió papel y bolígrafo a Nicholas.

—Volveré dentro de diez minutos.

Nicholas escribió lo siguiente:

«Querido Gregory:

»Discúlpame por volver a escribirte. Imagino la situación tan violenta en la que te he puesto, atrapado entre las obligaciones de la amistad privada y del deber público. Soy consciente, por supuesto, de la importancia que dan los calculanos al cálculo de las consecuencias y que debéis tratar mi caso de acuerdo con ese método. Lo único que pido es que se consideren todos los factores relevantes, puesto que mi vida puede depender de ello. Mis secuestradores son hombres despiadados, y estoy seguro de que nada les detendrá. Estoy convencido de que están sinceramente entregados a su causa. En cuanto a mí, continuó esperando lo mejor.

»Envía mis saludos a Charmian y Graham

»Nicholas».

El Ojo regresó con sus dos compañeros. Tomó la carta en sus manos y la leyó.

—Ha sacado ocho de diez —dijo—. Debe añadir una frase después de «sinceramente entregados a su causa».

—¿Qué frase? —preguntó Nicholas.

—«... y su causa es justa» —dijo el Ojo.

—Pero —objetó Nicholas—, hacer eso ¿no iría contra vuestros intereses? Me haría parecer un simpatizante vuestro, y por lo tanto menos valioso para ellos.

El Ojo no quedó impresionado con aquellas palabras.

—¡Añádalo! —gritó de manera irritada.

—Me temo que no puedo hacerlo —dijo Nicholas educadamente.

El Ojo avanzó hacia él, le arrancó las gafas y le golpeó en pleno ojo con su puño. La acción fue tan repentina e inesperada que Nicholas cayó hacia atrás y después al suelo. Mirando con fieza al Ojo, con circunspección, se puso en pie, tambaleándose.

—Eso se convertirá en un magnífico ojo morado —dijo el Ojo con satisfacción. Su ira había desaparecido—. Ahora, ¿añadirá la frase o no?

—Déjale, jefe —dijo uno de los otros—. Quizá tenga razón.

—De acuerdo, pero hazle una foto en cuanto el ojo se ponga morado.

Los tres hombres se marcharon.

Unas cuantas horas más tarde tomaron una fotografía de Nicholas, recogieron su carta y le dejaron a solas durante el resto del día para cuidar de su cara amoratada.

*Octavo día*

El octavo día transcurrió en tensa espera. No aparecía nada sobre él en el periódico, ningún cuento sobre batallas, ninguna cerveza y ningún golpe en el ojo. Los cuatro esperaban el siguiente paso.

El periódico de la mañana siguiente le sobresaltó. También sorprendió al Ojo, quien parecía decididamente fuera de sí. Los titulares rezaban: SURGEN DUDAS SOBRE SABIO SEQUESTRADO, e inmediatamente debajo había una fotografía de Nicholas con un ojo amoratado y un aspecto deplorable. A su lado había fotografías de la primera ministra, el juez Tantamount y Gregory. También aparecía su carta. El artículo decía lo siguiente:

«Nicholas Caritat, el refugiado de Militaría que fue secuestrado, ha enviado otra carta desde su lugar de retención, suplicando a su "amigo", el profesor Gregory Maximand, consejero cultural del Gobierno, que obtenga su liberación mediante la negociación con los secuestradores de Intolerancia (véase nuestro recuadro).

«La inflexible postura del Gobierno frente a dichas negociaciones ha sido nuevamente reiterada por la primera ministra, quien añadió: "De cualquier modo, no queda del todo claro que este individuo esté enteramente comprometido con nuestro modo de vida ni que su potencial contribución a la utilidad general sea tan grande como originalmente habíamos esperado".

«El presidente del Tribunal Supremo, juez Tantamount, confirmó que Caritat había expresado opiniones sospechosas sobre los principios y prácticas de la justicia en Utilitaria. Estas dudas fueron confirmadas por la fiscal general, Felicity Hawk. Asimismo, el profesor Maximand ha confirmado los rumores pagados en la universidad de que los apuntes de la conferencia que Caritat pretendía ofrecer el mismo día de su secuestro contenían "reflexiones sobre el pasado y el futuro que muestran motivos de preocupación".

Seguía a continuación un breve reportaje, fechado la noche anterior y firmado por «nuestro corresponsal especial en Militaría»:

#### «PSIQUIATRA REVELA RELACION ENTRE CARITAT Y CAPTORES

«El doctor Orville Globulus, un reconocido psiquiatra, tras interpretar la segunda carta de Caritat enviada desde su cautiverio, ha manifestado que sufre un caso de síndrome de Esto-

colmo, por el que los rehenes acaban identificándose con sus secuestradores.

«El doctor manifestó esta tarde por la televisión: "Soy un experto tanto en el síndrome como en la víctima: le conozco bien. La carta dice que los intolerantes están 'sinceramente entregados a su causa'. ¿Acaso necesitamos pruebas más claras?". "De hecho", añadió, "Yo iría más lejos. No me extrañaría nada saber que Caritat hubiera planeado su propio secuestro, al igual que estoy seguro de que planeó su huida de nuestra prisión. Es un maestro del engaño y la impostura. Incluso cuando era estudiante mostraba signos de fanatismo incipiente".

Nicholas devolvió el periódico al Ojo, quien parecía de muy mal humor.

—Nos ha decepcionado profundamente, profesor, profundamente. Está claro que no nos sirve de nada.

Y blasfemando con rabia, le dejó a solas.

Nicholas se sintió abandonado, un apátrida odiado por tres naciones. Sus secuestradores le dejaron solo, salvo para las comidas y la supervisión de sus visitas al lavabo, y reanudaron el rudo trato silencioso. No ocurrió nada durante el resto de la jornada.

#### Días décimo y undécimo

O al menos el día siguiente y el siguiente. El Ojo ni siquiera se molestó en traerle el periódico de la mañana. Ya no merecía ni siquiera esas atenciones.

#### Día duodécimo

Al llegar el duodécimo día, Nicholas decidió que había llegado la hora de escribir una segunda carta a Justin para informarle sobre sus recientes experiencias en Utilitaria, sobre sus terribles condiciones y desconsoladoras perspectivas, y preguntarle si quizás éstas no podrían ser mejoradas mediante la intervención externa. ¿Podría ayudarle la Mano a salir de allí? Más tarde tendría que ingeniárselas para enviar la carta.

Le sobraba papel de sus previas y frustradas cartas a Gregory. Se puso a escribir:

«Custodiado por los intolerantes  
«Cárcula, Utilitaria»

«Querido Justin:

«Te escribo desde una celda. Estoy convencido de que sabrías de mi secuestro y detención por motivos de chantaje por parte de los intolerantes. No puedo más que asumir que estás familiarizado con sus métodos, aunque quizá seas contrario a sus fines. Pero ¿estás realmente familiarizado con los intolerantes? ¿Existe alguna conexión en este clandestino submundo de movimientos de resistencia que puedan ser explotados para asegurar mi liberación? Tengo la extraña sensación de que mis secuestradores querrían deshacerse de mí. La cuestión, tal y como lo veo yo, es ayudarles a hacerlo de un modo consistente con mi supervivencia.

«¿No crees que es extraño que en Militarita fuera encarcelado por las autoridades y liberado por la resistencia, y que, por el contrario, en Utilitaria haya sido encarcelado por la resistencia, mientras que las autoridades muestran muy poco interés por mi libertad? Pero, pensándolo bien, me da la impresión de que los utilitaristas no sienten demasiado interés por la libertad de nadie.

«Lo que sí sienten, sin embargo, es un interés inexorable y absorbente por otra cosa: en lo que quiera que sea que provoque su sonrisa y constituya el objeto de todos sus cálculos. Debaten sobre quién debe decidir cómo acrecentar eso al máximo, castigan a todos aquellos a quienes consideran que lo disminuyen, y se defienden contra todos cuantos consideran que lo amenazan. Pero, ¿qué es? Debo confesar que todavía tengo que descubrirlo. Y ninguno de sus diversos nombres («utilidad», «felicidad», «bienestar», «querer-satisfacción») me sirve de ayuda. Es como si su entera forma de vida estuviera fundada en un arcano, una esencia sagrada, un valor alejado de todos los demás. No parece basarse en una relación social particular o en comunidad alguna, como la amistad o la familia y, como ya he dicho, su interés por ello no parece implicar un deseo de libertad. Pero creen en ello ciegamente y actúan como si pudieran calcular

sus límites con precisión y mediante sus acciones producir la máxima cantidad posible. Es la religión más extraña que jamás me he echado a la cara.

«Considerándolo bien, no creo que pudiera instalarme en Utilitaria, aun cuando volviera a convertirme en *persona grata* para ellos, lo que, en cualquier caso, es bastante improbable. Tampoco aconsejaría a mis hijos que emigraran aquí. No les gustaría lo más mínimo. A Marcus no le convencería el misticismo de esta religión, y estoy seguro de que estaría tan desconcertado como yo sobre cuál es el problema para el que pretenden encontrar solución con tantos cálculos. Por lo que respecta a Eliza, le preocuparía la situación de los derechos humanos en este lugar, o mejor dicho, la falta de derechos humanos, ya que los utilitaristas encuentran el mismísimo concepto de los derechos humanos bastante ininteligible.

«¿Qué te diría si fueras un embrión inquisitivo en busca de una sociedad donde nacer? Te diría: olvídate de Utilitaria. Quizás al principio marchara todo bien, siempre que no fueras minusválido, o poco productivo, o ineficiente a la hora de convertir los recursos en disfrute, o si sufrieras de un incorregible interés por el pasado. Claro que, una vez hubieras nacido, los utilitaristas se encargarían de hacer todo lo que estuviera en sus manos para inculcarte la mentalidad utilitarista. En el peor de los casos, lo conseguirían, y quizás acabarías siendo feliz.

«Pero dejemos Utilitaria. Recuerdos a Marcus y Eliza. A la espera de un mejor futuro,

«Recibe un cordial saludo,

«Pangloss».

Nicholas dobló la carta cuidadosamente, la insertó en un sobre, escribió la dirección en éste y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. El resto del día transcurrió sin novedad alguna.

*Día decimotercero*

Al fin se produjo una novedad. El Ojo apareció con el periódico del día. Por vez primera, los titulares parecían bastante alentadores: PRELADO AL RESCATE DE CARTTAT. Inmediatamente

debajo había una foto de un cura sonriente con un alzacuello, una barba hirsuta y unos amables ojos. Nicholas siguió leyendo:

«El estancamiento en el caso del secuestro de Caritat podría terminar con la intervención de Goddington Thwaite, el célebre comunitario con vocación de mediador. Thwaite, célebre auxiliador de rehenes, ha ofrecido sus servicios para resolver el punto muerto que ha resultado de la firme negativa por parte del Gobierno de Utilitaria a negociar la liberación de Caritat.

«La primera ministra ha declarado en el Parlamento la voluntad de su gobierno de cooperar en este intento de mediación para permitir el traspaso sano y salvo de Caritat hacia Comunitaria. Eustace Legge ha indicado el apoyo entusiasta del partido opositor Actor. La única crítica en el Parlamento vino de boca de Ned Erskin. «Sólo están cooperando para prevenir que los intolerantes asesinen a Caritat porque les preocupa que esto detenga el flujo de refugiados productivos procedentes de Militaria», manifestó.

«Se piensa que los terroristas también están dispuestos a cooperar. Parece que están ansiosos por librarse de Caritat, quien ha resultado ser una seria carga para ellos. Diversos expertos bien informados han sugerido que si en efecto asesinaran a Caritat, quizás harían un favor a Utilitaria».

—¿Estáis cooperando? —preguntó Nicholas al Ojo.

—¡Téngalo por seguro! —contestó—. ¿Por qué íbamos a matarle y hacerles un favor? Prepárese para salir de aquí en cualquier momento.

El Ojo desapareció. En realidad, Nicholas no tenía otra cosa que preparar que su pasaporte falso a nombre del doctor Pangloss, el pase del doctor Globulus, permisos a su propio nombre para trabajar y residir en Utilitaria y su carta para Justin. Esperó, lleno de esperanzas, durante el resto de aquel día, pero nada sucedió. Hasta que se quedó profundamente dormido. Al cabo de un par de horas le despertaron sus tres secuestradores al entrar estrepitosamente en su habitación. Una vez más le vendaron los ojos y le esposaron, antes de obligarle a salir a la fría brisa nocturna. De repente se vio empujado al asiento trasero de un coche familiar, con un acompañante a cada lado. El coche aceleró.

Tras media hora de trayecto a gran velocidad, el coche frenó, y le empujaron y tiraron fuera del coche. Parecían estar en campo abierto: pudo sentir una suave brisa aleteando alrededor de su cara y el susurro de la brisa en los árboles. Sus secuestradores le hicieron caminar hasta un banco de madera y le ordenaron que se sentara.

—Bien, profesor —dijo la voz del Ojo—, parece que el trece es su número de la suerte. Es un verdadero placer poder decirle adiós.

Las pisadas retrocedieron, se oyeron portazos y el coche se alejó.

Permaneció allí sentado, con los ojos tapados y las manos atadas, alrededor de una hora, escuchando el coro matutino de los pájaros en los árboles cercanos, gozando del aire fresco del amanecer y de la perspectiva de una inminente libertad. Finalmente, oyó el ruido de un coche que se acercaba. Unas pisadas se aproximaban. Alguien carraspeó.

—¿Me permite despojarte de sus gravámenes, profesor Caritat? —dijo una voz.

—Por favor —contestó Nicholas con alivio, mientras su venda era cuidadosamente retirada.

Frente a él estaba el familiar rostro de Goddington Thwaite, de pie en el amanecer, al borde del bosque y con intención de abrir la cerradura de sus esposas. Era muy alto, barbudo y corpulento. Su vestidura negra incluía un alzacuello. Su poblada barba era un nido gris y negro, y sus ojos eran enormes y sinceros. Su rostro simpático y tranquilizador irradiaba bondad y animación.

—Estoy muy, muy agradecido —exclamó Nicholas con sinceridad. El hecho de que su observación no fuera recibida con perplejidad fue para él un gran alivio.

—Siempre he pensado —contestó el reverendo Thwaite—, que la caridad empieza fuera de casa. Pero voy a llevarle a un lugar donde se sentirá bien recibido. Créame, Comunitaria es un lugar donde uno realmente puede sentirse en casa.

Entraron en el coche y éste se puso en marcha. Nicholas vio que en el asiento trasero se hallaba su bolsa de viaje.

—He recogido sus cosas del apartamento —continuó el reverendo Thwaite—. Pensé que quizá le hicieran falta, aunque esperamos que sus días de viaje hayan llegado a su fin. Ha tenido

## Llegada

usted muy mala suerte, Caritat, y se merece un descanso. Estamos al tanto de su misión de encontrar el mejor de los mundos posibles. Enseguida subiremos a un avión que nos llevará directamente a ese mundo. Allí será bienvenido y valorado. En Comunitaria se valora a la gente por lo que es.

«Y, ¿qué soy?», se preguntó Nicholas. Decidió posponer la respuesta. Lo cierto era que se sentía bastante fatigado.

No tardaron demasiado en llegar al aeropuerto, donde fueron recibidos por un oficial que les dirigió directamente a la sala de personalidades. Mientras aguardaban, Nicholas vio un buzón de correos en un rincón. Extrajo la carta destinada a Justin de su bolsillo y escribió en su dorso: «Al fin libre. Próxima parada: Comunitaria».

—¿Tendría usted, por casualidad, un sello? —le preguntó a su compañero de viaje. Goddington satisfizo su petición y Nicholas echó la carta.

En el control de pasaportes, Nicholas entregó el suyo a nombre de Pangloss.

—Gracias, profesor Pangloss —dijo el oficial, devolviéndole el documento debidamente sellado.

Junto a la oficina de control de pasaportes estaba la funciónaria de inmigración que le había entrevistado a su llegada.

—¿Se va tan pronto, profesor Caritat? —preguntó—. Espero que vuelva a visitarnos pronto.

Mientras subía a bordo del autobús que le llevaría al avión, pensó que aquel era un deseo que él no compartiría.

Volando a gran altura, abrochados a sus asientos y tomando unos martinis, Nicholas y Goddington tuvieron al fin oportunidad de hablar. El salvador de Nicholas rezumaba una religiosidad tan sincera y genuina que rozaba la exageración. Era evidente que Goddington, pastor de la Iglesia comunitaria, creía en las buenas obras. Deleitó a Nicholas con las historias de sus misiones de rescate. En alguna ocasión había sido arrestado e incluso torturado, pero al final siempre había salido victorioso. Goddington conseguía no pecar de fanfarronería gracias a que atribuía todos sus éxitos (ya que no parecía haber fracasos) a la Fuerza Superior, para quien sin duda él mismo era un mero instrumento. Nicholas se preguntó por qué debía tanto agradecerle a la Fuerza Superior, puesto que podía haberle evitado tales faenas desde un principio, pero pensó que sería mejor no expresar una opinión tan irreverente.

En el pasado, dijo Goddington a Nicholas, el comunismo había sido la religión dominante de Comunitaria. En aquellos tiempos el país era mucho más homogéneo: étnicamente, culturalmente, religiosamente y en todos los sentidos. La vieja Comunitaria era una nación cohesionada y estable ligada por muchos vínculos, entre los cuales dominaba la religión comunitaria. Los poetas y filósofos nacionales del pasado eran muy propensos a utilizar metáforas agrícolas. A través de sus escritos, explicó Goddington, uno podía ver cómo los comunitarios estaban ligados a la tierra, cómo defendían sus raíces y se sentían en verdadera unión orgánica entre sí. Despreciaban el modo de vida tan calculador de los utilitaristas y preferían regirse mediante acuerdos tácitos, tradiciones no examinadas y costumbres en desarrollo.

Desde entonces hubo grandes transformaciones en Comunitaria. Las oleadas de inmigración y las vías de comunicación modernas desestabilizaron las viejas costumbres y crearon una sociedad más heterogénea. La nueva Comunitaria era un híbrido de comunidades, donde cada una de ellas exigía reconocimiento por el particular valor de su propia forma de vida específica. Goddington le contó a Nicholas que los nuevos comunitarios creían en el «multiculturalismo» y practicaban lo que se llamaba la «política de la diferencia», y que desde entonces las instituciones comunitarias reconocían las diferentes identidades con una imparcialidad escrupulosa. Se echaba mano de la discriminación positiva para animar a aquellas comunidades que habían estado en peores condiciones o en peligro de extinción. Las contribuciones de desempleo aseguraban que todos estuvieran justamente representados en las distintas profesiones y servicios públicos. A cada una de las minorías se le asignaba cierta cantidad de fondos públicos. Las escuelas estaban segregadas, pero sus planes de estudio incluían en igual proporción cada una de las diversas culturas, y ningún modo de vida, sobre todo el de la vieja Comunitaria, tenía preferencia. En resumidas cuentas, cada ciudadano comunitario conseguía atribuir un valor supremo a su forma de vida y reconocer su igualdad con todas las demás.

En cuanto a la religión comunitaria, explicó Goddington, también era heterogénea y pluralista. Existían los altos comunitarios y los bajos comunitarios. Aquéllos creían en la importancia de los sacerdotes, la autoridad y los rituales formales; éstos no. También existían los comunitarios libres y los comunitarios estrictos. Los libres abogaban por la máxima flexibilidad a la hora de interpretar la doctrina de su Iglesia; los estrictos preferían la rigurosa ortodoxia. Luego estaban los comunitarios ecuménicos (los llamados ecus), que se consideraban a sí mismos como los ocupantes de una gran mansión con suficiente espacio para todos los credos de Comunitaria, o mejor aún, como una de las numerosas flores que brotaban tan lozantemente en el jardín tan fértil aunque bien cultivado de Comunitaria. Estos contrastaban con los comunitarios antiecuménicos (los anticus), que se centraban en sus propios asuntos al mismo tiempo que toleraban la rica diversidad a su alrededor.

—Y en cuanto a mí mismo —dijo Goddington—, soy muy bajo, libre y ecu.

—Entiendo —dijo Nicholas.

—Mi familia se lo demostrará —dijo Goddington con orgullo—. Esta noche los conocerá. Se quedará con nosotros como nuestro huésped.

—Le estoy muy agradecido —dijo Nicholas.

—La caridad también puede encontrarse en casa —admitió Goddington.

La azafata les sirvió sus almuerzos sobre bandejas de plástico, empaquetados en pequeños cuadrados y rectángulos y envueltos en plástico transparente.

—Veo que estamos viajando en Aerolíneas Utilitarias —dijo Goddington—. ¡Créame, si estuviéramos en un vuelo de Comunitaria, nos servirían una buena y consistente comida étnica en lugar de esta bazofia!

Nicholas esperaba la cena en casa de los Thwaite con expectación.

En la sobremesa de su comida de plástico, Goddington le explicó a Nicholas que a su llegada a Comunitaria se preparara para recibir preguntas sobre su identidad.

—Todos querrán saber qué es usted —dijo.

Nicholas empezó a vislumbiar su problema. Le dijo a Goddington que se sentía un tanto confuso sobre cómo contestar. Para empezar, estaba en posesión de cuatro documentos de identidad, todos ellos identificándole con nombres distintos. Además, aparte de este problema material, seguramente supurable, no estaba muy seguro de cómo identificarse ante comunitarios inquisitivos.

—Pues existen varias posibilidades —dijo Goddington—. De hecho, hay treinta y cuatro comunidades étnicas y diecisiete religiones. En el aeropuerto se le facilitará la lista oficial.

El avión estaba empezando su descenso hacia la ciudad de Poliglevis, la capital de Comunitaria. Nicholas siguió preocupándose sobre su posible identidad.

Una vez que hubieron aterrizado, Goddington le llevó rápidamente al área de control de pasaportes. Un funcionario de rostro agradable, tocado con una boina gris, miró a Nicholas de arriba abajo, mientras Goddington le explicaba las complicacio-

nes derivadas de sus documentos, incoherentes y gravemente inapropiados. El funcionario hizo una llamada telefónica y finalmente aceptó la explicación. Luego se volvió hacia Nicholas y le hizo la temible pregunta:

—¿Inmigrante o visitante?

«Inmigrante» era un término demasiado concreto para describir su condición. Quizá «migratorio» estuviera mejor. Estaba en ruta: era un viajero, un nómada, un misionero en busca de un mensaje, un inocente en el extranjero. «Inmigrante» implicaba una firme declaración de intenciones y, al fin y al cabo, a Nicholas todavía le tenían que convencer. Por otra parte, «visitante» le parecía un término demasiado vago y superficial. El había venido a descubrir, no sólo cruzar, el mejor de los mundos. El funcionario de pasaportes adivinó que a Nicholas le inquietaba aquella elección y se mostró indulgente.

—Lo inscribiré como «pendiente» y tendrá sesenta días para decidir. Si decide solicitar el estatus de inmigrante, tendrá que rellenar este formulario y especificar con qué comunidades religiosas y étnicas se identifica. Después deberá arrancar el resguardo, pegarlo sobre su documento de identidad y presentarlo en la oficina de inmigración. Aquí tiene la lista oficial de las comunidades de Comunitaria.

—Gracias —dijo Nicholas—. Pero, debo hacerle una pregunta. Una vez que haya identificado mis comunidades, ¿sería posible cambiar de opinión?

El funcionario le miró con mayor indulgencia si cabía.

—Esa es una cuestión que puede preocuparle ahora —dijo—, pero estoy seguro de que nunca le ocurrirá.

Fueron a la recogida de equipajes en busca de su bolsa de viaje.

El formulario verde que le habían dado era breve y preciso. Simplemente requería que el solicitante se identificara con una de las comunidades étnicas o religiosas oficiales. En la parte superior derecha del formulario podían leerse la palabra AUTOADHESIVO.

«Precisamente ése es el problema», pensó Nicholas mientras caminaban hacia el vestíbulo de llegadas para llamar a un taxi, «¿Soy yo mismo un autoadhesivo?»

Nicholas siguió pensando en el problema mientras se acercaban en coche hacia la capital. ¿Cómo describiría su persona? Reflexionó sobre la reciente, repentina y completa transformación de su existencia. Había dejado de ser un profesor y un erudito, un profesional respetado y hasta un padre. De pronto era un solitario agente secreto, en viaje alrededor del mundo en nombre de la Resistencia, con papeles falsos y un nombre en clave. Mientras contrastaba su identidad actual con la pasada, sintió la fuerte punzada de una sensación de pérdida.

¿Podría adquirir ahora una nueva personalidad identificando su ser con una nueva cultura y forma de vida? Si hiciera tal cosa, sería su personalidad actual quien estaría identificándose. ¿Sería realmente capaz de convertirse en otra persona, con una nueva identidad comunal? ¿Estaba dispuesto realmente a hacerlo (se refería a su ser actual)? ¿Por qué iban a hacerlo cualquiera de los dos? Goddington advirtió su desasosiego e intentó tranquilizarse.

—Comunitaria es una sociedad muy atenta —dijo—. Se sentirá seguro y en paz consigo mismo una vez que haya encontrado su espacio, su lugar de descanso, su nicho cultural. —Nicholas se dio cuenta de que Goddington tenía la manía de decir las cosas por triplicado—. Se sentirá a gusto con su identidad, su personalidad, su individualidad, como el resto de los comunitarios. ¿Como todos ellos? ¿Funcionaba realmente el modo de vida comunitario para todos por igual? ¿Se les reconocía a todos del modo que ellos mismos querían que se les reconociera? Hizo estas preguntas a Goddington, y éste respondió:

—«Se fiel a tu propio yo» es un principio en el que creen todos los comunitarios. Pero, ¿a qué es a lo que deben ser fieles? ¿Qué es uno mismo? ¿Acaso no es alguna esencia, un átomo,

una mónada fantasmal? Sabemos que el yo, la persona, el individuo, se construye socialmente. ¿Cómo debe el «yo» reconocerse a sí mismo? Sólo a través de los ojos de los demás. ¿Cómo puede uno reconocerse si no es a través de los ojos de los demás? ¿Cómo puede uno tener una identidad sin ser identificado? Yo soy lo que mi comunidad hace de mí. Ser fiel a uno mismo significa ser fiel a su comunidad, y viceversa. Como dice en nuestro Libro Santo Ama a tu vecindad como a ti mismo».

Una vez terminó su sermón y conferencia, Goddington empezó a explicarle a Nicholas cómo se organizaba la sociedad en Comunitaria. Las comunidades oficialmente registradas eran de dos tipos: étnica y religiosa. El forma parte de aquélla se decidía principalmente mediante los datos del pasado histórico y geográfico de cada uno. ¿Dónde habías nacido? ¿Dónde nacieron tus padres, tus abuelos o tus antepasados? ¿Eres participes de una forma de vida particular y portador de cierta memoria colectiva y compartida que invoca a héroes y enemigos comunes? Las diferentes comunidades étnicas eran más o menos estrictas en cuanto a sus criterios para la adhesión. Algunas requerían árboles genealógicos o certificados de nacimiento legítimos; otras eran más transigentes y admitían a cualquier persona que estuviera dispuesta a adoptar las memorias, héroes y enemigos requeridos. En cuanto a formar parte de una comunidad religiosa, esto simplemente dependía de la fe de cada uno. Cada comunitario debía ser miembro de una comunidad étnica y de una religiosa, aunque existían varias comunidades étnico-religiosas «fundidas». Por lo general, se tendía a asociar cada religión con una o varias comunidades étnicas, y así los vecindarios podían ser étnica y religiosamente homogéneos, aunque también era cierto que en ocasiones la religión era motivo de conflicto entre aquellas comunidades étnicas que planteaban líneas divisorias de tipo religioso.

Durante la exposición de Goddington, Nicholas echó un vistazo a la lista de comunidades que le habían facilitado en el aeropuerto. Casi todas le resultaban desconocidas. La lista incluía pueblos, culturas, creencias y prácticas de las que no sabía nada en absoluto. Bajo la letra *a* encontré «ateos», pero no «agnósticos». Por curiosidad, miré bajo la *i*, pero no encontré «independientes». Tampoco encontré «cosmopolitas» bajo la *c* ni «humanistas» bajo la *h*, ni «desplazados» bajo la *d*, o «rebeldes» bajo la *r*.

Según Goddington, cada comunidad disponía de su propio método para elegir a los líderes que les representarían en la dos cámaras parlamentarias: la Cámara Étnica y la Cámara Religiosa. Esta era conocida como la Cámara Alta y se encargaba de asuntos «espirituales», cuidando de la «salud espiritual» de Comunitaria, mientras que la Cámara Baja se encargaba de asuntos cotidianos. El problema era que las diferentes comunidades tenían opiniones diferentes sobre en qué punto se debía distinguir entre lo espiritual y lo mundano, y algunos (incluidos tanto los ateos como algunas de las religiones místicas) se negaban a hacer distinción alguna. Como consecuencia, ambos bandos habían llegado a un acuerdo mediante el cual los asuntos contenciosos se decidían por las dos Cámaras en una sesión conjunta. De lo contrario, la Cámara Baja proponía y enmendaba leyes de máxima importancia para las comunidades étnicas, mientras que la Cámara Alta hacía lo mismo para las comunidades religiosas.

Comunitaria era una república con un presidente sumamente simbólico, le explicó con orgullo Goddington. La vieja Comunitaria había sido una monarquía, pero el auge de la pluralidad étnica y religiosa había obligado a la familia reinante a la jubilación. Se había identificado demasiado con la comunidad dominante de la vieja Comunitaria, las abejas (llamadas así porque representaban a la «Abundancia Especialmente Jacarandosa»). A medida que las comunidades indígenas e inmigrantes empezaron a penetrar en la corriente principal de la vida de Comunitaria, el carácter distintivo y el estilo de vida de las abejas se convirtió en sólo uno más entre muchos. La familia real perdió su prestigio. Tras varios escándalos en los que ni siquiera faltaron enlances ilícitos ampliamente divulgados y muy comentados, la anciana abeja reina abdicó, aceptando lo inevitable con lágrimas pero con dignidad. El príncipe fue considerado un ser destruido y sin posibilidad de ser coronado a causa de su anterior comportamiento, y la monarquía fue abolida.

La religión dominante en la vieja Comunitaria, la Iglesia oficial comunicana, sufrió el mismo destino. Se convirtió en una más entre otras muchas opciones en un país crecientemente he-

terogéneo. No obstante, insistió Goddington, la Iglesia continuó disfrutando de una posición privilegiada en la vida de Comunitaria: desde su punto de vista, el comunismo era la perfecta expresión religiosa del ideal de la vida en Comunitaria.

El taxi se aproximaba a una zona poblada.

—Aquí —explicó Goddington—, es donde viven y trabajan las hormigas, pero, sobre todo, donde trabajan.

Primero vieron filas de casas ruinosas a ambos lados de la carretera, de muchos pisos y habitaciones, cada una de ellas ocupada por varias familias. Había niños en las calles y madres que les llamaban desde las ventanas. Mas allá de la carretera principal había estrechos callejones bordeados de casas de similares características, aunque más modestas. Después llegaron a lo que parecía ser una zona comercial y financiera. Goddington pidió al conductor que redujera la velocidad para que Nicholas pudiera observar el panorama detenidamente. Vieron establecimientos de comestibles, carnicerías, panaderías, tiendas de ropa, ferreterías, pero también edificios de un solo piso en cuyo interior la gente trabajaba a un ritmo frenético. A través de puertas entomadas, Nicholas pudo ver filas de hombres y mujeres inclinados sobre largas mesas de madera y bajo tubos de neón colgantes: cosiendo, tejiendo, cortando, martilleando, raspando, serrando, soldando, produciendo ropa, joyas, artículos de piel, muebles y todo tipo de artesanías. La intensa actividad que les rodeaba era inexorable. Nadie volvía la vista o hacía una pausa en su actividad de comprar, vender o fabricar.

—Las hormigas son unos trabajadores excelentes, y se les respeta mucho por ello —dijo Goddington—. Están concienzudamente imbuidos de la ética del trabajo propia de su religión parsimoniana. Pero no siempre se les ha respetado. Durante la época conflictiva, antes del Acuerdo Constitucional, se les enviaba y despreciaba. Entonces empezó a llamárseles «Formicones».

El taxi atravesó un área de negocios y llegó a otra zona residencial. A diferencia de la anterior, las casas, más humildes y en peores condiciones, estaban aquí más amontonadas y más atestadas de familias. Todo tenía un aspecto menos ordenado y organizado, y el ritmo de vida parecía más relajado.

—Ahora mismo estamos en el distrito melifluo —explicó

Goddington—. Como podrás comprobar, los melifluos son muy distintos de las hormigas. Por cierto, hoy es 5 de junio, la fiesta nacional que conmemora el Acuerdo Constitucional. Los melifluos lo celebrarán a lo grande.

—¿No se toman un día de fiesta las hormigas? —preguntó Nicholas.

—No —contestó Goddington—. Celebran el 5 de junio bajando aún más duramente.

Las calles residenciales dieron paso a una zona comercial. Había un carnaval en todo su apogeo. Lo que más impresionó a Nicholas fue el olor que se filtraba por las ventanillas abiertas del coche. Se trataba de ese aroma agradable, intenso y agudamente dulce que le hace a uno percatarse de que se encuentra en un lugar determinado. Sólo entonces se dio cuenta de que en Utilitaria no había percibido olor alguno.

La mayoría de las tiendas estaban cerradas, salvo las que vendían comida y bebida: los bares, cafeterías y restaurantes estaban atestados. Las aceras estaban repletas de tenderetes que vendían comestibles y chucherías de todo tipo. Por las esquinas, pequeñas bandas tocaban una música contagiosamente rítmica, a cuyo son el público se cimbrea con agrado. Muchas de las callejuelas estaban llenas de largas mesas cubiertas con mantel blancos y abundante comida y vino, alrededor de las cuales se sentaban familias enteras, gritando y riendo. Había camareros que corrían de una mesa a otra, cargados con platos humeantes. Las parejas bailaban al ritmo de la música. Los niños vestían con disfraces chillones de carnaval.

—Como podrías ver —le dijo Goddington a Nicholas—, los melifluos saben divertirse. En la vieja Comunitaria existía un gran antagonismo entre ellos y las abejas. Solían decir que las abejas les explotaban al arrebatarles todo lo que producían sin proporcionarles una recompensa adecuada. Pero las cosas han cambiado desde el Acuerdo. Ya puedes ver el entusiasmo con que lo celebran, aunque, pensándolo bien, los melifluos celebrarán cualquier cosa con entusiasmo.

El taxi aceleró a través de otra zona residencial, la cual parecía seguir habitada por melifluos. Pero poco a poco el estilo de las casas y calles se volvió más organizado y aseado, y en definitiva más suburbano. Las filas de casas se separaban gradual-

mente para convertirse en domicilios independientes con jardines, e hileras de árboles en perfecto estado revestían las calles. Los coches aparcados parecían más grandes y caros. Incluso las señales de tráfico tenían el aspecto de estar recién pintadas. Finalmente el camino empezó a inclinarse en pendiente.

—Hemos llegado a las afueras de Mandeville, conocida también como el Monte de las Abejas —dijo Goddington—. Este es el vecindario abeja más elegante que hay. Cuanto más ascendamos montaña arriba, más lujoso será todo. El Palacio de la Vieja Reina está en la cima, justo enfrente del Parlamento. Nosotros vivimos más o menos a un tercio de la cima.

—¿Las abejas no celebran el 5 de junio? —preguntó Nicholas. —Por supuesto —dijo Goddington—, pero lo celebramos en familia y en casa, durante la cena. La familia es una institución de gran importancia para todas las comunidades, pero sobre todo para las abejas.

Al avanzar monte arriba las casas crecían en tamaño y elegancia. Apartadas de la carretera serpenteante y ascendente, las residencias evidenciaban una elite asentada y próspera que valoraba el orden, la privacidad y la domesticidad. El taxi se detuvo frente a una casa grande y laberíntica, con gabletes y una puerta pintada en un verde chillón. Goddington escoltó a Nicholas por el camino particular, abrió la puerta y le invitó al interior de su hogar.

Al entrar en el pasillo, Nicholas pudo oír la cacofonía de voces infantiles. Una mujer rolliza, sonrosada, de aspecto desasegado aunque jovial, bajaba en esos momentos por las escaleras. —Soy Thelma Thwaite. Me alegro mucho de que Goddington le haya rescatado —dijo amablemente, extendiendo su mano hacia Nicholas—. El suyo fue un caso muy complicado. Goddington se sonrojó con orgullo.

—Conocerá a otro rescatado dentro de poco —dijo—. Pero antes, Thelma le mostrará su habitación. Debe de estar muy cansado. Debería dormir un poco. Le despertaremos para la cena. Thelma Thwaite era una asistente social que había trabajado en muchas de las comunidades del país. Era una mujer con los pies sobre la tierra, que fue del inmediato agrado de Nicholas. Al igual que su marido, llevaba una vida dedicada a las buenas obras, pero, a diferencia de él, se dedicaba a lo suyo de forma privada y sin aspavientos. Se especializaba en reparar crisis familiares. Le explicó que, evidentemente, los problemas variaban mucho según la comunidad. Entre las hormigas, por ejemplo, el motivo principal de las crisis familiares era la adicción al trabajo; entre los melifluos, el motivo era la indolencia.

—¿Y qué me dice de las abejas? —preguntó Nicholas.

Entre las abejas, contestó ella, no existía factor alguno. En su opinión las abejas tenían la singular obligación, como antigua clase predominante, de intentar fomentar la integración en Comunidad. Ella también aceptaba dicha responsabilidad, ya que había pasado de ejercer en el sector de servicios a hacerlo en el sector productivo, creando junto a Goddington lo que esperaba que fuera una familia multicultural modelo, extraída de varias comunidades diferentes.

—Les conocerás durante la cena —dijo ella—. Por el momento, que duermas bien.

Y así fue.

Tres horas más tarde y sintiéndose muy repuesto, Nicholas se unió a la congregación reunida alrededor de la enorme mesa de los Thwaite en su grande y espaciosa cocina. El grupo consistía principalmente en niños juguetones y parlanchines: cinco niños y cinco niñas de edades comprendidas, según le pareció a Nicholas, entre los ocho y los dieciséis años. Le cautivó en especial una de las niñas, de unos doce años, de vivaces y saltones ojos verdes, pelo largo y negro y unos móviles hoyuelos en las mejillas. Estaba jugando a un juego de manos con dos de sus vecinos, provocándoles crecientes niveles de hilaridad y vigilando a sus padres de soslayo en anticipación del momento en que le ordenaran que se calmara, momento que llegó a su debido tiempo. La niña le recordaba mucho a Eliza cuando tenía esa misma edad.

Aparte de Goddington y Thelma, había un adulto más: un joven vestido con una chaqueta negra de cuero, sentado en silencio y un tanto excluido de la jovial escena que le rodeaba. De cuerpo pequeño y rostro cadavéricamente pálido, lucía una expresión sombría y gafas oscuras. Goddington le presentó como un invitado de la casa y amigo de familia, llamado William.

Cuando Nicholas ocupó su lugar, Goddington se levantó para bendecir la mesa, y las estrepitosas travesuras de los niños se acallaron.

—Queridos niños, familia y amigos —dijo, entonando sus palabras como si estuviera predicando—, nos reunimos aquí en este día para honrar el Glorioso Acuerdo de nuestro país, para dar la bienvenida a nuestros invitados —inclinó la cabeza hacia Nicholas y William— y para comunicarnos. Que nuestros diversos dioses nos hagan verdaderamente agradecidos. Oremos.

Tras estas últimas palabras surgió un revuelo alrededor de la mesa. Los niños más pequeños, ambos chicos, se levantaron de sus asientos. Uno se quedó de pie, mientras que el otro bajó la cabeza e hizo el pino, apoyándose en el borde de la mesa para no perder el equilibrio. Los siguientes en edad, un niño y una niña, se agacharon. El niño apoyó su oreja izquierda en el suelo; la niña hizo lo mismo con su oreja derecha. Después, dos

niñas un poco mayores permanecieron en sus asientos y dirigieron sus miradas perdidas hacia el techo. Una de ellas cantaba suavemente, la otra permaneció en silencio. Dos niños de mayor edad se levantaron y empezaron a cimbrarse rítmicamente en direcciones opuestas. Los últimos niños en expresarse fueron los mayores: un niño y una niña que pusieron sus manos sobre sus cabezas en actitud de oración, el niño arrodillado y la niña sentada. Goddington y Thelma también posaron sus manos sobre sus cabezas. William permaneció en su asiento con cara larga.

Después de unos minutos llegó un periodo de relajación de posturas, todos volvieron a sus posiciones originales y Goddington se volvió hacia Nicholas para explicarle lo que acababa de ocurrir.

—Como podrá ver —dijo—, somos una familia verdaderamente ecu. No sólo profesamos diferentes religiones, sino también distintas ramas de la misma religión.

Goddington explicó que los dos mayores, sus hijos naturales, eran comunicanos, uno alto y el otro bajo. El resto de los niños eran adoptados. (Las palabras de Goddington siempre formaban tríos, pero parecía ser que había adoptado a los niños por parejas.) Los cimbreadores rítmicos, explicó, eran melifluros y practicaban el akimboísmo, una mezcla sincrética de religiones populares. Uno de ellos era un muy devoto akimboísta agudo, y el otro era lo que se llamaba un akimboísta libre. Los contempladores del techo pertenecían a diferentes sectas de una religión mística y espiritual conocida como nimboísmo. Los que se habían agachado con las orejas en el suelo eran inferioristas. Su credo era opuesto al espiritual: su dios era interno al mundo en sí. Y los dos más jóvenes eran seguidores de la deidad llamada Estala. Uno de ellos pertenecía a los estalagnitas, que creían que la vida en la tierra era un progreso ascendente hacia la perfección espiritual. El otro pertenecía a los estalactitas, que consideraban la vida como un proceso de declive desde un estado de anterior perfección espiritual.

Thelma desapareció de la mesa para traer la comida y regresó con un carrito repleto de platos preparados. Nicholas quedó maravillado con lo que sirvió a continuación. A cada pareja de niños le sirvió una comida distinta: un estofado de carne, un plato de pescado, un plato de arroz picante, un plato vegetariano y

una selección de mariscos. A los adultos les sirvió el estofado de carne que, según explicó, era un plato típico de las abejas, aunque ofreció a Nicholas una selección de cualquier otro acompañante que le apeteciera. El estofado le pareció suficiente.

—El hombre es lo que come—dijo Goddington—. Al comer cosas distintas y evocar sus distintas oraciones, nuestros hijos están convirtiéndose en lo que respectivamente son, y lo están consiguiendo de una forma respetuosa. Nuestra forma de vida entera se puede resumir con la fórmula «Respectividad más Respectuosidad». Antes del Acuerdo sólo teníamos lo primero. La gente acudía aquí desde sus diversas guerras étnicas y religiosas, pero traían consigo sus conflictos, sus luchas y sus antagonismos. Lo que hoy celebramos es el gran invento de nuestro modo de vida, que ha puesto a todos nuestros diversos modos de vida en un mismo pie de igualdad. Cada modo de vida tiene su propio valor y ninguno es menos importante que otro, y cada religión es verdadera a su propio modo. El gran principio sobre el cual vivimos es el Principio Sin Animo de Ofensa. Es el fundamento de nuestra ley. Lo que valoramos es la diversidad, la pluralidad y la alternativa.

Nicholas tuvo la clara impresión de que el ánimo melancólico de William estaba agudizándose considerablemente a lo largo de aquel discurso. Lo cierto era que el joven tenía un aspecto absolutamente deplorable.

Goddington continuó hablando, dirigiéndose a los niños.

—Estoy seguro de que todos queréis saber quién es nuestro amigo Nicholas y por qué está aquí. Pues bien, es un profesor muy famoso que ha venido del extranjero. Ha estado en muchos sitios malos y ha tenido unas aventuras muy interesantes. Ha venido aquí porque está buscando el mejor de los mundos posibles. Tenemos que estar todos agradecidos de que lo haya encontrado. Así que propongo un brindis: por Comunitaria, el mejor de los mundos, y por la prosperidad de Nicholas Caritat a partir de ahora.

Goddington y Thelma alzaron sus copas. William alzó también la suya, aunque a Nicholas le pareció que lo hizo sin entusiasmo alguno.

El resto de la cena transcurrió de manera bastante jovial. Los niños hicieron preguntas a Nicholas acerca de sus aventuras. Las

historias de Cabeza de Bala, Número Uno y Número Dos, Justin y el doctor Globulus, sobre la familia Maximand y sobre su secuestro por el Ojo y sus amigos les excitaron y divertieron mucho. Incluso William parecía interesarse por las historias de Nicholas, y adoptó una actitud un poco menos retraída.

Cuando acabó la cena, los niños se fueron a la cama, aunque no sin antes hacerle prometer a Nicholas que otro día contaría más historias. Mientras Thelma les acostaba, Goddington invitó a William y a Nicholas a la sala de estar.

—Me gustaría presentarle a William adecuadamente—dijo—. Creo que le encontrará muy interesante. Quizás incluso pueda usted ayudarle.

## La historia de la estrella del rock

Entraron en la sala de estar y Goddington cerró la puerta cuidadosamente, como si quisiera asegurarse de la confidencialidad de su conversación. Se hundieron en profundos asientos de cuero alrededor de una mesita de café. Goddington encendió su pipa y empezó a hablar en un tono susurrante.

—En primer lugar —dijo—, debo explicar que el nombre de este muchacho —hizo un gesto hacia el joven— no es William. Así le llamamos en presencia de los niños. Su verdadero nombre es Jonathan Gypselus, más conocido como Jonny Gypselus, la estrella del rock. La mayoría de los niños sabe quién es, pero continuamos fingiendo por motivos de seguridad. Vive con nosotros bajo un nombre supuesto porque está escondiéndose. Su vida corre serio peligro.

Nicholas había oído hablar de Jonny Gypselus. Recordaba que Marcus solía encontrar su música inspiradora. Eran más o menos de la misma edad. Jonny-William se quitó sus gafas oscuras. Rondaba los veinte años, aunque su cara enjuta, pálida y preocupada mostraba arrugas que no eran propias de su edad y unos ojos hundidos y tristes. Se inclinó hacia delante y empezó a hablar con una voz baja y monótona. Comenzó de la forma apropiada, identificándose en términos comunitarios.

—Soy malvoliano y estalacta —dijo—, o por lo menos lo era. Pero tanto la comunidad malvoliana como la estalacta me han declarado la guerra. Ahora soy su enemigo número uno. Y todo por culpa de una ópera-rock.

—¿De qué se trata? —preguntó Nicholas.

—Se llama *Medias Amarillas y Pijamas Rojos*. Trata del mundo en el que crecí, de *mi* gente y *mi* religión. Los componentes del grupo son todos malvolianos y estalactas y la ópera pretendía

ser un homenaje a nuestras comunidades. La compuse durante nuestra última gira internacional y la representamos en varias capitales del mundo. Fue un éxito fulminante. Llenamos los estadios. Entonces algún crítico idiota escribió un artículo sobre la ópera. La puso por los cielos, pero la calificó de una brillante pieza *satírica*, que describe «la insularidad de la etnicidad y el fanatismo de la fe». No teníamos ni idea de lo que quería decir «sátira» o «insularidad» o «fanatismo». Dichos conceptos no existen en Comunitaria. Ahora sé que la sátira es una forma de humor, pero ese concepto tampoco existe aquí. Aparentemente, calificar algo de sátira significa que está intentando ridiculizarse el tema, pero en nuestro caso eso sencillamente no es cierto.

»Ya sabes cómo son los críticos. La gente del extranjero no tardó en calificar la ópera de satírica. La calificaban de «obra maestra de la sátira», y «la primera ópera-rock satírica del mundo». Esto ocurrió justo antes de que se estrenara aquí, en Poliglopiis. Hasta que todos estos rumores llegaron a oídos de los líderes de las comunidades malvolianas y estalactitas, y exigieron que se prohibiera la ópera.

—¿Y se prohibió?—preguntó Nicholias.

—Sí—contestó Jonny—, pero eso no fue todo. Nos denunciaron como traidores y herejes. Estaban fuera de sí, airados y rabiosos, y querían que renunciáramos a la ópera y que nos disculpáramos públicamente por lo que habíamos hecho.

—¿Y lo hicisteis?—preguntó Nicholias.

—Bueno, nuestro guitarrista no pudo con tanta presión y sucumbió. Suicidio. Los demás miembros del grupo no sólo renunciaron a la ópera, sino que renunciaron a mí por haberles meído en senecante lío.

—¿Y tú?—preguntó Nicholias.

—Yo resistí—dijo Jonny de forma desafiante—. Pensé que no tenía nada de qué avergonzarme. Para mí la ópera era una forma de honrar a mis comunidades y estaba dispuesto a defenderla como tal. ¿Por qué iba a renunciar a ello sólo porque algún crítico la había encontrado divertida? Si él se ríe, ¿por qué tengo yo la culpa?

—Entonces, ¿qué pasó?—preguntó Nicholias.

—La dos comunidades se reunieron, primero por separado y después conjuntamente, para decidir qué hacer conmigo.

—Los malvolianos constituyen la comunidad más hipersensible de Comunitaria—explicó Goddington—. Son tan susceptibles que emplean a vigilantes especiales para descubrir cualquier crítica de la forma de vida malvoliana. Para ellos la ópera de Jonny supuso una verdadera traición. En cuanto a los estalactitas, siempre adoptan una postura combativa contra lo que ellos consideran blasfemia.

—Así que me acusaron—continuó Jonny—, de traición y blasfemia, y me culparon de sacrilegio.

—Ese es el crimen más serio en Comunitaria—dijo Goddington—: peor que el insulto, el ridículo o la burla. También conlleva la pena de muerte.

—Cuando llevaron mi caso a los tribunales—prosiguió Jonny—, recibí una publicidad enorme, en parte porque yo era muy famoso, pero principalmente porque una vez fui el chico del cartel propagandístico malvoliano y estalactita. El público se volvió en mi contra. Fui acusado, tanto en la televisión como en la prensa, de atacar a las mismísimas bases del comunitarismo. Nadie se atrevió a ponerse de mi lado.

»Intenté defenderme mediante mi abogado, insistiendo en lo que había pretendido con aquella ópera: una cariñosa representación de las formas de vida de mi comunidad. Pero el juez dictó sentencia contra mí, arguyendo que la intención del autor no es pertinente con la interpretación del significado de una obra. Insistía en que el significado es algo socialmente construido, y que eso es algo que todo el mundo en Comunitaria sabe perfectamente. Pero fue precisamente eso lo que me salvó. Mi abogado sostuvo que yo no podía ser responsable de lo que todo el mundo consideraba ser una «sátira». Así que fui puesto en libertad gracias a un tecnicismo. Aunque no podía considerarse mi condición como libre. Los malvolianos y los estalactitas estaban furiosos. Sus líderes se reunieron durante un día entero y decidieron *excomulgarme*, lo que viene a ser una especie de muerte social aquí en Comunitaria. Sinceramente, no estoy muy seguro de que esa sea la única muerte a la que me vea sujeto. ¿A quién podía acudir, más que a Goddington?

—Ofrecí refugio y compasión a Jonny—dijo Goddington—, aunque me duela decir que no puedo simpatizar con lo que ha hecho. Uno debe estar continuamente alerta en la defensa de la

libertad: la libertad de los demás frente al insulto. Nuestra sociedad entera se basa en que no critiquemos las formas de vida del prójimo, y mucho menos la propia, y es innegable que la ópera de Jonny ofendió profundamente a dos de nuestras comunidades. Tal vez pudiera argumentarse que la sátira constituye otra forma de vida igualmente legítima, y que por lo tanto deberíamos hacerle sitio en nuestra espaciosa mansión. Aunque si ése es el caso, deberíamos permitir que existiera la sátira sin que cause ofensa alguna.

«En este punto, Nicholas —continuó el clérigo—, es donde quizás usted pueda ayudar. Debemos intentar ser prácticos y buscar un camino para salir de este lamentable embrollo en el que se ha metido Jonny. A mí me parece que existe una remota posibilidad de que, en su calidad de visitante distinguido, precedente del exterior, un refugiado de la persecución, cuyo caso ha llegado a nuestros periódicos, quizá pudiera usted actuar como una especie de agente conciliador, e intentar persuadir a los malvolianos y los estalactas de que sean menos...

Goddington buscó la palabra.  
—¡Intolerantes? —sugirió Nicholas.

—Tal vez —dijo Goddington, un tanto dubitativo—. Me he topado con este concepto de «tolerancia» en el extranjero. Aquí en Comunitaria no existe tal concepto. Por lo que tengo entendido, parece implicar que uno debe soportar el hecho de ser ofendido. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tiene uno que ser ofendido? En cualquier caso, nuestro problema más inmediato es encontrar una forma de persuadir a los líderes de las antiguas comunidades de Jonny de que consideren su ofensa de una forma menos drástica. Quizá podamos convencerlos de que se sientan menos ofendidos. Sólo podemos esperar que tengan la suficiente picardía para ver las cosas de un modo más ecuménico.

—Haré todo lo que pueda —dijo Nicholas empleando un tono servicial.

Goddington le dio la mano afectuosamente. Jonny parecía dubitativo.

—Mañana le llevaré ante ellos. No será fácil, pero vale la pena intentarlo. Entretanto, tal vez le gustaría conocer la causa de todo este lío.

Encendió un reproductor de vídeo e insertó una cinta. Los

tres hombres se acomodaron para observar. A Nicholas no le gustó demasiado aquella música, que en gran medida era dura, metálica y disonante. Pero la actuación fue cautivadora y agradable, el conjunto del espectáculo era de un gran colorido y contenía mucho baile. Aparecían dos grupos principales de protagonistas. Los primeros vestían con medias amarillas de ligas cruzadas, y los segundos llevaban batas rojas sobre pijamas rojas. De vez en cuando, en los momentos de máxima tensión, los últimos se quitaban las batas y hacían el pino. Diversos personajes vestidos con estrambóticos disfraces iban apareciendo ocasionalmente. Nicholas encontró el argumento bastante difícil de seguir. Parecía tener algo que ver con el repetido aunque por lo visto fracasado intento del protagonista principal de ser reconocido por los demás como alguien supremamente virtuoso y loable. Ninguno de los personajes resultaba demasiado entrañable, pero tampoco parecían aspirar a ello.

Cuando el vídeo hubo terminado, Nicholas dio las buenas noches a Goddington y Jonny, agradeciéndoles la entretenida velada. Por desgracia, fue un comentario equivocado. Jonny parecía afligido, y Goddington dijo:

—No se equivoque: este material es peligroso. Jamás debe revelar que lo ha visto en esta casa.

Tumbado en su cama, Nicholas discutió la tolerancia con Voltaire, quien afirmó un tanto pomposamente que «las leyes humanas deben basarse, en todos los casos, en las leyes naturales».

—Yo creía que la evidencia histórica nos sugiere que los seres humanos consideran la intolerancia como algo bastante natural —replicó Nicholas.

Voltaire no quedó impresionado con aquellas palabras.

—¿Cómo iba a ser natural —preguntó—, que una persona le diga a otra «cree lo que yo creo y lo que tú no crees, o morirás»? Si ésa fuera la base de la ley humana, entonces los japoneses deberían odiar a los chinos, y éstos deberían abominar de los siameses. Los siameses, a su vez, deberían perseguir a los tibetanos, quienes deberían atacar a los habitantes del Indo. Un mongol habría de arrancarle el corazón al primer malayo que se cruzase en su camino, y el malabar habría de masacrar al persa, quien habría de masacrar al turco; y todos ellos habrían de ata-

## Malvolianos y estalactitas

car a los cristianos, que durante tanto tiempo han estado devorándose los unos a los otros. Como verás, el derecho a la intolerancia es absurdo y bárbaro. Es el derecho de los tigres, sólo que más terrible, ya que los tigres sólo se desgarran los unos a los otros para alimentarse, mientras que nosotros nos exterminamos mutuamente por cuestión de palabras.

—Entonces, ¿qué propones?—preguntó Nicholas.

—Propongo—contestó Voltaire—, que a cada ciudadano le sea permitido creer en sus propios razonamientos, y pensar lo que sea que dicho razonamiento, acertado o no, le dicte, mientras no perturbe el orden público.

—Parece ser que los comunitarios han encontrado otra solución—observó Nicholas—. No parecen confiar demasiado en el ciudadano individual, ni parecen tener demasiada fe en los mandatos de la razón. Parecen creer que todas sus comunidades deben respetar los distintos modos de vida y que todas las palabras son igualmente válidas.

Voltaire parecía escéptico y bastante perplejo.

—¿Cómo—preguntó—puede uno *respetar* los prejuicios y los conceptos falsos? ¿Y cómo pueden ser igualmente válidas las declaraciones mutuamente contradictorias?

El que se sentía perplejo era ahora Nicholas y, mientras se adormecía, decidió aplazar su respuesta.

A la mañana siguiente, Nicholas se despertó con un estrépito de niños que se preparaban para ser conducidos a sus respectivas escuelas. Una vez que se hubieron marchado, bajó a la cocina para encontrar a Jonny, desplomado sobre una taza de café.

—Me gustó mucho tu ópera—dijo Nicholas.

—Gracias—murmuró Jonny.

—Lo que no puedo juzgar—continuó—, es cuánto hay de fantasía.

—Podrías juzgarlo mejor al final del día—dijo Jonny.

Godington regresó de llevar a los niños al colegio y se unió a ellos para tomar café.

—Visitemos primero a los malvolianos—dijo—. Han organizado una reunión para las once de esta mañana. Claro que ellos no saben que usted va a hacer una apelación a favor de Jonny. Simplemente dan por descontado que un visitante de importancia les visitaría a ellos antes que a nadie; de otro modo se ofenderían. Y también saben de su misión.

—Y posiblemente le dirán que su modo de vida es lo mejor de este mejor de los mundos posibles—comentó Jonny con ironía.

El clérigo le clavó una mirada de desaprobación.

—Por la tarde—añadió—, visitaremos a los estalactitas. Pero recuerde que debe ser extremadamente discreto, y bajo ningún concepto debe revelar que ha conocido a Jonny.

Godington y Nicholas partieron hacia la Cámara Étnica para reunirse con los malvolianos. Los dos edificios del Parlamento se erguían uno junto al otro frente al antiguo palacio real en una gran plaza pública en la cima del Monte de las Abejas. Eran estructuras rectangulares sin demasiado carácter (probable-

mente para evitar posibles ofensas) que habían sido reconstruidas tras el Acuerdo. En el exterior de cada edificio había guardias de honor vestidos con trajes de gran colorido. En su interior, la Cámara Etnica estaba decorada con las banderas, crestones y retratos de todas las comunidades étnicas oficiales. Cada comunidad contaba con una porción equivalente de aquel enorme vestíbulo para manifestarse.

Atravesaron un pasillo con puertas a ambos lados sobre las cuales había unas listas con los nombres de los distintos grupos étnicos por orden alfabético. Tras pasar frente a los correspondientes a las abejas y las hormigas, finalmente llegaron a la letra *m*, y se detuvieron ante la puerta donde se hallaba escrito: MALVOLANOS. Goddington llamó.

Un nervioso ujier, vestido con un uniforme de talla inapropiada, abrió la puerta de una sala de reuniones. Cinco hombres de diversas edades estaban sentados alrededor de una larga mesa. Todos vestían con medias amarillas de ligas cruzadas y túnicas grises. El más viejo de todos se sentaba en el centro, de cara a la puerta. Tenía una barba blanca y puntiaguda, una brillante calva y una expresión feroz e intensa que no se modificó con la llegada de sus visitantes. Los demás lucían la misma mirada de desinterés. Sin ser ni amigables ni poco amigables, sus hostiles expresiones faciales iban dirigidas al mundo exterior en general, de quien Nicholas y Goddington eran meros representantes.

El viejo de la barba se presentó como presidente del Grupo Parlamentario malvoliano. Los demás eran sus colegas. Todos se dieron la mano. Goddinton y Nicholas se sentaron de cara a ellos.

El presidente habló lenta y prudentemente. Nicholas notó que tendía a utilizar la primera persona del plural de forma indiscriminada. A veces «nosotros» y «nuestro» parecía significar él mismo y sus colegas, a veces la comunidad malvoliana y los estalactas; y a veces, los ciudadanos de Comunitaria.

—Nos sentimos honrados —le dijo a Goddington—, de que haya mostrado usted la cortesía de traer al profesor a visitarnos antes que a cualquier otra comunidad de nuestro país. Valoramos dicha muestra de respeto enormemente. ¿De qué comunidad proviene usted, profesor? —le preguntó a Nicholas.

—El profesor Caritat viene a Comunitaria desde Militarita, vía Utilitaria —explicó Goddington apresuradamente—. Está muy interesado en nuestra forma de vida.

—Ah, sí —dijo el presidente—. Hemos oído hablar acerca de su misión. Estamos muy orgullosos de nuestro modo de vida, aunque por supuesto respetamos el de nuestros conciudadanos. Desafortunadamente, este respeto no es siempre correspondido. Ese es un hecho del que somos muy conscientes.

—¿Supone eso un grave problema para ustedes? —preguntó Nicholas con ingenuidad.

—Puede que sea nuestro mayor problema. No podemos tolerar la falta de respeto hacia lo que nosotros consideramos sagrado: es como el derramamiento de nuestra propia sangre.

—Pero, ¿qué me dicen ustedes de la tolerancia? —se aventuró Nicholas.

—El problema —respondió el presidente—, está en el hecho de ofender. Lo que usted llama tolerancia, tal y como nosotros lo entendemos, significa soportar una ofensa sin manifestar objeción alguna; el respeto implica abstenerse de causar ofensa. Nuestra entera sociedad está comprometida con el respeto, no con la ofensa.

El ambiente en la sala se enfrió notablemente y las expresiones que rodaban la mesa se hicieron mucho más hostiles. Intervino un colega del presidente: un hombre huesudo y con gafas.

—¿Por qué le interesan tales problemas? —preguntó áspicamente.

—Soy filósofo —contestó Nicholas. Fue una respuesta que no sentó bien.

—¿Ha visto la supuesta ópera de un tal J. Gypselus? —preguntó un hombre viejo a la izquierda del presidente.

—Creo que me han hablado de ella —contestó Nicholas con cautela.

—Es una obra sacrílega que nos presenta como despreciables a los ojos ajenos —dijo el presidente—. Nos denigra y nos rebaja; es un montón de basura desdenable y una porquería. Desgraciadamente, el juez malinterpretó la ley, y hemos tenido que actuar por nuestra cuenta contra ese criminal, y es posible que volvamos a actuar en el futuro.

—¿Cómo?—preguntó Nicholas.

—Privándole de su identidad social—dijo el presidente con frialdad—. Y si no se disculpa públicamente de inmediato, perderá también su identidad física.

—Pero supongo que alguien podría argumentar—se atrevió a decir Nicholas—, que semejantes castigos tan drásticos no respetan sus derechos...

—¡Derecho!—estalló el presidente, golpeando su puño acaloradamente sobre la mesa—. ¡Derecho! ¡El vocabulario de nuestros enemigos! Cuando se trata de injurias, los individuos no tienen derechos. Si hemos de hablar de derechos, digamos que al injuriarnos, Gypselus ha violado nuestro pleno derecho al respeto.

El frío ambiente se tornó helado. Un malvoliano con bigote se inclinó hacia adelante airadamente.

—No parece mostramos demasiado respeto, profesor—dijo.

—Nosotros respetamos a la gente por lo que es. También la condenamos a muerte, si hace falta, por lo que es—dijo el presidente—. Gypselus es un traidor cuyo único objetivo es destruirnos a nosotros y a todo lo que representamos. Nos preguntamos, profesor, lo que es usted. Al mostrar simpatía hacia él, nos falta a nosotros al respeto.

—Por favor, no se ofendan ante mis preguntas—protestó Nicholas—. Sólo pretendo comprenderles.

La temperatura no aumentó ni un solo grado. Diez ojos vehementes e incrédulos se clavaron en Nicholas. Transcurrió un silencioso minuto.

—Creo que va siendo hora de que nos marchemos—dijo Goddington con suavidad—. Me gustaría pedirles que fueran comprensivos respecto a esta conversación. Mi amigo Caritat desconoce nuestros modos, y puedo asegurarle que lo que sinceramente pretende es comprender y no juzgar. En el lugar de donde él proviene, esto se consigue mediante las preguntas, que en ocasiones pueden ser tomadas a mal. Por favor, perdóneme por cualquier ofensa que pueda haber causado de forma inadvertida.

Los diez ojos permanecieron enfocados sobre lo que parecía ser un objeto de creciente odio. El presidente se levantó.

—Yo también pienso que es hora de que se vayan—dijo—.

Sacaremos nuestras propias conclusiones sobre el significado de este encuentro.

El nervioso ujier abrió la puerta. Nicholas y Goddington partieron de la habitación apresuradamente.

—No ha sido un gran éxito—observó Nicholas mientras caminaban hacia el vestíbulo.

—Ha sido un completo desastre—contestó su guía.

Mientras almorzaban en el restaurante melifluo preferido de Goddington, discutieron sobre la mejor forma de tratar con los estalactas aquella tarde.

—Estarán completamente informados sobre el fracaso de esta mañana—dijo Goddington—, por consiguiente empezamos con desventaja. Sospecharán de usted desde el principio. Es inútil intentar convencerles de que existe alguna posibilidad de lo que usted llama tolerancia. Esa idea sencillamente no existe aquí. En ese punto al menos los malvolianos tenían razón: en Comunicaría la virtud más apreciada es el respeto, y eso quiere decir no provocar ofensas.

—Pero ellos se han dado por ofendidos con la ópera de Jonny—dijo Nicholas.

—Sí, pero ¿tenían razón al hacerlo?—preguntó Goddington—. Quizá pueda usted convencerles de que *interpretaron mal* la ópera. Aunque eso es algo difícil, ya que no puede admitir haberla visto. Si admitiera eso sería usted automáticamente clasificado como enemigo. Debemos admitir que es una sátira, ya que todos, incluido el juez, dicen que lo es. Pero quizá podría hablarles sobre los propósitos de la sátira, intentar convencerles de que la sátira podría tener un significado constructivo, incluso religioso. Si eso falla, supongo que nuestra única esperanza sería recurrir a su compasión.

Tras almorzar fueron directamente al templo estalactita, al otro extremo de la ciudad. Era un precioso edificio circular de un color rojizo situado en un parque lleno de árboles y flores. El pórtico principal estaba abierto. Les recibió un joven pálido y ceremonioso vestido con una túnica roja, que les escoltó a una gran sala semicircular. Las numerosas y altas ventanas que la circundaban derramaban abundante luz. El alto techo era dorado, y de él colgaban varias estatuas de figuras togadas, de expresiones graves y respetuosas. Sus cabezas y sus brazos extendidos

apuntaban hacia el suelo de piedra en una especie de súplica. Sobre una pequeño tablado frente a ellos había un trono y una pequeña mesilla donde yacía un gran libro. A su lado había una vaina de cristal en cuyo interior se hallaba un pequeño objeto tubular que yacía sobre un cojín morado. Como luego le explicó Goddington a Nicholas, el libro contenía las obras sagradas que Estala dictó a sus discípulos en una cueva subterránea, y la caja de cristal contenía el hueso de un dedo de su pie. Detrás del trono había una puerta, a través de la cual el joven les guió hacia lo que evidentemente era el área sacerdotal. Atravesaron la gran puerta dorada hacia una larga habitación, iluminada de nuevo por otra ventana que daba al parque. Otras estatuas colgaban del alto techo dorado. Contra la pared, diez sacerdotes vestidos con pijamas rojas hacían el pino, mientras un joven acólito iba espolvoreándoles sucesivamente un polvo de olor dulzón sobre las plantas de sus pies. En el centro y sobre una silla dorada de alto respaldo se sentaba el sumo sacerdote, vestido con una túnica de un carmesí oscuro. Al entrar Goddington y Nicholas, los sacerdotes dejaron de hacer el pino, se cubrieron con túnicas rojas y ocuparon diez sillas doradas colocadas ordenadamente al otro extremo de la sala. Fue entonces cuando el sumo sacerdote se levantó. Había dos sillas en el centro del semicírculo de sacerdotes frente a ellos. Nicholas y Goddington obedecieron a aquel gesto. El sumo sacerdote regresó a su trono y empezó a hablar, dirigiendo sus palabras a Goddington:

—Ha solicitado una reunión con nosotros y hemos accedido. Pero deseamos conocer el motivo de su visita.

—La primera razón —dijo Goddington—, es que el profesor Caritat les conociera. Como sabrán, va en busca del mejor de los mundos.

—El mejor de los mundos yace más allá de éste —observó el sumo sacerdote—, y la creencia de su posibilidad se concede sólo a aquellos que tienen fe en su realidad.

—Cierto —dijo Goddington.

—¿Y el segundo motivo?

La pregunta provino de boca de un sacerdote joven con barba, a quien tanto Nicholas como Goddington reconocieron. Era el quinto miembro del grupo malvoliano de aquella ma-

ñana, el único que no había hablado. La pregunta había sido formulada con evidente hostilidad, y no parecía tener sentido andarse por las ramas.

—El profesor Caritat es un distinguido académico procedente del extranjero que quizá pueda considerar nuestros intereses de una forma más sosegada y menos apasionada —dijo Goddington—. Ha oído hablar acerca del asunto Cypselus y, como es natural, le preocupa.

—Y, ¿qué es lo que le preocupa? —preguntó el sacerdote barbudo.

—Pues sobre todo el imperio de la ley —dijo Goddington—, el juez decidió...

El sacerdote le interrumpió bruscamente:

—El juez malinterpretó el espíritu de la ley.

—Existe una diferencia entre la ley divina y la ley humana —añadió el sumo sacerdote—. Este es un caso de sacrilegio y en semejante caso prevalece aquella.

—Pero —dijo Nicholas, introduciéndose finalmente en la conversación—, ¿pueden estar seguros de que éste fue un caso de sacrilegio?

—Podemos estar seguros. Estamos seguros. ¿De qué piensa usted que se trató?

—¿No podrían considerarlo como un caso de sátira?

—Y según usted, ¿qué significa la sátira? —preguntó el sumo sacerdote a Nicholas.

—La sátira —contestó Nicholas, citando el *Diccionario* del doctor Johnson—, es «un poema en el que se censura la perversidad o la insensatez». Claro que también puede ser una ópera-rock. Entregarse a la sátira significa censurar la perversidad e insensatez humanas, haciendo que esos vicios parezcan ridículos.

—¿Con qué fin?

—«El verdadero fin de la sátira» —contestó Nicholas, citando a Dryden— «es la enmienda de los vicios» y de este modo indica el camino de la virtud y la sabiduría. Quizá —se atrevió a decir— para recordar a los seres humanos lo que prescribe la ley divina.

—Ese —contestó bruscamente el sumo sacerdote— es el papel del sacerdocio. ¿O es que los satíricos han de remplazar a los sacerdotes?

—Podrían ayudarnos—sugirió Nicholas—. Buscan el mismo fin, sólo que utilizan distintas técnicas.

—La técnica del ridículo—comentó el sacerdote barbudo—. La sátira utiliza lo ridículo para profanar lo que es sagrado. Degrada la reverencia y el profundo respeto por las palabras de Estala tal y como han sido reveladas en nuestro libro sagrado y dispensado a nuestros teólogos del culto. Destruye el respeto por la autoridad de nuestros maestros. ¿Cómo se puede enseñar la ley divina a través del ridículo? La propia idea es ridícula. Lo que dice usted es absurdo.

Nicholas sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Decidió hacer un último y atrevido intento:

—Pero dicho respeto no puede ser ciego. Quizás a través de la sátira podamos aumentar nuestro entendimiento de las debilidades humanas, incluyendo las propias, y así aprender a ser humildes.

—Lo que usted llama debilidades humanas sólo puede ser contrarrestado por la fuerza de la fe. Ha conseguido, profesor, convencernos de que su supuesta sátira es el enemigo de la fe. ¿Hay alguna otra cosa que quiera decirnos?

Nicholas miró a Goddington con impotencia. Este también se encontraba indefenso.

—Caballeros: está claro que estoy poco familiarizado con los principios de su fe—dijo Nicholas—. Por lo poco que sé, profeso el mayor aprecio tanto hacia ustedes como hacia su religión, y sinceramente me gustaría aprender más acerca de ella. Una cosa que me gustaría saber ahora es si no cabe lugar en ella para la compasión.

—La compasión existe en el mismo corazón de nuestra fe—dijo el sumo sacerdote—. Ha adivinado. Existe la compasión, junto con su inseparable compañero: el odio implacable hacia cualquier cosa que amenace con rebajar el fundamento de esa misma compasión.

En ese momento los diez sacerdotes volvieron a ponerse cabeza abajo y veinte irritados ojos invertidos miraron fijamente a Nicholas y Goddington desde el suelo. Mientras tanto el sumo sacerdote se alzó de su asiento y señaló con su dedo índice directamente hacia Nicholas. Su voz se volvió más aguda y penetrante.

—¡Odio implacable hacia la sátira, los satíricos y sus cómplices!—gritó.

Se levantaron e hicieron una reverencia.

—Deja que se vayan—ordenó el sumo sacerdote al cura de túnica roja que les había acompañado hasta allí—. Pero se lo advierto—añadió mientras se volvían para marcharse—: vayan con cuidado.

Nicholas abrió la boca, como si fuera a disculparse.

—No queremos escuchar nada más—dijo el sumo sacerdote—. Creo que ya hemos escuchado más que suficiente.

Los invitados salieron por la puerta dorada hacia el área de oración y por el portal hacia la calle. Regresaron a casa, desconsolados y deprimidos, y explicaron su doble fracaso a Jonny, que se lo tomó con tristeza pero sin sorpresa.

—Me temo—dijo Goddington a Jonny— que tendrás que renunciar a tu ópera y pronunciar una disculpa pública. No veo otra salida.

—¡Jamás!—dijo Jonny, su voz temblando con rabia incontralada—. ¡No me rendiré!

Al pronunciar estas palabras abandonó la habitación, dando un portazo tras de sí.

Goddington parecía intranquilo.

—No puede salir nada bueno de esto—suspiró, meneando la cabeza—. Pero no debe juzgar nuestra sociedad de un modo severo por este pequeño contratempo. Mañana veremos lo que puede hacerse para encontrarle un empleo.

—¿En la universidad?—preguntó Nicholas.

—Nosotros lo llamamos la unidiversidad—dijo Goddington—. El rector de la Unidiversidad de Políglopolis le ha invitado a una reunión para mañana por la mañana, y estaré encantado de llevarle hasta allí. Estoy seguro de que se sentirán honrados al incluirle en el cuerpo docente.

Nicholas se retiró a la cama aquella noche con una creciente sensación de inquietud. Sentía que no sólo había defraudado a Jonny, sino también a alguna causa mayor.

¿Por qué, le preguntó a Pope, eran tan hipersensibles los comunitarios? Como respuesta, Pope le explicó cuán efectivo podía ser el ridículo:

## La unidiversidad

Sí, estoy orgulloso; debo estar orgulloso al ver cómo los hombres no temen a Dios, sino a mí, a salvo de la Ley, del Púlpito y del Trono, afectados y avergonzados sólo por el Ridículo.

Pero Jonathan Swift, quien se había unido a su conversación, observó que, de hecho, la mayoría de las personas disfrutaban de la sátira precisamente porque *no* se sentían ni aludidos ni avergonzados.

—La sátira —observó— es una especie de espejo en el que el espectador reconoce todos los rostros menos el suyo. Esa es la principal razón de que reciba ese tipo de acogida en el mundo, y la razón de que muy pocos se ofendan ante ella.

Además, añadió Swift, la sátira era bastante impotente frente a los malvados, puesto que su objetivo era el de «proteger a los hombres de buena disposición en el ejercicio de la virtud, pero rara vez o nunca el de reformar a los viciosos».

En opinión de Swift, los lectores de sátiras podrían o bien evitarla o hacer la vista gorda ante ella o vivir con la vergüenza y el insulto. Pero aquí en Comunitaria, todos parecían proclives a ofenderse, y tomaban drásticas medidas para evitarlo. Nicholas recordó que Condorcet había dicho en una ocasión que la sátira era un arma para utilizar únicamente contra aquellos que, gracias a su rango o poder, estaban a salvo de cualquier otro castigo. Parecía ser que en Comunitaria estaban a salvo también de la sátira.

A la mañana siguiente, Goddington ofreció unos cuantos consejos a Nicholas mientras le conducía hacia la unidiversidad.

—Ahora debe tener cuidado con lo que dice a las diversas personas que conozca —dijo—. Por favor, no ponga a prueba su supuesto sentido del humor: podría ser malinterpretado con facilidad. Por supuesto que tendrá que tener especial cuidado si habla con algún malvoliano o estalactita. No se le ocurra llamar «fornicones» a las hormigas. Y otra minoría muy sensible es la de los indígenas. Es un grupo bastante numeroso que vivía aquí antes de que las abejas colonizaran el país, y cuenta con una larga historia de explotaciones y discriminaciones en su contra. Debe tener especial cuidado con ellos. Primero le llevaré a ver al rector. Estoy seguro de que le ofrecerá un puesto. Pero después, deberá dejarle.

La unidiversidad era un enorme complejo construido con el mismo estilo poco específico y no ofensivo del parlamento: eran grandes edificios blancos, no identificables con ninguna cultura o periodo particular. Nicholas siguió a Goddington hacia el edificio más imponente. Subieron unas escaleras de piedra y atravesaron un espacioso pasillo. Goddington llamó con la alabada de cobre de una majestuosa puerta. La abrió una secretaria y les escoltó hacia una lujosa oficina interior donde el rector, un caballero de cabello plateado y de gran elegancia y aplomo, les saludó con una cautivadora sonrisa.

—Permítame que le presente al profesor Caritat —dijo Goddington—: filósofo, historiador y buscador del mejor de los mundos.

—Estoy al tanto de su misión, profesor Caritat —dijo el rector—. Como colega en filosofía, no puedo hacer más que animarle en su búsqueda. Como comunitario, no puedo más que

felicítarme de su buen sentido al buscarlo en este país. La respuesta a su pregunta por el mejor de los mundos se encuentra ante sus propios ojos. Estoy seguro de ello. No obstante, como rector de esta unidiversidad, debo advertirle que observamos su pregunta de forma desfavorable, ya que implica que los mundos pueden ser comparados y juzgados como superiores o inferiores entre sí. Eso ataca el relativismo multicultural con el que nosotros, como comunidad de comunidades, estamos comprometidos. Por otra parte, debo admitir que no puedo dejar de reconocerme ante la deliciosa paradoja de que no pueda mejorarse un mundo en el que su pregunta ya no merece la pena de ser planteada.

A Nicholás no se le ocurrió una respuesta apropiada para aquella confusa cadencia de palabras. Probablemente sería mejor evitar discutir sobre el tema. Al fin y al cabo, no deseaba ofenderle.

El rector no se detuvo.

—Asimismo, tengo el placer de informarle de que le ha sido ofrecida una cátedra honorífica como profesor invitado en nuestra unidiversidad. El honor, por supuesto, es enteramente nuestro. Si usted lo acepta, ocupará el puesto de profesor adjunto en nuestros Departamentos de Estudios Étnicos y Religiosos.

Nicholás se vio obligado a intervenir.

—Pero —protestó, intentando no parecer descortés—, no soy experto en ninguno de esos dos campos. Mi campo es la Ilustración y, como ha dicho Goddington, soy filósofo e historiador.

—No tiene importancia —dijo el rector—. La filosofía y la historia se enseñan aquí sólo como subcampos en el Departamento de Estudios Étnicos y el Departamento de Estudios Religiosos. Tendrá usted el suficiente campo de acción.

—¿Y qué es lo que quiere que enseñe? —preguntó Nicholás.

—Ya que es usted un erudito en la Ilustración —contestó el rector— le proponemos que dé un curso titulado «Por qué el proyecto de la Ilustración fracasó necesariamente».

Una vez más, Nicholás se vio obligado a protestar.

—Pero —objetó—, no estoy muy seguro de que *tuvierá* necesariamente que fracasar.

—¡Ah, tiene usted razón! —dijo el rector—. No debemos sacar

conclusiones tan drásticas. Debemos mantener nuestras mentes abiertas. *Qué* le parece esto: «¿Tuvo que fracasar el proyecto de la Ilustración?».

—Supongo que eso estaría bien —concedió Nicholás, sintiendo cierta duda.

—Así que acepté! —dijo el rector—. Excelente noticia. Después discutiremos todos los detalles prácticos. Pero me he tomado la libertad de organizar reuniones con sus futuros colegas y alumnos, confiando en que usted accederá. Nos aguardan en otra parte del edificio. ¿Le gustaría acompañarnos, reverendo Thwaite?

Goddington se excusó, explicando que tenía unos cuantos asuntos urgentes que atender, y desapareció. Nicholás se preguntó a quién iría a rescatar ahora.

Siguió al rector desde su despacho hasta una puerta donde un letrado rezaba: SALA DE REUNIONES. En su interior, unas veinte personas se encontraban sentadas alrededor de una larga mesa pulida en cuya punta había cuatro asientos, los dos del centro vacíos. Los ocupantes de ambos extremos se levantaron para dar su bienvenida a Nicholás y al rector mientras éstos se les acercaban.

—Permita que le presente al profesor Grenzen, jefe del Departamento de Estudios Étnicos —dijo el rector.

Nicholás estrechó la mano de un hombre alto, distinguido y de aspecto agradable, de unos sesenta años.

—Y éste es el profesor Glaube, jefe de nuestro Departamento de Estudios Religiosos.

Nicholás estrechó la mano del profesor Glaube, un hombre de similar edad pero de aspecto más sólido y severo. Los cuatro se sentaron a un extremo de la mesa.

El rector pronunció un discurso sorprendentemente corto y bastante formal.

—Nos sentimos honrados y encantados por el hecho de que el profesor Carriat haya accedido a unirse a nuestro cuerpo docente. No hace falta que les recuerde que es un distinguido académico especializado en la Ilustración, que procede de Militaría, que enseñará, y sin duda dirigirá investigaciones, en los dos departamentos aquí representados. Permítanme rogarle al profesor Grenzen que pronuncie unas palabras en nombre del Departamento de Estudios Étnicos.

El profesor Grenzen se levantó para hablar, tosiendo para aclararse la voz.

—Para mí—dijo—, para nosotros es, como ha dicho el rector, un honor que se una usted a nosotros. Usted es un erudito en el campo de la Ilustración, y debo enfatizar que sentimos un tremendo respeto por sus intereses académicos...

—Y yo por los suyos—interrumpió Nicholás.

—... pero quizá debería explicarle que nuestro modo de vida comunitario, y por lo tanto nuestra filosofía educacional, mantienen una especial actitud hacia la Ilustración. No es que estos, simplemente, en contra de ella. Pero sí que pensamos que requiere ser, ¿cómo lo diría?, suplantada, o mejor dicho, puesta en su lugar.

«Quizá pueda explicarle mejor lo que intento decir citando a Voltaire. Como estoy seguro sabrá usted mejor que yo, él escribe en su *Tratado de metafísica* que se propone estudiar al hombre del mismo modo que uno estudiaría los movimientos de los planetas, desde un punto de vista situado más allá del globo terráqueo. Únicamente desde ese punto de vista, dice, puede uno comparar los movimientos aparentes que uno ve desde la Tierra con los verdaderos movimientos que uno vería si estuviera situado, pongamos por caso, en el sol. Consecuentemente, escribe: "Al estudiar al hombre, intentaré primero situarme fuera de su esfera y ámbito, y así deshacerme de todos los prejuicios de la educación, de nacionalidad y, sobre todo, los de la filosofía".

«Es esta misma ambición, la de buscar la perspectiva de nuestro mundo desde el exterior, la de escapar de la perspectiva de la propia comunidad, tan típica de los pensadores ilustrados, la que nosotros consideramos tan peligrosa. Es peligrosa, profesor Cartat, porque es *ethnoctíthia*: la supuesta "perspectiva de ninguna parte" siempre acaba siendo la perspectiva de alguna parte, perspectiva que sus proponentes dicen ser universal y objetiva, y luego intentan imponerla sobre las demás, al igual que solían hacer nuestras abejas aquí en casa y en remotas colonias alrededor del mundo. En Comunitaria damos por sentado que cada punto de vista proviene de un lugar distinto, y que ningún punto de vista es superior a otro.

«Dicho principio es la base de nuestra enseñanza aquí en la

university. Nuestro plan de estudios refleja la presencia de múltiples culturas dentro de cada área específica de conocimiento. Disponemos de lo que llamamos un "canon básico" de obras que cada alumno debe estudiar. Consiste en una selección de las diversas tradiciones representadas en Comunitaria. Ninguna tradición debe ser excluida y ninguna debe predominar. Aunque es cierto que algunas de nuestras tradiciones, tales como las de los indígenas o los melifluros, son básicamente orales y no literarias, y en ese caso estudiamos sus cuentos populares, sus canciones populares y sus bailes populares.

«Después, cuando nuestros alumnos se especializan, siempre lo hacen con la más exclusiva atención a la sensibilidad de aquellos a quienes estudian. De hecho, nosotros consideramos un fracaso académico que una obra de investigación ofenda a su tema de estudio, de igual modo que consideraríamos un fracaso de nuestra enseñanza el hecho de que nuestros alumnos llegaran a ofender de este modo.

«Opinamos que será excelente que usted enseñe a nuestros alumnos acerca de distintos aspectos de la Ilustración al comienzo de sus cursos, para que se den cuenta de los peligros que pueden encontrarse en sus caminos, sobre todo el peligro del etnocentrismo. Estoy seguro de que sus conferencias representarán una magnífica e ilustrativa introducción para ellos.

El profesor Grenzen terminó de hablar ante la evidente satisfacción del rector, quien entonces se volvió al profesor Glaube.

—Ahora apelo al profesor Glaube para que pronuncie unas cuantas palabras de bienvenida en nombre del Departamento de Estudios Religiosos.

—Deseo respaldar todo lo que acaba de decir mi colega—dijo con seriedad el profesor Glaube—. Nos sentimos honrados de que se una a nosotros y, tras cuidadosa reflexión, parece una buena idea que usted introduzca a nuestros alumnos en las ideas de la Ilustración. Estoy de acuerdo con lo que ha dicho mi colega sobre esto último, pero quisiera añadir unas cuantas observaciones acerca del modo en que mi departamento considera su campo de estudio, por el cual, por supuesto, sentimos un enorme respeto.

Nicholás hizo un gesto de agradecimiento.

—Sin duda, todos sabemos que la Ilustración no fue espe-

cialmente benevola con la religión. Era escéptica ante los milagros. Desconfiaba del Apocalipsis. Consideraba la existencia del mal como un reto para la credibilidad de la fe religiosa. Puso en duda la autoridad de libros sagrados, escritos bajo la inspiración divina. Incluso se atrevió a *sabitrizar* a los creyentes y a sus sacerdotes —al decir esto, sus ojos coincidieron con los de Nicholás y una especie de escalofrío recorrió la habitación. Nicholás se preguntó si el profesor Glaube sería un estalactita. ¿Estaría a punto de hacer el pino?—. Pero nada de esto tiene que ver con el punto cardinal. Lo que es importante para nosotros es que la Ilustración hiciera una promesa que no consiguió mantener: la de encontrar una base en la Razón para justificar la moralidad.

«Sabemos que no existe semejante base. No existe base alguna en la Razón, con erre mayúscula, capaz de demostrar que hay una moralidad superior a las demás. Diferentes moralidades causan distintas virtudes, inculcan distintas obligaciones, encarnan distintas nociones de lo que tiene valor en esta vida terrenal. ¿Cómo podría la Razón arbitrar entre ellas? Yo le pregunto: ¿qué es la Razón? La Razón no existe; existen distintos modos de razonar, cada uno de ellos intrínseco a una tradición y a un modo de vida. Y además, ¿cómo podría existir una base para la moralidad que no fuera una base religiosa? Incluso las supuestas sociedades seculares deben recurrir a los legados de las religiones que dicen rechazar. Y no existe una sola base religiosa a la que todos puedan aceptar como tal. Los dioses son irreductibles y eternamente diversos. Hubo un tiempo de terribles conflictos religiosos, antes de nuestro Glorioso Acuerdo, cuando estaban en guerra. Pero entonces negociamos un tratado de paz, estableciendo el principio de *Respectabilidad más Respetuosidad*, que forma la base de nuestra vida conjunta aquí, en Comunitaria.

«Por lo tanto estoy completamente de acuerdo con el profesor Grenzen. Permitamos que nuestros alumnos se informen acerca de la Ilustración y sus ilusiones. Dejémosles ver a qué desastres han llevado tales ilusiones: el dominio de una sola cultura y un área de conocimiento sobre todas las demás, exportando e imponiendo formas de vida particulares y denigrando a otras, desgarrando y destruyendo culturas tradicionales en el nombre de la Razón y la Verdad universales. Estoy seguro de que su curso introductorio sobre la Ilustración, profesor Caritat,

servirá para fortalecer la fe de nuestros alumnos en sus respectivas religiones y el respeto hacia las religiones de sus iguales.

Al sentarse el profesor Glaube, se oyeron murmullos de aprobación alrededor de la mesa.

—¡Amén!—dijo una entusiasta mujer con gafas que llevaba el pelo recogido en un moño—. Como abeja comunicana y profesora de Historia de la Exploración, debo confesar que existen muchas cosas en nuestra historia de las que debemos sentirnos avergonzados. Hemos sido implacables y despiadados en nuestra búsqueda de la hegemonía sobre otros modos de vivir y pensar. Hubo un tiempo en el que estuvimos muy influidos por lo que ustedes llaman Ilustración, profesor Caritat. Ejercíamos nuestra hegemonía en nombre del supuesto «progreso de la civilización» por el que apostaba el siglo dieciocho. Pero hoy en día ya no hablamos del «progreso de la civilización». La «civilización» no existe; lo que tenemos son diferentes culturas. Tampoco existe el «progreso», sino sólo distintas formas en que las distintas civilizaciones se desarrollan y que sólo pueden ser juzgadas bajo sus propios criterios. Su «progreso» es solamente una palabra clave para la imposición de una cultura sobre otras. ¡Será formidable que nuestros alumnos aprendan esto a través de su curso!

Un ansioso joven, de camisa desabrochada y que se encontraba al otro extremo de la mesa, se inclinó hacia delante.

—¡Exactamente!—dijo—. Como melifluo, respaldo lo dicho. Mi asignatura es la literatura, un campo en el que la hegemonía de la que ha hablado mi compañera era especialmente operativa. Se puede decir que su presencia se manifestaba en su sistemática construcción de ausencias. Los textos ausentes y sus autores invisibles eran el secreto mejor guardado de nuestro programa de estudios tradicionales. Lo cierto es que moldearon imperceptiblemente su contenido manifiesto: la cultura y valores abeja dominaban nuestros corazones y mentes únicamente porque todas las demás posibilidades culturales fueron suprimidas sistemáticamente. Sólo podíamos escuchar el abejeoneo de las abejas portante que todas las demás voces fueron silenciadas. Y, ¿qué ocurría cuando la gente intentaba alzar sus voces? ¡Les *picaban!*

Se produjo un murmullo de aprobación alrededor de la mesa.

—Pero por fortuna, todo eso ha cambiado. Hemos provocado la picazón de las abejas y ahora se oyen nuestras voces. No cantamos la misma canción, y ahora el abejoneo de las abejas es tan sólo una composición más entre la polifonía general. Hemos salido reforzados. Nuestros respectivos escritores, filósofos, poetas y narradores populares cuentan con el respeto que se merecen. Practicamos la *crítica* mediante la invocación de nuestras propias pautas, pero únicamente nos criticamos a nosotros mismos. Ninguna comunidad crítica los logros culturales de otra comunidad. Su asignatura, profesor Caritat, nos ayudará muchísimo. Nuestros alumnos aprenderán de usted dónde yacen las verdaderas raíces de su pasada opresión: en las ilusiones de la Ilustración, en el dogma de que existen pautas que pueden aplicarse a cualquier cultura y en la espeluznante visión de que existe una cultura cosmopolita que abarca el mundo entero.

Nicholas estaba empezando a sentirse incómodo. Una empalagosa nube de concordancia acerca del tema de la diversidad parecía estar petrificándose a su alrededor. El siguiente orador le produjo un alivio considerable por varias razones. Se trataba de una mujer joven, de impresionante atractivo, de facciones delicadas y una tez de porcelana, ojos profundos y oscuros y una larga melena de azabache, cuya voz suave y dulce contradecía la vehemencia de sus palabras.

—Yo soy indígena—empezó, añadiendo después un tanto redundantemente—, y también mujer. Doy clases de Estudios de Género. Me preocupa que quizá le estemos dando al profesor Caritat una visión tremendamente engañosa de lo que significa el multiculturalismo. En la historia de nuestro movimiento—Nicholas no estaba muy seguro de a quien se refería con la palabra «nuestro»—, hemos tenido que luchar para que el término fuese entendido de un modo transformativo y no sólo reformista. Para nosotros, el multiculturalismo incluye el efectivo desmantelamiento de la hegemonía abejacentrónica y la elaboración de un programa de estudios completamente nuevo. Es un objetivo que siempre está frente a nosotros y que nunca podemos conseguir del todo. Con demasiada frecuencia—se volvió hacia su compañera de gafas—«multiculturalismo» es tan sólo una palabra de moda que sirve únicamente como pretexto para la complacencia. Mi colega mellifluo—se dirigió al joven de la camisa desabro-

chada—dice que hemos salido reforzados. Pero, ¿podemos estar seguros de que nuestras mentes han sido descolonizadas? ¿Nos hemos liberado realmente de la perspectiva abejacentrónica y del privilegio de clase, racismo y—se detuvo un instante para causar el efecto deseado—sexismo?

Se produjo un incómodo revuelo a lo largo de la mesa.

—Lo cual me conduce—continuó—al molesto tema del sexo y el género. Algunos continuán haciendo ver que no entienden la diferencia entre ambos. Yo le diré cuál es la diferencia. Sexo es la diferencia entre mis funciones corporales y las de los profesores Grenzen y Glaube—el revuelo aumentó, y Nicholas se vio a sí mismo forjándose una imagen mental de la diferencia mencionada—. Género es la razón por la cual no seré nombrada jefa del Departamento de Estudios Étnicos o del de Religiosos. Desgraciadamente, el género sigue siendo una fuente de opresión en Comunitaria. Seguimos pensando que sólo las mujeres tenemos género y que todos los demás son seres humanos. Nuestro gran Acuerdo Glorioso nunca solucionó este problema. Por entonces el género ya estaba en la lista de temas pendientes. El movimiento de mujeres de entonces era fuerte y luchaba por el reconocimiento de la identidad femenina. Pero, desgraciadamente, las mujeres no somos ni comunidad ni minoría, así que nos excluyeron del Acuerdo. No nos quedó más remedio que aceptar una representación ridícula de las mujeres, una política de mera fachada.

—Vamos, profesora Bodkin—se interpuso el rector—, nosotros no la consideramos de ese modo.

—No pretendo que me traten de forma condescendiente—dijo la profesora Bodkin, y su voz denotaba ira por primera vez—; simplemente estoy refiriéndome a nuestro lamentable fracaso en lograr el respeto a las mujeres como tales. Sólo se consideran dignas de respeto la etnicidad y la religión, con lo cual permitimos que cincuenta y una comunidades traten a sus mujeres como quieren, es decir, mayoritariamente mal.

Hubo un intercambio de miradas de resentimiento por encima de la mesa.

—Existe la Corporación del Género—protestó el rector.

—¡Exactamente!—dijo la profesora Bodkin—: una institución inútil, exánime y prácticamente ineficaz, cuyo objetivo nadie en-

tiende ni recuerda. Me temo que todavía no vivimos en el mejor de los mundos posibles, profesor Caritat, por lo menos en lo que se refiere a las mujeres. Sólo espero que, a través de su curso, podamos aprender a conseguirlo. Aunque su Ilustración no estaba demasiado versada en el asunto, ¿no es así?

Le dirigió a Nichololas una mirada decididamente combativa. Nichololas se sintió provocado, aunque de una forma agradable. Lo que había dicho no era falso, aunque sí discutible. Por ejemplo, ¿qué había de Condorcet? En 1789 había salido a favor de la admisión de las mujeres en la ciudadanía, denunciando el comportamiento de los hombres más ilustrados de la época. «¿Acaso no han violado todos ellos el principio de la igualdad de derechos», había escrito, «privando con descarro a la mitad de la raza humana del derecho de tomar parte en la formación de sus leyes?» Y también había exigido que le mostraran «una diferencia natural entre hombres y mujeres que pudiera justificar dicha exclusión de derechos». A Nichololas se le ocurrió que le gustaría mucho discutir acerca de la Ilustración y el feminismo con la profesora Bodkin, preferiblemente en privado, más que allí mismo. Resultaba evidente que la tensión alrededor de la mesa estaba intensificándose y el rector puso fin a la sesión con bastante diplomacia.

—Creo que sus futuros colegas le han dado una idea de lo que puede esperar de este lugar —dijo—. Sugiero que quizá sería una buena idea que fuera con ellos a la cafetería para conocer a algunos de los alumnos. Ahora le dejo en las competentes manos de los profesores Grenzen y Glaube.

Cuando todos se levantaron para ir a la cafetería, Nichololas siguió a los profesores Grenzen y Glaube al pasillo.

—Philomena Bodkin es un fenómeno —observó el profesor Grenzen mientras andaban—. El estilo es dulce, pero el contenido amargo.

—Y hay que tomarla —añadió el profesor Glaube—, con un poco de humor.

—¿Qué es la Corporación del Género? —preguntó Nichololas.

—Es una institución que fue creada en tiempos del Acuerdo para promover la causa femenina y proteger sus intereses —contestó el profesor Grenzen—. Hoy en día no hace mucho más que promover acusaciones por acoso sexual. Las mujeres que la di-

rigen no se ponen de acuerdo sobre qué es lo que debería estar haciendo la Corporación, ni sobre muchas otras cosas.

—Existen cuatro grupos distintos —explicó el profesor Glaube—. Están las feministas militantes, que dicen que tratamos mal a las mujeres y que están a mal con prácticamente todas nuestras comunidades, tanto las religiosas como las étnicas. Pero no pueden criticarnos abiertamente porque eso iría contra la ley. Se enfrentan a las relativistas, quienes sostienen que la forma en que todas las comunidades tratan a las mujeres es correcta a su manera. Se pasan el tiempo atacando a quienquiera que se atreva a criticar las tradiciones de cualquier comunidad particular, como por ejemplo los vilipendios, que practican la circuncisión femenina. Luego están las particularistas. Ellas dicen que una comunidad específica tiene la clave de cómo deben ser tratadas las mujeres, pero no se ponen de acuerdo en cuál de las mismas es: algunas dicen que los melifluos, otras que los indígenas, etcétera. Y por último están las separatistas, que dicen que las mujeres deben formar una comunidad propia. No han llegado muy lejos con esa idea. Como dice Grenzen, lo único en lo que se ponen de acuerdo los diferentes grupos es en considerar los cargos contra las acusaciones de acoso sexual que les llegan. La Corporación del Género dirige audiencias previas al juicio, y cuando se les convence de que existe un caso, exponen sus acusaciones ante el tribunal. Tienen mucho éxito, porque todas nuestras comunidades dicen respetar a las mujeres.

Llegaron a la cafetería, que estaba repleta de gente, unos de pie, en la barra, otros sentados en mesas. Los profesores Grenzen y Glaube condujeron a Nichololas hasta una mesa donde una media docena de alumnos le esperaban ansiosamente. Parecía que habían sido elegidos para hablar con Nichololas y manifestaron su alegría cuando se reunió con ellos.

—Y, ¿qué tal es esto de ser alumno aquí? —les preguntó Nichololas.

Aquella pregunta provocó una letanía de elogios, una verdadera unanimidad en alabanza de la diversidad. Dos de los alumnos eran abejas y repudiaban energicamente el «abejacentismo» y sus aspiraciones de «hegemonía». Aseguraban que el programa de estudios era abiertamente «desabejizado» y «poli-céntrico». El resto de los alumnos eran combativos y arrogantes.

Decían que tras dejar de ser «marginales» y «subordinados», estaban ahora «rehabilitados».

—Todos tenemos nuestros Tolstóis, y todos los leemos —insistió uno de ellos.

—¿No existen conflictos o fricciones? —preguntó Nicholas—. ¿Acaso nadie causa ofensas?

—Ah —respondió uno de los alumnos—, disponemos de ciertas leyes lingüísticas para prevenir ese caso.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Nicholas.

—Si se pilla a alguien haciendo alguna declaración despectiva sobre cualquier comunidad, puede ser acusado y llevado ante el Consejo Superior de la Universidad. Los castigos varían desde el aviso a la expulsión definitiva. En el caso de profesores, pueden ser encarcelados.

—¿A qué tipo de declaraciones te refieres? —insistió Nicholas.

—No podemos dar ejemplos. Eso sería peligroso —dijo otro alumno.

Nicholas siguió insistiendo.

—Por favor —dijo—. Sólo uno.

—Pues —dijo uno de ellos, mirando furtivamente a su alrededor y bajando su tono de voz—, podrían suspenderle durante una semana si dijeras: «tan ocupado como una hormiga».

Fue Nicholas quien empezó a sentirse ofendido. En aquel momento, y para alivio suyo, vio la esbelta figura de Philomena Bodkin levantándose para abandonar una de las mesas cercanas. Tras excusarse con los alumnos, se acercó para hablar con ella.

—Me gustaría mucho —le dijo—, intentar convencerla de que su opinión sobre la Ilustración es discutible.

—Siempre puede intentarlo —contestó.

—Quizás algún día podamos discutirlo durante una comida.

—Quizá —contestó ella. ¿Estraba animándole? Nicholas no pudo estar seguro.

—¿Qué tal una cena esta noche? —sugirió él.

—No puedo. Estoy de guardia como vigilante de una residencia de estudiantes.

—Entonces, ¿qué tal si comemos juntos aquí mañana? ¿A la una le va bien?

Ella aceptó, se despidió y se marchó sin mirar atrás. Nicholas se sintió reacio a unirse de nuevo a sus alumnos interlocutores.

Parecían sorprendentemente conformistas y poco críticos ante el estado de su sociedad. Recordó con orgullo la independencia de espíritu de sus propios hijos y se preguntó, con cierta angustia, cómo les irían las cosas. Mientras permaneció de pie titubeando, sintió que alguien le tiraba de la manga. Justo detrás de él había dos jóvenes alumnos. El chico era flacucho, de pelo oscuro y vestía con chaqueta de cuero; la chica era una rubia de tez fresca, vestida con tejanos y un jersey rojo. Parecían estar muy ansiosos, como si estuvieran ocultando algo.

—Nos gustaría mucho hablar con usted, profesor Caritat —dijo el joven en un tono urgente—, pero no aquí ni ahora. ¿Podría reunirse con nosotros esta tarde?

—Sí, claro —respondió Nicholas.

—Le encontraremos aquí mismo a las seis —dijo el joven, y se marcharon rápidamente.

En ese momento, se le acercó el profesor Grenzen y le cogió del brazo.

—Debemos mostrarle su despacho y presentarle a su secretaria —dijo—, ahora que es uno de los nuestros.

## Descontentos

Su despacho en Comunitaria era bastante parecido al de Utilitaria: monótono y funcional, de paredes blancas desnudas, con una simple silla, un escritorio y unas vacías estanterías grises. Pero quizá tal ambiente de trabajo era el apropiado para su nueva identidad peregrina e inadaptada. Ambos despachos estaban lejos de su estudio de Militaría, al que echaba de menos con añoranza. No obstante, mientras recordaba la calidez de aquel estudio y las cualidades serenas y reconfortantes de su anterior *set*, se preguntó si éste no habría sido moldeado como reacción a las insensibles crueldades del régimen.

La secretaria que se le había asignado le enseñó los distintos departamentos y la biblioteca. Tras un almuerzo con Grenzen y Glaube, en el que repitieron los mismos discursos de aquella mañana, echó un vistazo en la biblioteca y telefonó a Goddington para avisarle de que quizá llegaría a casa un poco tarde aquella noche. Poco antes de las seis, se acercó a la cafetería para atender su cita.

La joven parecía le esperaba en la entrada. Se presentaron como Benjamin y Constance.

—¿Podría acompañarnos a mi habitación? Está aquí mismo, en la unidiversidad —dijo Benjamin—. Nos gustaría ofrecerle un poco de vino y una cena ligera.

Nicholas aceptó. Les siguió fuera del edificio y atravesaron el recinto universitario. Ambos jóvenes parecían ansiosos por pasar inadvertidos.

—Es muy amable por su parte que acceda a vernos —dijo Benjamin—. Lo sabemos todo sobre su misión, y hemos conseguido algunos de sus escritos, que nos parecen muy interesantes. Nos preocupa que le estén ofreciendo una visión parcial de la

vida aquí. Hemos formado un grupo, considérello, si lo desea, como un club secreto...

—Es un club... revolucionario —añadió Constance con excitación—...en el que discutimos ideas alternativas. Nos gustaría comentarlas con usted. Pero lo que estamos haciendo es peligroso e incluso ilegal. ¿Sigue estando dispuesto a venir con nosotros?

—Sí —dijo Nicholas con firmeza.

Pasaron frente a varios edificios y pronto llegaron a unos bloques de torres que evidentemente eran residencias para estudiantes. Entraron en una de ellas, subieron en ascensor al quinto piso, atravesaron un pasillo y entraron en la habitación de Benjamin. Era un pequeño estudio con un dormitorio adyacente. Sobre un escritorio frente a la ventana se apilaban libros y papeles. En el centro de la habitación había una mesa redonda y baja alrededor de la cual se sentaban ocho jóvenes más, algunos en el suelo con las piernas cruzadas, otros en sillas. Benjamin ofreció a Nicholas una gran butaca vacía. Benjamin y Constance se unieron a los demás en la mesa, sobre la cual había varias botellas de vino melfluo, una colección de copas y bocadillos. Nicholas aceptó una copa de vino ofrecida por Constance mientras Benjamin presentaba a sus compañeros por sus nombres.

—Ya le he explicado al profesor Caritat por qué queremos verte... —empezó Benjamin.

—Por favor —dijo éste—, llámame Nicholas.

Esta invitación a la informalidad tuvo mucho éxito.

—Verás —continuó Benjamin, volviéndose a Nicholas—: las cosas aquí no son del todo como pueden parecer. Nuestros profesores y alumnos representantes te han mostrado la historia oficial.

—¿Y cuál es la historia verdadera? —preguntó Nicholas.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Benjamin.

—Empecemos por nosotros mismos —sugirió Constance—. Yo soy una abeja y Benji es un indígeno, y queremos casarnos. Pero hay muchísima presión social en Comunitaria contra los matrimonios mixtos. No es que sean ilegales, pero sí son desaprobados por la mayoría de las comunidades. Y cualquier hijo fruto de semejantes matrimonios debe criarse según la religión e iden-

tidad étnica del padre. Mis padres no saben nada de Benji, ni los suyos de mí.

—¿Qué harían si lo supieran? —preguntó Nicholas.

—Lo más probable es que nos desheredaran. No querrían saber nada de nosotros.

—Tenemos que vernos en secreto —dijo Benjamin—. Sólo lo saben nuestros amigos. Si se enteraran en la unidiversidad, nos expulsarían.

—¿Es éste un problema corriente? —preguntó Nicholas. Se escucharon risas alrededor de la mesa.

—Es imposible saberlo —dijo Constance—. Hay muy poca gente que se atreva a pasarse de la raya. Existen unos cuantos matrimonios mixtos, pero nadie sabe cuántas *liaisons dangereuses* existen.

—Los enlaces ilícitos no son lo único que es peligroso —comentó un joven de pelo negro rizado—. Existen otras muchas maneras de pasarse de la raya.

—¿Por ejemplo? —inició Nicholas, sirviéndose una segunda copa de vino.

—Rechazar a tu comunidad étnica o religiosa, o hacer ver que no perteneces a ella, o que perteneces a otra o, lo peor de todo, rechazar el principio de las identidades colectivas —contestó el joven.

Una chica morena a su lado corroboró enfáticamente sus palabras.

—No tienes más que intentar decir que no estás en el lugar al que realmente perteneces y te has metido en un buen lío.

Otro añadió:

—O intenta decir que no crees en esto de «pertenecer». ¡Y a verás lo que ocurre!

Un chico de aspecto melancólico al lado de Nicholas asintió con la cabeza.

—A la gente que se atreve a decir semejantes cosas, o de quienes se sospecha que pueden pensarlo, se les excluye, y les es difícil encontrar un buen empleo. Mi padre ha estado desempleado durante años por esta misma razón. Sencillamente, no se considera que pueda contribuir a nada.

—Pero lo peor de todo —dijo otro—, es cuando quieres pertenecer a una comunidad, sea étnica o religiosa, que no es reco-

nocida oficialmente. Tú te reconoces a ti mismo, pero las autoridades no te reconocen. A dichas comunidades no reconocidas se las ve como una verdadera amenaza por todos aquellos incluidos en la lista.

—Resumiendo —dijo Benjamin—: a aquellos que no caben en la historia oficial se les hace pasar un mal rato. La gente dice que no son verdaderos comunitarios. A veces se les llama «comopolitas desarraigados».

A Nicholás le pareció que todo lo que estaban diciendo era de un interés absorbente. También encontró su compañía extremadamente agradable, y le commovió su simpatía, su intensidad y su evidente sinceridad. Le contaron muchas historias de sus propias experiencias, y el efecto acumulativo fue bastante arrasador. A medida que pasaba el tiempo, Constance le iba llevando a Nicholás la copa con el agradable vino melífero. Empezó a sentirse un tanto mareado y comió unos bocadillos para contrarrestar el efecto.

—¡Nicholás! —dijo Benjamin de pronto—, tienes que ayudarnos. Conocemos tu obra y hemos leído un poco de ella. Pero tenemos que saber cómo defendernos y protegernos y, sobre todo, cómo convencer a los demás de que tienen que ser defendidos y protegidos.

—¿Contra qué? —preguntó Nicholás.

—Contra pertenecer —dijo Benjamin.

—Y contra el querer pertenecer —dijo Constance.

—Supongo que mis conferencias sobre la Ilustración tratarán de estos temas —dijo Nicholás—. No dejaré de lado el tema de los derechos del hombre y del ciudadano...

—Tus conferencias serán cuidadosamente planeadas y confrontadas con refutaciones por parte de los demás profesores —dijo Benjamin—. Pretenden utilizarte como suministrador de lecciones sobre lo que no se debe pensar.

A Nicholás se le ocurrió algo.  
—¿Y qué tal la profesora Bodkin? —preguntó—. ¿No es ella una aliada?

Hubo un revuelo alrededor de la mesa. Claramente, existían ciertos desacuerdos sobre aquel tema.

—No está mal —dijo Constance—. Por lo menos está en contra de la ortodoxia prevalente. Lo malo es que tan sólo discrepa

porque el Acuerdo se olvidó de las mujeres. Está obsesionada con la identidad, como todos los demás, y sólo le interesarás si te consideras, ante todo, una mujer. Le interesan las mujeres, no las personas.

—¿No le importan los hombres? —preguntó Nicholás.

—¡En absoluto! —dijo Constance—. Los odia.

Nicholás se sintió decepcionado.

—Nos gustaría que fueras miembro de nuestro club —dijo Benjamin—, para aconsejarnos y abastecernos con textos que podamos utilizar como propaganda en nuestra pugna por los derechos humanos.

—¡Brindemos por eso! —dijo el alumno de pelo rizado.

Constance volvió a llenar la copa de Nicholás.

—Accedo a tu propuesta —dijo Nicholás precipitadamente, tragándose la sexta (¿o sería la séptima?) copa del delicioso vino melífero.

Los rostros a su alrededor parecían estar bañados en una agradable amabilidad. Había perdido todo sentido del tiempo, pero sabía que debía de ser tarde. También se sintió con una urgente necesidad de atender a la llamada de la naturaleza.

—¿Dónde está el lavabo más cercano? —le preguntó a Benjamin.

—Por el pasillo y a la izquierda —contestó éste.

Nicholás les dejó y se hizo camino, sin demasiado equilibrio, por el pasillo. Había varias puertas con carteles, pero le costó bastante entenderlos. Se trataba de dibujos de figuras humanas en trajes étnicos. El problema consistía en que todas aquellas figuras parecían llevar pantalones, algunos anchos, otros estrechos. Estaba seguro de que aquellos carteles pretendían diferenciar entre los lavabos de mujeres y los de hombres, pero no consiguió deducir cuál era cuál. Pasó un rato caminando de una puerta a otra, hasta que finalmente, bajo la presión de la necesidad, optó por una de ellas al azar y la empujó hacia dentro.

En su interior había un baño enlosado con varios lavabos. En un extremo de la sala colgaba una serie de cortinas de baño. Desde detrás de una de ellas Nicholás pudo oír la caída del agua.

—¡Ah, estás ahí! —dijo una voz autoritaria—. ¡Rápido! Pásame el jabón.

Nicholas miró a su alrededor pero no divisó jabón alguno.  
—Está en el taburete de allí. Por el amor de Dios, ¡date prisa!  
Nicholas obedeció. Recogió el jabón y se acercó a la cortina de baño. La corrió lentamente para descubrir frente a él a Philomena Bodkin completamente desnuda. Sus miradas coincidirón.

—¡Fuera de aquí! —silbó ella, como una serpiente.

Nicholas titubeó y después le ofreció el jabón.

—Lo siento —dijo, intentando explicar la situación—, ha sido un error. Yo...

—¡Fuera de aquí! —gritó Philomena.

—Siento que estes tan indignada —dijo Nicholas—, pero espero que siga en pie el almuerzo de mañana.

—¡Fuera! —chilló ella.

Nicholas soltó la cortina y se marchó, aferrando la pastilla de jabón. De nuevo en el pasillo, intentó abrir otra de las puertas jergólicas, pero estaba cerrada con llave. Finalmente encontró lo que estaba buscando y obtuvo un alivio físico, aunque no mental.

Se reunió con los alumnos en un estado de ansiedad extrema y les explicó lo que le había sucedido.

—¡Caramba! —dijo Constance—. No debe saber que has estado con nosotros. Ella no sabe nada del club.

Llegó la hora de volver a casa.

—Tu apoyo significa mucho para nosotros —dijo Benjamin—. Debemos continuar reuniéndonos. Pero no le digas a nadie lo de esta tarde, bajo ningún pretexto. Debemos preservar el secreto absoluto.

Nicholas prometió reunirse con ellos de nuevo y mantener su secreto. Disfrutaba de aquella energía, aquella ansiedad y espíritu crítico: en realidad aquellos chicos le recordaban mucho a Marcus y Eliza. Uno de los alumnos tenía un pequeño coche y se ofreció para llevarle a casa.

Su encuentro inesperado con Philomena había sido una experiencia chocante, y el recuerdo de aquel episodio le preocupó durante todo el trayecto.

Una vez en la casa, vio que Goddington estaba esperándole. Parecía preocupado.

—Jonny ha desaparecido.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas.

—Probablemente a causa de una carta anónima que he recibido hoy. Decía: «Yaya con cuidado con su huésped y que su huésped sea prudente». Jonny debió de interpretarlo como una señal para marcharse, aunque quizá la carta estuviera refiriéndose a usted. ¿Cómo le ha ido el día?

Nicholas le resumió su visita a la unidiversidad, omitiendo los recientes acontecimientos nocturnos. Goddington pareció quedar satisfecho.

—Está claro que será usted un éxito aquí —dijo Goddington animadamente—. No debe permitir que este asunto Gypselus le preocupe demasiado, aunque debemos permanecer atentos a los posibles peligros. ¿Qué institución le gustaría visitar a continuación? ¿El Parlamento? ¿Los tribunales?

—¿Qué tal la Corporación del Género? —sugirió Nicholas.

—Ah, veo que ya se lo han explicado. Excelente idea. Le llevaré allí yo mismo pasado mañana. Tengo que hacer alguna mediación allí. Le dará una idea de cómo tratamos el problema femenino.

Nicholas se retiró a la cama y reflexionó sobre su propio problema femenino, a saber: ¿cómo iba a explicarle a Philomena su presencia en aquel baño sin quebrantar su juramento con Benjamin, Constance y sus amigos? Consultó con varios pensadores de la Ilustración, pero ninguno de ellos le sirvió de gran ayuda.

## La Corporación del Género

Nicholas durmió mal y se despertó a la mañana siguiente con una resaca terrible. Parecía estar acumulando motivos de intranquilidad: las ominosas amenazas de los malvolianos y estalactas, el sólido y soporífero criterio de sus futuros colegas y alumnos y, ahora, el problema con Philomena. Este último parecía insoluble. ¿Cómo iba a explicar su presencia a aquellas horas en la mismísima residencia donde ella estaba de vigilante y en el mismísimo quinto piso donde estaba duchándose, sin revelar la verdad?

Después del desayuno, Goddington le acercó a la unidiversidad. A Nicholas se le ocurrió pedirle algún consejo, pero finalmente decidió no hacerlo. Al fin y al cabo, le había prometido a Benjamin el más absoluto silencio. Tampoco podía pedirle a Benjamin, Constance y los demás que corroboraran su versión a Philomena, ya que simplemente desconfiaban de ella. Luchó con su problema durante el resto de aquella mañana sin mucho éxito. Si Philomena acudiera a su cita, lo cual él seguía ansiando, sencillamente habría de decirle que había estado trabajando hasta altas horas de la noche en la biblioteca, que había decidido pasarse por el recinto universitario y que se perdió en busca de un lavabo. Quizás esto sería lo suficientemente verosímil como para ser convincente.

Su deseo no se realizó. Se sentó a solas en la cafetería desde la una a la una y media, pero ella no apareció. Se levantó con tristeza, cuando aparecieron los profesores Grenzen y Glaube y le invitaron a unirse con ellos. Nicholas aceptó, pero la conversación que le ofrecieron no alivió su desesperación. ¿Sobre qué, exactamente, le preguntaron, iba a pronunciar la conferencia? Era evidente que tenían en mente la respuesta correcta. Benjamin te-

nía razón: su propósito era que él diera lecciones de cómo *no* había que pensar. El iba a ser su perro de compañía, un racionalista entre los creyentes, el cabeza de turco interno.

¿Cómo tenía que dirigirse a los creyentes un racionalista? No se trataba de un problema fácil, sobre todo porque el plan era utilizar su racionalismo como fundamento para reforzar sus creencias comunitarias. La existencia de Benjamin, Constance y sus amigos resultaba alentadora, pero, ¿cuántos seguidores potenciales tendrían en Comunitaria? La única solución al problema era conferenciar lo más convincentemente posible y esperar que la verdad prevaleciera. Por desgracia, no podía decir la verdad para solucionar el problema Philomena, que continuó preocupándole inútilmente durante el resto del día. El único momento agradable llegó cuando, durante la cena, contó más cosas acerca de sus aventuras a los hijos de Goddington.

A las nueve de la mañana siguiente, Goddington le llevó a la unidiversidad, prometiendo volver a las diez para llevarle a la Corporación del Género. Al entrar en el edificio principal, Nicholas vio un pequeño quiosco donde un joven vendía el periódico de la unidiversidad. Compró un ejemplar, ojeó la primera página y palideció.

Los titulares, en mayúsculas negritas, rezaban: PROFESOR VISITANTE ACOSA A BODKIN EN CUEROS. Debajo había una foto de Philomena Bodkin sonriendo con gazoña. Horrorizado, leyó el artículo:

«El pasado miércoles por la noche ocurrió algo escandaloso en la residencia Pinetop. Philomena Bodkin, profesora de Estudios de Género y vigilante de Pinetop, estaba duchándose a las diez treinta de la noche, cuando un hombre entró sin avisar, corrió su cortina de baño y pronunció una farfulla étnica muy impropia del código lingüístico de la unidiversidad.

«El intruso, que hizo ver que le estaba llevando una pastilla de jabón, no era otro que el profesor Nicholas Cariat, el recién nombrado profesor invitado en los Departamentos de Estudios Étnicos y Religiosos. El profesor Cariat, recientemente rescatado en Utilitaria por el reverendo Goddington Twaite de un secuestro movido por intereses intolerantes, había escapado previamente de Militaría, donde luchadores de la resistencia le ha-

bían encargado la misión de encontrar "el mejor de los mundos posibles".

«Este episodio da un nuevo sentido al concepto de "Profesor Visitante". En cuanto a su supuesta "misión", la profesora Bodkin declaró tras su embarazosa experiencia que "¡queda bastante claro lo que anda buscando el profesor Cariat!". A los profesores Grenzen y Glaube, jefes de los Departamentos de Estudios Religiosos y Étnicos respectivamente, no les ha sido posible declarar por el momento. La Administración de la Unidiversidad ha emitido un aviso para que todos cierren con pestillo las puertas de los lavabos cuando se estén bañando o duchando».

Alterado y temblando, Nicholas corrió a su despacho para intentar poner en orden sus pensamientos. En su casillero del pasillo había tres sobres dirigidos a él. En el primero pudo leer: PERSONAL, y en los otros dos: URGENTE y MUY URGENTE. Los abrió por orden de urgencia.

La carta muy urgente era una citación para aparecer en la Corporación del Género. Decía: «Se requiere su presencia en el día de hoy», aparecía la fecha de aquel día, «a las once de la mañana en la Corporación del Género», a continuación aparecía una dirección, «para una audiencia preliminar de la demanda Bodkin *versus* Cariat en la que se determinará si se efectuará alguna acusación o acusaciones según la legislación de acoso sexual». La carta urgente era una nota para comunicarle que el rector deseaba verle cuanto antes. La personal era una carta anónima que tan sólo decía: «Cypselus es un peligro tanto para sus enemigos como para sus amigos. Se lo advertimos».

Nicholas entró en su oficina y se sentó. La acusación pública de intrusión y acoso ya era mala de por sí. ¿Cómo iba a defenderse sin traicionar a sus amigos? Y ¿qué significaba la acusación de pronunciar una «farfulla étnica»? ¿Qué demonios quería decir eso?

Pensó que lo mejor sería enfrentarse al rector de inmediato. Quizás él pudiera intentar prevenir el desastre inminente. Se acercó a su despacho, llamó a la puerta y entró.

El rector, con su habitual elegancia, se mostró cordial.

—Bien, ¿de qué se trata todo esto, Cariat? —preguntó—. Estoy seguro de que debe existir alguna explicación inocente.

—La hay, pero no puedo ofrecérsela en estos momentos —dijo Nicholas con sinceridad.

Quizá podría ir en busca de Benjamin para idear alguna coartada convincente. Pero, ¿cómo explicaría eso su presencia en la ducha de Philomena? El rector parecía decepcionado.

—Es una lástima —observó—. No es muy fácil tratar con la profesora Bodkin, y cuando está de malas es mejor no cruzarse en su camino. Por el bien de todos, espero que su explicación esté disponible cuanto antes.

«Yo también», pensó Nicholas.

Dejó al rector, prometiendo ponerse en contacto con él lo antes posible, y regresó a su oficina para evaluar su situación. Todo le parecía cada vez más espantoso. ¿Debería ir en busca de Benjamin? Pero, ¿dónde le encontraría? Y de cualquier modo, ¿cómo iba a ayudarle Benjamin?

Llegó la hora de su encuentro con Goddington. Se vieron en el vestíbulo de la universidad. Quedaba claro que las noticias habían llegado hasta él: Goddington parecía muy preocupado.

—¡Nicholas! ¡Mi querido Nicholas! —exclamó, rodeándole el hombro con el brazo—. Seguro que ha habido algún terrible error.

—Así es —confirmó.

—Quizá —dijo Goddington con esperanzas— se trate de una confusión de identidades.

—No —contestó Nicholas con parquedad.

Entraron en el coche de Goddington. Nicholas le mostró la citación de la Corporación del Género.

—Parece bastante claro —dijo Goddington al poner en marcha el vehículo— que lo que nos hace falta aquí es un poco de mediación profesional. Como sabes, tengo algo de experiencia en ese dominio, en ese campo, en ese departamento. Pero si le he de ayudar, habrá de mostrar una completa confianza en mí.

Nicholas reflexionó. ¿Podía confiar a Goddington el secreto de Benjamin y Constance? Al fin y al cabo, Goddington formaba parte del sistema, y estaba enteraente entregado al comunitarismo. No había forma de equivocar su identidad. Seguramente consideraría el club revolucionario como subversivo y antipatriótico. ¿Y cómo se tomaría el hecho de que Nicholas apoyaba a dicho club? Decidió ganar tiempo.

—Existe una explicación —dijo Nicholas—, pero no puedo ofrecérsela todavía.

—Una lástima —dijo Goddington—. Me gustaría estar presente en su audiencia para poder representar sus intereses, pero será difícil si no me ofrece su versión de los hechos. Debemos intentar arreglar este asunto cuanto antes. Ya tiene bastante con que los malvolianos y los estalactas piensen que defiende usted a Gypselus.

Le contó a Goddington lo de la carta anónima.

—No le quería preocupar, pero recibí otra parecida en casa esta mañana —dijo Goddington.

Nicholas empezó a sentir que se sonrojaba.

Llegaron a la Corporación del Género, otra estructura construida en el indescriptible estilo local. En su exterior había apar-cadas varias furgonetas de televisión. Mientras caminaban hacia la entrada principal, Goddington le explicó que aquel mismo día había de mediar en un caso de acoso sexual.

—Es el caso que se expone después del suyo —dijo—. Evidentemente han dado prioridad al de usted. Mi caso trata de un profesor de mediana edad que se aprovechó de una alumna. Intentaré persuadirles de que archiven el caso. Estos asuntos no hacen más que remover sentimientos y perturbar las relaciones comunitarias. Aunque lo más seguro es que no lo consiga. Son muy severos con asuntos como éste.

Atravesaron las puertas principales, pasaron un registro de seguridad y se encontraron frente al mostrador de recepción, donde debían firmar y recibir distintivos de identificación con sus nombres escritos en grandes letras negras. El vestíbulo estaba repleto de gente que se arremolinaba a su alrededor. Parecía haber una atmósfera de expectación general, incluso de excitación. Nicholas enganchó la insignia a su solapa. Ahora sería imposible equivocarse su identidad.

Siguió a Goddington hasta un ascensor que se llenó de gente. La puerta se deslizó hasta cerrarse. A medida que el ascensor ascendía, también lo hacía el interés de sus ocupantes por su persona. Mientras el motor murmuraba en su ascenso, sus ocupantes hicieron lo mismo. Alcanzaron el quinto piso, la puerta se abrió y salieron todos del ascensor. Al salir Nicholas, le abordó una joven que había estado de pie a su lado.

—Perdóneme, profesor Caritat —dijo, extrayendo un pequeño bloc de notas—. ¿Le importa que le haga un par de preguntas?

—No.

—Dígame: ¿es ésta su primera vez?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, ¿le han condenado previamente por acoso sexual?

—Por supuesto que no —dijo Nicholas con indignación.

—¿Y por acoso a menores? —preguntó ella con esperanza.

—Sus preguntas, señorita, son ofensivas y no vienen a cuento —intervino Goddington.

La chica cerró su libreta.

—El comportamiento que vamos a evaluar hoy es mucho más ofensivo que mis preguntas —contestó ferozmente antes de marcharse.

A mitad del pasillo, una multitud compuesta en su mayoría por mujeres entraba poco a poco por una puerta de doble hoja vigilada por un oficial uniformado. Al llegar a la puerta, Goddington le explicó al oficial quiénes eran, y éste les dirigió a una antesala que se encontraba a pocos pasos, donde debían esperar hasta que empezara la audiencia.

Goddington insistió ante Nicholas para que le facilitara más información.

—¿Está seguro de que no puede decirme algo más sobre lo que ocurrió? —preguntó.

—Lo siento —dijo Nicholas con impotencia—. El hecho es que no la acosé, pero es cierto que entré en su ducha, y no puedo explicar el porqué, al menos por el momento.

Goddington parecía desconcertado, pero quiso mostrarse tranquilizador.

—Bien, entonces tendremos que hacer caso del viejo principio de que el ataque es la mejor forma de defensa —observó.

Siguieron esperando durante algún tiempo, en el que Goddington le explicó a Nicholas la variedad de penas que podían imponer los tribunales por acoso sexual, empezando por un mes de encarcelamiento. A Nicholas se le ocurrió que quizá sería útil inspeccionar las prisiones comunitarias como parte de su misión. Se sentía como una mosca atrapada en una tela de araña. Con cada movimiento, los hilos parecían tensarse a su alrededor.

Finalmente llegó el oficial para llevarles a la sala de audiencias. Los cegadores focos de la televisión iluminaban la sala, repletas de periodistas, fotógrafos y curiosos. Las cámaras enfocaban el centro de la habitación, donde diez miembros del comité interrogatorio estaban sentados alrededor de una gran mesa ovalada y se ocupaban de los procedimientos previos. Todos menos uno eran mujeres. A un extremo se sentaba Philomena Bodkin, rodeada de consejeros que le susurraban al oído y le iban pasando notas. Mostraba un aspecto tranquilo y sereno, con la mirada fija al frente. Vio entrar a Nicholas y Goddington sin dar muestras de reconocerles. Ellos se sentaron al otro extremo de la mesa. Centellaron los focos. Se dispararon las cámaras.

Tomó la palabra la presidenta del acto, una mujer robusta de pelo gris.

—Declaro abierta la audiencia de la demanda de Bodkin *versus* Caritat y hago un llamamiento a la profesora Bodkin para que nos explique la naturaleza de su demanda.

—Lo hago con profundo pesar —dijo Philomena, tranquila y firmemente—, ya que el profesor Caritat ha sido recientemente nombrado colega mío. Pero desde el principio su comportamiento hacia mí ha sido motivo de preocupación. En nuestro primer encuentro sugirió que nos viéramos para cenar aquella misma noche con el pretexto de instruirme en el tema de la Ilustración.

Se escucharon risas ahogadas por la habitación. La mujer robusta golpeó su mazo sobre la mesa. Uno de sus colegas se inclinó hacia delante.

—¿Aceptó usted? —preguntó.

—No acepté. De hecho, cometí el error de explicarle al profesor Caritat que aquella noche estaba de guardia como vigilante de una residencia de estudiantes. Entonces sugirió que almorzáramos juntos al día siguiente.

—¿Aceptó esa propuesta? —preguntó una integrante del comité.

—Lo hice, aunque de mala gana. Ya tenía ciertas dudas sobre la pureza de sus intenciones, pero no quería parecer poco profesional.

—¿Hizo usted bien? —preguntó una integrante del comité.

—No —reconoció Philomena.

—Díganos lo que ocurrió a continuación —dijo la presidenta. —Aquella noche me duché tarde, a las diez y cuarto. La puerta del baño se abrió. Supuse que era una de las alumnas y le pedí que me acercara el jabón. De pronto, apareció ante mí el profesor Caritat.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó otra integrante del comité. —Se tambaleaba —contestó Philomena—. No me extrañaría nada que estuviera bebido. Dijo no entender mi deseo de que se marchara de allí inmediatamente.

—¿Llegó a tocarla? —preguntó el varón que también formaba parte del comité.

—No le dejé, pero estoy segura de que ésa fue su intención —contestó Philomena—. Al darse cuenta, aunque no enteramente, de que yo no era receptiva a sus insinuaciones, pronunció un insulto étnico imperdonable, tras lo cual añadió la injuria de sugerir una vez más que almorzábamos juntos al día siguiente.

—¿Cómo consiguió deshacerse de él?

—Gritando —dijo Philomena.

—Gracias, profesora Bodkin —dijo la presidenta—. ¿Tienen algo que decir el acusado y su representante?

—Sí —dijo Goddington, inclinándose hacia delante—. El profesor Caritat tiene respuestas para todas estas acusaciones sin fundamento, pero desearía reservar su defensa para el momento oportuno. Entretanto, me gustaría saber por qué la profesora Bodkin dejó la puerta de su baño abierta. ¿No es un poco inusual? ¿No podría incluso verse como una invitación a potenciales invitados interesantes de cualquier sexo?

Los ocupantes de la sala rompieron en aullidos de ira, siseos y silbidos. La presidenta golpeó con su mazo.

—Considero esa observación un desacato —dijo Philomena sin emoción alguna.

Nicholas se preguntó si la observación de Goddington realmente le había ayudado. Decidió formular una pregunta por sí mismo.

—Perdóneme —dijo—, pero hay algo que no entiendo. ¿Cuál es ese insulto étnico que se supone que pronuncie?

Por primera vez Philomena mostró signos de enfado. Sus preciosos ojos oscuros chispearon y su voz se alzó.

—Dijo usted —afirmó Philomena, mientras su voz temblaba de emoción—, dijo que sentía que fuera indígena.

Nicholas forzó su cerebro, rastreando en su memoria.

—Lo que dije —protestó—, fue que sentía que estuviera *indígena*.

Unas risas incrédulas retumbaron por la sala.

—El Consejo Indígena elevará una demanda oficial al Consejo Superior de la Universidad sobre este caso. Dejaré en sus manos evaluar quién de los dos está diciendo la verdad.

—¿Tiene el acusado algún otro comentario o pregunta? —preguntó la presidenta.

Goddington se acercó a Nicholas para susurrarle algo al oído.

—No diga nada más. Ya ha admitido haber estado en su ducha, lo cual ha sido un error.

—No, muchas gracias —dijo Nicholas.

—¿Tiene algo que añadir la demandante?

—Sí —dijo Philomena—. Estamos preparando un informe psicológico sobre el acusado. Por lo visto cuenta con cierto historial de agresión sexual reprimida. Nos hemos asegurado la cooperación del profesor Orville Globulus, una autoridad mundial en dichos asuntos, procedente de Militaría. El doctor Globulus ha ofrecido gratuitamente sus servicios y está a punto de preparar un informe detallado sobre el acusado, con cuyo caso está muy familiarizado.

—Gracias, profesora Bodkin. Se aplaza la sesión. Esta tarde se decidirá si proceder o no en los tribunales. ¡Siguiente caso!

—Tendré que quedarme aquí —susurró Goddington—. Sugiero que se tome un descanso.

Nicholas escapó de la sala de audiencias, perseguido por una multitud de periodistas y personas que le deseaban lo peor. Corrió por las escaleras traseras hasta llegar a la calle. Algunos continuaban siguiéndole; muchos fotografaban su huida. Les esquivó por portales y callejuelas sin saber hacia donde se dirigía, hasta que finalmente pareció haberles perdido. Se encontraba ante un gran edificio comunitario que reconoció como una estación de trenes. Entró, empezó a ojear el boletín de salidas, una lista de varios destinos de trenes que pronto partirían a lugares desconocidos para él. Uno de ellos captó su atención: el tren

*Libertad*, que salía del andén número tres a las trece horas, treinta minutos. Se acercó al mostrador.

—¿Cuánto vale un billete a Libertad? —preguntó.

Tenía suficiente para comprar un billete. Con menos de una hora para la salida, subió a un taxi para dirigirse a casa de Goddington. Pidió al conductor que le esperara mientras llenaba su bolsa de viaje con sus escasas pertenencias y papeles. El taxi le devolvió a la estación a las trece horas y veinticinco minutos.

Nicholas corrió lo más rápido que pudo hasta el andén número tres. El tren estaba parado. Pudo ver una locomotora bastante destaralada y antigua, y los vagones iban en gran parte vacíos. Se subió a bordo de uno de ellos, encontró un compartimiento desocupado y se desplomó, fatigado, sobre un asiento de imitación de cuero rojo, al lado de la ventanilla. En el exterior, sonó el silbido del tren.

## Rumbo a Libertad

El tren salió de la estación y comenzó a adquirir velocidad a través de largos y oscuros túneles. Por fin llegó a lo que parecía ser el límite de las afueras de la ciudad. No tardó en encontrarse rodeado de campos y montes cuya hierba ondulante se extendía en la distancia a ambos lados. Divisó ganado en los campos y ovejas en los montes. Recorrieron paisajes con arroyos y lagos y alguna que otra granja. Unas nubes plateadas adornaban el cielo, donde brillaba el sol.

Nicholas se dio cuenta de que le debía otra carta a Justin. Extrajo papel y un sobre de su bolsa de viaje, preparó la mesa plegable frente a él y empezó a escribir.

*«En algún lugar entre  
Poligoplis (Comunitaria), y Libertad*

«Querido Justin:

«Siento no haberte escrito antes, pero mi estancia en Comunitaria fue un tanto turbulenta y (buscó la palabra exacta) tensa. Sólo espero que Libertad lo sea menos.

«Supongo que la fuente principal de mi ansiedad mientras estuve en aquel país fue que nunca me sentí en casa. Estuve (y sigo estando) buscando un hogar, y la mayoría de los comunitarios estaban más que encantados de ofrecérmelo. Pero, ¿nos estábamos refiriendo a lo mismo? Yo considero que el hogar es un lugar repleto de personas y cosas familiares, donde uno puede moverse con libertad y de donde uno puede marchar y regresar con libertad. Ellos parecen considerar el hogar, tanto de origen como de destino, un lugar de importancia abrumadora, que determina el curso de la vida de uno, que define cómo se ve uno a sí mismo y que dicta todas sus relaciones sociales y personales.

»Deducirás por la dirección expuesta en el encabezamiento que he decidido no instalarme en Comunitaria.

»Sinceramente, no podría imaginarme viviendo aquí. En realidad, para poder hacerlo tendría que dejar de imaginar. Los comunitarios llevan unas vidas (que ellos llaman "identidades") que están conformadas externa y colectivamente, no individualmente y por separado. Si intentaran dar un paso fuera de ellas, no sabrían dónde meterse. Conocí a unos cuantos valientes individuos que intentaban liberarse, pero en mi opinión su causa está predestinada al fracaso. Tampoco parece posible pasar de una identidad a otra, ni vivir en varias a la vez, ni rechazar una sin adoptar otra. Eliza encontraría incluso menos campo aquí que en Utilitaria para sus trabajos relacionados con los derechos humanos. Allí la idea es desconocida; aquí está prohibida. Marcus no sería capaz de soportar la omnipresencia de religiones compulsivas, y la visión comunitaria de la verdad le volvería loco. Al menos los utilitaristas piensan que cada pregunta tiene una respuesta correcta que en principio puede ser calculada. Para los comunitarios, cada pregunta y respuesta viene con un criterio predeterminado, y ningún criterio puede ser juzgado superior a otro, puesto que no existe otro criterio desde el que pueda ser juzgado, aunque, curiosamente, parecen contar con un criterio capaz de asegurarnos que esto es cierto.

»Así que, ¿cómo contestaría yo al embrión que anduviera en busca de un lugar de nacimiento? Eso es más difícil. Sin duda le explicaría la razón por la cual nosotros, tres criaturas de la Ilustración, seríamos incapaces de comenzar nuestras vidas aquí. Por otra parte, sí que pienso que algunas de las comunidades de Comunitaria son muy aptas a la hora de educar a sus hijos: lo hacen de manera que sus hijos logren adaptarse perfectamente a la vida que habrán de llevar, sin roces ni resistencias. Al fin y al cabo, ¿por qué razón deberíamos aprobar, o mucho menos animar, tal resistencia? ¿Bajo qué fundamentos podemos confiarles que sin ella sus vidas serían más pobres? ¿Acaso estamos seguros de que una vida moldeada desde el interior de uno es necesariamente mejor que una que haya sido moldeada externamente, o incluso, que esto es así por regla general? ¿Por qué debería el embrión elegir la libertad por encima de la identidad? Espero tener la respuesta a esto en mi próxima carta.

»Envía todo mi cariño a Marcus y Eliza y menciónales mi deseo de que muy pronto estemos todos reunidos.

»Atentamente,

»Pangloss.»

Nicholas dobló la mesilla y guardó la carta en su bolsillo para enviarla en cuanto llegara a Libertad. Se reclinó en su asiento y recordó que hacía tan sólo unos instantes se había sentido tan atorado como una mosca en una tela de araña. El suave ritmo del tren producía un agradable sopor y Nicholas succumbió con placer a una abrumadora sensación de liberación y alivio. Escuchó una voz procedente del pasillo en el exterior de su compartimiento, y a continuación el sonido de una campana. No cabía duda de que se trataba del primer aviso para la comida. El hambre competía con el cansancio. Luchó por mantener los ojos abiertos. Quizás esperaría al segundo aviso.

De pronto se dio cuenta de que el tren se había detenido en un pequeño apeadero rural. No había señales ni de almuerzo ni de compañeros de viaje. No había nadie ni en su vagón ni en ningún otro. Nadie iba ni venía en el desierto andén. Lo único que podía oírse era el gorjeo de los pájaros y el mugido de las vacas en la distancia. Un mulo cantaba no muy lejos de allí. Nicholas se apeó del tren y caminó por el andén hasta la locomotora. No había conductor. Regresó a su compartimiento, recogió su bolsa de viaje y atravesó la entrada de la desierta estación.

Nicholas se encontró en un camino campestre, en pleno campo abierto y rodeado de sauces, adelfas y hierba. Al borde del camino crecían zarzas, ortigas, margaritas y largos tréboles. A lo lejos divisó un monte boscoso en cuya cima había lo que parecía ser una granja. Un sendero conducía hasta ella a través de los prados. Empezó a seguirlo. No tardó en alcanzar una valla. Trepó por ella con su bolsa en la mano y siguió su camino.

Frente a él en la distancia pudo ver el reverbero del agua en contacto con la luz del día. Al acercarse, vio que se trataba de un lago grande y redondo. Dos hombres con cañas de pescar estaban sentados en su orilla, inmersos en una conversación. Uno era de constitución imponente, de hombros y pecho an-

chos. Era de tez oscura, con una amplia frente, pelo espeso de color negro azabache, barba y mirada seria y penetrante. Habla mucho y con gran intensidad, y ocasionalmente mostraba una sonrisa sardónica, revelando un carácter tremendamente sarcástico. El otro hombre era más alto, delgado, huesudo e infantilmente jovial. Era de rasgos precisos: un bigote rubio, patillas de color arena y unos ojos alegres y brillantes. Sus ágiles movimientos eran veloces y vigorosos, su forma de hablar breve y tajante, su porte tan firme como el de un soldado. Ambos vestían con trajes de montar.

—Buenas tardes, caballeros —dijo Nicholas.

Dejaron de hablar y le miraron estupefactos.

—Siento mucho molestarles —continuó Nicholas—, pero me preguntaba si podrían decirme dónde me encuentro.

—Está usted en nuestro lago de pesca —dijo el hombre de los ojos brillantes.

—Sí —dijo Nicholas—, pero, ¿dónde? Verán, es que me temo que me encuentro un tanto perdido. Estoy de viaje, en busca del mejor de los mundos, y estoy intentando orientarme.

—Ah —dijo el otro hombre, acercando un monóculo a su ojo derecho—. Veo que es usted un utopista. Usted cree que uno puede imaginar un ideal y después ir en su busca o crear una realidad que lo iguale. Nosotros opinamos de otro modo: hemos conseguido el mundo que usted busca a través del inexorable proceso del desarrollo histórico mundial y a través de la lucha revolucionaria del proletariado. En resumen, los trabajadores del mundo se unieron, tal y como les dijimos que hicieran, y ahora vivimos en el mundo nuevo, mundo que ha sido hecho posible gracias a su triunfal lucha.

—¿Cómo se llama el mundo nuevo? —preguntó Nicholas.

—Se llama Proletaria, en honor a la clase social que lo hizo posible. Claro que esa clase ahora se ha extinguido, al igual que todas las demás clases sociales —dijo su alto acompañante—. Por cierto, no nos hemos presentado. Mi nombre es Fred, y éste es Karl.

Nicholas les dio la mano y se presentó. Le consumía la curiosidad.

—Si no les molesta mi pregunta —dijo—, ¿por qué están pescando en trajes de montar?

—Pues porque esta mañana hemos ido a montar —dijo Karl—. Ahora estamos pescando. Esta tarde iremos a cuidar ganado y esta noche nos dedicaremos a criticar, después de la cena. Lo que usted debe saber es que no somos ni cazadores ni pescadores ni granjeros ni críticos. Hacemos todas estas cosas porque tenemos mente. En Proletaria nadie está limitado a una única esfera de actividad.

—Entiendo —dijo Nicholas—. ¿Son ustedes buenos cazadores?

La pregunta les hizo gracia a ambos hombres.

—El, sí —dijo Karl—. Yo siempre solía regañarle por ello. Solía ir a cazar con la burguesía local y la aristocracia. No les falló ni una sola vez. El siempre me respondía que cuando llegara la Revolución, alguien tendría que dirigir la caballería. Siempre se le podía ver entre los líderes en las cunetas, los cercados y demás obstáculos. Siempre me preocupaba que algún día me llegaran noticias de que había tenido un accidente.

—En cuanto a él —dijo Fred—, le gusta hacer ver que sabe montar a caballo. Dice que aprendió a hacerlo de estudiante, pero nunca pasó de la tercera lección! Esta mañana cazamos algunos zorros, o al menos yo lo hice. Sin embargo, no estamos teniendo la misma suerte con la pesca esta tarde.

—Lo esencial de la pesca —dijo Karl— es la oportunidad que ofrece para una buena conversación. ¿Por qué no se une a nosotros? —le preguntó a Nicholas, tendiéndole la caña sobrante. Con gran placer, Nicholas se sentó a su lado y extendió su caña por encima del suave rizo del agua.

—Se nota que es usted un hombre que ha viajado mucho —dijo Fred—. Cuéntenos alguna de sus historias de viaje.

Nicholas empezó a explicarles sus aventuras. Sus dos acompañantes formaban un público ávido que interrumpía constantemente con exclamaciones y preguntas. Primero, les habló de su detención y encarcelamiento en Militaría y de la planificación de su huida. Karl tenía mucho interés por informarse sobre la misión de Justin y Nicholas.

—Estoy seguro de que su amigo Justin habrá oído hablar de este lugar —dijo Karl.

—Seguramente sí —contestó Nicholas—, pero me parece que ya no se cree todo lo que le cuentan.

—Debe usted confirmar su creencia —dijo Karl con firmeza.

—Sí —respondió Nicholas.

Después les habló acerca de su huida de Utilitaria. A Karl y Fred les hizo mucha gracia su relato de la vida en aquel lugar.

—Siempre dijimos que el utilitarismo se basaba en el absurdo —dijo Fred—. ¡Pensar que pueden fusionarse las diversas relaciones de los seres humanos en una única relación de utilidad! La utilidad no es más que otro nombre para las relaciones comerciales y monetarias.

—Es una idea típica de Bentham —añadió Karl sardónicamente—, ¡ese oráculo de lengua correosa para burgueses!

Nicholas les explicó a continuación su visita al Parlamento y los tribunales, y su secuestro por parte de los intolerantes. Tanto Karl como Fred mostraron una sorprendente simpatía por estos últimos.

—Son víctimas de la opresión de clases y están cegados por la ideología —declaró Karl.

Ambos tenían la misma opinión sobre los ciudadanos de Comunitaria.

—Está claro que las abejas siguen gobernando ese lugar —comentó Fred—, commoviendo los corazones de la gente pero llenando sus mentes de idolatría e ilusiones primitivas. La religión puede ser el corazón de un pueblo descorazonado, pero también es su opio. El quid de la cuestión es que esas abejas obviamente son unas expertas a la hora de extraer el valor excedente de los trabajadores. ¡Vaya abismo entre su civilización y la nuestra! Ellos son abejas; nosotros somos arquitectos, arquitectos de una ciudad para seres humanos. ¡No hay más que comparar a la mejor abeja con el peorcito de nuestros arquitectos! Y en cuanto a esa Philomena tuya, ¿por qué no se unió a la lucha obrera?

—Creo que no existía —dijo Nicholas.

Karl y Fred parecían muy escépticos.

—Así que ahora has venido a nosotros en su búsqueda —dijo Karl—. ¿Qué es lo que te gustaría saber sobre Proletaria?

—Pues por ejemplo —empezó Nicholas—, qué tipo de Estado tiene.

—Es muy sencillo: no tiene Estado —dijo Karl—. El Estado se ha extinguido.

—El gobierno de hombres ha sido reemplazado por una administración de cosas —explicó Fred.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Nicholas.

—Quiere decir que los administradores deciden dónde poner los lagos, pero todo el mundo es libre de pescar en ellos —contestó Fred.

—Entiendo —dijo Nicholas, aunque no estaba muy seguro de haberlo entendido—. Y ¿qué me dice de la ley? ¿Qué tipo de sistema legal tienen?

—También se ha extinguido —dijo Karl.

—Y ¿qué me dice de los derechos de las personas? ¿Qué derechos tienen? —preguntó Nicholas.

—No tenemos derechos —anunció Karl con orgullo—. De hecho, el mismo concepto de los derechos se ha marchitado. Todo eso de la «igualdad de derechos» y «justicia» y «equidad», que siempre solía estar en boca de la gente en el Viejo Mundo no son más que dispartes, basura verbal y obsoleta. Nosotros no necesitamos derechos. Aquí la gente no necesita protección, garantías o reglas para asegurar la justicia, porque sus intereses nunca entran en conflicto. ¿Por qué iban a hacerlo? Al fin y al cabo, hemos abolido la escasez, el egoísmo, la irracionalidad y la intolerancia.

—¿Todo eso se ha extinguido? —preguntó Nicholas.

—¡Exacto! —dijo Karl.

—Pero, si todas estas cosas se han extinguido —preguntó Nicholas, un tanto confundido— ¿qué es lo que queda?

Karl y Fred se rieron estrepitosamente.

—¡Una excelente pregunta! —observó Frank—. Conocemos a un joven y brillante erudito que está escribiendo un libro con ese mismo título. Lo que queda es el verdadero reino de la libertad, la verdadera, y no meramente formal, libertad para todos, una libertad que es creativa y productiva.

—Hemos emancipado a los seres humanos de la esclavitud obrera del pasado —añadió Karl—. Los individuos ya no están subordinados a la división del trabajo. La oposición entre trabajo mental y trabajo físico ha desaparecido. El trabajo se ha convertido no sólo en un medio de vida, sino en su razón principal. Las fuerzas productivas se han incrementado con el completo desarrollo del individuo, y todas las fuentes de riqueza cooperante fluyen con más abundancia. Ahora todos son libres para desarrollar sus propias cualidades en la dirección que quieran.

Aquí, en el verdadero reino de la libertad, los productores asociados regulan su intercambio con la Naturaleza de una forma racional, propia y digna de los seres humanos, poniéndola en su control comunal, en lugar de estar gobernados por ella como si fuera una fuerza ciega.

—Entiendo —repitió Nicholas.

—Por supuesto que lo entenderá —dijo Fred—. Le mostraremos una sociedad realmente humana en pleno trabajo, ya que es en el trabajo donde nos hacemos verdaderamente humanos —Echó un vistazo a su reloj de muñeca—. Ya va siendo hora de cuidar de nuestro ganado. ¿Le gustaría acompañarnos?

A pesar de no haber pescado nada, el trío caminó cuesta arriba con satisfacción, cargados con sus avíos, en dirección a la granja. Al avanzar, se cruzaron con un rebaño de ovejas guiado por perros pastores. Hombres y mujeres cuidaban del rebaño. Aquellos tañían flautas, y éstas, ataviadas con trajes rosados y blancos muy ornamentados, llevaban cestas de flores y cantaban, algunas como contralto y otras como soprano. El efecto de la combinación entre el balar de las ovejas, los ladridos de los perros, las flautas y las armoniosas voces femeninas era encantador. Karl y Fred extrajeron flautas de sus bolsillos, las acercaron a sus bocas y se unieron a los pastores. Nicholas quedó atónito con la bucólica escena.

Tras haber agrupado a todas las ovejas, Karl y Fred guardaron sus flautas y escoltaron a Nicholas hacia la granja. Pasaron frente a corrales repletos de gansos y otras aves de corral, a las secciones donde se hacía mantequilla, yogur y quesos, y entraron en un establo donde un coro de lecheras, que también cantaban en armonía, ordeñaba las vacas. Karl y Fred se unieron a ellas para ordeñar y cantar: Karl en un modulado barítono, Fred como tenor. Una vez más, el efecto de aquella combinación era muy agradable al oído.

Cuando terminaron de ordeñar, Karl y Fred invitaron a Nicholas a que cenara aquella noche con ellos y algunos amigos en la granja y que pasara allí la noche. Al caminar hacia la casa, Nicholas les hizo una pregunta.

—¿Cómo venden en el mercado la producción de la granja? —¿Mercado? —exclamó Karl con ira—. Los mercados también se han extinguido. La compraventa ya no existe. No más mer-

cancias, no más vínculos monetarios, no más dinero. El dinero depravó al mundo entero, tanto el mundo humano como la naturaleza, de su propio valor. El dinero transformó las verdaderas facultades humanas y naturales en meras representaciones abstractas. El dinero fue un poder destructivo para el individuo y para los vínculos sociales. El dinero cambió la fidelidad en infidelidad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el sirviente en amo, la estupidéz en inteligencia y la inteligencia en estupidéz.

—Entiendo —dijo Nicholas—, pero, ¿qué pasa con la leche, el queso, la mantequilla, los huevos y la carne?

—De cada uno según sus capacidades. Para cada uno según sus necesidades —contestó Karl.

—Entiendo —dijo Nicholas.

La cena fue un acontecimiento tremendamente jovial. La comida era magnífica, muy abundante, recién cogida de la granja y acompañada de mucho vino. Comieron paté de *foie gras* y grandes capones con patatas al horno y guisantes frescos, y todo ello seguido de fresas con nata. Fred contó un chiste durante el postre. Una vez un comunista vaticinó que tras la Revolución habría fresas con nata para todos. «Pero a mí no me gustan las fresas con nata», objetó alguien, y el comunista contestó: «Ya verás como después de la Revolución te gustarán las fresas con nata». El chiste fue del agrado de todos.

Los invitados eran en su mayoría viejos amigos y antiguos revolucionarios de sus épocas en el exilio, según explicaron los anfitriones. Muchos de ellos habían sido intelectuales, profesores, artistas o escritores; algunos habían sido obreros. Todos estaban encantados de dejar de ser todas esas cosas porque ahora todos se dedicaban a todas ellas. Hablaban libremente de literatura e historia. En un momento dado, Karl recitó de memoria un largo pasaje de la *Divina Comedia*, de Dante y a continuación, una escena de *Macbeth*, de Shakespeare. Fred no dejaba de contar chistes y parecía saber hablar un sorprendente número de idiomas.

Después de la cena empezaron con lo que ellos llamaban «criticar». Nicholas lo consideró como una especie de debate filosófico, aunque descubrió un hecho asombroso. Todos se basaban en la misma conjetura: que compartían un criterio único de perfecta racionalidad, que poseían una sabiduría absoluta y

objetiva, y que su modo de vida encarnaba el estado más elevado de realización humana. Hubo un momento en que Fred observó, con la aprobación general, que «la verdadera filosofía es la ciencia de pensar. Todo lo demás es de mero interés histórico, y hace tiempo que es una especie de reliquia». «Crítico» parecía consistir en examinar ejemplos de dichas reliquias, con el fin de mostrar su unilateralidad e insuficiencia en contraste con lo que Karl y Fred llamaban «materialismo histórico y dialéctico», aunque Karl parecía más interesado en aquél y Fred en éste.

Cuando Nicholas explicó a los comensales su interés académico por la Ilustración, su confesión fue recibida con una mezcla de agrado y sorpresa.

—Muchos de esos pensadores fueron idealistas reaccionarios —observó Fred—, e incluso los materialistas que había entre ellos sólo aceptaban el materialismo de forma clandestina y lo negaban ante el mundo. Tus inclinaciones deberían evolucionar, Nicholas. Deberías hacerte más dialéctico.

Karl explicó que su propio padre se aprendió muchos textos de Voltaire y Rousseau de memoria.

—Fueron pensadores importantes y progresistas en muchos aspectos —observó— pero también fueron figuras prehistóricas. Tendremos que darte otros textos para estudiar.

—Muchas gracias —dijo Nicholas.

La sesión de crítica llegó a su fin y los invitados se marcharon. Karl y Fred acompañaron a Nicholas a su habitación. Se sentía cansado pero satisfecho tras la excelente comida, el abundante vino y la estimulante conversación.

—Mañana te mostraremos más aspectos de Proletaria en plena acción —dijo Fred—. Te llevaremos a una de nuestras fábricas musicales.

A la mañana siguiente, los tres hombres se sentaron frente a un substancioso desayuno consistente en té, huevos frescos de granja, leche y yogur.

—Sirvete un poco de té —dijo Karl animadamente.

Nicholas decidió interrogar un poco más a sus acompañantes sobre la vida en Proletaria.

—Decíme —empezó—: ¿cuáles son los problemas que todavía no habéis solucionado?

—¿Como por ejemplo? —exigió Fred.

—Pues por ejemplo —se arriesgó Nicholas—, sigo sin tener muy claro cómo os es posible planificar la producción para satisfacer las necesidades de las personas sin que existan mercados para ofrecer información sobre costes mediante precios.

—¡Ah! —dijo Fred—, es fácil mantenerse informado tanto sobre la producción como sobre el consumo. Como sabemos lo que necesita la media, es fácil calcular cuánto se necesita para un número determinado de individuos. Puesto que la producción ya no está en manos de los productores privados, sino en las de la comunidad y sus cuerpos administrativos, el hecho de regular la producción según las necesidades es de lo más sencillo.

—Pero, ¿cómo se sabe lo que quiere la gente? —insistió Nicholas.

—La gente quiere lo que necesita —dijo Karl.

—Lo cual quiere decir que necesitan lo que quieren —añadió Fred.

—No es lo mismo en absoluto —dijo Nicholas—. En tal caso podría decirse que «veo lo que como» es equivalente a «como lo que veo», o que «me gusta lo que consigo» es equivalente a «consigo lo que me gusta», o que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro».

—Pregúntanos otra cosa —dijo Karl.

—Está bien. ¿Qué hay de los problemas sociales tales como el crimen, la delincuencia o la enajenación de la juventud? O el problema del multiculturalismo: ¿cómo convive la gente de distintas procedencias o con distintos modos de vivir? Y ¿qué hay de los problemas personales? ¿Acaso no existen conflictos personales: cuando los matrimonios se rompen, por ejemplo, o entre padres e hijos, o entre amantes, o entre colegas?

—He contado ocho preguntas —dijo Fred.

—La respuesta es muy sencilla —dijo Karl—. El comunismo es la solución definitiva al antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución al conflicto entre existencia y esencia, entre la acción y la autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución al acertijo de la historia y él mismo sabe que es la solución.

—Entiendo —dijo Nicholas sin demasiada convicción. La solución parecía más incomprensible que el acertijo.

Después del desayuno, los tres hombres bajaron el monte a pie, en dirección opuesta al lago de pesca. Al alcanzar la carretera principal, llegaron a una estación y se subieron a un tren, aunque no necesitaron comprar billetes. Tras un par de paradas, se aparearon en una especie de parque industrial rodeado de una serie de edificios de corte victoriano, muy bien diseñados, plantados entre unos campos de césped y arriates que se extendían indefinidamente. Pero lo más extraño fue el sonido de aquel lugar: de cada edificio emanaba una suave ola de melodías mezcladas, compuestas de muchos timbres. Cada timbre individual podía oírse claramente, pero todas las ondas de sonido lograban fundirse en un sonido que era tan sosegado como estimulante. Nicholas siguió a Karl y Fred a uno de los edificios.

—Aquí es donde trabaja Fred —explicó Karl—. Solía trabajar en la fábrica de algodón de su padre. Como verás, sigue estando en el negocio de los trapos. Aquí fabrican ropa.

El interior de la fábrica era de forma circular, más o menos del tamaño de la biblioteca del Museo Británico. Se alzaba hasta una cúpula de cristal opaco a través de la cual se filtraba la luz del sol. La planta principal estaba dividida en una serie de balcones ascendentes que se extendían a lo largo de toda su circunferencia y entre los cuales subían y bajaban ascensores de cristal. Estos balcones también se dividían en secciones, separadas por particiones de cristal. Nicholas calculó que entre el suelo y los balcones habría unos mil trabajadores sentados y de pie ante varias máquinas, siempre a la vista los unos de los otros. En el centro de la sala había un atril, desde donde el director, batuta en mano, vigilaba la escena.

Se trataba de una escena de contrastes, donde parecía combinarse la alta tecnología con la artesanía individual, la planificación con la improvisación, la cooperación con la espontaneidad. En algunas de las secciones había diseñadores dibujando ropa en sus pantallas de ordenador. Había máquinas para tejer, teñir y cortar distintos tejidos. Había máquinas para crear cinturones y otras para crear botones. Los maquinistas estaban en terminales informáticas. También podía apreciarse lo que parecía una sección de oficinas y de contabilidad, adonde había ascen-

dido Fred, repleto de trabajadores que también estaban sentados ante pantallas de ordenador. Nicholas también vio secciones de costureras y sastres, tijereteando con ritmo, cortando y pespunteando de acuerdo con los diseños en las pantallas. Observó que, de vez en cuando, los trabajadores se levantaban para ir de un lugar de trabajo a otro: una costurera se unía a la sección de diseño, un maquinista se convertía en un artesano, un contable cogía un par de tijeras, y así sucesivamente.

Chicas jóvenes altas, ágiles, elegantes y asombrosamente atractivas, y hombres bronceados, musculosos y atléticos, caminaban de manera sensual de una punta a otra de la plataforma más alta, vestidos con la ropa que se había creado aquel día. Miles de ojos se alzaban continuamente para observarles. Karl le explicó a Nicholas que de este modo se resolvía la enajenación hacia el producto del trabajo. Con sólo mirar hacia el cielo, los trabajadores podían contemplar, en cualquier momento, el producto final de su trabajo colectivo.

Pero lo más extraño de todo era la música. La actividad de cada trabajador producía un sonido distinto. Al manejar sus máquinas, teclear sus teclados, coser y cortar, producían música. Cada uno producía la suya propia, pero todas fundían en una sinfonía, guiados por el director ante su atril.

La música era compulsiva e hipnótica. Sus melodías intrincadas y entrelazadas eran profundamente reparadoras, a pesar de que el ritmo era tan repetitivo como el movimiento de las ruedas de un tren sobre las vías.

## Libertad desencadenada

Alguien le dio una fuerte palmada en la rodilla derecha. Nicholas sacudió la cabeza y se frotó los ojos. El ritmo insistente de la música había cesado. Todo era silencio. El tren se había detenido.

—Pasaporte, por favor. ¡Pasaporte y billete!

El que le hablaba era un oficial de aduanas uniformado.

Su primera y somnolienta reacción fue sentir una considerable irritación: se sentía irritado al comprobar que realmente no podría enviar a Justin una carta desde el mejor de los mundos con el mensaje de MISION CUMPLIDA. Extrajo su pasaporte a nombre de Pangloss y el billete de su bolsillo interior.

El oficial de aduanas los inspeccionó y se los devolvió.

—Gracias —dijo—. Veo que es usted un profesor. De vacaciones, supongo.

Nicholas dijo que él también lo suponía.

—Pangloss: un nombre curioso —observó el oficial.

—Sí, es poco común —dijo Nicholas efusivamente—. Procede de un personaje inventado por Voltaire que pensaba que éste era el mejor de los mundos posibles.

—Entonces seguro que no vivió aquí —dijo el oficial con sequedad.

—Disculpe mi pregunta —dijo Nicholas—, pero ¿dónde es aquí? ¿En qué país estamos?

—¿Es que no sabe adónde va? —dijo el oficial con sorpresa—. Esto es Libertas, y su billete es para Libertad, la capital.

—¿Y qué hay de malo en vivir aquí? —preguntó Nicholas.

—No es un sitio para ser desafortunado, o para estar desempleado o para trabajar para el Estado —añadió con tristeza—, aunque para algunos está bien. En fin, disfrute de sus vacacio-

nes, profesor Pangloss. Estoy seguro de que usted sí que pasará un buen rato en Libertas.

Deslizó la puerta hasta cerrarla y se marchó.

Nicholas miró por la ventana. Estaba oscureciendo. Lo único que podía ver era una serie de plataformas y desvíos ferroviarios, vías muertas en las que varios trenes estaban parados. Llovía.

Oyó pisadas en el pasillo y la puerta de su compartimiento se deslizó hasta abrirse de nuevo. Era otro oficial.

—Billete, por favor —dijo el oficial. Nicholas entregó su billete por segunda vez.

El oficial lo inspeccionó y le pidió una suma de dinero.

—No entiendo —dijo Nicholas—. Este billete ya lo he comprado.

—Claro que lo ha comprado —dijo el interventor—, pero ahora está en Libertas. Sólo compró el viaje, ¿comprende? Ahora debe pagar el suplemento de asiento. Parte de su asiento es propiedad de la Compañía Sientese Derecho. Tienen una acción temporal sobre ella y usted debe pagar por ocupar uno de sus asientos mientras esté en Libertas.

—No hay derecho —protestó Nicholas.

—Usted mismo —dijo el revisor—. Siempre puede regatear por ahí para intentar encontrar un asiento más barato.

—¿Y si me quedo de pie? —preguntó Nicholas.

—Entonces tendrá que pagar un suplemento de suelo. Sería más barato —admitió—. Luego está el suplemento de vía.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicholas.

—Utilización de la vía. Verá, la vía es propiedad de la Compañía Vía Rápida, a la cual, por cierto también represento yo. Cuesta dinero mantenerla.

El revisor mencionó otra suma de dinero nada insignificante.

—Claro que, si no quiere pagar, puede bajarse aquí mismo.

Nicholas volvió a mirar la cortina de agua que cubría su ventanilla. Examinó el contenido de su billete. El poco dinero que le quedaba lo tenía en moneda comunitaria. Explicó su problema al revisor.

—Siempre puede cambiar su dinero en la estación —dijo el revisor—, pero no le queda mucho tiempo. El tren sale dentro de media hora y hoy no saldrá otro. Claro que, si baja del tren —añadió—, tendrá que pagar la tarifa de andén a la Compañía

de Servicios de Andén, a quien le pertenece y a quien yo también represento.

Mencionó otra cantidad.

—¿Y qué pasa si no pago todas estas tarifas? —preguntó Nicholas con creciente desaffo.

—Pues si no paga los suplementos de asiento ni de suelo ni de vía, tendré que pedirle que se baje del tren —dijo el revisor.

—¿Y si no pago la tarifa de andén?

—En ese caso —dijo el revisor triunfalmente—, no puedo permitir que se baje del tren. La elección es suya. Libertad de elección! En Libertas creamos en ella.

Nicholas dejó su bolsa en su asiento, prometiendo regresar con dinero para las múltiples tarifas, y caminó a paso ligero por el andén hasta la estación. Pudo ver dos oficinas de cambio de moneda a ambos lados del vestíbulo principal. Se decidió por la de la derecha, de aspecto más oficial, que anunciaba sus tipos de cambio desde una pantalla situada en el mostrador. Detrás de la ventanilla había una mujer rubia de mediana edad pintándose las uñas. Frente a ella esperaba una cola de unas ocho personas, todas ellas con cara de pocos amigos. Nicholas preguntó a una de ellas cuál era el problema.

—Se han quedado sin dinero, así que tenemos que esperar.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Nicholas.

—¡A saber! —fue la respuesta.

Corrió hacia la otra oficina, un quiosco provisional con un cartel que rezaba CAMBIO RAPIDO, y debajo de él, un letrero anunciaba los tipos de cambio, mucho menos favorables para el presunto comprador de dinero libertario que los que ofrecía la otra agencia. Si se cambiaba menos de cierta cantidad, el tipo era aún más desfavorable. Aquí los clientes eran despachados con rapidez y no existía cola alguna. Dándose cuenta de que la elección era suya, Nicholas cambió una pequeña cantidad a un pésimo tipo de cambio y regresó corriendo a su tren. El revisor estaba esperándole. Nicholas le pagó y recibió tres recibos distintos. El tren reanudó su marcha.

Conforme avanzaba el tren, crecía la ansiedad de Nicholas. Hasta el momento se había concentrado exclusivamente en su huida a Libertad. Había llegado el momento de considerar hacia dónde estaba escapándose exactamente y cómo iba a sobrevivir

en un lugar del que no sabía nada más que su alentador nombre. Le quedaba poco dinero, un poco de ropa en su bolsa de viaje, incluyendo su capa forrada de piel y un pasaporte a nombre del doctor Pangloss. A pesar de rastrear exhaustivamente su memoria, no consiguió recordar el nombre de un solo colega o compañero de academia que fuera originario de Libertas y a quien pudiera acudir en busca de ayuda.

El tren atravesó varias estaciones a gran velocidad. Tras una hora y media de viaje, alcanzó las afueras de una metrópoli. Nicholas se preguntó dónde pasaría la noche, y de qué iba a vivir. Su futuro le pareció completamente opaco.

Los altavoces retumbaron y una voz anunció a todo volumen que estaban aproximándose a Libertad. Nicholas bajó su bolsa de viaje. El tren se detuvo por completo. Descendió a un andén medio desierto y caminó hacia el centro de la estación, abarrotada con los habituales personajes de la noche urbana: vendedores de perritos calientes, unos cuantos borrachos, viajeros adormecidos tumbados sobre bancos, grupos de gritones adolescentes sin demasiadas ganas de volver a casa. Nicholas también vio una cantidad sorprendente de personas durmiendo, acurrucadas bajo mantas, en portales y oscuras esquinas. Se abrió camino entre ellos para salir de la estación a la calle. Llovía y hacía frío. A poca distancia, un rótulo de neón anunciaba la presencia de un hotel. Cruzó la calle y se acercó.

Al aproximarse, vio que el hotel tenía un nombre muy agradable: «El Descanso del Peregrino». Pensó que él era precisamente un peregrino, no un viajero o un inmigrante o un visitante, sino un peregrino cuyo viaje no tenía destino preasignado. Se preguntó si El Descanso del Peregrino sería un lugar de descanso final o sólo una parada más de su camino.

Entró en el vestíbulo del hotel. Parecía un lugar modesto, limpio y bastante ruinoso. Un viejo gruñón estaba de guardia en el mostrador de recepción, mostrando la usual indiferencia de aquellos que trabajan en lugares donde se producen innumerables encuentros transitorios. Tras vacilar un poco, Nicholas pidió una habitación sencilla para la noche al precio más barato posible.

—Habitación quinientos uno —dijo el viejo sin alzar la vista—. Ningún suplemento. No hay baño, no hacemos des-

ayunos, no admitimos animales. Deberá marcharse mañana al mediodía.

Exigió que le dejara el pasaporte aquella noche antes de entregarle la llave.

—Tome el ascensor hasta la quinta planta y suba un tramo de escaleras.

Levantando su bolsa de viaje, obedeció al viejo y se encontró en un ático pequeño y vacío, parecido a una caja, con un techo en pendiente y una diminuta ventana. Se desnudó y enseguida se hundió en un sueño profundo pero intranquilo.

Nicholas se despertó temprano a la mañana siguiente, se vistió rápidamente y descendió al vestíbulo del hotel. Detrás del mostrador de recepción se sentaba un joven de pelo castaño y gafas sin montura, vestido con una camisa desabrochada y chaqueta de pana. Leía el periódico.

—Conque profesor, ¿eh? —preguntó el joven con evidente mal humor.

—Eso es —contestó Nicholas en un tono amable.

El joven frunció el entrecejo. Nicholas se aclaró la voz.

—Me preguntaba —se atrevió a decir—, si podría quedarme aquí más tiempo. ¿Está disponible mi habitación para unos cuantos días más?

—¿Cuántos días? —murmuró el joven, abriendo el libro de registro del hotel.

Nicholas hizo un cálculo rápido. Si gastaba lo mínimo en comida y demás necesidades, quizás el dinero le durara un mes, pero sería mejor no pedir demasiado.

—Digamos... ¿siete?

El joven alzó la vista.

—Está bien —dijo, con una primera y ligera muestra de interés.

—Verás, es que no conozco a nadie aquí y espero poder encontrar algún trabajo —comentó Nicholas.

El joven emitió una risa en falso.

—¿Y quién no?

—¿Acaso es tan difícil? —preguntó Nicholas.

—Yo no diría que es difícil —dijo el joven—, sino casi imposible. Yo no estaría aquí si pudiera encontrar un trabajo mejor. Ya tuve bastante suerte con encontrar éste.

—¿Qué tipo de trabajo preferirías? —preguntó Nicholas.  
El joven se encogió de hombros.

—Cualquier cosa: dirección, contabilidad, oficinista. Verá, profesor —pronunció la palabra con cierto encono—, dispongo de una licenciatura universitaria. Económicas. Estoy, como suele decirse, capacitado. Lo que pasa es que estoy sobrecapacitado. Es lo que siempre me dicen cuando solicito algún empleo: «No querás quedarte en este puesto», dicen, «pronto encontrarás algo mejor». He solicitado doscientos empleos en los últimos seis meses.

—Eso es terrible! —dijo Nicholas con convencimiento.

—Es terrible —repetió el joven—. Pero uno no debe dejar que la depresión le supere. Por cierto, ¿a qué tipo de negocio se dedica usted?

—Soy un estudioso de la Ilustración —dijo Nicholas.

—¡Dios! —exclamó el joven— ¡otro fabricante de graduados inútiles!

Nicholas se sintió abatido.

—Le diré lo que tiene que hacer —dijo el joven en un fugaz estallido de generosidad—: vaya a la universidad para ver si hay alguna vacante; en el campo de la Ilustración o cualquier cosa que pueda interesarle. Diríjase a administración. Allí le darán una lista de los puestos disponibles. Pero mientras esté allí, vaya a escuchar una conferencia de un antiguo profesor mío, el profesor Tipster. Es muy divertido, y siempre tiene algún que otro consejo sobre cómo ganar dinero. Quizá le dé alguna idea, y entonces me la puede contar a mí. Por cierto, me llamo Leon. El autobús de la línea ocho, con parada cerca de la estación, le llevará a la Universidad.

Nicholas le dio las gracias a Leon de manera afectuosa y emprendió su camino. El área comercial que circundaba la estación parecía consistir principalmente de *sex-shops*, casas de apuestas, video-clubs especializados en películas «para adultos», oficinas de cambio de cheques y moneda (incluyendo, como pudo comprobar, la compañía de cambio rápido), colmados abiertos las veinticuatro horas y cafeterías de aspecto ruinoso. Personas arropadas con mantas se acurrucaban bajo algunos portales, pidiendo a cualquier transeúnte una cantidad con que comprar una taza de café. Nicholas cambió un poco más de dinero, tomó un café en una de las cafeterías y buscó la parada de su autobús.

La parada estaba en una calle cerca de la estación de ferrocarriles, en la que un pequeño muro resguardaba unos jardines y manzanas de oficinas. Al caminar hacia la parada, advirtió a un hombre de mediana edad sentado sobre el muro. A su lado yacía una pequeña maleta. Iba bien afeitado y bien vestido, con traje y corbata. Parecía un hombre de negocios, o un funcionario que esperaba, se suponía, al autobús. Llegó el de la línea ocho y Nicholas se subió. El hombre permaneció sobre el muro, observándole fijamente.

La universidad era un recinto grande y moderno, cuyos enormes edificios aparecían indicados con grandes letreros de color azul y blanco. Caminó hacia la administración, un edificio grande y sin ventanas situado en el centro del recinto. Al llegar a la entrada principal, se encontró ante un mostrador de recepción vigilado por un portero.

—¿Dónde podría enterarme sobre posibles puestos de trabajo? —preguntó Nicholas.

El portero le envió a la oficina de personal, en el segundo piso. Al subir las escaleras de piedra, Nicholas pensó en lo poco usual que era buscar un puesto académico de este modo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Por lo menos así podría conseguir una lista de departamentos y miembros docentes. Quizá se cruzara con algún nombre conocido. Y quizás habría algún puesto no académico que pudiera solicitar, por ejemplo en la biblioteca de la universidad. O quizá pudiera ayudar a cuidar de su jardín.

En el área de personal había una serie de cabinas acristaladas donde varias personas estaban siendo atendidas. Se acercó a la que ostentaba el nombre de ofertas vacantes. Estaba cerrada.

Dio unos golpecitos en el cristal pero nadie se acercó. Llamó de nuevo. Una mujer de expresión amargada, gafas con montura de concha y edad indeterminada apareció frente a él.

—¿Qué quiere? —preguntó de forma agresiva.

—Me preguntaba —dijo Nicholas—, si habría algún empleo en la universidad.

—No hay vacantes —dijo—. Por eso está cerrada esta sección —añadió con paciencia. Exhibía una indiferencia a la que Nicholas ya estaba empezando a acostumbrarse. Decidió intentar con una última pregunta.

—¿Usted cree que habrá alguna posibilidad en el futuro? Soy un académico extranjero y me interesaría trabajar aquí... en cualquier campo que fuera apropiado.

La mujer le miró sin interés ni simpatía. Nicholas tan sólo hacía lo que tantos otros: formular preguntas tediosas.

—Puede dejar su nombre y currículum, y le incluiremos en una lista —le dijo con desgana, mientras le lanzaba una hoja de papel. Nicholas conjeturó que iban a incluirle en una lista junto a otros muchos que también habían formulado preguntas tediosas. Aun así, Nicholas pensó que mejor sería dejar su nombre. Pero, ¿cuál de ellos? Seguramente sería mejor dejar el de Pangloss por los datos de su pasaporte, pero, por poco que uno supiera acerca de la Ilustración, ¿cómo iba a tomarse en serio la solicitud de un tal doctor Pangloss? Se trataba de un riesgo que debía correr. Bajo «Formación» escribió sus licenciaturas y bajo «especialidades» escribió «Siglo de las Luces». Había una columna titulada «Puesto Deseado», donde él escribió: «Cualquier cosa apropiada para mi condición, por ejemplo: enseñanza, investigación, puesto en biblioteca o jardín».

—Una última pregunta —le dijo a la malhumorada mujer—: ¿podría facilitarme una lista de los distintos departamentos y miembros docentes, por favor?

La mujer se marchó para regresar con una lista universitaria.

—Ah, y lo último —dijo Nicholas—. ¿Dónde podría encontrar la clase del profesor Tipster?

—Si no es usted alumno de la universidad, tendrá que pagar una tasa —le contestó, mencionándole una cantidad. Nicholas la pagó, tomó el recibo y se marchó en la dirección indicada, hacia el departamento de económicas.

En el departamento había un tablero que anunciaba varias conferencias. Dentro de una hora, el profesor Tipster impartiría una conferencia sobre «Teoría y práctica del dinero». Nicholas dio un paseo por el recinto universitario, tras lo cual se dirigió al anfiteatro para asegurarse un sitio en la última fila.

El profesor Tipster era un hombre rechoncho de pelo negro y canoso, una cara cuadrada, bigote y cejas extremadamente pobladas y de una movilidad expresiva. Hablaba con fuerza, articulaba metódicamente cada una de sus sílabas con una voz débil pero estridente y aporreaba el atril con la mano en mo-

mentos de énfasis. Algunas de sus oraciones contenían palabras, pero la mayoría consistían en ecuaciones expresadas en símbolos matemáticos y algebraicos hechos visibles a todos mediante unas transparencias proyectadas sobre una pantalla. Durante los primeros cincuenta minutos, todo lo que dijo fue incomprensible para Nicholas, que pasó el rato observando cómo los alumnos tomaban notas con cuidado. De pronto, el profesor cambió el tono.

—Por hoy eso será todo —dijo—. Ahora vayamos a la práctica. Para su sorpresa, Nicholas advirtió que todos los alumnos cerraron sus libretas de golpe y parecieron perder todo interés.

—He observado —continuó el profesor Tipster—, que nunca se quiere tener menos dinero. El arte de conseguir más dinero al menor coste posible es un logro al que todos aspiran pero que pocos consiguen. Como reconocido maestro en dicho arte, siempre dispuesto a revelar sus misterios al mundo entero —el público se rió entre dientes—, concluiré la conferencia de hoy con algunas palabras a modo de consejo. ¡Inviertan, amigos míos, en la Biblioteca Nacional de Libertas! Están privatizándola y se venden acciones a costes ridículamente infravalorados. Compren acciones de la Biblioteca Nacional y hagan su agosto. Les garantizo que si siguen mi consejo, triplicarán, o incluso cuadruplicarán su dinero.

Proyectó una transparencia sobre la pantalla:

—Equis por tres es igual a tres equis; y equis por cuatro es igual a cuatro equis.

El público volvió a reírse entre dientes.

—Existe una sencilla razón por la cual me siento tan seguro sobre este asunto. Sin embargo no la divulgaré prematuramente. Pero hagan caso a mis palabras: el dinero se encuentra en las acciones de la Biblioteca Nacional. ¡Enríquezcense!

Con estas palabras finales, los alumnos rompieron en unos forzados y un tanto sarcásticos aplausos. Nicholas decidió preguntarle a un joven de rostro inocente, sentado a su derecha, la razón por la cual sus compañeros estaban menos interesados en la sabiduría práctica del profesor que en sus conocimientos teóricos.

—A todos nos interesa el dinero —explicó el estudiante—, lo que pasa es que no disponemos de él. Está muy bien que nos

diga que invitamos, pero la mayoría de nosotros ni siquiera puede comprarse libros de texto con los mequinos préstamos universitarios de que goza. No podemos arriesgarnos a seguir sus consejos.

El profesor Tipster se quedó en el estrado, hablando con algunos alumnos. Los últimos minutos de su conferencia habían impresionado a Nicholas, que quedó maravillado por su apasionada autoridad y convicción. Decidió acercarse a él.

—Disculpeme, profesor Tipster —dijo—. Procedo del extranjero. He disfrutado mucho de su conferencia y quisiera hacerle una pregunta.

—¡Por supuesto! —dijo Tipster efusivamente, alzando las cejas—. Me complace mucho conocer a visitantes del extranjero, sobre todo visitantes maduros como usted, que vienen a ver la economía de la libertad en pleno funcionamiento. Ha venido usted en el momento oportuno. Bajo nuestro nuevo gobierno, está privatizándose absolutamente todo. ¡Dentro de poco ya no sabremos lo que quiere decir la palabra «público»! Esta emisión de acciones de la Biblioteca Nacional es sólo el principio. Una vez se consiga eso, se privatizarán las bibliotecas públicas, y después los museos, las galerías de arte, los teatros de ópera y los monumentos, y después los parques y playas públicas se venderán en forma de acciones temporales. Es una magnífica explotación de libertad, la libertad de comprar y vender y sobre todo de *lener*. ¡Es magnífico!, ¿no cree?

—Todavía no soy lo suficientemente experto en el tema —dijo Nicholas con prudencia—. Me parece algo apasionante. Pero, ¿podría decirme una cosa, por favor? ¿Qué tengo que hacer para comprar estas acciones de la Biblioteca Nacional, y cómo las vendería?

—Es lo más fácil del mundo —dijo Tipster—. Vaya a la oficina de Correos y solicite sus acciones para la biblioteca. Se tiene derecho a mil acciones por cabeza. Una vez que las haya obtenido, acuda a mi corredor de bolsa —abrió su cartera y le entregó a Nicholas una tarjeta de visita—. El las venderá por usted. No tiene más que mencionar mi nombre.

Tipster le dio la mano.

—Encantado de conocerle. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Pangloss —dijo Nicholas.

—Qué apropiado —comentó Tipster con humor antes de marcharse.

Nicholas ojeó la tarjeta de visita: OSGOOD MICKLETHRUST. CORREDOR DE BOLSA. La introdujo en su bolsillo y atravesó el edificio hasta llegar a la entrada principal. A la salida, un gran cartel captó su atención. Anunciaba la reunión anual de la Asociación de Psiquiatras de Libertas. La reunión tenía que empezar aquella misma tarde a las cuatro, con una recepción en uno de los edificios universitarios. A Nicholas se le ocurrió una idea a la que dio vueltas y más vueltas a su salida de la universidad, de camino a la oficina de Correos.

En la oficina de Correos se encontraba una multitud dando empujones frente al mostrador de venta de acciones. Gente de diversas edades y distintos grados de prosperidad estaba unida en un único deseo: el de alcanzar el mostrador y comprar. Nicholas recogió un formulario de solicitud en la entrada, lo llenó y se unió al resto del gentío, agitando su formulario ya rellenado y gritando como los demás. La mujer del mostrador intentaba controlar aquella masa vociferante, pero sus esfuerzos fueron en vano. Poco a poco, Nicholas consiguió abrirse paso. Estaba a punto de invertir casi todo lo que tenía siguiendo el consejo de alguien a quien apenas conocía, en una empresa de la que sabía menos aún. Después de comprar mil acciones al precio ofrecido le quedaría dinero, como mucho, para tres días de subsistencia, sin contar la factura del hotel. Pero el riesgo de lo que estaba a punto de hacer le llenó de emoción y de una sensación de libertad muy poco familiar. Dentro de poco caminaría su rumbo en dirección ascendente como un pájaro, o descendente como un buzo; en cualquier caso, estaba lanzándose de cabeza hacia lo desconocido. Había descubierto algo completamente nuevo e insospechado sobre sí mismo: que sentía la sed del jugador. Su único temor fue que quizá fuera demasiado tarde para saciarla.

Finalmente alcanzó el principio de la fila y entregó su formulario de solicitud rellenado a nombre del doctor Pangloss, hospedado en El Descanso del Peregrino, Libertad. Nicholas preguntó a la cajera del mostrador cuánto tardaría en recibir sus acciones.

—Algún tiempo —respondió ella.

—¿Cuánto tiempo? —insistió Nicholas.

—Algún tiempo —fue la poco servicial respuesta. La cajera no soltaba prenda.

Entonces le pidió a Nicholas el precio de las acciones, más una cuantiosa e inesperada tarifa de comisión, con lo que su fondo de subsistencia quedaba reducido a un día. Nicholas se sintió más libre todavía; ahora su vida se reducía a todo o a casi nada. Al abandonar la oficina de Correos para regresar al hotel, tanto su cabeza como su bolsillo se sintieron más ligeros.

Silbando para sí, subió a su habitación y se desvistió. De su bolsa de viaje sacó un traje verde de terciopelo, una camisa amarilla chillona y una pañarita de lunares rojos. Se los puso. Abandonó su habitación, silbando todavía, bajó un tramo de escaleras hasta el ascensor, descendió a la planta baja, salió del hotel y se fue en busca de la línea ocho de autobuses. Comprobó que el elegante personaje de la maleta seguía sentado sobre el muro. Nicholas hizo un tenue movimiento de cabeza en señal de reconocimiento, pero el hombre no le devolvió el saludo. Nicholas cogió el autobús hacia la universidad. Eran casi las cuatro.

Fue directamente al congreso de psiquiatras que estaba celebrándose en la primera planta de uno de los edificios principales. Entró en el edificio y corrió hacia uno de los lavabos de hombres. Por suerte estaba vacío. Del bolsillo de su traje sacó la barba bordeada de canas y la extendió sobre su cara. Repasó su apariencia en el gran espejo y, sintiéndose bastante satisfecho con ella, salió del lavabo y se dirigió hacia el piso superior.

—Globulus, mi querido amigo —dijo una voz desconocida, perteneciente a un hombre gordinflón, de rojas mejillas, vestido con una chaqueta de tweed sobre la cual había una etiqueta que le identificaba como el doctor Julius Suffington—. Qué alegría verte aquí. Cielo santo, si que ha pasado el tiempo. Han pasado muchas cosas aquí en Libertas desde la última vez que nos vimos. ¿Dónde fue, me pregunto?

—Yo tampoco lo recuerdo —dijo Nicholas—. Pero, dime, ¿qué hay de nuevo? ¿Qué es lo que ha estado pasando aquí?

—Han sido tiempos extraordinarios —dijo Suffington—. Realmente el Estado se ha extinguido aquí —Nicholas se preguntó si seguía estando en su anterior sueño—. Se ha aplicado una gran cantidad de controles y regulaciones. Todo lo que una vez fue público se ha privatizado: líneas ferroviarias, autobuses, teléfo-

nos, agua, gas, Correos, los tribunales, parques, playas, prisiones, la policía, e incluso la Biblioteca Nacional.

—Sí —dijo Nicholas—, ya me he enterado de todo eso.

—El nuevo Gobierno ha suprimido la contribución por temas de impuestos: ahora, cuanto más dinero ganas, menos impuestos pagas. ¡Y todo ha pasado de la noche a la mañana! Supongo que te quedarás para escuchar la conferencia de mañana de la primera ministra.

—¿Dónde se celebra? —preguntó Nicholas.

—Aquí mismo, en el hospital universitario. Llegará mañana por la mañana para explicar un importante plan de acción sobre el sistema de sanidad privada. Todos acudiremos para escucharla. La conferencia finalizará por la tarde.

—Allí estaré —dijo Nicholas.

Una segunda mano aterrizó sobre su hombro.

—¡Globulus! ¡Bienvenido a Libertas! ¡Qué honor que hayas venido! ¡Ya sabes cuánto admiramos tu trabajo!

Nicholas se volvió hacia la voz un tanto nasal y vio a un hombre con aspecto de cigüeña, de cara pálida y comprimida y gafas de montura dorada. Su etiqueta le identificaba como el profesor Cyril Syndrome.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—¡Oh, supongo que algún tiempo! —respondió Nicholas vagamente.

—¿De veras? —exclamó el profesor Syndrome—. Es una noticia fantástica. ¿Podríamos persuadirte de que fueras nuestro consejero invitado aquí, en el hospital universitario, durante tu estancia?

—Sería un honor —dijo Nicholas sin titubear. Al fin y al cabo, necesitaba un empleo desesperadamente.

—No, el honor será nuestro. ¿Podrías acudir al ala psiquiátrica mañana por la mañana, digamos, a las nueve y media? Te asignaremos un despacho, una secretaria y todo lo demás. Después podremos ir juntos a escuchar a la primera ministra.

Aterrizó una sucesión de manos sobre sus hombros, manos pertenecientes a colegas que manifestaron similares sentimientos de afecto. Nicholas pensó que gozar de tan alta estima por parte de los compañeros de profesión constituía una sensación muy agradable.

La recepción llegó a su fin y los psiquiatras se prepararon para su reunión anual de negocios, en la que la presencia del doctor Globulus fue debidamente mencionada por el presidente. En ese momento, una joven psiquiatra pidió permiso para hacer el boicot académico a Militaría y apasionada, recordó a sus colegas absoluta complicidad del doctor Globulus con la Junta, cuyas brutalidades empezó a enumerar. A Nicholas le sorprendió la precisión de su informe y simpatizó con la ferocidad de su pasión. Hablaba exactamente igual que Eliza cuando exigía información a la policía sobre los desaparecidos o cuando regañaba a los editores de periódicos por su cobarde autocensura. Quería abrazar a la joven psiquiatra y animarla a que siguiera, a pesar de que sus palabras podrían ponerle en una situación incómoda. ¿Tendría que hablar ahora en defensa de Globulus y sus maestros?

No hubo motivo para preocuparse. Cuando llevaba dos minutos con aquel discurso, el presidente la interrumpió para largar lo que él calificó de grosera intervención. Entonces su honorable invitado era o no bienvenido. Por cuanto pudo ver Nicholas, Globulus y los líderes de Militaría eran casi unánimemente *personae gratae* entre los psiquiatras de Libertas.

Tras la reunión de negocios, levantaron la sesión para celebrar una cena en el comedor, durante la cual todos aquellos con quienes Nicholas se encontró se disculparon por la imperdonable descortesía de su colega. Nicholas les reveló algunas noticias sobre el pasado reciente de Militaría, omitiendo cuidadosamente cualquier detalle que fuera deshonroso para el régimen, enfocándose más en el salto de Libertas hacia la libertad y las prometedoras perspectivas que ofrecía para la medicina privada en general y la psiquiatría en particular. Después de la cena hubo una conferencia impartida por su futuro colega y anfitrión, curiosamente titulada «El Síndrome Syndrome». Nicholas se sentó en la primera fila del anfiteatro y escuchó con atención. Parecía ser que el profesor Syndrome había descubierto un nuevo trastorno, en el supermercado». El profesor recordó a su público que el asno de Buridán murió de hambre porque fue incapaz de elegir entre dos montones de heno idénticos y equidistantes de su ho-

cico. El síndrome Syndrome, explicó, era una forma característica de parálisis mental que resultaba de un exceso de elecciones insignificantes y que ocasionalmente terminaba en suicidio. Apparentemente era un problema creciente en Libertas. La conferencia generó un animado debate durante el cual se discutieron varias formas de terapia, todas ellas intensivas, y evidentemente caras. Nicholas disfrutó enormemente de la velada y regresó a su hotel estimulado e instruido. Había recobrado su rango profesional, aunque fuera en la profesión equivocada. Decididamente, la vida volvía a sonreírle.

A la mañana siguiente se levantó temprano, se vistió con su atuendo Globulus y, tras tomarse un café en una de las mugrientas cafeterías, se dirigió a la parada del autobús de la línea ocho. El hombre de mediana edad de la maleta marrón seguía sentado en el muro. Evidentemente había pasado allí toda la noche. Estaba sin afeitar y su corbata estaba torcida. Al observar que Nicholas se había dado cuenta de su presencia, miró hacia otro lado. Nicholas subió al autobús y fue directamente al ala psiquiátrica del hospital. El profesor Syndrome le esperaba en el vestíbulo principal.

—Una conferencia fascinante la de anoche —dijo Nicholas. —Gracias, gracias —dijo Syndrome, agradeciendo el cumplido—. Es cierto que la vida aquí puede acarrear sus propios problemas. ¡Ah, el peso de la libertad! El arte está en solucionar esos problemas sin reducirla.

—Cierto —dijo Nicholas.

Syndrome le llevó a su nuevo despacho, enmoquetado y decorado con elegancia, con un largo sofá y butacas de cuero. Le presentó a la impecable secretaria que trabajaría para él. Al igual que todos los demás, ella parecía sentir un temor reverente ante su fama.

—Por supuesto que te pagaremos un gran anticipo por tus servicios, pero no hace falta que te diga que tienes la libertad de cobrar lo que el mercado pueda aguantar. ¡Creo que comprobárs que aguantará bastante! —dijo Syndrome con una risa ahogada.

Con su futuro profesional resuelto a corto plazo, Nicholas se sintió animado, como si estuviera flotando en un mar de benevolencia. Lo único que debía hacer ahora era mantenerse a flote, mostrando lo menos posible de sí mismo y ajustándose a

las expectativas generales. Era como si tuviera un papel en una obra de teatro que se desarrollaba de forma natural.

—Quizá te interese visitar el pabellón—dijo Syndrome—. Nos queda poco tiempo antes de que hable la primera ministra, y lo haré aquí mismo, en el nuevo teatro.

Nicholas siguió a Syndrome por el pasillo hasta el pabellón psiquiátrico. Syndrome abrió la puerta tecleando un código secreto y accedieron a una sala común donde unos cuantos pacientes miraban la televisión con intensa consternación. En la pantalla aparecía una carta de ajuste acompañada de una música suave y repetitiva. Los pacientes permanecieron sentados, inmóviles e hipnotizados.

Ambos profesores caminaron hacia el pabellón. Nicholas notó algo raro a su izquierda: una cama repleta de sartenes y cazuelas, viejos libros, ropa harapienta y un plumero, todo ello cubierto con carteles que rezaban: PROHIBIDO EL PASO Y LOS INTRUSOS SERÁN PROCESADOS. Entre aquel montón de curiosidades se sentaba una mujer pequeña pero corpulenta, de avanzada edad, con su pelo gris recogido en un moño. Tenía unos ojos asustados y los labios fruncidos.

—Esta mujer sufre de un grave caso de cleptofobia, o una excesiva preocupación por la propiedad privada—explicó Syndrome—. La paciente se llama Mia. Jamás suelta aquello que ella llama sus «tenencias». Piensa que el mundo entero está decidido a robarse las.

—Hola, Mia—dijo Nicholas.

Ella le echó un vistazo con desconfianza y agarró una sartén. Nicholas dio un paso atrás para tranquilizarla, pero Mia no parecía estar muy tranquila.

Siguieron caminando, pasando frente a otros pacientes. Un hombre pequeño y arrugado, de unos treinta años largos, con pequeñas gafas, una expresión feroz y una cicatriz prominente en su mejilla izquierda, saltó de su cama y abordó a Nicholas.

—¿Qué quieres?—silbó como una serpiente.

Nicholas tanteó torpemente una respuesta:

—Quiero...

—Ese es tu problema—dijo el hombre—. Lo acabo de diagnosticar. Si dejas de querer tanto, no estarás aquí encerrado. Deberías controlar tus apetitos insaciables. ¡Domínate!

Cada vez estaba más agitado y empezó a gritar.

—¡Debes vencer tus pasiones! Sólo entonces serás libre. ¿A que todo el mundo está intentando impedir que consigas lo que quieres? ¡Pues contrólate y deja de querer! ¿Qué podrán hacer entonces?

—Gracias—dijo Nicholas.

Syndrome hizo una señal a una enfermera, quien, con mucho cuidado, acompañó al paciente a su cama.

—Un interesante caso de orexiofobia—explicó el doctor—: miedo al deseo. Le llamamos Séneca. Es nuestro filósofo estoico particular. Ha de ser vigilado constantemente, ya que no deja de perder el control sobre sí mismo. Pero ahora hay otro paciente que me gustaría mucho que vieras.

Caminaron hacia una cama en el extremo del pabellón, donde se sentaba un hombre grandullón y aceitunado, con una nariz encorvada y un parche negro sobre su ojo izquierdo. Vestía una bata de seda y corbata.

—A este paciente le llamamos Aristóteles.

—¿También es filósofo?—preguntó Nicholas.

—No, es un propietario de barcos—dijo Syndrome—, o al menos eso cree. Hace unos cuantos años sufrió una lesión en la cabeza, de ahí viene el parche en el ojo. Aristóteles está convencido de que es inmensamente rico y que todo su dinero está guardado en la cuenta de un banco suizo cuya combinación no recuerda. Es un caso fascinante de amnesia plutomaniaca.

Syndrome presentó a Nicholas y a Aristóteles. Este se levantó de su cama para darle la mano afectuosamente.

—Estoy concentrándome en las cifras de cinco mil—le dijo confidencialmente a Syndrome—. Quizá—le pidió a Nicholas—, tenga usted alguna sugerencia.

—¿Qué tal cinco mil novecientos ochenta y dos?—propuso Nicholas. Aristóteles parecía dubitativo.

—Debe usted venir a ver mi yate.

—Será un placer—dijo Nicholas.

—Aunque necesitará unas cuantas reformas después de todos estos años.

—Por supuesto—respondió Nicholas.

—Ya va siendo hora de que vayamos a escuchar a la primera ministra—dijo Syndrome—. ¿Vamos allá?

Se despidieron de Aristóteles, y Nicholas siguió a Syndrome por el pabellón hasta la puerta de acceso principal.

En el pasillo había un grupo de enfermeras, personas del servicio de limpieza y otros, incluyendo a pacientes en pijamas y batas, esperando avistar, aunque fuera brevemente, la comitiva oficial. La reunión iba a celebrarse tras una puerta con un rótulo que indicaba ANFITHEATRO. Nicholas se preguntó si iba a ser una conferencia o una reunión práctica. Resultó ser del primer tipo y su público consistió en médicos veteranos y consultores, incluyendo a todos los psiquiatras, invitados especialmente para la ocasión y reunidos en los asientos al frente de la sala. Había cámaras de televisión, periodistas y oficiales de seguridad merodeando por los pasillos. Al frente podía distinguirse un gran podio, con una larga mesa cubierta por una tela azul. Nicholas se unió a Syndrome en la primera fila, al lado de varios dignatarios del hospital. A las diez y cincuenta y nueve exactamente, hizo su entrada la comitiva oficial, liderada por la primera ministra, y subió al podio.

Al verla y crearla, Nicholas sufrió un repentino sobresalto. Iba vestida con un traje azul ceñido, y su pelo llevaba un corte perfecto y elegante. Sus ojos eran severos, y su expresión firme y serena.

—Damas y caballeros —dijo el presidente, de pelo plateado, quien, según informó Syndrome a Nicholas, era el director del hospital—, nos sentimos honrados hoy por la visita de la primera ministra, la señora Yugula Hildebrand. Ha venido a informarnos sobre un importante plan de acción que por supuesto estamos ansiosos de escuchar. ¡Con ustedes, la primera ministra!

La ministra se levantó y se dirigió al público en tonos agudos y resonantes.

—Amigos —empezó—, pues siento que estoy entre amigos ya que nos hemos embarcado juntos en una aventura estimulante y noble. Con cada día que pasa bajo nuestro gobierno, la libertad individual se ensancha y profundiza, y las llamadas doctrinas y políticas sociales que solían amenazarla son exorcizadas. Me honra decir que la palabra «social» ha sido tachada de nuestro vocabulario. ¡Basta de tal o cual cosa social! ¡No más justicia social o bienestar social o redes de seguridad social! ¡No más clase social! ¡No más manejo social! Como he dicho en anteriores

ocasiones, lo que llamamos sociedad no existe. Sólo existen personas individuales, y su libertad crece diariamente.

»Hoy va a crecer un poco más. Hoy se clavará otro clavo en el ataúd del socialismo, con sus despilfarros y su desencaminada conciencia social. Hoy me place anunciar otra medida que convertirá a los individuos, individuos que hasta ahora han estado viviendo muy cerca de donde ustedes están sentados, en personas libres.

Un murmullo de excitación y perplejidad atravesó la sala.

—Me refiero —continuó—, a los enfermos mentales de nuestros hospitales. Desde hoy les dejaremos en libertad para que ingresen en la comunidad. Les sacaremos de su prisión. Los pabellones psiquiátricos quedarán disponibles para otros usos mucho más importantes. Este hospital, por ejemplo, ofrecerá desde ahora los servicios de cirugía plástica y cosmética, que sin duda serán más provechosos y aportarán muchos más beneficios. Entretanto, sus antiguos ocupantes deberán ponerse en pie y convertirse en ciudadanos autónomos y responsables. Se avisará a familiares y amigos para que enseñen a sus seres queridos, anteriormente encarcelados, a disfrutar de su recién adquirida libertad. Hoy —concluyó—, es un gran día para la salud mental.

Cuando la ministra regresó a su asiento hubo fuertes aplausos y vítores. Nicholas se giró para observar las reacciones de los psiquiatras. Algunos parecían estar satisfechos, pero la mayoría de ellos parecía extrañada y poco segura del entusiasmo que merecía aquella noticia. El profesor Syndrome parecía abatido.

—¡Esto es un desastre! —le susurró a Nicholas—. El trabajo de toda una vida destruido en un discurso. Yo y todos mis colegas de patitas en la calle. Me temo que tendremos que cancelar nuestro acuerdo, Globulus. ¡Vaya desastre!

Nicholas se dio cuenta de que era el primero en ser puesto de patitas en la calle. Se despidió mentalmente de su despacho, su secretaria y sus interesantes honorarios como consultor. La primera ministra y su cortejo descendieron de la plataforma y el director del hospital llevó a la ministra hasta Syndrome para hacer las presentaciones.

—Este es el profesor Syndrome —dijo—, nuestro profesor de psiquiatría.

Syndrome le dio la mano, ofreciéndole una débil sonrisa.

—Parece ser que no por mucho tiempo —dijo Syndrome.

—Vamos, profesor —dijo la primera ministra—. Podrá seguir ejerciendo y practicando su oficio de forma privada.

Syndrome parecía haberse quedado sin palabras y presentó a Nicholas.

—Permítame que le presente al doctor Globulus, el célebre psiquiatra de Militaría.

La primera ministra dirigió su mirada hacia Nicholas.

—¡Militaria! —exclamó—. Un lugar admirable en un solo aspecto. Ustedes tienen orden sin libertad. Nosotros tenemos ambos. Caballeros —continuó con decisión—, sugiero que nos acompañen a la ceremonia.

La primera ministra salió majestuosamente del anfiteatro, llevando a remolque al director y sus diversos oficiales. Syndrome y Nicholas también la siguieron.

En el pasillo situado en el exterior del teatro, la multitud de curiosos expectantes era retenida por los servicios de seguridad mientras la primera ministra y su grupo accedían al ala psiquiátrica. Las puertas principales estaban abiertas y el grupo entró. En la sala común, la televisión se había apagado y las enfermeras y doctores esperaban en fila, atentos a la majestuosa entrada de Yugula Hildebrand al pabellón, con el director a su lado. La sala estaba intensamente iluminada por los focos de televisión. Los cámaras filmaban desde diversas posiciones ventajosas. Los pacientes estaban sentados o acostados sobre sus camas; algunos parecían maravillados, otros confusos, otros completamente indiferentes. Unos cuantos seguían durmiendo. Syndrome y Nicholas permanecieron de pie contra la pared entre las camas. El personal del hospital entró en su pabellón para presentar una escena que evidentemente estaba siendo retransmitida al mundo entero.

—Damas y caballeros —declaró el director—, nos sentimos honrados por la visita de la primera ministra, quien ha acudido hoy a este pabellón para anunciarles algo que cambiará sus vidas, que les transformará, si me permiten decirlo, de pacientes a agentes. ¡Con ustedes, la primera ministra!

Los empleados aplaudieron sonoramente. Algunos pacientes les imitaron. La primera ministra empezó a hablar en un tono severo y resonante.

—He venido aquí hoy con un único y sencillo mensaje: vais

a ser liberados. Vais a dejar de ser víctimas de la preocupación social y de las llamadas profesiones asistenciales. A partir de ahora seréis vosotros quienes os ayudéis a vosotros mismos. Dejaréis de estar encarcelados en este pabellón. ¡Basta de pabellones! Desde hoy caminaréis libremente en la comunidad. Dejaréis de ser una carga para vuestra comunidad y entraréis a formar parte de ella. Dejaréis de depender del Estado para convertirnos en ciudadanos y consumidores completamente independientes. Y lo único que os pedimos a cambio es vuestro apoyo en las próximas elecciones. Mi gobierno ya ha convertido a Libertas en el país más libre posible. Lo que queremos...

—¡Ajá! —interrumpió con fuerza una voz familiar desde una de las camas—. Ese es vuestro problema. Por eso mismo estáis aquí. Tanto querer...

Era Séneca.

—Todos queremos libertad —dijo Yugula Hildebrand.

—Cuanto más queremos, menos obtenemos. Debemos eliminar nuestros deseos y controlarnos —gritó Séneca, empezando a temblar. Dos enfermeras corrieron hacia él para administrarle un sedante.

—Hoy quiero que el mundo entero presencie vuestra liberación —continuó la primera ministra—. Las enfermeras os entregarán vuestras respectivas pertenencias, el dinero suficiente para una semana de subsistencia con el fin de facilitaros la transición a la libertad y un trozo de papel donde apuntaréis vuestras nuevas direcciones. Fuera os aguardan las ambulancias para llevaros a esos nuevos hogares. Vosotros diréis adónde deben llevaros: a vuestros seres queridos, vuestras familias, vuestros amigos. Si no ofrecéis una dirección, seréis depositados en la estación central de autobuses. Os deseo lo mejor en vuestras futuras vidas. ¡Que seáis prósperos en vuestra libertad!

Cuando terminó de hablar, las enfermeras recorrieron la sala, obligando a todos aquellos pacientes que todavía estaban en pijama o bata a que se vistieran. Nicholas avisó a Mia, quien se negaba abiertamente a moverse de entre sus cazos y sartenes. Aristoteles, cerca de cuya cama se encontraba Nicholas, se había vestido con un traje que debió de ser elegante en su día, pero cuya camisa blanca y corbata rosada mostraban un aspecto harapiento. Se acercó con sigilo a la primera ministra.

—Así que es usted primera ministra —le dijo Aristóteles—. He conocido a muchos primeros ministros en mi vida. He invitado a muchos de ellos a mi yate. También han pasado unos cuantos por aquí. Son terriblemente aburridos. Lo único que saben hacer es hablar de sí mismos y de contribuciones a los fondos de sus partidos. Por cierto, ¿cómo van las finanzas del partido?

—Van muy bien, gracias —respondió ella con fialdad.

—Por favor, llámeme Aristóteles —le instó—. Será muy bienvenida a bordo, cuando dé con mi número secreto, aunque necesitará de bastantes reparaciones.

De pronto sonó un timbre y aparecieron varios celadores del hospital para conducir a los pacientes fuera del pabellón. La mayoría accedió obedientemente a la calle, pero algunos, todavía en su ropa de dormir, incluyendo a Mia, se negaron a abandonar sus camas. Tres de quienes se resistían, dos hombres viejos y una joven, seguían sujetos a sus sondas. Tras consultar con el director, una de las enfermeras ordenó a los guardas que transportaran sus camas fuera del pabellón siguiendo a la fila de pacientes que iba saliendo.

El profesor Syndrome observó la escena entera con una imponente resignación, que fue percibida por Yugula Hildebrand al salir del pabellón.

—No se preocupe, profesor —dijo—. El mundo entero está lo suficientemente loco como para mantener en pie su negocio.

Nicholas y Syndrome la siguieron hacia la calle. En el exterior del hospital, los pacientes trepaban al interior de las ambulancias estacionadas, aferrando sus bolsas y entregando los trocitos de papel a los conductores. Un gran grupo de curiosos rodeaba la escena que filmaban las cámaras de televisión. Nicholas vio cómo Seneca y Aristóteles entraban en una de las ambulancias. Del edificio iban surgiendo guardas que empujaban las camas allí donde los pacientes continuaban sentados o acostados. Mia continuaba rodeada de sus trastos y algunos otros pacientes, vestidos con su ropa de noche, seguían sujetos a sus sondas. El director, los conductores y los guardas se consultaron entre sí. Entonces los conductores cerraron de un portazo las puertas traseras de sus vehículos y arrancaron, tocando sus clásicas como forma de despedida. Los guardas restantes continuaron empujando las camas y las sondas por la calle en direc-

ción, supuso Nicholas, a la estación central de autobuses. La última de las camas contenía a Mia, con los ojos entornados y los labios fruncidos, sus cazos y cazuelas brillando a la luz del sol.

—Aquí no habrá sitio para ti, Globulus —dijo Syndrome—. ¡Quizá puedas buscarme uno a mí en Militaría! Vámonos a almorzar.

Se unieron a los demás psiquiatras en el almuerzo previsto para después de la conferencia. Todos pidieron a Nicholas su opinión sobre lo que acababa de presentarse. Imaginándose lo que hubiera dicho Globulus en semejante circunstancia, se declaró incondicionalmente a favor de la política Hildebrand sobre la salud mental e instó a sus colegas a que pensarán en maneras de adaptarse a la situación y así poder sacar el máximo provecho.

Tras el almuerzo y el café, los psiquiatras permanecieron en el patio del edificio, discutiendo acerca de sus respectivos futuros con ansiedad. Nicholas consultó la lista de conferencias programadas para aquella tarde. Una en particular captó su atención. A las tres de la tarde iba a celebrarse un taller sobre las ambigüedades de la esquizofrenia en la sala de conferencias principal. Decidió dar un paseo en solitario y regresar a tiempo para asistir a ella.

Disfrutó de su paseo y regresó a la sala de conferencias a las tres y cuarto. La primera charla ya había comenzado. Nicholas abrió la puerta lentamente para no llamar la atención. Había algo inquietante en la voz del ponente.

—... y mis investigaciones sobre la mente esquizofrénica han demostrado que, bajo ciertas circunstancias, ésta puede adquirir un grado extraordinario de claridad. La doble personalidad puede, por decirlo de algún modo, encontrarse a sí misma y ofrecer a ese encuentro un increíble sentido de la realidad. En ocasiones esto puede ocurrir de un modo muy público: dichos síntomas no están limitados a fantasías privadas e incommunicables...

Nicholas había abierto la puerta lo suficiente como para poder acceder a la sala. Para su absoluto asombro, contempló a Orville Globulus, enfundado en un traje de terciopelo verde, camisa amarilla y corbata de lunares rojos, su barba con un matiz

gris, sus manos gesticulando, dirigiéndose a un público absorto y respetuoso que llenaba la sala de conferencias.

—A veces el esquizofrénico está absolutamente seguro de que se ve a sí mismo, encarnado como un doble fantasmagórico que, como ustedes saben, se siente como una presencia real que augura la muerte...

En esos momentos los ojos de Globulus aterrizaron sobre los de Nicholas. Se quedó boquiabierto y paralizado. En el silencio resultante, todos los ojos del público permanecieron clavados en el ponente, en espera de alguna conclusión dramática de su argumento. Nicholas también quedó paralizado. Globulus alzó su brazo y le apuntó un tambaleante dedo índice, como si estuviera viendo un fantasma.

Nicholas corrió escaleras abajo, salió del edificio, atravesó el recinto universitario y se dirigió hacia la parada de autobús, arrancando su barba y su corbata mientras corría. El autobús de la línea ocho tardó unos exasperantes cinco minutos en llegar. De vuelta a El Descanso del Peregrino, se encontró a Leon sentado tras el mostrador de recepción. Nicholas le saludó con un movimiento de cabeza, subió corriendo a su habitación y se quitó el disfraz.

Sentado en su cama, Nicholas pensó que era hora de reflexionar. Su carrera como psiquiatra había llegado a su fin. Sus fondos disponibles estaban prácticamente a cero y no tenía ni idea de cuándo se materializaría el milagro que estaba esperando. Ya debía tres noches al hotel, y sin duda le exigirían que las pagara pronto. No tenía a nadie en Libertas a quien pedir ayuda, excepto Leon. Se vistió y bajó al vestíbulo.

—¿Ha habido suerte con la búsqueda de empleo, profesor? —preguntó Leon.

—Todavía no —contestó Nicholas—. Escucha: ¿podríamos hablar en privado?

—Claro —dijo Leon—. Yo termino a las ocho. Venга a recogerme y saldremos a cenar.

Sintiéndose aliviado, Nicholas se dio una vuelta por los alrededores del hotel, por los *sex-shops*, los vídeo-clubes, los supermercados que abrían las veinticuatro horas y la multitud de cuerpos que alfombraban las aceras. Ahora se veía capaz de enfrentarse a su exhausta y tímida mendicidad con una conciencia limpia, ya que probablemente era más pobre que ellos.

A las ocho estaban preparados para salir y partieron juntos hacia un pequeño restaurante, uno de los preferidos de Leon, a dos manzanas del hotel. El Hogar de Sam era un local más bien astroso pero confortable: faltaban bombillas en las lámparas, la moqueta verde oscura estaba gastada y cuadros de barcos anclados en puertos colgaban incongruentemente de las paredes empapeladas con diseños de flores amarillas. Sólo tres de las mesas estaban ocupadas por clientes, de voces indiscretas y vestidos en mangas de camisa. Sam, también en mangas de camisa, se encontraba al fondo, detrás de la barra.

Tras sentarse a una mesa, Nicholás relató sus dificultades económicas. Con un ademán efusivo, Leon declaró su intención de pagar la cena.

—Ya me invitará usted cuando le toque el gordo —dijo—. ¿Fue a ver a Tipster?

Nicholás le habló acerca del consejo de Tipster y su adquisición de las acciones de la Biblioteca Nacional.

—¡Caramba! —exclamó Leon. El joven parecía sorprendido ante su valentía, ¿o sería por su credulidad?

Tras pedir sus platos a Sam, Nicholás empezó a contarle a Leon su historia, a partir de su arresto en Militaria y omitiendo tan sólo su aventura más reciente con los psiquiatras: al fin y al cabo Leon podría tener conexiones psiquiátricas. Al contar su historia, a Nicholás le sorprendió lo triste que sonaba todo. Parecía un interminable relato de calamidades. La respuesta de Leon fue tanto de compasión como de lástima: sentía compasión por otra víctima de adversidades que él mismo conocía; sentía lástima frente a aquella víctima de una ilusión, la ilusión de que su misión fuera digna de ser tomada en serio; por no hablar de la ilusión de llevarla a cabo.

—La cuestión no es buscar el mejor de los mundos —observó Leon—, sino evitar el peor, e instalarse en el menos malo. Por todo lo que me ha contado, quizás ese mundo sea Libertas.

—¿Crees de verdad que no puede obtenerse una sociedad mejor que ésta? —preguntó Nicholás.

Leon sonrió.

—La gente solía pensar que había un lugar llamado Egalitaria, donde todos eran tratados de forma igual. Se trataba de un paraíso donde se suponía que todos tendrían igualdad de derechos. Se suponía que estos derechos eran reales y no ficticios, como lo son aquí, que eran realidades, no falsas promesas. En ese lugar todo el mundo tenía un sueldo mínimo real, un trabajo real, un hogar real, asistía a una escuela real, disponía de un cuidado sanitario decente. La gente corriente se interesaba por la política porque pensaba que con su participación las cosas podrían mejorar. ¡Imagínese! Nada de dormir o mendigar, nada de pobreza o vandalismo en las calles. Nada de humillar a la gente sólo por sus orígenes o creencias o porque no encajan en la sociedad. Un lugar en el que todos son libres para vivir de acuerdo

con sus propios principios y no sólo de acuerdo con las reglas del mercado. Un lugar donde uno podría respirar libremente, fuera quien fuera. En resumen, un lugar donde usted y yo seguramente disfrutaríamos bastante.

—¿Y dónde se suponía que estaba semejante sitio? —preguntó Nicholás.

—Mas allá de nuestra frontera norte —contestó Leon—. El problema es que no existía. Era una utopía, lo cual, si no recuerdo mal, significa «en ninguna parte». Era una invención, una fábula, un cuento de hadas, en el que sigue creyendo, o quiere creer, ese tipo tan raro llamado Justin.

—¿Por qué se dejó de creer en él?

—Pues porque mucha gente lo buscó, pero sencillamente no lo encontró. Se desesperaron. Y con la llegada del nuevo gobierno, sólo el hecho de mencionarlo se convirtió en algo embarazoso. Al principio seguía habiendo bastantes protestas acerca de los planes de privatización y todo eso. La gente se manifestaba contra el cierre de hospitales o colegios o para defender sus hogares de los especuladores de la propiedad, etcétera. Seguían albergando la esperanza de que las cosas eran diferentes en el norte y que por lo tanto podían serlo también aquí. Pero todo eso ya terminó.

—¿Ya no queda nadie que proteste? —preguntó Nicholás.

—No. Sinceramente, yo le aconsejaría que intentara sacar el máximo provecho de este lugar. Para conseguir dinero, siempre puede robar. Ahora el cuerpo policial se ha privatizado y han dejado de pagarles horas extras, con lo cual han dejado de practicar detenciones cuando se trata de delitos nimios. Eso también les ahorra dinero en juicios. Si te pillan sólo te dan un aviso. Con tal de que te muevas un poco y que no te pases con la violencia, a uno puede irle bastante bien.

Nicholás parecía albergar dudas.

—Si no —continuó Leon—, puede seguir buscando empleo. Incluso podría acabar como profesor de nuevo, si le pone un poco de empeño, o como taxista. Las cosas podrían ser peores.

—¿Y qué pasa con el hotel? —preguntó Nicholás.

—Quizá pueda quedarse unos cuantos días más hasta que veamos si surge algo —sugirió Leon. Se levantó y desapareció hacia el fondo del restaurante para pagar la cuenta. Volvió al cabo de un rato.

—Sam dice que a lo mejor puede encontrarle un trabajo de camarero, y que venga usted a verle dentro de un par de días. Pero me ha advertido que se paga muy mal. De hecho, apenas pagan nada.

—Gracias —dijo Nicholas—. Y gracias por la cena.

A la mañana siguiente, Nicholas se levantó temprano. La su-gerencia de Leon de llevar una vida móvil de pequeños delitos no le atraía demasiado. Quizá pudiera conducir un taxi o en-contrar puesto como camarero. En la recepción del hotel halló al viejo malhumorado al que conoció el primer día.

—¿Cuántos días más va a quedarse? —preguntó.

—Otra semana —sugirió Nicholas. La sugerencia pareció acep-  
table.

—¡Tengal! —dijo el hombre—, éstas son para usted.

Le tendió dos sobres marrones de aspecto oficial. Ambos iban dirigidos al profesor Pangloss, hospedado en El Descanso del Peregrino. Nicholas los abrió con impaciencia.

El primero era una oferta de empleo, proveniente de la oficina de personal de la universidad. Era para cubrir el puesto de electricista, especializado en iluminación. Nicholas se sintió un tanto perplejo. Después se le ocurrió que quizás era como resultado de haber escrito en su solicitud que estaba especializado en el Siglo de las Luces. Consideró la posibilidad pero no tardó en descartarla. Podía haber sido psiquiatra durante algún tiempo. ¿Quién podía saber cuánto habría durado sin ser detectado? Pero las instalaciones eléctricas estaban decididamente fuera de su alcance. Abrió el segundo sobre. Venía también de la oficina de empleo y anunciaba una oferta para vigilante de hospital. Aquello sonaba mucho más prometedor. La misiva especificaba que los presuntos solicitantes debían presentarse de inmediato al vigilante superior del hospital. Absteniéndose de su café matutino, corrió hasta la parada de la línea ocho de autobuses.

El hombre de mediana edad estaba desplomado en el suelo y apoyado contra la pared, con la maleta a sus pies. Estaba des-peinado, desaliñado y sin afeitar. Cuando la mirada de Nicholas cayó sobre él, el hombre se irguió y se arregló la corbata en un intento de recobrar un aspecto medianamente respetable. Nicholas se subió al autobús con destino a la universidad.

Al aproximarse al hospital, Nicholas recordó la triste escena de la expulsión de los pacientes del psiquiátrico, de la desaparición de Mia por la carretera, junto a sus cazos y cazuelas. Hoy todo aquello ofrecía un aspecto muy distinto. Personas con aire decidido entraban y salían; un vigilante del aparcamiento intentaba avisar a los visitantes de que aparcaran en los numerosos huecos libres. Nicholas entró en el edificio y, tal como le habían indicado, se presentó al vigilante superior.

—Acompañame al fondo y te echaremos un vistazo —dijo éste con una voz ronca.

Nicholas siguió al gigante calvo hasta un pequeño despacho. El guarda superior se sentó, tan erguido como un comandante militar detrás de un escritorio e indicó a Nicholas que se sentara frente a él.

—Así que eres un profesor que quiere ser vigilante —empezó—. ¿No resulta eso un tanto extraño?

Nicholas estuvo de acuerdo.

—Verá —contestó con un poco de gatzmoñería, ofreciendo una explicación que pudiera convencer a su interlocutor—: ya he pasado demasiado tiempo estudiando ideas abstractas. Me gustaría hacer algo concreto, algo que ayude a mejorar la calidad de vida de los demás.

El guarda superior no quedó impresionado con su discurso.

—¿Has echado un vistazo a la escala de salarios? —le preguntó, tendiéndole una hoja de papel—. Tú estarás en lo más bajo, dado que eres un novato. Además, eres un ciudadano extranjero, ¿no es así?, por lo tanto serás un trabajador invitado. Serás el último de la fila. ¿Te sigue interesando?

—Sí —contestó Nicholas con firmeza.

Nicholas parecía haberle caído bien al guarda superior, quizá porque le iba a salir tan barato.

—De acuerdo. Estás contratado. Puedes empezar esta misma mañana —le entregó a Nicholas un documento sellado y firmado—. Arregla todo el papeleo en la oficina de personal y vuelve aquí a las doce del mediodía. Te daré tu uniforme.

—Gracias —dijo Nicholas—, pero, ¿puedo pedirle una cosa? Por favor no le diga a nadie que soy profesor. Resultaría algo violento.

—No se preocupe, profesor —dijo el vigilante superior en voz

alta, guiñándole un ojo con complicidad—, guardaré tu terrible secreto.

En la oficina de personal se encontró de nuevo con la mujer de rostro amargado y las gafas de montura de concha. Ella no ofreció señal de reconocimiento alguno cuando Nicholás le entregó el documento del vigilante jefe. Para ser contratado como vigilante, tenía que convertirse en un empleado del «Servicio de Guardas Ayudamos a los Enfermos» (llamados Segus de forma abreviada) a quienes contrataba el hospital para los servicios de vigilancia. Más tarde Nicholás descubrió que todos los servicios clínicos (enfermería, servicio de cocina, limpieza y oficinistas) eran contratados de igual modo por medio de compañías lucrativas, mientras que los médicos trabajaban por su cuenta, cobrando a los pacientes individualmente, o bien a sus compañías aseguradoras. Los Segus se apropiaban del diez por ciento de los salarios de sus empleados. También aprendió que, como trabajador invitado, no le correspondía ningún derecho de pensión (y por supuesto ningún derecho de voto), aunque sí importantes responsabilidades contributivas. Sería contratado a modo de prueba durante tres meses, y estaría sujeto al despido inmediato por parte de los Segus en caso de «ejecución inadecuada» de sus obligaciones.

A su regreso ante el vigilante superior, descubrió exactamente cuáles eran sus obligaciones. Debía transportar medicinas del dispensario y estar en guardia por si hubiera alguna persona no autorizada en los pabellones. Normalmente dichos intrusos eran personas que intentaban recibir atención médica sin haber sido previamente aceptadas como pacientes. Para ser aceptado, había que pagar tarifas de hospital y consultorio por adelantado. El vigilante superior le explicó que continuamente había montones de indigentes y personas irresponsables que intentaban todo tipo de artimañas para hacerse pasar por verdaderos pacientes.

—Sólo tienes que exigirles los papeles de admisión —le aconsejó—. Si no los tienen, les echas a la calle a patadas. Puedes utilizar toda la fuerza que sea razonable.

—¿Quién decide qué cantidad de fuerza es razonable? —preguntó Nicholás.

—Yo —dijo el vigilante superior—. Este es un hospital libre:

libre para aquellos que pagan para ser atendidos y libre de aquellos que no pagan. No lo olvide, profesor. Eso es todo.

Su instrucción había terminado. Nicholás no había disfrutado de la actitud sarcástica del vigilante superior hacia su antigua profesión, pero pronto aprendió que aquella respuesta no era nada atpica. Durante el almuerzo en la cantina de personal con sus nuevos colegas, descubrió que el jefe había sido apodado Napoleón por sus subordinados. El parecer general era que, a pesar de ser alguien de gran estatura y corpulencia, aquel hombre era un mezuquino emperador de ambiciones engrandecidas. Aparentemente, era un verdadero seguidor de la terapia de choque de Yugula Hildebrand referida a las privatizaciones, y había un rumor muy difundido de que él había sido un fuerte e influyente defensor de la expulsión de los enfermos mentales, arguyendo que eran un peligro para el correcto funcionamiento del hospital.

Los compañeros de trabajo de Nicholás se dividían en dos categorías. Por una parte había trabajadores invitados, como él mismo, aunque la mayoría eran más jóvenes y tenían que sustentar a sus familias. A pesar de estar agradecidos por sus puestos, se sentían como extranjeros en Libertas y hablaban, sin demasiado convencimiento, de «volver a casa» algún día. Por otra parte, había vigilantes más veteranos, verdaderos supervivientes, que habían trabajado en el hospital desde antes de su privatización, pero que tras ella perdieron todos sus derechos de pensión y vacaciones pagadas y sufrieron una considerable reducción de sueldos. Todos ellos parecían abrigar un sentimiento adusto y resignado de agravio por su rebajada situación y por el absoluto colapso de lo que ellos llamaban la «Ética» clínica. Vigilantes, enfermeras, limpiadores y cocineros seguían trabajando en sus turnos, pero estos guardas más viejos le contaron a Nicholás, con bastante nostalgia, que ninguno de ellos lo hacía en grupo. Ahora, apenas se conocían entre sí, y nadie conocía a los pacientes.

Sin embargo, todos los guardas coincidieron en que Napoleón siempre traía problemas. Pero el trabajo consistía en obedecerle al pie de la letra y, además, Nicholás descubrió que todos parecían estar de acuerdo con el método de Napoleón de utilizar toda la fuerza que fuera razonable para deshacerse de su-

puestos pacientes. Nadie sentía compasión alguna por aquellos que sufrían de peores condiciones que las suyas propias, a saber: aquellos que además de pobres estaban desamparados y no contaban con ningún tipo de seguro.

A Nicholas le fue asignada una taquilla y un uniforme azul celeste. Se vistió con éste después del almuerzo y empezó a trabajar, transportando medicinas del dispensario a los diversos pabellones. Empujar una carretilla a lo largo de innumerables pasillos, dentro y fuera de los ascensores, era un trabajo duro. Los pasillos y los pabellones tenían distintos ritmos, a los cuales había que acostumbrarse. Alrededor de los pabellones de urgencias y accidentes, todo era movimientos rápidos y esporádicos. En otras áreas, tales como el pabellón de pacientes externos, la atmósfera era de completo estancamiento: pacientes, con variados grados de paciencia, se sentaban durante horas en largos bancos de madera, esperando su consulta. Dondequiera que el trabajo de Nicholas le llevara dentro de aquel luminoso y estéril edificio, se topaba con pacientes sin atender, consultores preocupados, enfermeras frenéticas, limpiadores exhaustos y visitantes desorientados. Comprobó que ningún miembro de cualquiera de estos grupos se daba cuenta de la presencia de ningún miembro de otro.

Muy pronto aprendió tres lecciones muy interesantes. En primer lugar, que el mero hecho de vestir el uniforme de vigilante le convertía a uno en invisible ante cualquier persona de rango superior, a no ser que necesitaran urgentemente de sus servicios. En segundo lugar, que el hospital parecía contener un sorprendente número de camas vacías, sin duda aguardando a ocupantes lucrativos. Y en tercer lugar, que tenía vistos a varios pacientes que se habían recuperado pero que estaban dispuestos a seguir pagando por la atención, las comodidades y posiblemente la compañía que ofrecía el hospital. A veces se sentía con ganas de aconsejar a estos pacientes que no se tomaran las medicinas que él repartía por miedo a que dañaran su evidente buena salud.

Al finalizar su turno, Nicholas se puso su ropa de calle y regresó al hotel. Se encontró a Leon en el mostrador de recepción. Le contó las noticias de su nuevo trabajo. Leon quedó impresionado.

—¡Qué suerte! —dijo—. Quién sabe, quizá le asciendan y acabe como consultor.

Leon no sabía que el día anterior había estado a punto de convertirse en uno de ellos.

A la mañana siguiente, Nicholas pasó una vez más ante el hombre de la maleta apoyado contra el muro en la parada del autobús. Una vez más respondió, aunque esta vez con menos presteza, a la presencia de Nicholas. Su barba había crecido y mostraba un aspecto mugriento y abatido, pero daba la impresión de que quería mantener la apariencia de un desvaneciente decoro.

Nicholas había dedicado su primer turno a aprender el oficio y el trazado del hospital. Durante su segundo día de trabajo, empezó a advertir otras características de la vida clínica. Los vigilantes con más experiencia tenían razón: había una atmósfera de total anonimato. Pocos miembros del personal parecían tratarse de forma familiar y todos ignoraban a los pacientes. Las enfermeras, empleadas de una agencia privada, trabajaban en turnos irregulares y ocupaban el resto de su tiempo en trabajos más lucrativos en alguna otra parte. El servicio de cocina repartía comidas empaquetadas a los pacientes. En otros tiempos hubo una cocina en el hospital, pero la habían cerrado; ahora todas las comidas llegaban congeladas al hospital para ser recalentadas en hornos microondas.

También descubrió a los supuestos pacientes, que merodeaban individualmente o en pequeños grupos. Cuando esto ocurría, inmediatamente se inventaban cuñados o viejas tías residentes en un pabellón u otro, a quienes decían estar visitando. Miraban de forma implorante a los ojos de los guardas, quienes nunca necesitaban utilizar la fuerza para echarles. A veces incluso reunían el suficiente valor como para rogarles consideración especial por sus dolencias, indicando que había camas disponibles e insistiendo en que no causarían molestia alguna. Nicholas sentía lástima por ellos y hacía grandes esfuerzos por evitar sus ojos suplicantes.

Al tercer día, el hombre de la maleta seguía sentado contra el muro cerca de la parada del autobús. Por primera vez, Nicholas le saludó con un gesto de cabeza. El hombre apenas se dio cuenta y Nicholas siguió caminando y se subió al autobús en dirección al hospital. Al llegar, encontró un sobre pegado a

su taquilla dirigido al «profesor Pangloss». Contenia una carta escrita a máquina por el doctor Julius Stuffington, jefe de registros del Departamento de Psiquiatría del profesor Syndrome. Era evidente que Napoleón no mantuvo su promesa de secreto. La carta decía lo siguiente:

«Estimado profesor Pangloss:

«Ha llegado hasta nosotros la noticia de que está usted trabajando como guarda en nuestro hospital. Tenemos entendido que es usted un filósofo distinguido, precedente del extranjero y nos gustaría proponerle algo que esperamos tome en consideración.

«Estoy dirigiendo una investigación sobre el choque cultural sufrido por los inmigrantes que llegan a Libertas y, en particular, sobre sus diversas (y, aparentemente, no siempre favorables) reacciones hacia las realidades del mercado libre. El profesor Syndrome me ha autorizado a decir que estaríamos encantados si usted accediera a colaborar con nosotros en esta investigación. Agradecería que viniera a verme para poder discutir dicha posibilidad.

«No obstante, debo ser franco y decirle que no nos será posible ofrecerle ninguna recompensa económica por dicha investigación. Sólo podremos ofrecerle recompensas intelectuales. Como ya sabrá, el pabellón psiquiátrico del hospital acaba de ser cerrado y nuestros fondos de investigación se han visto recortados. No obstante, pretendemos continuar con nuestra investigación, y esperamos que le sea posible colaborar con nosotros.

«Atentamente,

«Julius Stuffington».

!Stuffington! La suya fue la primera de las manos que aterrizaron sobre su hombro durante la recepción psiquiátrica. El ir a visitarle ahora como Pangloss en lugar de Globulus podría ser arriesgado. Tanto Stuffington como Syndrome podrían reconocerle. Por otro lado, la oferta (o más bien la petición, ya que no era exactamente una oferta) parecía interesante. Nicholas decidió ir a buscar a Stuffington al término de su jornada.

Empezó con su tarea de reparar medicinas. A media mañana

presenció una escena sorprendente en la cafetería. Sentados a una de las mesas había tres personajes familiares, maltruchos y bebiendo tazas de té: Aristóteles, con su nariz de gancho y su parche, Séneca, con su cicatriz, y Mia, con sus ojos entornados y asustados. Miraban a su alrededor furtivamente, como si buscaran algo o alguien. Nicholas entró, pidió una taza de té y se sentó a la mesa contigua. Aristóteles le avistó y, al cabo de unos minutos, se dirigió hacia él.

—¡Buenos días! —dijo.

Nicholas le saludó con la cabeza.

—Si no me equivoco, es usted un vigilante nuevo —continuó Aristóteles.

Nicholas asintió.

Aristóteles acercó su silla a la de Nicholas y le habló de forma más confidencial.

—¿Me permite la libertad de comentarle una cosa? Verá, el caso es que estamos en un lio. Nosotros solíamos vivir aquí. En cierto modo, éste era nuestro hogar. Yo estaba a punto de solucionar un problema y a mis amigos les iba todo muy bien. Entonces, de repente, sin previo aviso, llegó una mujer horrible que nos echó a todos.

—¿Dónde han estado viviendo desde entonces? —preguntó Nicholas.

—En Libertad —contestó Aristóteles—. Pero nos gustaría volver aquí, aunque sólo fuera por una noche o dos. Significaría mucho para nosotros.

Los tres miraron a Nicholas de forma suplicante.

—Haré lo que pueda, pero no puedo prometerles nada —dijo—. ¿Por qué no vuelven mañana por la mañana, a la misma hora?

Tras estas palabras, Séneca empezó a temblar de nerviosismo y sus dos acompañantes le empujaron rápidamente fuera de la cafetería. Nicholas pudo ver que, debajo de su harapiento abrigó negro, Mia llevaba colgando cinco o seis bolsas de plástico.

Aquella tarde ocurrió el tipo de coincidencia capaz de llevar incluso al escéptico a creer en milagros. Al llegar al dispensario después del almuerzo, ordenaron a Nicholas que acudiera al almacén del hospital para recoger unos cuantos suministros para el departamento de cuentas, el lugar donde se registraban los par-

cientes. En el almacén le entregaron un paquete que contenía los formularios que habían de ser firmados por todos aquellos que solicitaran ser admitidos en el hospital en condición de pacientes. Al llegar a la puerta de dicho departamento, Nicholias extrajo con disimulo tres formularios y los guardó en el bolsillo interior de su uniforme. Entró en la oficina. La secretaria estaba ocupada hablando con un aspirante a paciente a través de una pared de cristal. No había nadie más a su alrededor. Nicholias avisó un sello del hospital sobre la mesa al lado de la secretaria. Lo escondió sigilosamente en su bolsillo justo cuando ella terminó con el paciente y se giraba para recibir los formularios con la usual indiferencia reservada para subalternos uniformados.

Cuando hubo cumplido con su reparto, Nicholias regresó al dispensario y continuó con su jornada de tarde, durante la cual averiguó que el viejo pabellón psiquiátrico, ahora dedicado a la cirugía plástica, no estaba ni mucho menos lleno. Quedaban por lo menos diez camas libres: evidentemente, la demanda no se había ajustado a la oferta.

Al final del día, fue en busca del doctor Stuffington. Permaneció vestido con su uniforme para evitar el riesgo de ser reconocido. El despacho de Stuffington seguía ubicado en el hospital. Parecía que no tardaría en ser trasladado, ahora que los psiquiatras ya no ejercían, limitándose a predicar e instruir. Llamó a la puerta del psiquiatra y una voz jovial le dijo que entrara.

Stuffington le estrechó ambas manos afectuosamente.

—¡Es extraordinario que esté trabajando aquí! —exclamó—. ¡Extraordinario para nosotros, por supuesto! Debe de ser usted un verdadero misionero.

Nicholias decidió desarrollar aquella imagen.

—Uno intenta hacer un mínimo de bien en este mundo —contestó piadosamente.

Stuffington pareció encogerse levemente.

—Bien, profesor Pangloss, iré al grano. Verá, estamos llevando a cabo una investigación sobre lo que algunos llaman «choque cultural», un término que utilizamos literalmente para describir los diversos síntomas que sufren las personas que vienen aquí desde el extranjero, inmigrantes y demás, que no pueden manejárselas con las exigencias de nuestro modo de vida

en Libertas. Hemos pensado que, como inmigrante que es usted, de una elevada inteligencia y que además está trabajando muy de cerca con nuestros inmigrantes entre el personal clínico..., bueno, que quizá pudiera considerar interesante el hacer unas cuantas observaciones participativas para ayudar en nuestra investigación.

—¿Cuál es la naturaleza de este supuesto choque cultural?

—preguntó Nicholias.

—¡Ah! Debí suponerlo: una pregunta extremadamente perspicaz. Stuffington parecía encantado de que la hubiera formulado—. No tenemos ni idea —susurró—. Es todo idea del profesor Syndrome. Siempre está buscando síndromes. En la práctica, hemos observado que el diagnóstico del choque cultural parece depender del punto de vista personal del individuo que lo padece más que de criterios generalmente aceptados. La simple etiqueta no indica qué signos o síntomas presentan aquellos que se supone que lo sufren. El único tema de interés mutuo para el diagnóstico que hemos conseguido detectar los psiquiatras es que los pacientes parecen estar enfermos.

—Quizá no lo estén —sugirió Nicholias.

—Pero si que parece haber una patología manifestada por los inmigrantes recién llegados a Libertas —insistió Stuffington.

—Quizá lo que sea patológico es el tipo de vida que se les obliga a vivir —sugirió Nicholias.

Stuffington entornó los ojos.

—Ya veo, profesor Pangloss, que es usted una especie de crítico social.

Evidentemente, Nicholias había metido la pata. De pronto, el doctor Stuffington parecía tener muchas ganas de finalizar aquella conversación.

—Hagamos una cosa, profesor Pangloss —dijo—: meditemos este asunto en privado. Usted puede reflexionar sobre la oferta y nosotros sobre su adaptabilidad. ¡Me alegro mucho de haberle conocido!

Nicholias le dio la mano y se marchó sin mirar atrás. Afuera, en el pasillo, se aproximaban dos figuras que parecían familiares. Comprobó con sobresalto que se trataba del profesor Syndrome y de Orville Globulus, que poco a poco estaban acercándose. Estaban sumidos en una conversación: aparentemente discutían

las posibilidades de un puesto para Syndrome en Militaria. Al pasar por su lado, los ojos de Globulus cayeron sobre Nicholás y permanecieron fijos sobre él durante un par de segundos. Nicholás siguió caminando con determinación y no miró atrás. Era extraño, pensó, que desde su encuentro en la prisión de Militaria, Globulus hubiera estado siguiéndole. Dondequiera que se encontrara, allí estaba su malvado y amenazador doble, preparado para ofrecer sus servicios en favor de alguna ortodoxia prevaiente. ¿Por qué le perseguía Globulus? ¿Acaso no encontraría jamás un país en el que éste no ejerciera su influencia?

De vuelta en el hotel, planeó cómo ayudaría a Aristóteles, Séneca y Mia. Pasaría la noche rellenando sus formularios lo mejor posible y los convertiría en oficiales haciendo uso del sello del hospital. Pero le faltaba un elemento vital: la tinta. Se sintió aliviado al ver a Leon en el hotel.

—¿Cómo va la vigilancia, profesor? —preguntó éste.

—Es muy duro —contestó con sinceridad—. No estoy acostumbrado a empujar carretillas a través de largos pasillos. Pero, ¿podría pedirte un pequeño favor? —preguntó confidencialmente, bajando la voz—: ¿podrías prestarme tu tampón durante diez minutos?

—Está bien —dijo Leon con jocosidad—. No le cobraré nada por ello.

Nicholás se lo llevó a su habitación y rellenó los formularios lo mejor que pudo, dejando los detalles personales a rellenar por los «pacientes». Especificó que los tres debían ser admitidos en el pabellón de cirugía estética. Bajo «tratamiento requerido» escribió «arreglo de nariz» para Aristóteles, «extirpación de cicatriz» para Séneca y «estiramiento de piel» para Mia. Se inventó una tarifa convenientemente costosa para cada operación y selló cada uno de los formularios con el sello del hospital, añadiendo debajo un garabato indecifrable para la secretaría. Habiendo acabado su trabajo, devolvió el tampón a Leon y se fue a la cama.

A la mañana siguiente y de camino al trabajo, Nicholás se cruzó con el hombre de la maleta. El traje que una vez fue elegante estaba ahora completamente arrugado. Evidentemente ni se había lavado ni duchado, y ya no parecía interesarle su apariencia ante Nicholás o cualquier otra persona. El hombre parecía estar un tanto ofuscado y ya no parecía ser consciente de

sus alrededores más inmediatos, del ajeteo de las calles que él había convertido en su hogar. Nicholás intentó captar su atención sin éxito.

En el trabajo, Nicholás no hacía más que mirar hacia la cafetería. Finalmente vio a sus tres protegidos, bebiendo té y mirando a su alrededor con expresiones esperanzadas. Se sentó a la mesa contigua, se inclinó hacia Aristóteles y le pasó los tres formularios por debajo de la mesa.

—Rellénalos —dijo—, y entrégalos en tu antiguo pabellón. Por cierto, ha cambiado de nombre y de función.

Aristóteles asintió con la cabeza y los tres efectuaron una salida súbita. Mia arrastraba sus bolsas de plástico detrás de sí.

A media tarde, Nicholás apareció en el pabellón de cirugía estética con un repuesto de medicinas. Los tres antiguos residentes se encontraban de nuevo en sus antiguas camas. Mia había ordenado sus cazos y cazuelas y demás chatarra al igual que antes, y los carteles que prohibían el paso estaban de nuevo en su sitio. Se encontraba sentada, inmóvil, y apenas advirtió a Nicholás cuando pasó por su lado; Séneca se encontraba erguido, observándole fijamente. Parecía que una de las medicinas que había traído Nicholás, un sedante, era para él. Aristóteles, al fondo del pabellón, estaba ocupado escribiendo números sobre una gran hoja de papel. Alzó la vista cuando Nicholás se acercó a su cama. No queriendo parecer demasiado entrometido, Nicholás comenzó con él una breve conversación.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo va bien, gracias —dijo Aristóteles—. Han estado sometiéndonos a lo que ellos llaman exámenes Pre-op. Se rumorea que operarán a Séneca esta noche. Estamos muy agradecidos por estar aquí de nuevo. Espero poder corresponder a su amabilidad muy pronto. Le invitaré a un crucero en mi yate.

Nicholás asintió con la cabeza. Las miradas de Séneca y Mia le siguieron al salir del pabellón.

Cuando Nicholás llegó a su taquilla a la mañana siguiente, se encontró con una nota escrita por uno de sus compañeros de trabajo. En ella pudo leer: «Napoleón está en pie de guerra. Quiere verte». Nicholás se puso su uniforme y se fue al despacho del vigilante superior, a la entrada del hospital. Llamó a la puerta y entró. Al hacerlo, Napoleón se irguió. Ordenó a Ni-

cholas que se sentara y, manteniéndose de pie, hizo que su altura descolgara sobre la de él.

—Me alegro de que haya podido venir, profesor —empezó en un tono inequívocamente burlón—. Sólo tengo cuatro cosas que decirte. En primer lugar, eres sospechoso del robo de material clínico, a saber: tres formularios de solicitud más un sello. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

No tenía demasiado sentido andarse por las ramas.

—En cuanto a los formularios —dijo Nicholás—, por lo que tengo entendido, han sido devueltos. En cuanto al sello —lo extrajo de su bolsillo y lo puso sobre la mesa—, por la presente lo devuelvo. No lo robé, sólo lo cogí prestado.

Napoleón, muy poco impresionado, insistió.

—En segundo lugar, y violando mis órdenes, ayudaste a efectuar la admisión de tres personas no autorizadas utilizando medios ilegales.

Nicholás no dijo nada.

—En tercer lugar, pretendiste que se les practicara una grave desfiguración, hecho que únicamente fue evitado porque uno de ellos reveló la penosa historia en el momento en que el cirujano estaba a punto de operar.

«Qué extraño», pensó Nicholás, «... si uno pagaba por su tratamiento se consideraba una mejora quirúrgica, pero si no se pagaba, era una grave desfiguración.»

—Y en cuarto lugar —concluyó Napoleón—, quedas despedido desde ahora mismo.

Le tendió a Nicholás un documento, firmado y sellado.

—Lleva esto a la oficina de personal para recoger tu miserable indemnización.

En efecto, resultó una cantidad minúscula, después de los impuestos y la multa por los tres delitos de que se le acusaba. La mujer malhumorada de gafas de concha le entregó su paga y cerró su mostrador con evidente alivio.

Nicholás regresó a su taquilla para vestirse con su ropa de calle. Algunos de los vigilantes más jóvenes se agruparon a su alrededor y manifestaron cierta compasión, aunque no aprobaron lo que había hecho. Le contaron lo que había sucedido. Aparentemente, Séneca había rechazado cualquier anestesia e insistió en que se instalaran espejos en el quirófano para que pu-

diera ver lo que iban a hacerle. Cuando el cirujano se acercó a él con su escalpelo, Séneca perdió el control sobre sí mismo y explicó que tanto él como sus dos amigos estaban allí bajo falsos pretextos. Al ser interrogado, reveló la historia completa. A pesar de haber ocurrido por la noche, los tres fueron inmediatamente expulsados del hospital sin más, y no se les había vuelto a ver desde entonces.

Nicholás abandonó el hospital y se dirigió directamente al autobús de la línea ocho. Le habían acusado de delitos. Quizás el hospital procuraría su detención. Conocían su dirección en el hotel. Quizá sería mejor mudarse. Se subió al autobús y continuó meditando. Ahora debería encontrar otro modo de subsistencia. Podría intentar el restaurante. Claro que siempre quedaba el tan ansiado milagro proveniente de las acciones de la Biblioteca Nacional, pero no tenía ni idea de cuándo cabría esperar. Hundido en sus propios pensamientos, se saltó su parada y acabó bajando del autobús con el resto de sus ocupantes en la estación central.

Era un edificio sucio y ruidoso, impregnado de tufo a aceite y gasolina y repleto de gente que deambulaba mientras esperaba sus autobuses. En las aceras circundantes bullían los negocios privados: vendedores de barajas, vendedores ambulantes de calcetines, aspirantes a portaequipajes, taxistas sin licencia, buscavidas y ladrones. Todo el mundo estaba dispuesto a triunfar en lo suyo, salvo aquellos que se encontraban sentados o recostados sobre alfombras en portales y contra las paredes. Estas figuras apáticas e inertes intentaban pasar desapercibidas por todos los medios.

De pronto, Nicholás avistó a Aristóteles, Séneca y Mia. Vio a ésta en primer lugar, rodada de sus bolsas de plástico, sentada al pie de unas escaleras que daban a unas oficinas. A su lado, y apoyados contra la pared, estaban sus dos acompañantes, con bolsas y colchones enrollados a sus pies. Se acercó a ellos.

—Hola —dijo.

Los tres le miraron con evidente inquietud, aunque Nicholás no supo muy bien si era a causa del miedo o el sentimiento de culpabilidad.

—No pretendí hacer ningún mal —dijo Séneca.

—En cualquier caso se trataba de una visita provisional —dijo Aristóteles de modo filosófico.

## En la calle

Nicholas les preguntó dónde pensaban pasar la noche.

—¡Ah! —contestó Aristóteles—. Estamos pensando en mudarnos.

—¿Adónde? —preguntó Nicholas.

Aristóteles señaló el final de la calle. Por encima de ella se alzaba uno de los arcos de un puente ferroviario.

—Hemos encontrado tres magníficas cajas en el supermercado. Las recogeremos y seguramente nos trasladaremos esta noche.

—¿Sería posible conseguir una cuarta? —preguntó Nicholas.

Aristóteles asintió con la cabeza sin demasiado entusiasmo.

—Está bien —dijo—. Usted nos ha ayudado. Le ayudaremos a usted.

Nicholas caminó de vuelta al hotel, absorto en sus pensamientos. Si pagara su factura no le quedaría nada de dinero en metálico. ¿Se encontraba, como habría dicho Kant, bajo una obligación categórica de pagar lo que debía? ¿O acaso su apuro existencial moderaba un tanto su absoluta obligatoriedad?

El viejo estaba de guardia en el mostrador de recepción. Tras recoger su llave, Nicholas subió a su habitación. Guardó todas sus pertenencias cuidadosamente en su bolsa de viaje, incluyendo su capa forrada de piel y la manta de lana de su cama.

Silbando suavemente, abrió la ventana y dejó caer la bolsa al jardín. Después salió de la habitación, cerrando la puerta con llave tras de sí, bajó las escaleras y salió del hotel. Una vez en la calle, giró por la esquina hasta alcanzar el jardín, recogió su bolsa, cerró la verja sin hacer ruido y se dirigió, silbando todavía, a la estación central de autobuses.

Aristóteles, Séneca y Mia continuaban sentados en el mismo lugar. Nicholas dejó su bolsa sobre la acera.

—¿Podría unirme a ustedes? —preguntó.

—Sientase como si estuviera en su casa —dijo Aristóteles, haciéndole sitio contra la pared. Mas allá había un grupo de adolescentes tocando guitarras que, por su aspecto y vocerío, podían muy bien ser drogadictos.

Aristóteles le contó que ellos tres se sentían afortunados en comparación con el resto de personas expulsadas del pabellón por Yugula Hilderbrand. A muchos de ellos les habían echado de sus nuevas residencias. Parecía que la comunidad no les había acogido con hospitalidad. Uno de ellos se había suicidado, y otros muchos habían sido detenidos por crímenes violentos.

—Por lo menos nosotros tenemos un hogar —dijo Aristóteles—. Pero ya es casi la hora del almuerzo. Deberíamos recoger nuestra comida y nuestras cajas. Iré con Mia al supermercado. Ella solía trabajar allí. —Le habló a Nicholas en un tono más confidencial—. Debemos mantener a Séneca alejado de los supermercados. Usted puede hacerle compañía, vigilar nuestras cosas y guardarnos el sitio.

Nicholas aceptó y se sentó junto a Séneca.

Se preguntó cómo Séneca se había convertido en un estoico incapaz de controlar sus pasiones turbulentas. Evidentemente, seguía avergonzado de su rendición ante la embestida del escalpelo. Nicholas intentó aliviar su ansiedad interesándose por su vida.

Descubrió que Séneca había trabajado para una agencia de publicidad como compositor de anuncios musicales. Había com- puesto cantinelas para vender todo tipo de productos, desde

champúes a galletas para perro. Le había encantado su trabajo, en el cual había mostrado ser muy ingenioso. Siempre estaba lleno de ideas y siempre se le ocurría la rima apropiada. Pero la inspiración y la fidelidad a su trabajo no duraron. Las canciones, le explicó a Nicholás, empezaron a volverle cuerdo, y empezó a darse cuenta de que los publicistas estaban completamente locos.

—Son destructores de la libertad de la gente—dijo con feroz pasión.

—Pero, si la libertad significa elegir la manera en que uno quiere vivir—objetó Nicholás—. ¿Cómo pueden destruir eso los publicistas?

—¿Acaso piensa que la gente quiere lo que quiere?—replicó bruscamente Séneca—. ¿De dónde piensa que vienen sus deseos? ¡Yo se lo dire! ¡De las canciones publicitarias!

—¿Y qué quiere usted?—le preguntó Nicholás. Séneca le miró con sincera intensidad.

—Quiero—dijo—, quiero que la gente esté libre de deseos y quiero que quieran sólo lo que quieren querer. Y para eso deben controlarse y dejar de querer lo que quieren. Sólo entonces serán libres.

Su mirada rastreó la escena callejera que les rodeaba.

—Aunque no es fácil—admitió.

Nicholás le preguntó cómo había conseguido su cicatriz. Al parecer, un día dejó su empleo para empezar una campaña socialitaria que él llamaba «guerra contra los deseos» y había sido apaleado frente a un supermercado por un grupo de cabezas rapadas que andaban en busca de pelea.

Aristóteles y Mia regresaron con cuatro cajas de cartón dobladas bajo sus brazos y una bolsa de comestibles. Abrieron la bolsa y repartieron yogures y salchichas, todos ellos caducados.

—Tenemos que comérnoslo todo ahora porque todavía no tenemos nevera—explicó Aristóteles.

Cuando terminaron de comer, sugirió que se trasladaran.

—Es más fácil encontrar algún hueco durante el día—explicó. Mientras los cuatro caminaban hacia el puente cargando con sus cajas y sus pertenencias, Nicholás le preguntó a Aristóteles cómo había llegado a ser Mia la proveedora del sustento y hospedaje. Aristóteles le explicó que ella solía trabajar

de cajera en un supermercado. Desgraciadamente para ella, había sentido tanto atracción como debilidad por sus antiguos amigos indigentes: madres solteras, adolescentes perdidos y casos similares. Uno de ellos la persuadió de que cobrara sólo cada cuarto artículo de lo que compraran en el supermercado, y se les pilló a todos con las manos en la masa. Cuando el asunto llegó a los tribunales, sus amigos testificaron en contra de Mia, alegando que todo había sido idea suya. El caso era que en aquellos momentos ella misma era soltera y estaba a punto de ser madre. El juez ante el cual comparecieron decidió que Mia procuró su embarazo con el fin de eludir la condena que evidentemente se merecía, y la encarceló durante seis meses para que sirviera de ejemplo a los demás. Le arrebataron su hijo nada más nacer, arguyendo que Mia no estaba capacitada para ejercer de madre. A partir de esta serie de experiencias, Mia adoptó la firme creencia de que el mundo entero se veía envuelto en el hurto y que su principal objetivo era robarle a ella todo lo que le era precioso: su autostima, sus medios de supervivencia y su hijo. Pero algunos de sus compañeros del supermercado permanecieron fieles a su amistad y, cuando Mia fue incapaz de encontrar un empleo tras su sentencia de cárcel, la abastecieron de comestibles caducados y cajas de cartón. Esa era la razón por la cual hacía ella el papel de suministradora de alimento y refugio.

Llegaron al puente ferroviario y marcaron su territorio en una zona desocupada a medio camino del lado derecho de la acera, resguardado del viento y la lluvia. Cada hora pasaba un tren por encima de ellos, ocasionando un tremendo estrépito. Los cuatro pusieron sus cajas sobre el suelo. Permanecerían allí sentados con sus pertenencias a sus pies hasta la noche. Nicholás se colocó al lado de Aristóteles.

La historia de Aristóteles parecía ser la más inaccesible. Nicholás pensó que quizás incluso fuera cierto que alguna vez hubiera sido un rico naviero que perdió su fortuna tras olvidar el número secreto de su cuenta. Lo cierto era que los otros dos acompañantes no estaban dispuestos a expresar la menor duda sobre aquel asunto. Durante el resto de la tarde, Aristóteles escribió combinaciones de números y después consultaba su plausibilidad con Nicholás. Era una actividad que le absorbía por

completo. Nicholas no tardó en deducir que el mundo mental de Aristóteles, poblado por una serie infinita de números que ofrecían una esperanza siempre renovable, no era un mundo al que él pudiera acceder.

Nicholas empezó a darse cuenta de que no iba bien equipado para la vida en la calle. Aparte de la manta que se había llevado del hotel, no tenía nada para protegerse de los elementos naturales. Tampoco contaba con arma alguna para protegerse de inoportunos elementos humanos. Sus recursos internos no estaban en mucha mejor forma. Intentó convocar a sus antiguos interlocutores del siglo XVIII, pero se negaron rotundamente a aparecer. No tenía nada para leer, aunque posiblemente esto fuera lo mejor. La lectura despertaría sin duda el inconviniente interés de los residentes locales, que habían empezado a mostrar cierta curiosidad ante las nuevas llegadas. Sus vecinos eran muy variados: una pareja de borrachos envejecidos que parecían estar bebiendo licores metlicos, un joven de rostro apenado que había escrito un cuento triste, largo e incoherente, sobre la acera, tres hombres de aspecto amenazador vestidos con chaquetas de cuero y gafas oscuras, que parecían estar jugando con cuchillas de afeitar y una mujer de mediana edad que se reprendía a sí misma ferozmente por algo que Nicholas no pudo entender.

Al caer la noche, Mia distribuyó un poco de salami y más yogures. Los demás comieron en silencio, mirando con aire ausente hacia el otro lado de la calle. Nicholas empezó a sentir un poco de frío y extrajo su capa forrada de piel de su bolsa de viaje. Se la puso, alzando el cuello de piel para mantenerse caliente, se levantó para estrir las piernas y pasó hasta el final del arco. La calle situada más allá del puente estaba desierta y muy mal iluminada. De pronto, alguien agarró a Nicholas por detrás. Una mano apretó su cara por encima de sus ojos, y sintió cómo alguien tiraba de su capa.

Nicholas forcejeó hasta quedar libre y se encontró cara a cara con un hombre y una mujer de mediana edad, bastante bien vestidos y de aspecto respetable, que llevaban brazaletes.

—Eres un criminal —dijo el hombre de forma acusatoria.

—Estamos aquí en representación de la sección Libertad del SNP —explicó la mujer.

Blandió su brazalete frente a la cara de Nicholas. Mostraba un dibujo de una vaca y su cría de ojos tristes dentro de un círculo donde se hallaba escrito: «Salvad Nuestras Pielas».

—Y tú —continuó—, representas el genocidio.

El hombre alzó la capa de Nicholas por los aires y empezó a declamar, como si estuviera dirigiéndose a una gran audiencia:

—Esta piel de animal ha sido liberada de la posesión humana. Ahora no pertenece a nadie.

—¡Pues qué bien! —gritó una voz desde detrás de ellos, donde provino una súbita agitación—. Eso quiere decir que lo que vamos a hacer no es un robo.

Se trataba de uno de los tres adictos a la cuchilla, que debió de haber seguido a Nicholas bajo el puente. Los tres tiraron a Nicholas al suelo y arrebataron la capa al hombre. La mujer empezó a chillar.

—¡Callate, vaca vieja! —le gritó uno de ellos. El insulto fue deliberadamente inoportuno. Los tres desaparecieron por un callejón con la capa.

—Lo siento —le dijo el hombre a Nicholas un tanto tímida-mente. La mujer sollozaba.

«Por lo menos», pensó Nicholas, «han conseguido salvar sus propias pieles.»

Les dejó para regresar con su trío de acompañantes. Habían empezado a ensambalar sus cajas para la noche. Nicholas hizo lo mismo. Colocada de lado, su caja era lo suficientemente grande como para tumbarse con las rodillas apretadas contra el pecho. Cubierto por su manta y aferrándose a su bolsa de viaje frente a él como barrera entre su cuerpo y el mundo exterior, se quedó dormido.

Nicholas durmió muy poco. Cada hora, un tren, haciendo sonar su pitido, pasaba por encima del puente. Ruidos poco familiares, cuyo significado no supo interpretar, interrumpían el inestable silencio de la noche. Por primera vez en todos sus viajes, el miedo se apoderó de sus entrañas y la esperanza empezó a desvanecerse. Por mucho que lo intentara, no consiguió des-enderse de su desánimo.

Al rayar el alba, se quedó profundamente dormido y tuvo un sueño en el que se encontraba en un oscuro túnel al final del cual había un punto de luz. Aquella luz se le acercaba inexo-

rablemente. Mientras yacía sobre una vía, el ruidoso tren se le echaba encima en repetidos episodios. En el último de ellos, Nicholas yacía indefenso pero alzaba sus brazos de forma débil con el fin de detener aquel motor amenazador. Cuando estuvo a punto de aplastarle, se despertó con un fuerte dolor de cabeza.

Mia, Séneca y Aristóteles estaban sentados sobre sus cartones doblados jugando a cartas. Nicholas salió de su caja, les dio los buenos días y les dijo que iba a dar un paseo. Asintieron con la cabeza y le aseguraron que vigilarían sus pertenencias. Nicholas fue hasta el lavabo público en la estación central de autobuses, donde se lavó y se afeitó. Después desayunó en la sucia barra de una cafetería. Era media mañana.

Pensó que quizá Sam tendría aún algún puesto de camarero para él. Se dirigió al restaurante, con cuidado de no acercarse al hotel El Descanso del Peregrino. Era un día soleado, y su ánimo se levantó un tanto con la idea de aquel posible empleo.

Sam estaba ocupado preparando las mesas. Fue amable con Nicholas, aunque un poco cauto.

—Vienes con buenas credenciales —dijo—, pero sin experiencia alguna en este terreno.

Nicholas no pudo sino asentir.

—Sin embargo —continuó Sam—, lo cierto es que necesito que me echen una mano por aquí, aunque no puedo pagar demasiado.

Le dejó bien claro que los arreglos económicos tendrían que ser «informales» y que Nicholas tendría que vivir sobre todo de las propinas.

—¿Cuándo puedo empezar? —preguntó Nicholas, no queriendo dejar escapar la oportunidad.

—¿Qué te parecería ahora mismo? —sugirió Sam—. Podrías terminar de poner estas mesas.

Al cabo de una hora el restaurante abrió sus puertas para el almuerzo. Parecía que la única otra empleada de Sam era su esposa, la cocinera, una mujer de muy mal genio que trabajaba en la humeante cocina al fondo del restaurante. El menú era sencillito, pero Nicholas recordaba que la comida era bastante sabrosa. A lo largo de las siguientes tres horas llegaron varios clientes. Nicholas apuntaba sus pedidos en una pequeña libreta, que después pasaba a la mujer de Sam a través de una media

puerta al fondo del restaurante, al lado del bar. Consiguió re-partir la comida y bebida sin percarce alguno. Los clientes habituales le preguntaron a Sam quién era Nicholas.

—Un amigo de Leon —decía Sam—. ¡Un buen hombre! Sin embargo, nadie le dejó propina.

Terminó de trabajar a las tres y media y regresó al puente. Aristóteles seguía ocupado con sus números. Séneca estaba dormido y Mia permanecía sentada a su modo habitual, observando sus alrededores en silencio. Nicholas le contó a Aristóteles lo de su empleo.

—Tuve seis camareros en mi yate, todos con uniformes blancos con galones dorados —dijo Aristóteles—. ¿Qué opinas de los trece miles?

Durante el siguiente par de horas Nicholas ayudó a Aristóteles con sus números y después volvió al establecimiento de Sam para su jornada nocturna. Había poco trabajo y Sam estaba de humor para charlar. Parecía que Leon le había dicho que Nicholas había sido un profesor de filosofía.

—¡No puede ser gran cosa si acabas trabajando para mí! —dijo.

Nicholas pidió al dueño de aquel restaurante que no menospreciara el servicio de alguien que trabajaba para él. Sin embargo, Sam no parecía dispuesto a incrementar su salario.

—El valor de cualquier cosa está fijado por lo que la gente está dispuesta a pagar por ella —dijo Sam—. Eso lo aprendí en el colegio. Por lo tanto tu filosofía no puede ser de gran valor.

En ese momento Leon entró en el restaurante. Saludó a Sam afectuosamente y sólo entonces vio a Nicholas.

—¡Cielo santo! —exclamó, ocupando una de las mesas cuando Sam le dejó—. Me alegro de ver que sigue entre los vivos.

Nicholas le explicó sumariamente lo que había ocurrido en el hospital y por qué y cómo había abandonado el hotel. Se sentía como un niño travieso al que acababan de pillar.

—No se preocupe, profesor —le tranquilizó Leon—, ya me imaginé que habría ocurrido algo por el estilo y le dije a la dirección que le habían apaleado hasta la muerte en un callejón cerca del hotel y que yo mismo acudí al depósito de cadáveres para identificar el cuerpo.

—Gracias —dijo Nicholas con sinceridad.

—Solo hay una cosa: no se acerque al hotel —le advirtió Leon—. ¡Ah! Y una última cosa...

Extrajo un sobre de su bolsillo interior.

—Llegó esto para usted al hotel. Se lo guardé por si acaso.

Tendió el sobre a Nicholas, quien lo abrió de inmediato. Contenía las mil acciones de la Biblioteca Nacional.

—Realmente está de suerte —dijo Leon—. Esas acciones han ido muy bien. Yo en su lugar las vendería rápidamente. Nadie se pudo imaginar que, una vez privatizada la biblioteca, iban a poder venderse todos los libros. Muchos comerciantes extranjeros están ofreciendo precios astronómicos por los más valiosos. Tipster tenía razón.

Agradeciéndoselo enormemente, Nicholas se guardó el sobre en el bolsillo.

—Me alegro de que Sam le haya dado un empleo —dijo Leon—. Tomaré cerveza y un filete poco hecho con patatas fritas.

Sintiéndose bastante exaltado, Nicholas tomó el pedido de Leon y se lo repitió a voces a la esposa de Sam por la media puerta. Una vez que Leon terminó de comer y pagó la cuenta, le dejó a Nicholas una generosa propina. Fue la única propina de la noche.

Nicholas regresó al puente a medianoche y encontró a sus compañeros dormidos dentro de sus cajas. Montó la suya y se introdujo en ella a gatas. Insertó el sobre con las acciones dentro de su camisa, pegado a su cuerpo, se cubrió con su manta, dobló las rodillas hasta el pecho y se hundió en un sueño intranquilo.

Se despertó temprano al día siguiente, se llevó una camisa limpia a la estación de autobuses y allí se lavó, se afeitó y desayunó, gastándose sus últimas monedas. Después volvió con sus tres amigos para decirles que tenía que irse por un asunto de negocios. Extrajo de su billeteo la tarjeta de visita que le había dado el profesor Tipster, a nombre de Osgood Micklethrust, agente de Bolsa. Como no tenía dinero para el transporte, empezó a caminar en dirección a la oficina del agente.

Micklethrust era un hombre deslumbrante, de rostro liso y rubicundo, con un grande y ostentoso bigote que irradiaba confianza. Su pelo liso estaba peinado a la perfección. Llevaba

puesta una corbata rosa fosforescente, un traje gris satinado y unos enormes gemelos dorados y grabados con sus iniciales. Era evidente que aquel hombre disponía de poco tiempo para escatimar.

Nicholas le explicó el simple deseo de vender sus mil acciones, compradas bajo el consejo del profesor Tipster. Micklethrust sonrió de forma efusiva.

—Tipster te ha ofrecido un muy buen consejo, amigo mío —dijo—. Dime, ¿cómo está el viejo charlatán? Hace siglos que no le veo.

Afortunadamente, Micklethrust estaba demasiado ocupado para esperar una respuesta.

—Escucha —continuó—: ahora mismo tengo que ir a atender unos cuantos asuntos. Pero siempre estoy dispuesto a satisfacer a cualquier amigo de Tipster, así que si quieres puedes acompañarme y vendemos tus acciones allí mismo. Tengo muchas otras para vender. Estas acciones han sido todo un bombazo! Nicholas aceptó y le siguió al asiento trasero de su Mercedes conducido por un chófer.

—La verdad —dijo Micklethrust—, es que el viejo Tipster es demasiado listo para ser profesor.

Nicholas asintió con entusiasmo.

—¿A qué negocio te dedicas tú, amigo mío? —preguntó Micklethrust.

—Pues, soy colega suyo. Vengo de visita del extranjero —dijo Nicholas vagamente.

—No te ofendas ante mi visión del mundo académico —dijo Micklethrust—. Lo que no entendéis vosotros los profesores es el *valor* de la sabiduría. Y eso es algo que Tipster sí que entiende. ¿De qué sirve la sabiduría si nadie se beneficia de ella?

—Existe cierta clase de sabiduría que no es necesariamente útil —protestó Nicholas.

—Eso es! —exclamó Micklethrust—. ¡Exactamente! Imagínate si se vendiera toda la sabiduría de todos esos libros. Los que se beneficiarían no son los autores o los lectores, sino gente como tú y yo y Tipster.

El viaje fue muy corto. Enseguida llegaron al rascacielos que albergaba la Bolsa. Nicholas siguió a Micklethrust por las enormes puertas de cristal hasta el abarrotado vestíbulo, donde se en-

contraba el mostrador de recepción y donde Micklethrust mostró su insignia de identidad y obtuvo un pase válido para un día para Nicholas, y hasta la décima planta, donde le consiguió otro pase para la Bolsa de comercio.

—No tiene sentido que observes el corazón de la vida de Lima desde el balcón de visitantes, a través de un cristal ahumado —dijo Micklethrust—. Debes experimentarlo, amigo mío, desde cerca, en vivo y en directo.

Al aproximarse a la puerta de acceso, Nicholas pudo oír un estridente griterío de voces masculinas disonantes y de voces femeninas agudas y penetrantes. Aquel alboroto se asemejaba a un pabellón de pacientes mentales descontrolados.

Pero sus ojos contradijeron lo que su oído había predicho. La sala estaba cuidadosamente dividida en diversas secciones, cada una para una mercancía distinta, dentro de las cuales había grupos de enérgicos jóvenes que gritaban furiosamente y gesticulaban entre sí y daban un paso atrás de vez en cuando para dar voces por teléfono o para averiguar algo en alguna pantalla de ordenador. Muchas de las secciones estaban en plena acción, aunque algunas parecían estar en posición de pausa, probablemente preparándose para la siguiente sesión de gritos.

Abriéndose camino por la sala, con cuidado de no molestar ni a los que gritaban ni a los que parecían descansar, y evitando las marañas de cables telefónicos e informáticos, Micklethrust guió a Nicholas hasta la sección de «Bibliotecas». Dicha sección había parado momentáneamente, y Micklethrust aprovechó la ocasión para hacer algunas preguntas urgentes a colegas que se encontraban de pie en el área. Les presentó a Nicholas.

—Un amigo de Tipster —anunció—, el profesor... eh...  
—Pangloss —dijo Nicholas.

Los negociantes le saludaron con un gesto de cabeza y reanudaron sus veloces consultas.

—¿De qué dijiste que eras profesor? —preguntó Micklethrust.  
—En realidad, de filosofía —dijo Nicholas.  
Micklethrust parecía interesado.

—¿Quieres saber mi filosofía? Soy un idealista. El mundo, amigo mío, está regido por ideas. ¡Echa un vistazo a tu alrededor! Estamos en la Bolsa de comercio, pero en realidad ¿qué están negociando? ¡Expectativas! ¡Futuro! ¡Derivados de cualquier

clase! —le hizo un guiño a Nicholas—. ¿Qué está haciendo toda esta gente? ¡Espectacular!

Nicholas venció la tentación de discutir de filosofía con su anfitrión y agente. Lo que le preocupaba en aquel momento era una cuestión práctica.

—Realmente es muy interesante —dijo—, pero, ¿cómo les va a mis acciones?

—Estás de verdadera suerte, amigo mío —dijo Micklethrust, señalando hacia una pantalla que había sobre ellos, repleta de cifras en rápido movimiento—. Las acciones de la Biblioteca ya han quintuplicado su valor. ¿Estás seguro de que no quieres esperar un poco?

—Bastante seguro —dijo Nicholas.

Terminó la pausa y se reanudaron los gritos. Comprobó que Micklethrust era un consumado vociferador. A pesar de su radiante elegancia, podría ser un buen entrenador de fútbol o un sargento. Lo curioso era que los que gritaban parecían oírse y responderse entre sí, pese al abrumador estrépito. Micklethrust garabateó rápidamente algo en una pequeña libreta y después continuó gritando. Cuando por fin hubo una pausa, se giró hacia Nicholas para darle una palmada en la espalda.

—Bueno, estás en camino de ser un hombre rico, amigo mío. Acabo de vender miles, de miles, quiero decir. Incluyendo las tuyas. ¿Cómo y cuándo quieres que te paguen?

—¿Qué tal en efectivo y hoy mismo? —sugirió Nicholas intrépidamente.

—Por qué no? —exclamó Micklethrust, escribiéndole una nota que tendría que presentar en su oficina.

Nicholas le dio las gracias.

—Siempre estoy dispuesto a satisfacer a un amigo del viejo Tipster —dijo Micklethrust a modo de despedida—. No olvides pagarle su comisión.

Nicholas consideró dicha sugerencia mientras caminaba de vuelta a la oficina del corredor, pero decidió rechazarla. Concluyó que el consejo de Tipster había sido un acto de filantropía del que él no iba a ser el único beneficiario.

A su llegada, lanzó la nota de Micklethrust en manos de la cajera, exigiendo que le pagara en efectivo y en el acto. La cajera le indicó que, por supuesto, tendría que cobrarse una impor-

tante comisión. Nicholas pidió que el dinero fuera dividido en cuatro paquetes iguales.

Al volver a su nuevo hogar, vio que Mia y Aristóteles habían ido a recoger más provisiones del supermercado. Nicholas se sentó al lado de Séneca y se dirigió a él de un modo lento y calculado.

—Ya sé que está en contra del materialismo y el consumismo —le dijo—, pero me gustaría regalarte algo que usted aborrece. Acabo de ganar un poco de dinero —Séneca hizo un gesto de asco—, y propongo dividirlo en partes iguales entre los cuatro. Al fin y al cabo —añadió—, siempre podría ser de alguna utilidad, y ustedes han hecho mucho por mí.

Acercándose a Séneca, de espaldas a la calle, le entregó uno de los sobres. Séneca lo agarró y lo escondió de inmediato. En ese momento regresaron Mia y Aristóteles, cargados de provisiones.

—Tengo algo para ustedes —dijo Nicholas, entregándoles los sobres—. Séneca se lo explicará.

Diciendo esto, Nicholas recogió su bolsa de viaje, ahora más ligera sin el peso de su capa, y caminó fuera del arco del puente y hacia la parada de autobús. Se detuvo en un teléfono público para llamar a Sam.

—Soy el profesor Pangloss —dijo—. Lo siento mucho, pero no me será posible acudir al trabajo, ni hoy ni nunca más.

Agradeció a Sam toda su ayuda y le pidió que diera un mensaje a Leon.

—Dile —afirmó—, que me ha dado una idea para llevar a cabo mi misión. El ya lo entenderá.  
Colgó.

A continuación, Nicholas se dirigió a la oficina de información de la estación de autobuses y, cuando le tocó el turno, preguntó qué autobús iba hacia la frontera norte de Libertas.

—Tiene que coger el número trescientos sesenta hasta Minerva —dijo el empleado de la oficina de información—. Sale a mediodía. Es largo recorrido.

Nicholas fue a la taquilla y compró un billete para Minerva. Después se compró unos cuantos bocadillos para lo que iba a ser un largo viaje. La parada del autobús número trescientos sesenta estaba apartada de las demás, en uno de los extremos de

la estación. Era casi mediodía. El autobús naranja de un solo piso estaba esperando, prácticamente vacío. Nicholas subió a bordo, selló su billete y se acomodó en un asiento. El autobús se puso en marcha.

Cuanto más se acercaban al norte, el paisaje se volvía cada vez más desolado. En la distancia podían apreciarse los flancos de colinas ennegrecidas, devastadas por las explotaciones mineras, los pueblos mineros y las fábricas de acero en desuso. Atravesaron aldeas que alguna vez fueron centros de orgullo industrial y cívico pero que ahora se veían desgastadas, ruinosas y rodeadas de un caótico amasijo suburbano. Vio bloques de viviendas de aspecto mísero, grises y con ventanas rotas, construidos a lo largo de unas estrechas callejuelas en las que deambulaban jóvenes aparentemente desempleados. Deslumbrantes anuncios bordeaban la autopista, pero no parecían ir dirigidos a aquel paisaje, antaño industrializado.

## En camino

El autobús llegó a Minerva al anochecer. Aparcó en una plaza céntrica de la ciudad. Era una zona desolada, rodeada de portales de tiendas ennegrecidas, un hotel, el Ayuntamiento y una cafetería llamada El Café de Hegel. La puesta de sol se hizo esperar. La brisa pesada y sofocante revelaba que había sido un día caluroso. En el centro de la plaza había una gran fuente presidida por una figura con aspecto de diosa que llevaba un casco en la cabeza. Sin embargo, no corría agua. El pedestal de la estatua y la gran taza redonda de la fuente situada a poca altura del suelo estaba incrustada con el verde, amarillo y gris de musgo y líquen. La única presencia en la plaza era un gato negro que la atravesaba lenta y decididamente. Las tiendas estaban cerradas y no había nadie en los alrededores. Nicholas cruzó la plaza hasta la cafetería. Se sentó en una de las mesas y dejó su bolsa de viaje a un lado, sobre una silla. En el bar sólo había dos hombres. Estaban charlando en una de las mesas cerca de la ventana y observaban a Nicholas con ligero interés.

Se le acercó una camarera, una mujer regordeta, rubio platinado, vestida con un cursi delantal.

—¿Qué tienen para comer?—preguntó Nicholas.

—Le apetece una tortilla?—sugirió ella.

¡Una tortilla! Cuando el pobre y fatigado Condorcet se hallaba en plena fuga, condenado a muerte por la dictadura jacobina de la virtud, después de que sus viejos amigos, los Suard, le hubieran denegado refugio por temor a ser descubiertos, entró en una posada de Clamart y pidió una tortilla. «¿Cuántos huevos?», le preguntó el posadero. Tras titubear un tanto, Condorcet respondió: «Una docena», confirmando de tal modo la sospecha del posadero de que, pese a los ropajes extraños y

harapientos, la grisácea barba y la pierna vendada, aquel vagabundo era un aristócrata. Dos hombres que en aquellos momentos almorzaban en la posada le denunciaron de inmediato al comité local de vigilancia, quienes le interrogaron en la iglesia local. Murió al cabo de dos días, tendido en el suelo con los brazos a ambos lados, en la pequeña prisión municipal para ladrones y mendigos, antes de que pudiera ser trasladado a París para ser guillotinado. Desde su escondite, acababa de terminar su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, la obra más optimista de la Ilustración. Nicholas recordó su párrafo final. Condorcet escribió que la contemplación del futuro representaba un consuelo para el filósofo:

«Semejante contemplación es para él un refugio: un lugar donde el recuerdo de quienes le acosan no es capaz de estorbarle, donde permanece unido en pensamiento con los seres humanos, cuyos derechos y naturaleza humana han sido restituidos, olvidándose así de los seres humanos tal y como son: atormentados y corrompidos por la codicia, el miedo y la envidia. Es en este lugar donde realmente convive con su prójimo, en un Eliseo que su Razón ha sabido crear y que su amor por la humanidad ha ornamentado con los más puros alborozos.»

—De acuerdo —dijo—, me comeré una tortilla.  
Abrió su bolsa, extrajo una hoja de papel y empezó a escribir.

«Plaza del Pueblo,  
»Minerva, Libertas

»Querido Justin:

»Te escribo desde la frontera norte de Libertas en vísperas de otro viaje hacia lo desconocido. Mi experiencia en Libertad no fue feliz y no quisiera hacer de este país mi hogar, ni intentar convencer a Marcus o Eliza de que se trasladen aquí conmigo.

»No quisiera engañarte: la vida en Libertad era sin duda libre en diversos aspectos fundamentales. No fui detenido ni delatado ni acosado por policías o soldados. Tampoco fui encarcelado. Quedé libre de los cálculos de calculistas y expertos inofensivos y de la presión de ideas ajenas sobre cómo se debe vivir. En re-

sumidas cuentas, me dejaron tranquilo. Hicieron lo mismo con casi todas las personas a las que conocí en Libertad.»

Nicholas se preguntó si aquellas personas realmente eran libres. Karl y Fred se habrían destemillado de risa ante la mera sugerencia, pero Nicholas decidió no mencionárselo a Justin, quien sin duda no querría saber de ellos ni de sus sueños. Nunca fuimos *no libres*, pensó, ni siquiera bajo el puente del tren: nadie nos ordenó ni nos obligó ni nos forzó a vivir allí. Pero, ¿éramos realmente libres? Continuó su carta a Justin en un estilo profesional.

«A fin de cuentas, ¿qué significa ser libre?, ¿significa simplemente que le dejen a uno en paz: que nadie te ordene ni te obligue ni te maltrate o acose? ¿Que nadie te moleste ni interfiera en tu vida? ¿O significa todas estas cosas a causa de algo más fundamental? ¿Acaso no es fundamental el que le permitian a uno vivir la vida que quiere y que piensa que merece la pena vivir? Pero, si ése es el fundamento de la libertad, entonces el ser dejado en paz no puede ser lo único que cuenta. Al menos deben existir opciones, opciones entre las que merezca la pena optar.»

Cuando la camarera le trajo su tortilla, Nicholas pensó en sus compañeros del hospital y vecinos del puente, en Leon y en el hombre de la maleta en la parada de autobús. A juzgar por lo que le había dicho Leon, aquel hombre tenía pocas probabilidades de encontrar algo más que un empleo humilde, al sueldo más bajo posible, e incluso aquello resultaría difícil. Claro que tenía pleno derecho a elegir sobre qué muro sentarse, si quedarse de pie o acostarse, y si mendigar o no. Cualquiera liberto diría que aquel hombre era tan libre como Osgood Micklethrust.

«Como recordarás, mi objetivo es ofrecer un acertado consejo a un embrion sabio y exigente, aunque también ignorante, que no sabe en qué lugar del orden social emergerá, ni cuál será su sexo o color o religión. Querrá saber dónde tendrá mayores probabilidades de elegir una forma de vida digna de ser vivida.

La sociedad donde decida nacer deberá asegurarle ciertas cosas. En primer lugar, deberá existir cierta estructura social: de orden, paz civil, previsión mutua e imperio de la ley. En segundo lugar, deberá existir una provisión social que como mínimo garantice la seguridad de un mínimo de recursos básicos con el que pueda contar, y en el mejor de los casos, un sistema justo de recompensa que garantice que los menos acomodados estén lo mejor acomodados posible. Y en tercer lugar, tendrá que existir un contexto social rico y variado de prácticas y tradiciones diferentes, valoradas por sí mismas, que proporcione formas alternativas de satisfacción y no sólo formas alternativas de ganar y gastar dinero. Me temo que con referencia a estos tres aspectos, debería decirle al embrión que Libertas es un desastre.

«Así que ha llegado la hora de seguir mi camino. Pero, ¿adónde? ¿Dónde encontraremos (el embrión y yo) la mejor perspectiva? En realidad me da la impresión de que nuestros puntos de vista, el mío y el del embrión, están convergiendo: ¿quién sabe dónde acabare? Sé de un sitio del que se supone que no está muy lejos de aquí, aunque nadie lo sabe con seguridad. Espero tener más noticias pronto.

«Como de costumbre, recuerdos a mis dos hijos, en quienes pienso constantemente.

«Recibe un cordial abrazo,

«Pangloss.»

Nicholas dobló la carta y la guardó en un sobre para enviarla en el futuro. Terminó de comer su tortilla, llamó a la camarera y pagó la cuenta. Recogió su bolsa y se acercó a los dos hombres sentados cerca de la ventana. Uno de ellos leía el periódico. Nicholas pudo leer los titulares: «LIBERADA NUESTRA NATURALEZA! LOS BOSQUES DE LIBERTAS SE PRIVATIZAN». Debajo se encontraba la foto de una exultante Yugula Hildebrand.

—Perdónenme. Siento interrumpirles —dijo Nicholas—, pero, ¿serían tan amables de indicarme qué camino debo seguir para llegar a la frontera?

Uno de los hombres señaló hacia la esquina derecha del lado opuesto de la plaza.

—Allí mismo puede tomar la carretera —dijo—. ¿Es que piensa ir a pie?

Nicholas asintió con la cabeza. El hombre parecía extrañado. —Pues si quiere *caminar* hasta allí, le queda bastante lejos. ¿Qué piensa hacer una vez llegue allí?

—Estoy haciendo una excursión a pie —repuso Nicholas.

—De excursión a Egalitaria, supongo —dijo el otro hombre en un tono que sonaba burión.

Nicholas les dio las gracias y abandonó el recinto.

—¡Que tenga buen viaje! —gritó el segundo hombre. A Nicholas le pareció que ambos hombres estaban riéndose.

Atravesó la plaza, cruzándose con un gato negro por el camino; introdujo el sobre en un buzón y empezó a caminar por la carretera. Parecía haber alcanzado el límite de la ciudad y no tardó en llegar a campo abierto. Descendió monte abajo, al pie del cual se encontraba un bosque. A ambos lados se veían campos y árboles, y, en la distancia, montes de un gris azulado. A pesar de que su bolsa era ahora más ligera, empezó a suponerle una carga. La bolsa llevaba unos tirantes que se colgó a la espalda.

Al aproximarse al pie del monte, de pronto escuchó un fuerte alretero a su alrededor. Alzó la vista pero no consiguió ver nada. Al volver la vista hacia abajo vio a un gran búho de color blanco níveo que caminaba a su lado por la carretera. Lo extraño era que caminaba hacia delante pero su cabeza estaba vuelta hacia atrás, y sus enormes y centelleantes ojos miraban por encima de su hombro hacia la dirección de donde había venido.

El sol comenzaba a ponerse, ofreciendo un lustre dorado a los montes grises azulados en la distancia.

De pronto, del silencio surgió una voz tenue y áspera que dijo:

—Ha llegado usted muy lejos, profesor Caritar.

Nicholas se detuvo y miró a su alrededor. El búho también se detuvo. No había nadie más a la vista. «¡Cielos!», pensó, «estoy empezando a oír voces.» Entonces pudo escucharse la voz de nuevo.

—Se supone que cuando le hablan a uno —continuó—, es de buena educación contestar.

Nicholas miró a su alrededor una vez más. Efectivamente, estaba solo. Comprobó que el búho le miraba de forma expectante, con la cabeza ladeada.

—Lo siento —contestó Nicholas.

El búho empezó a caminar, sin dejar de mirar atrás y con sus ojos enfocados sobre Nicholas. Nicholas empezó a seguirle. Caminaban en dirección al bosque que estaba inmediatamente frente a ellos. Al introducirse en él, la luz dorada del sol se desvaneció y el desierto silencio de la carretera se despedazó en un reverberante tumulto de cantos de ave, una estrepitosa polifonía de gorjeos, cloqueos, cacareos, arrullos, píos, ululatos y chirridos que parecían inexorables e ineludibles. El bosque estaba oscuro, y el recto camino que habían estado siguiendo hasta entonces se abrumador, salvaje, cruel y espeso. Mantuvo su mirada sobre el búho, que caminaba con pasos decididos frente a él por entre los imponentes árboles.

De pronto Nicholas notó algo más: el sonido inconfundible de voces humanas provenientes de la ceranía, que se gritaban y se llamaban entre sí, algunos empleando cantos. En aquella oscuridad no pudo divisar a nadie. Entonces alzó la vista y vio algo sorprendente. En lo alto de los árboles había una multitud de jóvenes. Algunos estaban sentados sobre las ramas, otros yacían sobre hamacas que colgaban de ellas y otros aún miraban desde unas casetas construidas en sus copas. Algunos se trasladaban precariamente por las ramas más gruesas que hacían de puente entre las casetas, como habitantes medievales de altas fortalezas que defendieran su elevada ciudad. Los chicos y chicas, todos ellos vestidos con pantalones y jerséis, rebosaban buen humor, aunque también parecían estar enfadados por algo.

—¿Podría decirme lo que están haciendo? —preguntó Nicholas al búho.

—Están ocupando nuestras ramas —dijo el búho airadamente—. Por otro lado, también están intentando salvar nuestros árboles.

—¿De quién? —preguntó Nicholas.

—¡Escuche! —dijo el búho.

Nicholas forzó el oído y escuchó un tenue rugido retumbante en la distancia.

—Aplanadoras —dijo el búho—. Urbanizadores. Nuestro hogar va a ser «urbanizado».

—¿Podrán ayudar a salvarlo? —preguntó Nicholas al búho, pero éste permaneció en silencio.

De modo que Leon estaba equivocado: la protesta todavía sobrevivía en Libertas. Al caminar divisó a través de los árboles una gran apisonadora naranja tripulada por dos hombres cubiertos con cascos amarillos. Se acercaba lentamente al bosque. Los jóvenes habían empezado a cantar al unísono. Uno gritó a Nicholas para que se uniera a ellos. Este consideró la sugerencia, pero, dudando seriamente de su capacidad para encaramarse a un árbol, le devolvió un ademán de saludo, gritó unas palabras alentadoras y continuó siguiendo al búho, que estaba aproximándose a alguna fuente de luz. Provenía del límite del bosque, del que no tardaron de salir.

Ahora caminaban hacia el Oeste, en dirección al sol poniente.

—¿Verdad que son preciosos esos montes azulados contra el dorado rojizo del sol? —observó Nicholas.

El búho siguió caminando hacia delante y mirando hacia atrás.

—No sabría decirle —contestó. Al hablar, su pico curvado se abrió y cerraba, revelando el agudo triángulo invertido de su lengua rosada—. Mi vista es limitada. No sólo veo únicamente en una dirección, sino que también soy daltónico. Sólo distingo los grises.

—¿No es eso un tanto inconveniente? —preguntó Nicholas.

—En absoluto —dijo el búho—. Me ayuda a concentrarme en lo que realmente es importante.

—¿Y qué es eso? —preguntó Nicholas.

—Comprender la importancia del pasado —contestó el búho. Nicholas quiso pedirle al búho que interpretara el significado de su pasado reciente, pero éste habló de nuevo antes de que tuviera tiempo de formular la pregunta.

—En realidad son los humanos quienes tienen la visión limitada —observó.

—¿Cómo es eso? —preguntó Nicholas.

—Son ustedes incapaces de ver más de una cosa a la vez y sienten una gran dificultad en ver las interconexiones entre las cosas. Son ustedes incapaces de ver que la naturaleza ha eslabonado los ideales humanos en una cadena indisoluble.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó Nicholas.

—Pense en todos los países que ha visitado y que ahora ha abandonado. Cada uno de ellos estaba dedicado a la consecución de un objetivo digno: uno a garantizar el orden y la seguridad, otro a acrecentar al máximo el bienestar y la felicidad, otro a asegurar identidades estables, donde la gente se sienta en casa con sus semejantes, otro a la delirante visión de la verdadera libertad individual en armonía con todas las demás y otro a proteger al individuo y su propiedad, brindándole al mismo tiempo la libertad de vivir como le plazca. Pero todos ellos perseguían su objetivo predilecto a costa de otros ideales, al tiempo que sacrificaban a innumerables individuos en el altar de su ideal abstracto. ¿Cuántas vidas humanas han sido arruinadas y destruidas en nombre de dichos ideales? ¿Qué insensatez humana! —¿Qué alternativa hay? —preguntó Nicholas.

—La única alternativa es la unión —respondió el búho—. La alternativa es comprender que ninguno de estos ideales sirve de nada sin los demás. Sólo entonces se conseguirá crear un mundo adecuado para el ser humano, y también —añadió, como última ocurrencia—, para los búhos.

Sigieron caminando. Nicholas reflexionó sobre aquellas palabras. Pensó que el búho debía estar equivocado a la fuerza. ¿Cómo sería posible llevar a cabo todos aquellos ideales simultáneamente en una misma sociedad? El hecho de perseguir uno de ellos excluía a todos los demás. Todas las cosas son lo que son, y nada más. No todas las cosas vienen juntas y al mismo tiempo. ¿Acaso no era cierto que suponer que todo llega a la vez constituía la suprema insensatez humana: el aspirar a la perfección e intentar realizar un mundo armonioso en el que pudiera aspirarse a todos los ideales humanos simultáneamente? ¿Acaso aquel deseo no era la ilusión más peligrosa de nuestro tiempo?

Nicholas quiso discutir estos puntos con el búho, pero éste parecía tener prisa y no estaba dispuesto a sumirse en un debate.

—Lo que realmente quiero saber —le preguntó al búho—, es si ese mundo adecuado para los humanos, y los búhos, del que usted habla, es o no posible. ¿Se llama Egalitaria? ¿Está frente a nosotros?

Caía el anochecer. Las palabras de Nicholas habían excitado

al búho. Guiñó un ojo, desplegó sus alas, dejó escapar un grito desgarrador y despegó hacia el cielo ensombrecido.

Nicholas siguió caminando. La noche empezó a envolverle y la carga sobre sus espaldas le pesaba cada vez más. Al cabo de un rato divisó un edificio desolado en la distancia. Al acercarse, vio que se trataba de un puesto aduanero. Sin embargo, no había nadie a la vista: el lugar parecía desierto, a pesar de que una de sus luces permanecía encendida. Vio que alguien había grabateado un mensaje en la fachada, justo debajo de la luz encendida, que decía: «A CUANTOS SALGAIS DE AQUI: AFERRAOS A LA ESPERANZA».

Nicholas se sentó en el suelo cerca del muro, abrió su bolsa de viaje, extrajo el papel sobrante y empezó a escribir otra carta:

«*Frontera Norte, Libertas*

«Queridos Justin, Marcus y Eliza:

«Dos acontecimientos un tanto extraños acaban de ocurrirme. En primer lugar, me he encontrado con un pájaro con el que he mantenido una conversación. He visto después a personas que vivían en los árboles. Al leer esto, seguramente concluiréis que he enloquecido, pero os suplico que sigáis leyendo, ya que ambos hechos me han enseñado algo que podría ser de vuestro interés.

«Empezaré por el pájaro. Se trataba de un búho, el búho de Minerva, que sin duda era sabio, como se supone que han de ser todos los búhos. Conocía todos los detalles de mis recientes viajes e interpretó su significado, citando la observación que hizo Condorcet de que los ideales humanos están eslabonados en una cadena indisoluble. Pero le dio un sentido a dicha observación que a mí jamás se me había ocurrido. Yo siempre la había considerado como una forma de expresar todo aquello que era excesivo, o incluso peligroso, del optimismo de la Ilustración: el sueño de la perfección, en el que la verdad, la felicidad y la virtud coincidirían y no existirían más conflictos entre los valores, no existirían más dilemas morales, no existiría más incompatibilidad entre lo correcto y lo correcto, ni más tragedia. El sueño de un mundo en el que la igualdad política, el crecimiento económico, la organización eficiente y la justicia social son todos compatibles entre sí y con la libertad individual y universal,

donde el universalismo deje de estar en conflicto con el particularismo, o la solidaridad con el individualismo, o las lealtades públicas con las privadas. Un mundo en el que la obtención de un ideal digno deje de implicar el sacrificio de otros ideales. ¿Acaso no fue la búsqueda de esta misma perfección global y reconciliadora en la tierra lo que produjo la dictadura de la Virtud que mató al mismo Condorcet? ¿De cuánta muerte y destrucción ha sido responsable desde entonces, en especial durante este terrible siglo? ¿Acaso el sueño no se ha transformado en una pesadilla?

«Uno debe preguntarse: ¿puede realmente esta esperanza tanto poder mortal, más mortal todavía que las creencias ultramundanas y atávicas contra las cuales iban dirigidas en un principio? ¿Acaso no es el fanatismo un rasgo humano que hará uso de cualquier idea que esté a mano para acosar a sus víctimas?»

«El sentido que dio el búho a esta cadena indisoluble fue completamente diferente: expuso la sencilla idea de que, en el momento que perseguimos un ideal, es desastroso perder de vista todos los demás. Eso precisamente sería el fanatismo. Todos los países que he visitado hasta ahora están gobernados por fanáticos que ven a través de un túnel, fanáticos obsesionados con una concepción única, dominante y devastadora de lo que da valor a la vida. Todos ellos están convencidos de que el mejor mundo posible es el suyo. Tanto ellos como sus conciudadanos son víctimas de la misma ilusión. Incluso los pocos disidentes que tuve ocasión de conocer parecían tener dificultades a la hora de pensar por sí mismos y llevar sus ideas a cabo.

«Lo cual me conduce a los habitantes de los árboles. Los vi al atravesar un oscuro bosque con el búho. Vivían en hamacas y casetas y estaban cantando. Resistían el fanatismo, no sólo por el hecho de pensar por sí mismos, sino por tomar alguna iniciativa. Están defendiendo los árboles ante las aplanadoras. Pero también están defendiendo un lugar para la libertad frente a fanáticos de la propiedad privada, y por lo tanto contradicen la visión libertaria de lo que significa la libertad. Se defienden a sí mismos y a sus respectivos futuros, y al búho y su futuro. También actúan conjuntamente, resisten conjuntamente, en medio de un Estado que desaprueba la acción colectiva. Me pidieron que me uniera a ellos, y debo decirlos que estuve ten-

tado, pero el trepar por un árbol va más allá de mis posibilidades.

«En el transcurso de mis viajes he pensado mucho en vosotros tres. Lo volví a hacer en el bosque. Estoy muy seguro de que si viviréis aquí, en Libertas, estaríais en esos árboles. También lo estaría muchísima más gente de vuestra generación, si comprendieran cómo la vida de las personas puede verse limitada y distorsionada por los fanáticos.

«¡Sois nuestra única esperanza!»

«¿Cuándo volveremos a vernos? No lo sé. Como ya os habrá informado Justin, tengo que cumplir una misión. Pero, ¿cómo sabré cuándo la he cumplido? Creo que ese punto ya lo tengo un poco más claro. Una cosa que he aprendido es que cada vez que alguien me asegura que mi misión ha finalizado, sé que mi viaje debe continuar. Otra cosa que he notado es que todas las personas con las que me he encontrado hasta ahora parecen haber dejado de aprender. Parecen estar atrapadas en su lenguaje y su mundo, y estar muy cerradas a los demás. Sin quererlo, me han enseñado a pensar dos veces sobre cómo reconocer a los enemigos de una sociedad libre.

«Estoy seguro de que recordaréis la fábula del campesino que, en su lecho de muerte, les cuenta a sus hijos que hay un tesoro enterrado en el jardín. El viejo se muere y los hijos empiezan a cavar por todo el jardín, pero no lo encuentran. No existe tal tesoro, pero, al buscarlo, su labor mejora la tierra y asegura su bienestar. Al cultivar su jardín, cuidan de sus raíces y benefician la prosperidad de su frondosa vegetación. Pero, ¿florecerá todo por igual? Un jardín lleno de maleza se deteriora, pero desde la Ilustración sabemos que no existe fundamento ni en la Razón ni en la naturaleza para tratar a ciertas plantas como malas hierbas.

«Con cariño. Os desea lo mejor,

«Nicholas».

Miró hacia lo lejos, donde los montes desaparecían en el cielo nocturno. La carretera que había estado siguiendo continuaba hasta una encrucijada desde la cual se extendían varios caminos, aunque no consiguió divisar hasta dónde llegaban. Algunos parecían agotarse en la distancia, otros parecían curvarse y serpentear hasta desaparecer, otros parecían volver al mismo

punto de partida. No quedaba claro cuál de ellos debía tomar. La luz del día se desvanecía rápidamente. Al entornar los ojos, creyó vislumbrar ante él luces parpadeantes en la distancia. Quizá se tratara de una posada o de una hospedería donde pudiera descargar sus bártulos para el resto de la noche, antes de seguir su camino.

